

*M. N. Mera*

L 0100

# FRANCO FRANCESCO

*L'Azienda Di Franco*

*2021*



750 ML

ALC. 13% BY VOL

**Título: Fran o Francesca**

**© 2014, Torrelorones Madrid**

**©De los textos: María N. Mera**

**Ilustración y diseño de portada: Begoña  
N.Mera**

**ISBN: 9781503138797**

**Todos los derechos reservados**

**@FranoFrancesca**

**<https://www.facebook.com/FranoFrancesca>**

**Primera parte:**  
**Antes de despertarme**

## 1% vol

*Frascati, Roma, 15 de agosto de 2025*

–Fran, ven, siéntate. Tengo que hablar contigo.

Mi madre respiró profundamente. Parecía nerviosa, dando vueltas alrededor de la mesa del porche. ¿Qué tenía que decirme que le costaba tanto? Seguramente no sería nada bueno.

–Verás, no sé cómo decirte esto. Sé que no te va a gustar nada.

–Mamá, dímelo ya por favor.

–Nos vamos a España.

–¿Qué? ¡No, mamá!

–Lo siento, hija. Hace ya tres años que murió tu padre y aquí no consigo olvidarle. Necesito volver con mi familia.

–Aquí también tienes a tú familia.

–Ya sabes lo que quiero decir, con mis hermanos y mis padres. En realidad lo que necesito es cambiar de aires, aquí no consigo recuperarme.

–¡Pues vete tú! Yo me quedo aquí con los tíos y mis hermanos.

–Todavía eres menor de edad y te vienes conmigo. Tus hermanos son mayores y además trabajan en el viñedo. Todavía te queda un año de instituto.

–¡No pienso irme, mamá! Lo siento. Aquí tengo mis amigos... y además acabo de conocer a un chico.

En realidad era mentira, pero se lo dije para ver si así me dejaba quedarme; las historias de amor eran su punto débil.

–Lo siento, Fran. La decisión está tomada y ya estás apuntada en un instituto en Torrelodones.

–Pues no voy a irme. ¡Tendrás que llevarme esposada! –dije saliendo corriendo del porche.

Estaba tan enfadada que en realidad lo que necesitaba era nadar, así que me dirigí hacia la piscina que mi padre había decidido construir hacía diez años para mi madre. Decía que mi madre echaba mucho de menos tener una piscina, aunque la verdad es que ella casi nunca la usaba, solo para tomar el sol. En cambio yo sí que le había sacado partido.

¡Adoraba nadar! Era lo único que hacía que me relajara cuando estaba enfadada o estresada. Supongo que el hecho de que mis padres fueran muy deportistas al final se nos había pegado a todos. Mis hermanos escalaban, les había enseñado mi padre. También intentó por todos los medios que me gustara tanto como a ellos, pero no dio resultado. Al final se dio por vencido diciendo que quizá era como su hermana. Seguramente el que llevara su nombre hacía que me pareciera a mi tía Fran. Mis padres también nos enseñaron a esquiar, bueno a hacer snow, aunque hacía tres años que no lo hacíamos. Pero a mí lo que más me gustaba era nadar, es más, lo necesitaba.

Me puse el traje de baño en el vestuario y me tiré de cabeza a la piscina. Podía elegir la temperatura del agua, pero, ahora que no hacía frío, me gustaba nadar con la temperatura ambiente. Cuando llevaba cuarenta largos empecé a notar que por fin me había relajado un poco.

Mi madre tenía razón, ELLA necesitaba irse a España; no estaba bien y ya habían pasado tres años desde que murió mi padre. Entendía que echara de menos a su familia. Desde que se marchó a hacer quinto de carrera a Roma ya no había vuelto, excepto para casarse con mi padre y a pasar los veranos y las navidades. Pero YO no tenía por qué acompañarla, aquí tenía mis amigos y mi

vida. No quería irme a vivir a Torrelodones. Aunque siempre que iba allí me lo pasaba genial con mis primos, pero era solo durante las vacaciones, quedarme a vivir era otro tema diferente.

Me gustaba vivir en el viñedo, aunque tenía que reconocer que estaba un poco harta de tener solo primos varones. ¡Así no había manera de ligar! Siempre que se me acercaba algún chico, venían mis hermanos o mis primos y les espantaban. Las pocas veces que había salido con alguien lo había hecho en secreto, y al final, o los chicos con los que salía se cansaban de tanto secretismo o nos descubrían y no podían soportar la presión. ¡Qué mala suerte ser la única chica de esta parte de la familia! Sin embargo en España por lo menos tenía tres primas, aunque todos los demás eran chicos también.

De cualquier manera, no quería marcharme de Frascati. ¿Cómo iba a hacer amigos en el último año de instituto? Todo el mundo tendría su pandilla y además yo no brillaba por ser excesivamente sociable. Nunca entendí por qué a mi madre le fue tan bien en el último año de instituto cuando se marchó a estudiar a Estados Unidos. Bueno, seguramente el hecho de haber conocido a mi padre y de haberse enamorado de él ayudó bastante.

Aunque reconocía que la historia de mis padres era realmente preciosa, estaba un poco harta de escucharla; mi madre llevaba contándomela sin parar desde hacía tres años. Estaba claro que siempre habían estado hechos el uno para el otro, y estaban destinados a acabar juntos. ¿Si no, por qué se habían reencontrado por casualidad en Roma años después de que su relación se hubiera diluido por la distancia? Era una historia totalmente increíble, aunque no fuera capaz de reconocerlo delante de mi madre. Algunas veces entendía que necesitara hablar de mi padre a todas horas, pero tenía que comprender que a mí me pasaba lo contrario; me dolía mucho oír hablar de él y cuanto menos pensara en ello mejor.

Hacía tan solo un año que mi madre nos había confesado a mí y a mis hermanos lo de su boda secreta con papá el verano que volvió a Estados Unidos con su amiga Jen. Se casó a escondidas de todo el mundo con tan solo diecinueve años, aunque luego no volvió a ver a papá hasta años después cuando se reencontraron en Italia. Nos dijo que a esas alturas ya no tenía ningún sentido contárselo al resto de la familia. Éramos los únicos, aparte del tío Marco y la amiga de mi madre Jen, que habían hecho de testigos de su boda, que conocíamos la historia.

A mis hermanos les había dado bastante igual y no le habían dado la menor importancia a la historia, sin embargo a mí me había afectado y no dejé de pensar en ello durante semanas. Aunque en realidad me daba igual, ya no quería hablar de amor, últimamente ya no me interesaban los chicos, pasaba totalmente de todo eso. ¿De qué servía enamorarse si luego se morían cuando ya no podías vivir sin ellos? Le había pasado a mi abuela paterna y después a mi madre. Seguramente fuera algún tipo de maldición que había en la familia. Por eso lo tenía muy claro: ¡no pensaba enamorarme de nadie!

Cuando ya llevaba por lo menos una hora en el agua, consideré que ya estaba suficientemente tranquila para volver a enfrentarme a mi madre. Me dirigí hacia la casita, como llamábamos a nuestra pequeña casa apartada del viñedo y de la casa grande. Tendría que hacer algún tipo de trato con ella porque sabía que se iba a salir con la suya, al fin y al cabo era mi madre y yo, efectivamente, era menor de edad. Pero a lo mejor podía conseguir algo después de todo.

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Estás aquí? —En apenas unos segundos ya había recorrido la casa entera, era tan pequeña, pero no había ni rastro de ella—. Vaya, ahora resulta que no está.

Salí a buscarla, a lo mejor estaba en la casa grande, donde vivían mi tía

abuela Simona y algunos de mis tíos y primos. O quizá se había ido a correr. Era increíble que siguiera corriendo con lo mayor que era, aunque seguramente por eso seguía teniendo tan buen tipo. Lo más probable es que le pasara lo mismo que a mí, que cuando estaba enfadada o estresada necesitaba hacer ejercicio.

–Hola, Simona; ¿has visto a mi madre? –dije al ver a mi tía sentada en la terraza de la casa grande, la que daba a poniente.

El sol estaba escondiéndose tras el horizonte, y desde allí se podía contemplar las mejores vistas del viñedo. No podría despedirme de estas vistas, de ese olor permanente a uvas.

–La he visto pasar corriendo. Ya te lo ha dicho, ¿no?

–¿Tú lo sabías?

–Claro. Y creo que tiene razón. Le vendrá bien el cambio.

–¡Pues que se vaya ella!

–Creo que te vendrá bien a ti también.

–Jo, tía, es que no quiero separarme de vosotros y del viñedo. ¿Qué voy a hacer yo allí?

–Pues seguro que te lo pasas muy bien. Y tu madre te necesita.

Pero ¿por qué quería irse?, aquí por lo menos tenía trabajo y la academia la mantenía ocupada. ¿Qué iba a hacer en España para distraerse? ¿Qué haría con la academia? Supuse que no le preocupaba nada de todo eso, necesitaba un cambio. Y la verdad es que si lo pensaba un poco, dejando de lado mi egoísmo, podía entenderla. La casa se le debía venir encima sin papá, todo lo que había allí le recordaba a él.

Aunque me costaba reconocerlo, mi tía tenía razón, mi madre me necesitaba.



Si no, ¿qué haría ella allí sola?, se moriría de tristeza. Pero me daba miedo irme y tener que hacer nuevos amigos y decirle adiós a los míos. Y sobre todo a mi familia. A pesar de que mis hermanos y mis primos eran muy posesivos conmigo, les quería mucho y no me imaginaba mi vida sin ellos. Y además dejar a Simona sola con tanto hombre.

–Fran, no llores... –oí que me decía mi tía.

–¡No estoy llorando! –dije intentando secar mis lágrimas absurdamente.

–Conmigo no puedes fingir.

Me tiré en sus brazos. La adoraba ¿Cómo iba a vivir sin ella?

–Es que no quiero irme del viñedo. Me gusta vivir aquí, me gusta estar rodeada de vides... –continué hablando entrecortadamente a causa del llanto incontrolado– y de vosotros.

–No es un adiós definitivo, piensa que solo te vas unos meses, en Navidades estarás aquí y en verano también. Hazlo por tu madre... Por lo menos pruébalo, seguro que si después de este año no estás contenta, podrás volver.

–¿Tú crees?

–Seguro que sí. Ya te tocaría decidir qué quieres estudiar y dónde... puedes hacerlo aquí en Italia, en España o incluso en Estados Unidos.

–Bueno, si solo es por un año...

–Habla con tu madre, seguro que puedes convencerla.

–Gracias, tía. ¡Te voy a echar tanto de menos! ¿Qué vas a hacer con esta panda de brutos?

–Ah, no te preocupes por mí. Yo tengo que vigilar a tus hermanos y a tus primos. Además no soy la única mujer por aquí, están mis nueras.

–Pero no viven aquí.

–Bueno, vete a buscar a tu madre.

Le hice caso y volví a casa. Mi madre ya había vuelto de correr y estaba sentada en el porche tomando un vaso de agua con hielo, por el pelo mojado deduje que se acababa de duchar.

–Mamá.

–Dime.

–Iré contigo, pero si no me quiero quedar a estudiar allí la carrera, me dejarás volver.

–Claro. No te voy a tener presa toda la vida. Solo quiero que acabes el instituto y luego podrás decidir lo que quieres estudiar y dónde.

–Gracias, mamá –dije aliviada.

Lo que más rabia me daba era que me iba a perder la vendimia de este año, y sería la primera vez que no estaría. A pesar de que en otros viñedos llevaban algunos años usando nuevas tecnologías para seleccionar las uvas, nosotros seguíamos trabajando a la antigua usanza. Seguíamos contratando gente en época de vendimia, aunque no tanta como antes.

Desde que cumplí doce años acompañaba a mi padre, mi hermano Pedro y mi primo Paolo en la labor de selección de uvas. Mi padre siempre me decía que tenía muy buen ojo y que me parecía a él. Nuestra relación siempre había sido muy especial y yo tampoco podía vivir sin él. Con mi madre era distinto, chocábamos bastante. Mi madre decía que era porque nos parecíamos demasiado, pero a mí no me lo parecía. ¡Éramos totalmente distintas!

## **Septiembre**

El resto de la semana que nos quedaba antes de irnos fue una constante fiesta

de despedida con mis amigos y el día antes con mi familia al completo, además de Nicola e Isabella. Nicola era el amigo de mi madre con quien compartía la academia de idiomas y música e Isabella era su mujer. Ella, Simona y yo éramos las únicas mujeres que trabajábamos en el viñedo. La verdad es que entre mis hermanos, primos y tíos, éramos unos cuantos.

La comida la habíamos preparado entre mi madre, Simona y yo. Me encantaba cocinar, seguramente me parecía a mi padre, o al menos eso decía mi madre. Ella cocinaba muy bien también, pero mi padre tenía mucha más imaginación y él me había enseñado casi todo lo que sabía. Siempre me había encantado cocinar con él, era tan paciente que siempre te explicaba las cosas con mucha tranquilidad. Era una de esas personas que te transmitían serenidad, y era con el único que conseguía relajarme o desahogarme. ¡Cómo le echaba de menos! No me gustaba pensar mucho en él porque acababa poniéndome muy triste, pero no podía evitarlo. Quizá a mí también me viniera bien cambiar de aires después de todo.

Al día siguiente llegó el momento de despedirme de mis hermanos en el aeropuerto; no sabía que eso fuera a ser lo más duro de todo.

–Hermanita –me dijo Pedro revolviéndome el pelo, rizado y largo–. ¿Qué vamos a hacer sin ti? No tendremos a nadie a quien vigilar...

–¡Muy gracioso!

–No, en serio, te voy a echar mucho de menos –me dijo muy serio. Y de repente me sorprendió con un fuerte abrazo.

No es que mi hermano no fuera cariñoso, pero tampoco solíamos ir por ahí abrazándonos. Quizá no te dabas cuenta de lo que tenías hasta que tenías que irte lejos. Y no era que España estuviera lejos, pero por lo menos este año no viviríamos juntos, ni cenaríamos juntos, ni iríamos a comprobar el estado de los depósitos de fermentación, ni... Y además, ¿qué iban a comer a partir de

ahora? Los dos sabían cocinar perfectamente, pero eran capaces de comer solo bocadillos con tal de no trabajar. Menos mal que Simona estaría allí y seguro que estaría pendiente de ellos.

–¡Qué suerte tienes, Fran! Cómo me gustaría irme de aquí –me dijo Marco en el oído mientras Pedro se despedía de mi madre.

–¿Pero qué dices? ¿No te gusta esto? –le contesté, incapaz de creerme lo que me estaba diciendo.

–Sí, pero me encantaría irme como tú a otro país. Me gusta el viñedo, pero me gustaría probar otras cosas. No quiero quedarme aquí toda la vida.

–No lo sabía Marco. Yo, en cambio, daría lo que fuera por quedarme aquí.

–¡Qué pena que no podamos intercambiarnos!

–¿Por qué no hablas con mamá? Seguro que a ella no le importa.

–Sé que mamá no pondría ningún problema, pero ahora no es un buen momento... y no quiero dejar solo a Pedro.

–Bueno, eso es verdad. Pero en algún momento tendrás que hacer tu vida.

–Gracias. Cuídate mucho. Ah, y ojo con los españoles... ya no estaremos para protegerte.

–¡Menos mal! Por fin me libero de vosotros –dije dándole un abrazo y rompiendo a llorar a pesar de haber intentado evitarlo.

Todo estaba siendo más duro de lo que había pensado. Nunca imaginé que lo que más me iba a costar era despedirme de mis hermanos, pero estaba siendo así. Los amigos son amigos, o quizá dejan de serlo más adelante, pero la familia es algo muy valioso, sobre todo cuando, después de la muerte de tu padre, estás más unido que nunca.

Durante el corto viaje a Madrid, mi madre y yo apenas intercambiamos alguna

palabra; estábamos las dos demasiado tristes para hablar. Además, a medida que nos acercábamos a nuestro destino, me iba enfadando más y más con ella. ¿Por qué tenía que irme a España? ¿Quería quedarme con mis hermanos en el viñedo! Sinceramente dudaba que la lejanía nos ayudara a olvidar a papá, lo dudaba mucho. A lo mejor en unos meses se daba cuenta de la estupidez que había cometido y nos volvíamos a Frascati.

Cuando aterrizamos en Madrid, mi tía Alejandra y mi prima María estaban allí esperándonos.

–¡María, Fran! ¡Qué alegría que estéis aquí! –dijo muy emocionada Alejandra dándonos un abrazo a cada una.

Siempre me había encantado mi tía Alejandra, era muy apasionada y vivía todo intensamente. En cambio, su hija María no se parecía nada a ella, era más introvertida. A pesar de que tenía cinco años más que yo, siempre habíamos conectado muy bien, seguramente porque las dos éramos un poco tímidas. Mi prima era una belleza: alta, rubia, ojos azules y un tipo increíble. A su lado era imposible destacar lo más mínimo, pero no me importaba. Aunque yo era muy alta también, incluso más que mi madre, y delgada, mi físico era justo el contrario que el de mi prima: morena, pelo rizado y ojos verdes. Mi madre decía que era igual que mi padre. Me encantaba parecerme a él y tener su color de ojos. Lo único que no entendía era de dónde había sacado el pelo rizado. ¿Por qué demonios no había heredado el pelo liso de mi madre como Marco y Pedro?

Hasta que encontráramos una casa, nos íbamos a quedar a vivir en casa de mis abuelos. Tenían una casa preciosa antigua de granito, aunque por dentro tenía todas las comodidades, y lo mejor era que había piscina. A mi abuelo siempre le había interesado mucho la tecnología y la casa estaba equipada con los últimos avances. En cambio, nuestra casa de Frascati era totalmente anticuada,

seguramente de las únicas que quedaban. A mi madre jamás le había interesado la tecnología y las pocas cosas modernas que teníamos, era gracias a mis hermanos.

Tan solo me quedaba el fin de semana libre antes de empezar mis clases. Mi familia de España no era muy diferente de la de Italia y ya nos habían organizado una fiesta de bienvenida en casa de mis abuelos. Vendrían todos: mis tíos Juan, Luna y Alejandra con sus parejas y sus hijos, además de Elena, una amiga de mi abuela que era como si fuera mi tía. Estuve ayudando a mi abuela Pilar con la cena, era una gran cocinera y aunque conocía muchos de sus platos a través de mi madre, quería aprovechar para aprenderlos todos.

Habíamos colocado la comida y la bebida en la mesa de la terraza. Era una terraza que se abría en verano y se cerraba en invierno. Era bastante amplia y desde allí se podía contemplar el jardín, lleno de prunos y encinas, y la piscina, que usaría tanto a partir de entonces. El jardín era muy bonito, aunque estaba un poco seco después del verano tan caluroso que estaba haciendo. A estas alturas estaba acostumbrada a la sequedad y las elevadas temperaturas de Madrid pero echaba de menos la suave y agradable temperatura de Frascati.

–¡Estás guapísima! Aunque deberías ponerte ropa más provocativa con ese tipo tan ideal que tienes –me dijo Elena, la amiga de mi abuela, nada más verme.

–Es que no me gusta llamar la atención –dije sonriendo.

–¡Bua! ¡Eres igual que tu madre!

–No me parezco nada a ella.

–¡Ya! ¡Eso te crees tú! Sois iguales. Yo, si hubiera tenido vuestro cuerpo, vamos, me habría puesto unos vestidos ajustados de morirte –dijo riéndose.

Elena era definitivamente divertidísima, siempre con la sonrisa en la boca. Ya se me había pasado el enfado del día anterior. Después de todo tampoco se estaba tan mal aquí, me gustaba mucho mi familia española.

–Mamá, ¿qué has hecho al final con la academia? –me acerqué a ella con una copa de vino. Me sentía un poco mal por no haberle dirigido la palabra el día anterior.

–Ah, ya me hablas...

–Sí, siento haber estado tan callada ayer.

–Bueno, no pasa nada. Es normal que te enfades conmigo por haberte hecho venir aquí. Nicola no me dejó que le vendiera mi parte –dijo, cambiando de tema–. Me dijo que seguiríamos igual que hasta ahora, como si estuviera allí trabajando, y que ya hablaríamos dentro de un año.

–Ah, entonces bien ¿no?

–Sí, mejor, ya pensaré más adelante qué hacer.

–¿Y qué vas a hacer aquí para entretenerte?

–Por ahora echar una mano por aquí, el abuelo está un poco mayor como habrás visto. Y hace veintisiete años que no estoy aquí durante más de tres semanas seguidas.

Me quedé pensativa. Claro, desde que mi madre se fue a Italia a estudiar, ya no había vuelto a vivir en Madrid y, aunque habían pensado en varias ocasiones en volver a España, al final no lo habían hecho, nunca era un buen momento. Y ahora que no estaba mi padre, todo había cambiado.

Me fui a buscar a mis primas María y Natalia, que estaban sentadas con mi tía Luna. ¡Era toda una novedad estar rodeada de chicas! Aunque no podía evitar echar mucho en falta a mis hermanos. Jamás me habría imaginado que les iba a

echar tanto de menos. Después de todo no sabía cómo iba a poder vivir sin ellos.

Sin darme cuenta ya era lunes y me encontraba en la entrada de mi nuevo instituto. Aunque estaba algo nerviosa, el hecho de saber que no me haría ningún amigo en el último año, me daba cierta tranquilidad. No tendría que esforzarme demasiado y menos sabiendo que solo estaría aquí un año. Había decidido ir en bici hasta allí; no estaba tan lejos de casa de mis abuelos y así hacía un poco de ejercicio. Hasta que cumpliera dieciocho años y me pudiera sacar el carnet, tendría que desplazarme en bici o en transporte público. Me di cuenta que la gente me miraba de una forma extraña. ¿Tendría que ver el hecho de que todos iban en moto y yo era la única infeliz que había venido en bici? ¡Esto sí que era un buen comienzo! Si seguía así, pronto tendría miles de amigos.

–Buenos días a todos. Como algunos ya sabéis, me llamo Marcos y soy vuestro tutor. Antes de nada os quiero presentar a una nueva estudiante que tenemos este año.

Genial, ya empezamos con las presentaciones.

Era un hombre elegantemente vestido y bastante atractivo a pesar de tener algunas canas.

–Fran, levántate, por favor.

Me levanté muy a mi pesar.

– Se llama Fran Kell y ha venido de Italia, pero habla perfectamente español puesto que su madre es de España, de este pueblo, por cierto. Fran, ¿quieres decir algunas palabras?

Negué con la cabeza.

–Entonces, puedes sentarte. Bien, pues os contaré cómo funciona este



programa al que os habéis apuntado. Como ya sabéis se llama Talent Search.

¿De qué demonios hablaba? Mi madre no me había contado nada.

—Si comprobáis ahora vuestras pantallas, veréis que os acabo de enviar una lista de posibles talentos. La idea es que elijáis como máximo tres talentos y como mínimo dos. Si elegís tres, tendréis tres trimestres, tres meses por cada talento; si por el contrario elegís dos, tendréis la mitad de tiempo para cada uno de ellos. Tendréis hoy y mañana para estudiar las distintas opciones, el miércoles por la mañana me enviaréis vuestras elecciones. La idea de este programa es encontrar vuestro talento, en qué sois buenos y a qué os gustaría dedicaros. De esta manera podréis elegir con más acierto vuestros estudios de grado. Si andáis un poco perdidos, podéis meteros en hacer test de talentos: el programa os hará una serie de pruebas y preguntas para indicaros cuáles pueden ser vuestros talentos. De cualquier manera, yo os puedo orientar también y estoy a vuestra disposición estos dos días. Además del talento, tendréis que indicar en qué idioma lo queréis hacer. Este viernes os llegará información de a qué centro tendréis que ir durante los siguientes meses de lunes a jueves. Todos los viernes de cada semana, sin embargo, vendréis aquí y pondremos en común lo que habéis aprendido durante la semana. El mes de junio no hará falta venir a clase, pero tendréis que entregar al final del mes vuestra memoria de cada talento y una conclusión de con cuál de ellos os quedáis o si, por el contrario, no os quedáis con ninguno. Pero eso ya lo veremos más adelante. ¡Pues manos a la obra! Podéis empezar ya a investigar. Tenéis suficiente información sobre cada uno de los talentos y lo que haríais durante el curso.

Guau, esto sí que molaba.

Sabía que desde hacía unos pocos años se estaban implementando estos cambios en la educación, pero no sabía que me tocaría a mí y menos todavía

que se llevaran a cabo en Torrelodones. Estaba totalmente sorprendida.

Miré mi pantalla. La lista era interminable. Me fui parando en las que me interesaban, pero antes de seguir, decidí buscar lo que más me apetecía de todo, aunque no creía que fuera a tener tanta suerte. La E... Enología. ¡No me lo podía creer! ¡Estaba! Definitivamente ese iba a ser uno de mis talentos. A ver, ¿qué más me gustaba? Me gustaba cocinar, pero dedicarme a ello sería otro tema. De cualquier forma miré la información que venía en Gastronomía y era bastante interesante. Bueno, primero miraría más opciones... Me gustaba nadar, el deporte en general.... Pero quizá preferiría seguir haciéndolo como un hobby, no dedicarme a ello... ¿Qué más podría hacer? También me gustaban mucho los masajes, Fisioterapia podría ser otra opción. La literatura me encantaba, Taller de Literatura podría gustarme también.

Desde que aprendimos a leer, mi madre nos había inculcado el amor a la lectura. Cuando éramos pequeños nos solíamos tumbar los tres con ella en su cama después de cenar y cada uno leía su propio libro. Esos momentos eran muy especiales para mí. Ninguno de los tres habíamos escapado a la magia de los libros y los tres éramos unos grandes lectores. Me gustaban tanto los clásicos como la novela moderna. Mis hermanos preferían la fantasía, sin embargo yo, aparte de un clásico como Harry Potter, que me encantaba, solía decidirme por novelas más realistas. Nuestra pequeña casa de Frascati estaba repleta de libros, y los que no nos cabían los llevábamos a la biblioteca de la casa grande.

Debía haber mucha gente indecisa que necesitaba orientación, porque comenzaron a salir unos cuantos hacia el despacho del tutor. Yo no iba a necesitar ayuda, me decidiría entre las opciones que ya había encontrado. Y en cuanto al idioma, lo tenía clarísimo: elegiría el inglés. Ya no estaba mi padre para practicar y como con mis hermanos hablaba siempre en italiano, ya no

tenía con quien hablar en inglés. Mi madre lo hablaba perfectamente, pero siempre hablábamos en español y me sentiría ridícula hablando en inglés con ella.

A pesar de mi mal comienzo por el tema de la bici, estaba encantada con mi nuevo colegio, aunque no por la gente; por ahora no había cruzado ninguna palabra con nadie, sino por el programa. Cuando salí de clase, después de haber profundizado en cada uno de los talentos que me interesaban, me fui pedaleando a toda velocidad hasta casa de mis abuelos. Estaba deseando hablar con mi madre sobre el programa de talentos.

–Hola –dije al entrar por la cocina, por donde siempre entrábamos en casa de mis abuelos.

–Hola–me dijo mi abuela, que estaba terminando de hacer la comida.

Olía deliciosamente.

–Mmmm qué bien huele. ¿Qué has hecho?

–Judías verdes y filetes rusos.

–Me encanta. ¿Y mi madre?

–No ha venido todavía.

–¿Dónde ha ido?

–Ha ido a hacer unos recados.

–Ah.

Ayudé a mi abuela a terminar la comida. Me había propuesto aprender cada una de sus recetas, pero tendría que hacerlo los fines de semana, ya que, a estas horas, ya había terminado prácticamente de prepararlo todo ella sola. Después de comer con mis abuelos intenté llamar a mis hermanos, pero no conseguí localizarles; ¿qué estarían haciendo? Como no sabía muy bien qué

hacer y tendría que esperar a que hiciera menos calor para nadar, decidí seguir investigando sobre los talentos.

–Hola, Fran –dijo mi madre al cabo de un rato.

–Hola–dije entusiasmada.

Necesitaba hablar con ella.

–¿Qué tal tu día?

–Estaba deseando contártelo. ¡Me han encantado las clases! ¿Por qué no me habías dicho nada del programa?

–Quería que fuera sorpresa. Tantos años con tu padre y se me ha pegado lo de las sorpresas.

A mi padre siempre le había apasionado sorprendernos, sobre todo a mi madre. Pero, ¿Por qué tenía que sacar el tema de mi padre, para un día que estaba de buen humor?

–Me alegro mucho de que te guste.

–Gracias –dije secamente.

Mi madre había conseguido en apenas unos segundos que me diera un bajón. ¡No quería que hablara de él a todas horas! ¿No podía entenderlo? Siempre lo mencionaba de una forma tan natural, como si siguiera viviendo. ¿Cuándo se iba a dar cuenta de que ya no estaba con nosotras y que no quería pensar en él a todas horas? Lo único que conseguía era entristecerme.

–Bueno, voy a seguir estudiando.

–Claro, luego te veo –dijo cerrando la puerta de mi nueva habitación temporal.

En realidad me sentía mal; mi madre no tenía la culpa de que no fuera capaz de hablar de él como ella, con tanta naturalidad. ¿Es que no le dolía hablar de él?

A mí, sí. Tendría que hacérselo entender en algún momento. Quizá debería explicárselo en vez de enfadarme y dejar siempre las conversaciones sin terminar. Aunque era mucho más fácil así, de esa manera evitaba un drama. No podía soportar ver a mi madre llorar más, estos años había llorado demasiado y yo también. Los que casi no lloraban nunca eran mis hermanos, no entendía cómo podían no desahogarse.

Sonó mi flexitablet. Era mi hermano Pedro que me llamaba por vídeo. Vi que estaba en la cocina de nuestra casita. ¡Qué envidia me daba! Me habría gustado tanto estar allí con él y poder ir a la bodega a trabajar un rato.

–Hola, Fran. Me has llamado, ¿verdad?

–Sí, pero ahora ya no me acuerdo de para qué.

–Ya. ¿Qué te pasa? –dijo con voz de que sabía perfectamente que algo me pasaba.

–Nada.

Mi hermano Pedro era como mi padre, siempre sabía cuándo nos pasaba algo a mi madre o a mí, era muy observador. Sin embargo, Marco era menos perspicaz.

–Dímelo.

–Mamá me vuelve loca.

–Ah –dijo riéndose–, pero eso es normal. Siempre estáis igual.

–Es que no para de hablar de papá y yo no puedo...

–Entiendo. Pero ella necesita hablar de él.

–Pero yo no.

–Uf, no sé, prefiero no meterme en esto. Tenéis que solucionar vuestros

problemas vosotras mismas.

–Gracias, eres de gran ayuda.

–¿Qué tal el colegio? –me preguntó, cambiando radicalmente de tema.

–Muy bien. Mamá me ha apuntado en un programa muy chulo que se llama Talent Search.

–Lo sé.

–¿Sí? O sea, que lo sabía todo el mundo menos yo –dije un poco molesta.

–Sí, me temo que sí. ¿Le has dado las gracias a mamá? Le ha costado mucho conseguir matricarte porque ya no había plazas.

–¿Sí? No lo sabía.

–Pues ya tienes una razón para comenzar una conversación con ella. Por cierto, quería pedirte un favor.

–Dime.

–¿Estás libre el fin de semana que viene?

–No, lo siento. Estoy ocupada con los millones de amigos que tengo –dije con tono sarcástico.

–Muy graciosa. Marco y yo iremos a veros.

–¿De verdad? –dije muy ilusionada.

–Sí, tenemos la Wine Week. Es de jueves a domingo, pero yo me tengo que volver el sábado. Quería pedirte que me sustituyeras el sábado y el domingo.

–¡Por supuesto! Me encantaría.

–Sabía que podría contar contigo. Ah, y podías pedirle a María que te acompañara también, aunque solo sea por las mañanas.

–Vale, pero ella no sabe nada de vino.

–Ya, pero si estáis las dos atendiendo, se llenará de público masculino.

–Eso es un comentario muy machista.

–Lo sé, pero es cierto, las dos sois guapísimas.

–Gracias por el piropo, pero ya no me hace tanta ilusión ir.

–Lo siento, no pretendía que sonara así. ¿Cuento contigo aunque sea un hermano machista?

–Bueeeeno, pero solo porque me apetece veros.

–Grazie piccola sorella. Ci vediamo la settimana prossima.

–Ciao Pedro.

Al oír su voz me había dado cuenta de cuánto me apetecía verles, y eso que solo llevaba aquí cuatro días. Por lo menos la semana siguiente podría verles a los dos. El día no estaba siendo tan malo después de todo. Aunque aún me quedaba darle las gracias a mi madre por haberme apuntado al Talent Search; pero lo dejaría para otro momento más adecuado, cuando surgiera la conversación de nuevo.

El resto de la semana pasó un poco lenta, pero por fin llegó el viernes. Cuando estaba aparcando la bici delante de mi nuevo instituto, se acercó un chico que juraría haber visto en mi clase. Me sorprendió que alguien me dirigiera la palabra a pesar de verme en bici.

–Hola. Fran, ¿verdad?

–Sí.

–Soy Juan Pedro. Estamos en la misma clase.

–Encantada.

–¿Qué tipo de nombre es Fran?

–En realidad es Francesca, pero prefiero usar Fran, es más fácil y más corto.

–Ah, bonito nombre.

–No hace falta que mientas –dije sonriéndole.

–¡Me has pillado! Pero bueno, Juan Pedro tampoco es que sea muy bonito –  
dijo riéndose.

Era un chico muy agradable y bastante guapo, moreno con los ojos medio  
verdosos.

–No, la verdad es que no –dije riéndome también.

–Puedes llamarme JP, así me llaman mis amigos.

Me apetecía hacerme algún amigo en el colegio; solo esperaba que no quisiera  
intentar ligar conmigo, porque no me apetecía nada ningún rollo amoroso.  
Fuimos andando juntos a clase.

–Hoy nos dicen por fin dónde tendremos que ir a partir de ahora.

–Sí.

–¿Cuál ha sido tu primera elección de talento? –me preguntó.

–Enología.

–¡Qué original!

–¿Y el tuyo?

–Fotografía.

–Ah, mira, ese me gusta también. No lo había pensado.

–¿Y cómo es que habéis venido a vivir aquí?

Ya empezábamos con las preguntas personales.



–Porque me interesaba este programa y mi madre es de aquí de toda la vida –  
medio mentí.

–Ah.

Dejamos de hablar porque nuestro tutor acababa de entrar en el aula.

–Bueno, chicos, si miráis vuestras pantallas podréis ver que ya tenéis la información de a dónde tenéis que ir a partir del lunes que viene. Me ha alegrado ver que muchos habéis elegido otros idiomas. Hoy vamos a ver un poco qué tenéis que ir preparando a lo largo de los próximos meses porque, como ya os dije, tendréis que escribir una memoria de lo que vayáis aprendiendo y experimentando. Es una memoria creativa; no solo tendréis que apuntar lo que aprendéis, sino también vuestra opinión y proponer ideas para mejorar. Tendréis que hacerlo semanalmente, así el viernes, cuando pongamos nuestras ideas en común, podremos ver si vais por buen camino.

Siguió hablando y contándonos como tendríamos que hacer las cosas a partir de ese momento. Al salir de clase Juan Pedro se acercó de nuevo a mí.

–¿Tienes algún plan este fin de semana?

–Yo...

–Lo digo porque mañana por la noche hay una fiesta en casa de un amigo, por si te apetece venir.

–No sé, no conozco a nadie

–Me conoces a mí y además puedes traerte a quien quieras.

Pensé en quién podría llevar a la fiesta. ¿A mi madre? ¿A mi abuela? ¿A mi prima cinco años mayor que yo o a mi otra prima tres años mayor que yo? Seguro que les entusiasmaría la idea de ir a una fiesta de chicos de diecisiete años.

–No tengo a nadie a quien llevar –confesé.

–Bueno, pues vente tú. Si cambias de opinión, te acabo de pasar mi contacto.

Miré mi muñeca. Efectivamente, salía su nombre y su apellido y ponía ¿aceptar contacto?

–Es a las 9, luego te paso la dirección; es aquí, en Torre. Si quieres te puedo pasar a buscar. Anímate, ¿vale?

–A lo mejor lo hago. Muchas gracias Juan Pedro, digo JP.

¡Qué chico más encantador! Seguramente me había invitado porque le daba pena verme tan sola. Pero a mí no me importaba demasiado. Bueno, quizá sí; echaba de menos a mis amigos. Pero, por lo menos, ya tenía un posible plan. Decidí darle a aceptar el contacto.

Mi madre estaba colocando la comida en la mesa de la cocina cuando entré por la puerta.

–Hola mamá.

–¿Qué tal hoy?

–Muy bien –dije sonriendo.

Hoy había sido el mejor día de todos, seguramente porque, en cierta forma, al haberme hablado una persona podía decir que empezaba a formar parte de la sociedad.

–¿Dónde tienes que ir finalmente el lunes?,

–Pues tengo que ir a Carolina University.

–Estupendo. ¿Te apetece que hagamos algo hoy?

–Claro. Por cierto, me han invitado a una fiesta mañana.

–¡Eso es estupendo! ¿Vas a ir?

–Todavía no lo sé, solo conozco al chico que me ha invitado.

–Bueno, es un comienzo. ¿Vamos de compras?

–Mamá –la miré extrañada–, ¿estás enferma? ¡Si odias ir de compras!

–Ya, pero a ti no te disgusta tanto. A lo mejor podemos comprar algo para tu fiesta.

–Voy a ir en vaqueros; tampoco creo que haya que ir muy arreglado. Pero, si quieres, vamos de compras durante veinte minutos, que es lo que duras.

–No me quejaré, lo prometo.

–Vale, ¿podemos ver una peli después?

–¿En el cine o aquí?

–Aquí, pero que no sea Memorias de África por favor.

–La que tú quieras.

–Mamá, muchas gracias por haberme apuntado a este curso. Me gusta.

–Gracias, Fran –dijo abrazándome.

Normalmente, me ponía nerviosa que me abrazara, pero, no sabía por qué, en ese momento no me importaba. La verdad es que la quería mucho a pesar de nuestras diferencias y nos vendría bien pasar el resto del día juntas.

Al día siguiente me llegó un mensaje de JP diciéndome que si quería me recogía en mi casa. Le di a enviar mi ubicación. Iría, aunque solo fuera por agradecerle estar tan pendiente de mí. Si me aburría, me escabulliría y listo. Era una experta en desaparecer sin que nadie se diera cuenta.

Todavía hacía bastante calor, así que me puse una minifalda y el top que me había comprado el día anterior. Me pinté los ojos y los labios y me puse perfume. Hoy había podido nadar un montón en la piscina de mis abuelos y,

aunque era bastante más pequeña que la de Frascati, por lo menos había conseguido relajarme un poco. Mis primas me habían llamado por si quería salir con ellas, pero les dije que tenía un plan de diecisiete años, aunque estuve tentada de cancelarlo e irme con ellas, al fin y al cabo sería mucho más sencillo para mí. No sabía si tendría que cenar antes de ir, pero, siendo tan pronto la fiesta, pensé que habría comida. Por si acaso, le mandé un mensaje.

<¿Llevo algo?>

<No, no te preocupes. Estoy en cinco minutos>

<Ok>

–Fran, así vas guapísima –me dijo Elena al verme salir por la puerta.

–Gracias, Elena.

–¡Que lo pases bien! –me dijo mi abuela Pilar.

–Lo mismo vengo dentro de media hora –dije un poco desanimada.

–Como vengas tan pronto, te llevo yo misma de vuelta a la fiesta –dijo Elena.

Me reí, aunque pensé que sería capaz de hacerlo, así que tendría que hacer lo imposible para no aparecer hasta pasadas unas horas.

Salí a la calle y me sorprendió ver que JP me estaba esperando en un coche en lugar de en una moto, como me esperaba.

–Hola –dije en cuanto abrí la puerta del coche–. ¡No sabía que condujeras!

–Bueno, es que tengo dieciocho años.

–Ah. Qué suerte –dije sentándome en el lado del copiloto.

–¡Estás muy guapa! –dijo mirándome de arriba abajo.

–Gracias. ¿Quién va a la fiesta? –pregunté para no darle demasiada importancia a su comentario.

–Bueno, no somos muchos, solo la pandilla.

–Me da un poco de vergüenza, no conozco a nadie.

–Pues así les conoces. Además estaré contigo, no te preocupes. Vamos a casa de Álvaro; sus padres se han ido el fin de semana, con lo que estaremos solos.

–Ah, genial.

–¿Qué solías hacer en Italia?

–Pues salir por Frascati con mis amigos. También tengo una pandilla de chicos y chicas.

–¿Les echas de menos?

–Sí, mucho, pero sobre todo a mis hermanos.

–¿No se han venido contigo?

–No, son mayores y además tenían que quedarse en el viñedo.

–¿Tenéis un viñedo? –preguntó sorprendido.

–Sí.

–¡Qué chulo! ¿Es divertido?

–Sí, a mí me encanta: sobre todo la fiesta que hacemos después de la vendimia.

–Pues sí que te tiene que gustar este programa para haber dejado a tus hermanos, tus amigos y el viñedo.

Claro, él pensaba que había venido por el programa.

–Sí, bueno, pero solo será un año.

–¿Solo has venido por un año?

–En principio, sí.

–Ah, no lo sabía –dijo algo apenado–. Ya hemos llegado.

Paramos delante de un chalet de ladrillo bastante grande y lujoso. JP me parecía un chico bastante encantador, pero esperaba no gustarle; solo quería hacer amigos, nada de novios. Además, aunque era muy guapo, no me sentía atraída por él.

–¡Qué perro más bonito! –dije al ver un Golden Retriever moviendo la cola.

–Se llama Max.

–¡Me encanta! Me gustaría mucho tener un perro.

–¿Nunca has tenido uno?

–No, en el viñedo no quieren que haya perros comiéndose las uvas.

–Ah, claro. Aquí casi todo el mundo tiene perros.

Fuimos al porche y JP me presentó a sus amigos. Había otros tres chicos y tres chicas. La casa tenía una piscina preciosa, iluminada con focos. Hacía una noche fantástica y no soplaba ni una brizna de aire. Habían puesto música. Me di cuenta que tendría que haber cenado antes porque no veía comida por ningún sitio. ¿Es que esta gente no comía?

–Fran, ¿qué quieres beber? –me preguntó JP.

–Vino.

Me miró con cara de sorpresa.

–Lo siento, no hay vino.

–Ah, pues cerveza.

–Intentaré que haya vino la próxima vez.

–No te preocupes, no me acostumbro a que la gente de mi edad no suele beber vino.

Mientras JP iba en busca de mi cerveza, me senté con las tres chicas, que estaban cómodamente hablando en unos sillones de mimbre. A primera vista parecían simpáticas.

–Fran, nos ha dicho JP que estás con él en el programa del talent search.

–¿Vosotras no estáis?

–No, solo está él. No es fácil entrar. Se valoran mucho los idiomas y haber hecho algún proyecto o trabajo creativo. ¿No lo sabías? –me dijo Marina, o al menos creía que ese era el nombre que me habían dicho al presentármela.

–No, en realidad me apuntó mi madre, yo no sabía nada.

–Tu cerveza –dijo JP muy serio, apareciendo de la nada.

¿Habría oído lo último que había dicho? En cuanto vi que se había alejado supe que sí.

Mierda, ya la había liado; además con la única persona agradable que ha intentado ayudarme. No sabía por qué me metía en no decir la verdad, porque no se me daba nada bien. A Juan Pedro le había dicho que había venido a España por el programa y ahora sabía que había mentido, o a él o a sus amigas.

Me disculpé y fui a buscarle. Le seguí por el jardín hasta que logré alcanzarlo a la altura de la piscina.

–Lo siento JP.

–¿Por qué me has mentido?

–Porque no quería hablarte de la verdadera razón por la que hemos venido.

Me miró con cara de “¿Y es?”.

Lo mínimo que se merecía era la verdad.

–He venido porque mi madre me ha obligado; yo no quería venir. No sabía nada del programa hasta el primer día de colegio.

–¿Y por qué quería venir tu madre?

Suspiré.

–Porque necesitaba cambiar de aires para poder olvidar a mi padre.

–Ah, la ha dejado.

–No, mi padre nunca la hubiera dejado, la quería muchísimo. Nunca he visto a nadie que se quisiera tanto como ellos. Murió hace tres años.

–Ah, lo siento mucho –dijo acercándose a mí.

Di un paso atrás sin poder evitarlo. Supuse que era una reacción inconsciente ante la posibilidad de que se me acercara un chico prácticamente desconocido para mí. No quería que nadie me consolara. Marina nos salvó de esa situación un tanto incómoda al venir a buscarnos en ese preciso momento.

–Ah, estáis aquí. Estábamos pensando en pedir algo para cenar.

–Ah, menos mal, pensaba que no comíais –dije sin siquiera pensar lo que estaba diciendo.

Ambos se rieron.

–¿Pensabas que no habría comida? –preguntó JP.

–Es que como no veía nada, pues pensé que habríais cenado todos. Si llego a saberlo hubiera preparado algo de cenar.

–¿Sabes cocinar? –preguntó Marina sorprendida.

–Sí, me encanta cocinar.

–JP, has hecho un buen fichaje, ¡alguien que cocina! –dijo Marina riéndose.

–Sí, increíble –comentó Juan Pedro mirándome algo triste.



–¿No cocina nadie?

–Me temo que no –dijo Marina.

El resto de la noche fue mejorando más y más, a pesar de mis dos meteduras de pata con Juan Pedro. Creo que no le había sentado muy bien que me separara de él de esa manera tan brusca cuando intentó acercarse a mí, pero el tema de mi padre era muy delicado.

Marina me pareció una persona bastante interesante, aunque al principio me dio la sensación de que yo no le gustaba mucho a ella, pero al final de la noche decidí que había sido una falsa impresión. Era una belleza un tanto exótica, morena con el pelo negro y rizado, y unos ojos negros rasgados preciosos.

Cuando JP me acercó a casa seguimos hablando animadamente, como si nada hubiera pasado, aunque yo sabía que no le había hecho mucha gracia mi reacción, pero prefería no decirle nada. ¿Qué le podía decir? ¿Que no me sentía atraída por él y que de cualquier forma me había propuesto no tener ninguna relación sentimental? ¿Que no quería salir con ningún chico? La vida era una pura ironía, ahora que no tenía a mis hermanos y primos vigilándome y que podría salir con quien quisiera, era yo la que no quería quedar con ningún chico.

## 2% vol

El lunes, a las nueve en punto, estaba en la universidad para comenzar mi primer taller. Me dirigí al aula que me habían asignado y cuando entré me di cuenta de que era la primera en llegar. Era un aula muy pequeña; imaginé que no había mucha gente interesada en Enología, después de todo. A los pocos minutos comenzaron a llegar algunos de los alumnos, pero al final no éramos más de diez personas.

Cuando ya pensábamos que nuestro profesor no vendría, entró por la puerta una chica bastante joven.

—Hola —comenzó a hablar en inglés, aunque no era inglés americano como me habría gustado, sino británico—, soy Christine Roberts. Siento comunicaros que vuestro profesor no llegará hasta el lunes próximo y mientras tanto yo le sustituiré.

Esperaba que nuestro profesor fuera mejor que esta chica, porque si no, no iba a aprender nada que no supiera ya. Se notaba que no tenía mucha idea de lo que decía, hasta yo podría dar mejor la asignatura. Daba la impresión que se había preparado la clase el fin de semana en plan emergencia. ¡Menuda decepción! Al salir de la clase, oí a algunos compañeros comentar que no les había gustado nada la profesora; por lo menos no eran imaginaciones mías. El jueves decidí que no iría a clase; total, para escuchar a la sustituta hablando de cosas que sabía desde que tenía ocho años, mejor no perdía el tiempo. Además, venían mis hermanos y así podría darles una sorpresa acompañando a mi madre a buscarles al aeropuerto.

—¡Mamá! ¡Fran! —dijo Marco dándome un abrazo—. ¿Haciendo pellas ya tan

pronto? –añadió partido de risa.

–Sí, hay una profesora sustituta que sabe menos que yo.

–Eso suena muy pedante, Fran –me dijo Pedro dándome un super abrazo.

–Mejor sonar pedante que machista.

Puso cara de “ya habló la sabionda de mi hermana”.

–¿Os llevo directamente a la feria? –preguntó mi madre mirando a mis hermanos.

–Sí, por favor. Ya que no vas a ir a clase, ¿te quedas con nosotros, Fran? –preguntó Pedro.

–No hay nada que me apetezca más.

–¡Genial! –dijo Marco cogiéndome por los hombros.

A pesar de que trabajamos mucho para preparar el stand, fue un día maravilloso; estar con mis hermanos me hacía sentir muy bien, como si estuviéramos otra vez juntos y no hubiera cambiado nada. Cada vez me alegraba más de no haber ido a clase.

–Oye, Fran. Me ha dicho mamá que ya tienes amigos –me dijo Pedro mientras colocábamos el stand.

–Sí, más o menos; solo he quedado una vez con ellos.

–Impresionante, llevas menos de dos semanas y ya tienes pandilla. Debe ser una gente un poco rara para querer quedar contigo –dijo Marco intentando parecer serio.

–Sí, eso mismo creo yo –dije con cara de “a estas alturas no me vas a tomar el pelo, hermano”.

–Me acuerdo cuando eras pequeña y te tomábamos el pelo Marco y yo y tú te

enfadabas muchísimo –comentó Pedro.

–Ya –dije riéndome–, pero llevo varios años de práctica y ya no lo podéis conseguir con tanta facilidad.

–Pedro, tendremos que buscarnos otra persona para tomar el pelo, con Fran ya no hay nada que hacer.

Mi hermano Pedro era físicamente igual que mi madre, pelo negro y ojos negros; era realmente guapo y siempre ligaba muchísimo, quizá por eso no tenía ninguna novia en concreto. Marco también era muy guapo, pero era una mezcla de mis padres; tenía el pelo castaño y los ojos verdes como mi padre, pero tenía la misma boca y la misma nariz que mi madre, además era el único que tenía pecas como ella.

Cuando volvimos a casa nos dijo mi madre que el viernes habría una cena en honor a mis hermanos. ¡Cómo no!; aquí todo se celebraba comiendo y bebiendo, igual que en Frascati.

El viernes, cuando estaba aparcando la bici al llegar al instituto, se acercaron JP y Marina.

–Hola, Fran –me dijeron casi al unísono.

–Hola, chicos. ¿Qué tal la semana?

–Muy bien. ¿Qué tal tu primer talento? –me preguntó JP.

–Fatal, todavía no ha llegado nuestro profesor y la sustituta no tiene ni idea.

–Vaya. ¿Esta noche tienes algún plan?

–Sí, tengo cena familiar. Han venido mis hermanos.

–¿Y mañana? –me preguntó Marina.

–Mañana por la noche no, pero no quiero dejar a mi hermano Marco solo, se

va el domingo por la tarde.

–Pues que se venga –me dijo Marina–, aunque no sé si le parecerá un aburrimiento. ¿Cuántos años tiene?

–Tiene veinte.

–¿Tú crees que le apetecerá venirse a una fiesta de las nuestras?

–Le preguntaré y os digo algo.

–¡Vale! Genial, nos vemos luego. Adiós –dijo Marina alejándose hacia su clase.

–¿Qué vas a decirle a nuestro tutor cuando pregunte qué tal tu primer talento?

–No sé, tampoco quiero perjudicar a esa pobre profesora.

–Pues no vas a tener más remedio, pregunta absolutamente todo. Le gusta hacer un seguimiento exhaustivo de cada talento.

–¿Cómo lo sabes?

–Es mi padre –dijo un poco apesadumbrado.

–¿En serio? –pregunté asombrada.

–Sí.

–Pues me parece un profesor muy bueno.

–Ya, pero no mola tenerle de tutor.

–Me imagino.

–De hecho fue él el que me sugirió que te invitara a salir con nosotros.

–¿¡Qué!?! –dije, medio sorprendida, medio enfadada– ¡Qué vergüenza! Me siento fatal, como si fuera una niña pequeña a la que hay que sacar de paseo.

–No te sientas mal. Mi padre me dijo que eras nueva aquí y que te vendría

bien conocer gente. Pero no me obligó, solo me lo sugirió. Y no suelo hacerle caso, pero por una vez, me gustó su sugerencia.

Hoy me tocaba a mí sentirme mal. Y yo que pensaba que había salido de él, y resulta que había sido idea de mi tutor, que era además SU padre. ¡Qué vergüenza me daba todo esto! Y ahora tendría que mirarle a la cara sabiéndolo. ¡Ojalá no me lo hubiera dicho!

–Buenos días a todos. Quiero que vayáis saliendo uno a uno y me contéis cómo ha sido vuestra primera semana. ¿Algún voluntario para empezar? ¿No? Bueno, pues os iré llamando yo. Fran Kell.

¡Vaya! Siempre me tenía que tocar a mí primero.

–Dinos tu talento y luego nos cuentas cómo te ha ido esta semana.

–Mi primer talento es Enología. Esta semana no ha venido nuestro profesor y hemos tenido una profesora sustituta y tengo que decir que no me ha gustado mucho. Me ha dado la impresión que sabía más que ella y... no he aprendido nada nuevo.

–Gracias, Fran, por tu sinceridad.

–¿No la habré perjudicado por decirlo? –pregunté con cara de preocupación.

–No, no te preocupes. Por cierto ¿qué habrías hecho tú la primera semana si hubieras sido la profesora?

Me quedé pensativa por un momento.

–Primero habría intentado conocer a todos mis alumnos, es fácil porque no éramos más de diez, para saber qué le interesa a cada uno de ellos y por qué han elegido este talento. También les preguntaría qué les gustaría aprender y qué esperaban de este talento.

–Muy bien pensado, ¿Y qué más?

–Pues intentaría buscar un viñedo que estuviera por aquí cerca y que fuera a vendimiar y llevaría allí a mis alumnos como voluntarios para que aprendieran de una forma práctica lo más importante de todo.

–Impresionante, Fran. Deberías dedicarte a la enseñanza.

No pude evitar ponerme roja como un tomate. El padre de JP era muy buen tutor; no sabía cómo había conseguido que contara tantas cosas, además sin haberlo pensado si quiera. Había dicho lo primero que me había venido a la cabeza ¡y se había quedado impresionado!

–Puedes sentarte. El siguiente...

Al salir de clase JP me dijo al oído.

–Creo que has dejado alucinado a mi padre.

–¿Tú crees?

–Sí, has sido la mejor de todos.

–¿Eso en tu opinión o en la de tu padre?

–En la mía.

–Gracias, JP. Tú lo has hecho muy bien también –dije realmente agradecida por su comentario.

–¿Luego me dices algo del sábado?

–Sí, luego te mando un mensaje.

–¿Te has dado cuenta que has puesto de moda lo de venir en bici?

Me giré y vi que, efectivamente, alrededor de mi bici había unas cuantas más. ¡Qué fuerte!

El resto del día me dediqué a cocinar con mi madre, Pilar y Elena. Aprendí a hacer nuevos platos como carne en rollo y salpicón de marisco. Me encantaba

cocinar con ellas, además me reía muchísimo con Elena, ¡era tan divertida!

Vinieron, como la última vez, todos mis tíos, Alejandra, Luna y Juan, con sus parejas y sus hijos. Mi tía Luna solo tenía una hija, que tenía doce años y mi tío Juan tenía dos hijos, que tenían doce y catorce años.

Marco estuvo de acuerdo en venir a la fiesta del día siguiente conmigo, así que le envié un mensaje a JP y a Marina confirmando que iríamos los dos. Marina me mandó su dirección, ya que la fiesta, en esta ocasión, sería en su casa.

–Prima, ¿preparada para vender mucho vino mañana? –le dijo Pedro a María.

–Sí, aunque no tengo mucha idea de lo que tengo que decir.

–No te preocupes, Fran y Marco te explicarán todo.

Esa noche me despedí de mi hermano Pedro; ya no sabía cuándo le volvería a ver. ¡Ojalá hubieran podido estar más tiempo! Pero, por lo menos, le había podido ver. Además, lo más probable era que la vendimia empezara en cualquier momento y entonces tendrían mucho trabajo. ¡Qué envidia me daban! A lo mejor podría escaparme un fin de semana para ayudarles. Seguro que a mi madre le parecía bien.

A mi madre la veía más animada desde que estábamos aquí, y eso que no estaba trabajando, de momento, al menos. Seguramente había echado mucho de menos a su familia durante estos años y estaba intentando recuperar el tiempo perdido. Me alegraba por ella y a mí por ahora no me iba demasiado mal; solo esperaba que el profesor de Enología fuera bueno.

El sábado fuimos a recoger a mi prima María y nos marchamos hacia la feria. Por el camino intenté resumirle lo que se suponía que teníamos que hacer y le expliqué los diferentes vinos que teníamos.

–Uf, no me entero de nada. Quizá cuando llegemos y me enseñes las botellas me quede más claro.



–No te preocupes, María, yo estaré contigo –dijo Marco–. Fran se sabe desenvolver muy bien sola, con lo que no necesitará mi ayuda.

Marco me pidió que me ocupara de las catas, así que durante parte de la mañana me dediqué a reunir pequeños grupos de gente para darles una degustación con nuestros diferentes vinos. Cuando ya había terminado con las catas, hacia el final de la mañana, me volví a colocar en el stand. Cada vez que se acercaba algún hombre, iba directamente hacia donde estaba María. ¡Era tan guapa que no lo dudaban! No sabía lo que opinaría su novio de todo esto. Solo llevaban saliendo desde el verano, pero se les veía muy enamorados.

Entonces vi a lo lejos un chico muy atractivo que se acercaba hacia nuestro stand y no sabía por qué pero, por alguna extraña razón me miraba a directamente. Me sorprendió que no se hubiera acercado a mi prima. ¡Qué extraño!

–Buenos días –me dijo sonriendo.

Tenía el pelo castaño y largo a la altura del cuello y unos ojos miel muy llamativos.

–Buenos días. ¿En qué te puedo ayudar?

–Me han dicho que hacéis catas.

–Verás, es que solemos juntar un grupo de gente para hacerla, y por ahora no hay nadie más.

–Ah, qué pena. Me apetecía mucho probar vuestros vinos.

–Bueno, como parece que casi todo el mundo se ha ido a comer, quizá te pueda hacer una cata rápida.

–Pues te lo agradezco.

–Ven por aquí –le dije mientras le llevaba a la zona donde habíamos colocado las mesas con las copas ya preparadas para hacer las catas.

Me fijé en que tenía un estilo elegante pero, al mismo tiempo, desenfadado.

–Bueno, primero vamos a empezar con este vino blanco de Frascati. Antes de nada, prueba a olerlo. Dime qué olores te vienen a la cabeza. Aquí en esta hoja tienes ejemplos de olores, pero puedes decir cualquiera que se te ocurra.

Cogió la copa con sus grandes manos y olió el vino.

–Manzana, plátano, hinojo...

–Muy bien. Ahora mueve la copa así, para que pueda respirar.

–¿Así? –me preguntó sonriéndome.

–Sí, perfecto.

Mientras daba vueltas a la copa me miraba de una forma intensa. Sus ojos eran preciosos y muy brillantes. Empecé a ponerme un poco nerviosa y no pude evitar apartar la mirada.

–Después de haberlo movido, prueba a olerlo de nuevo. ¿Verdad que huele diferente?

–Sí, muy diferente... Es más intenso el olor.

–Exacto. ¿A qué huele? –le dije intentando seguir siendo profesional, aunque me estaba distrayendo su forma de mirarme.

–A ojos verdes.

–¿Qué? –pregunté confundida.

–Perdón, me he distraído –dijo volviendo a oler la copa–. Huele a miel, flores...

–Ahora, pruébalo.

–Me encanta, nunca había probado algo así –dijo sin dejar de mirarme.

Aparté la mirada de nuevo.

–¿Qué sabores aprecias? –le pregunté.

–A frutas, es suave y aterciopelado.

–Muy buena descripción.

De repente apareció una mujer a su lado muy elegante y atractiva y se quedó mirando a Rob como si le conociera.

–¡Estás aquí! Nos vamos a comer; ¿vienes?

–Sí, ahora mismo voy. Bueno –dijo dirigiéndose a mí de nuevo cuando la mujer ya se había alejado–, ¿qué tal lo he hecho?

–Bueno, podrías haberlo hecho mejor –dije, sin saber muy bien por qué decía eso. En realidad lo había hecho muy bien, excepto por lo de los ojos verdes.

–Sí, es cierto, me has distraído.

–¿Yo? –pregunté sorprendida.

–Sí, y es extraño, no me suelo distraer fácilmente. Te agradezco la cata. Si puedo volveré para comprar este vino, me ha parecido de lo más prometedor –dijo mirándome otra vez de esa manera tan intensa–. Adiós.

¡Todavía no había terminado la cata, solamente había catado un vino blanco!

Cuando nos marchamos el sábado por la tarde, no había vuelto por allí. No creía que le fuera a ver nunca más, de cualquier manera. Y quizá fuera mejor, porque no me gustaba la sensación de ponerme tan nerviosa ante un desconocido por el simple hecho de que me mirara fijamente. No era fácil conseguir que fuera yo la que apartara la mirada y él, en tan solo unos minutos, lo había hecho dos veces seguidas.

Estaba encantada con que Marco hubiera aceptado ir conmigo a la fiesta de “mis amigos improvisados”; le había echado tanto de menos que no quería separarme de él en nuestra última noche juntos. De cualquier forma, no podríamos quedarnos mucho tiempo porque al día siguiente teníamos que madrugar de nuevo para volver a la feria.

A pesar de que la casa de Marina estaba muy cerca de la nuestra, Marco y yo fuimos en coche. Me sentía un poco extraña yendo a una fiesta con mi hermano mediano. En Frascati, excepto cuando hacíamos algún plan de primos, cada uno iba con sus amigos.

La casa de Marina no era tan impresionante como la de Álvaro, aunque había preparado todo en el porche también y tenían una pequeña piscina delante. Seguía haciendo muy buena temperatura a pesar de estar a finales de septiembre.

–Fran, me encanta tu hermano ¡Es guapísimo! –me dijo Marina al oído mientras le observaba cómo se ponía vino.

Esta vez no solo habíamos traído vino, sino también una empanada gallega que había preparado con mi abuela.

–Gracias.

–Os parecéis mucho, menos en el pelo, claro.

–Ya, no me lo recuerdes; me encantaría tener su pelo liso y castaño claro.

–¡Qué dices! Tu pelo es precioso, negro y ondulado. Me alucina.

–¿En serio?

–¡Por supuesto! Y Creo que a JP también.

Esperaba que no fuera así. No quería despertar ningún sentimiento de ese tipo en Juan Pedro, esperaba poder evitarlo. Solo quería que fuéramos amigos.

–¿Entre vosotros no hay ninguna pareja? –le pregunté a Marina.

–No, solo somos amigos.

–Pero no me importaría ser la pareja de tu hermano. Voy a hablar con él.  
¡Hasta luego!

Y, efectivamente, pude observar que desde ese momento no se separaron en toda la noche. No pararon de hablar y de reírse. La verdad es que hacían buena pareja. Marina era una belleza muy exótica y mi hermano era tan guapo, aunque a mí me llamaba mucho más la atención mi hermano Pedro. Pero él no habría accedido a venir a esta fiesta, en cambio Marco tenía la mente mucho más abierta y era menos serio que Pedro. Al final tuve que ir a buscarle para convencerle de que nos fuéramos a casa, si no, íbamos a estar destrozados al día siguiente.

–Siento interrumpiros, pero nos tenemos que ir.

–Nooo, por un día que hago la fiesta en mi casa –protestó Marina.

–Lo siento, Marina, pero es que mañana tenemos una feria de vino.

–¿En serio? ¡Qué interesante!

–¿Te gustaría venir? –preguntó Marco.

Lo miré con cara de asombro. No me parecía buena idea, solo sería un estorbo y nosotros teníamos que trabajar.

Di que no, di que no.

–¡Me encantaría!

¡No me lo podía creer! Marco debía haber bebido demasiado para invitar a una casi desconocida a la feria. Si hubiera estado Pedro, no se le habría ocurrido hacerlo.

–Te recogemos a las nueve de la mañana.

–Guau, qué pronto...

–Sí, es muy temprano; seguramente no estés en buen estado para levantarte – dije para intentar evitar que viniera.

–No pasa nada. Estaré en la calle esperándoos a las nueve en punto.

–Entonces, hasta mañana, Marina. Ha sido un placer conocerte –dijo haciendo una reverencia. ¡Sería payaso!

–El placer ha sido mío –dijo Marina riéndose.

–Marco –le dije cuando ya estábamos en el coche y no nos podía oír nadie–, no me puedo creer que la hayas invitado.

–¡Es amiga tuya!

–Si es la segunda vez que hablo con ella. Lo que pasa es que te ha gustado.

–Sí, no lo voy a negar.

–Pero invitarla a la feria no es una buena idea. Si se entera Pedro...

–Pero no se va a enterar. Además, que esté ella no quiere decir que no vaya a trabajar. No te preocupes.

–Espero que no te distraigas.

Al día siguiente llegamos más tarde de lo previsto a la feria, y todo por el retraso que nos supuso ir a buscar a Marina y a María.

Dejé que Marina se sentara delante con mi hermano, ya que supuse que si Marco la había invitado era porque quería pasar más tiempo con ella antes de irse. No podía evitar estar un poco tensa porque mi hermano le hubiera pedido que viniera, al fin y al cabo no pintaba nada en un tema de trabajo. ¿No se iría a liar con una posible amiga mía de mi edad? Sería demasiado extraño.

María parecía desenvolverse tan bien, que le dejamos ocuparse de las catas. A pesar de ser un poco tímida, conseguía adoptar una pose bastante profesional. Yo, en cambio, me dediqué a vender botellas de vino, a hacer caja y a otras muchas tareas porque Marco estaba muy distraído hablando con Marina y no hacía gran cosa. Si estuviera Pedro esto no habría pasado. ¿Es que no se tomaba en serio nuestro trabajo, nuestro viñedo? Si quería dedicarse a otra cosa, no tenía más que decirlo y hacerlo. No entendía por qué no se enfrentaba a mi madre y a mi hermano. Aunque quizá su distracción no tenía nada que ver con la conversación que habíamos tenido antes de irme de Italia, sino al hecho de que le gustaba mucho Marina. ¡Pero si solo la conocía desde hacía unas horas!

Al final de la mañana, cuando quedaban unos minutos para cerrar, me sorprendió ver que se acercaba alguien. ¡No podía ser! ¡Era él! ¡El chico del día anterior!

—Hola, ¿he llegado a tiempo? —me preguntó cuándo se acercó al mostrador.

Si ayer creía que era guapo, hoy me daba cuenta de que era mucho más que eso; o quizá era solo su forma de mirarme, como si no existiera nadie más que yo. A pesar de que había dos chicas muy guapas en el mostrador, solo me miraba a mí.

—¿A tiempo para qué? —dije haciéndome la tonta.

—Para comprar las botellas de vino, como te prometí.

—Ah, sí, claro. ¿Cuántas quieres? —dije sin darle la mayor importancia al hecho de que estuviera allí.

—¿Cuántas crees que debo llevarme?

—Tenemos cajas de dos. ¿Te parece bien?

—Sí, perfecto.

–¿Solo quieres vino blanco?

–¿Tenéis también tinto?

–Claro, es que ayer te marchaste tan rápido que no pude terminar la cata.

–Ah, perdona, sí, es cierto que me fui un poco repentinamente. Pues también me llevo una de vino tinto. Seguro que está delicioso también.

–Sí, está delicioso. Aunque en Frascati es más típico el vino blanco.

–¿Sí? Qué interesante. ¿Entonces, el viñedo está en Frascati?

–Sí, muy cerca de Roma.

–¿Y tú, también estás en Frascati?

¿A qué venía esa pregunta? ¿Es que le interesaba saber dónde vivía?

–No, yo estoy en Madrid.

–¡Qué suerte tengo!

–¿Por qué dices eso? –dije haciéndome la tonta.

–Porque me preguntaba si podría invitarte a un café.

–Verás, es que nos vamos ya.

De repente oí a Marco a mi lado. ¿Qué le había pasado? ¿Había despertado de su letargo de amor?

–Fran, ¿necesitas ayuda? –dijo mirando fijamente a Rob.

–No, gracias, Marco.

–Vale, es que tenemos que cerrar.

–Ya lo sé. Estoy terminando de atender.

¡Menos mal! Había conseguido que se marchara y me dejara tranquila.



–Bueno, entiendo que ahora no es buen momento. Te acabo de mandar mi contacto por si te viene mejor otro día o esta tarde. Por cierto soy Rob Rogers –dijo tendiéndome la mano.

Lo de dar la mano era muy americano y su nombre también, sin embargo, hablaba como si fuera español

–Fran Kell –le contesté mientras le daba la mano–. Tu nombre no es muy español, que digamos.

–Ni el tuyo muy italiano –dijo sonriéndome.

Tenía una sonrisa preciosa.

–Entonces estamos empate. Gracias por el contacto.

–Ha sido un placer. Hasta otra.

–Adiós.

Cuando se había alejado miré mi muñeca.

<Rob Rogers. Aceptar contacto. SI NO

No sabía qué hacer con su contacto. Ojalá hubiera otra opción que elegir, como “De momento No”. Me gustaba, pero no quería involucrarme sentimentalmente con nadie. Lo mejor sería no aceptarlo, así evitaría caer en la tentación y cerraría la posibilidad de volver a verle. ¡No podía salir con nadie! ¿De qué iba a servir?

Decidí presionar el NO. Esperaba que él no llegara a saber lo que había elegido finalmente y también esperaba no arrepentirme de haberlo borrado.

Cuando volvíamos a casa en el coche y oía a los demás hablando animadamente, empecé a sentirme fatal por haberlo borrado. ¿Y si había cometido un error? Nunca me había interesado nadie tan rápido. Las pocas veces que me había gustado alguien, había sido al cabo del tiempo, al cabo de

los días. Esto había sido algo muy extraño y quizá por eso me daba miedo. Pero ya era demasiado tarde; no podía recuperar el contacto y, por supuesto, sería imposible volver a verle.

Marco insistió en dejarme en casa antes de llevar a Marina, supuse que se quería despedir de ella en privado. Ya le preguntaría a ella cuando la viera el viernes si había pasado algo. Por la tarde acompañamos a mi hermano al aeropuerto. ¡Otra despedida más! Aunque esta vez intuía que iba a volver muy pronto.

El lunes volví a la universidad con ilusión de poder conocer, por fin, a nuestro profesor; esperaba que fuera bastante mejor que la sustituta de la semana anterior y que mereciera la pena este talento. Quizá tendría que haber elegido otro diferente, ya que llevaba años trabajando en un viñedo y no sabía si podría aprender algo nuevo.

Me senté en la tercera fila, ni muy cerca ni muy lejos. Empecé a pensar en Rob Rogers. Su nombre me sonaba de algo, estaba segura de haberlo oído o visto en algún sitio. ¿Por qué no me había dado cuenta ayer? Sin embargo, no conseguía recordar dónde lo había oído. No le conocía de nada, eso estaba claro, pero de alguna manera su nombre me resultaba familiar.

A las nueve en punto llegó nuestro profesor y cuando levanté la vista me quedé perpleja al ver quién acababa de entrar por la puerta.

–Good morning to all of you –dijo el profesor en inglés americano.

¡Era él! ¡Rob Rogers! ¡No podía ser nuestro profesor! ¿Sería otro sustituto? No podía ser tampoco porque no sabía nada de vinos. ¿Entonces, qué demonios hacía allí? ¿Trabajaría en la universidad? Mientras conseguía averiguar qué hacía él allí, intenté ocultarme detrás del chico que se sentaba delante de mí.

–Soy Rob Rogers, vuestro profesor. Siento mucho no haber podido venir la semana pasada.

¡No podía ser nuestro profesor! ¡Entonces, lo de la cata, había sido todo una farsa! Sabía mucho más que yo de vinos y ¡me había tomado el pelo como a una tonta! Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Con que intención? ¿Solo para ligar conmigo?

–Voy a ser vuestro profesor durante este trimestre. Acabo de subir mi currículum a nuestra PI\* para que sepáis algo sobre mí. Y ahora me gustaría conoceros a vosotros.

Miré la pantalla y en apenas un segundo supe por qué me sonaba tanto su nombre.

–Iré diciendo vuestros nombres y quiero que salgáis y nos expliquéis por qué habéis elegido este talento y que esperáis de mí y de este curso.

¡Eso era lo que yo había dicho que haría si fuera yo la profesora! ¿Se habría puesto en contacto con mi tutor? No lo creía, pero era muy extraño que hubiera dicho exactamente eso.

–Francesca Kell –dijo de repente, haciendo que pegara un pequeño salto en la silla.

¿Por qué demonios tenía que llamarme justo a mí?

No sabía si me lo había imaginado, pero me había parecido que decía mi nombre con un poco de retintín, como si antes de venir a clase ya supiera que yo iba a estar allí. Lo sabía, sabía que yo era la chica de ayer y que era su alumna y me había llamado a mí primero a propósito. ¿Por qué me sorprendía?; no creía que hubiera muchas Fran Kell por Madrid.

Me levanté y fui hacia él muy erguida y orgullosa. No le quitaba los ojos de encima mientras me acercaba a él muy seria. Estaba muy enfadada con él y eso

me impedía sentir la necesidad de apartar la mirada, a pesar de que su forma de mirarme no era muy distinta de la de ayer y de que seguía sin saber interpretar su mirada.

Cuando llegué hasta su mesa, me giré y miré al resto de mis nuevos y desconocidos compañeros.

\*PI: Plataforma “People in Touch”.

–Prefiero que me llaméis Fran –dije a propósito para que lo supiera él–. Me he apuntado a este talento porque el mundo del vino es lo que más me gusta. Seguramente sea porque desde pequeña he estado rodeada de vides y de barricas de roble y nunca jamás he estado separada de ellas, hasta ahora.

–¿Tu familia tiene un viñedo?

¿Por qué se hacía el tonto? ¡Si ya lo sabía!

–Sí, en Frascati, Italia.

–¿Y desde cuándo lo tienen?

–Desde mil ochocientos y pico.

–¿Y ahora quién trabaja en él?

¿A qué venía esa entrevista?

–Mis hermanos, mis tíos y yo, cuando vuelva.

–¿Y te gusta porque se supone que tienes que dedicarte a ello por ser un viñedo familiar o porque realmente te gusta?

¿Y esa pregunta a que venía?

–Es lo que más me gusta del mundo –dije con determinación.

Por un momento se quedó callado, como sorprendido por mi respuesta.

–Bueno, ya solo falta la última pregunta. ¿Qué esperas de mí y de este curso?

–Espero que el famoso y experto enólogo Rob Rogers me enseñe cosas que no sé, como olores nuevos para mí, por ejemplo –dije mirándole directamente a la cara–, olor a ojos verdes. Yo tampoco lo había oído jamás antes, pero alguien me dijo ayer que el vino olía a ojos verdes.

Rob se aclaró la garganta y dijo:

–Gracias, Francesca, puedes sentarte.

Volví a mi sitio, aunque ya no estaba tan segura y orgullosa como antes. Quizá me había pasado de la raya, pero no había podido evitarlo; estaba tan indignada con él por haberme tomado el pelo y haber ligado de esa forma conmigo.

¿Por qué no me habría dado cuenta antes de hoy de quién era él realmente? ¿Cómo no me iba a sonar su nombre! Era un experto en catas, un enólogo americano muy prestigioso del que había leído unos cuantos artículos. Aunque quizá era normal que no lo hubiera relacionado con el mundo del vino cuando me hizo creer que era la primera vez que hacía una cata. Y ahora resultaba que no solo era un experto en catas, sino que, además, era el profesor de mi primer talento.

Me pregunté si se habría sentido avergonzado al descubrir que era alumna suya, pero lo dudaba; no me había dado esa sensación cuando había dicho mi nombre, sino todo lo contrario, me había dado la impresión de que quería provocarme.

–Perdona, Francesca. Una última pregunta, no hace falta que te levantes otra vez. ¿Qué trabajo creativo has hecho para poder entrar en este programa de talentos?

¿Era curiosidad suya o estaba intentado avergonzarme? No me apetecía contar

eso delante de todo el mundo, pero ahora no tendría más remedio que hacerlo.

–Hace unos años hice un vino de autor y ha tenido un poco de éxito.

–Creo que tenemos una alumna un poco humilde y con mucho potencial –dijo dirigiéndose al resto de los alumnos–. Hace unos años, nada menos que con trece años, hizo un vino de autor, que por cierto lleva su nombre, y, no solo es un vino único y muy especial, sino que está muy cotizado en el mercado. ¿Me equivoco? –preguntó dirigiéndose a mí.

Negué con la cabeza.

Se quedó mirándome con cara de aprecio y respeto. Y yo me sentí como una estúpida. Después de lo mal que me había portado, él había contado mi historia con tanto orgullo, como si me conociera y apreciara lo que había hecho, como si hubiera probado mi vino. El enfado que había sentido antes se diluía a marchas forzadas y en su lugar me sentía avergonzada por haberme portado como una niña pequeña con una rabieta.

Después de su intervención por fin acabó mi momento de protagonismo y le tocó al resto de mis compañeros. Sin embargo, a ninguno de ellos le hizo tantas preguntas como a mí. ¿Por qué? ¿Porque ninguno tenía una historia tan interesante como la mía? Podría ser eso; algunos no sabían ni siquiera por qué habían elegido ese talento. Parecía que era la única que tenía clarísimo que quería dedicarme a eso el resto de mi vida.

Cuando acabó la clase todo el mundo recogió sus cosas y salió rápidamente de allí, sin darme tiempo de reacción. Me sentía tan perpleja por lo que había sucedido, que me había quedado allí sentada como una tonta, como si estuviera esperando a propósito para hablar con él. ¡Y no era el caso! Aunque quizá debería disculparme con él.

–Fran –oí que decía mi nombre con mucha suavidad.

¿Ahora me llamaba Fran? ¿Ya no era Francesca como antes?

–Sí –dije alzando la vista.

Se levantó y vino hacia mí.

–Quiero disculparme por lo de ayer. Sé que es difícil de creer, pero no suelo ligar con chicas desconocidas de esa manera, pero es que –se calló por un momento–... bueno, quiero que me disculpes y olvides cualquier cosa que haya dicho antes de hoy. No sabía que eras alumna mía.

–No tienes que disculparte. No dijiste nada inapropiado.

–Hiciste bien en no aceptar mi contacto.

¿O sea, que lo sabía?

–No suelo aceptar invitaciones de desconocidos.

–Y haces muy bien. Tu padre estará muy orgulloso de ti.

–Sí –dije apartando la mirada y mirando al suelo.

Estaba claro que su investigación no había sido muy exhaustiva, si no, sabría que mi padre ya no podría estar orgulloso de mí.

–¿Estás bien? –me preguntó preocupado.

–Sí, sí –dije no muy convencida–. ¿Te puedo preguntar una cosa?

–Sí, claro.

–¿Por qué ayer fingiste no saber nada de vinos?

–No puedo contestarte a eso.

–¿Lo hiciste para ligar conmigo?

–Es más complicado que eso. Lo siento, pero me tengo que ir –dijo cogiendo sus cosas rápidamente.

–Una última pregunta. ¿Por qué me has hecho tantas preguntas? Al resto de mis compañeros no les has hecho tantas.

–Cuando ayer me dijiste tu nombre, sabía que lo había visto en algún sitio y cuando llegué a casa me di cuenta de que eras alumna mía. No pude evitar leer tu historial y me quedé realmente impresionado. Nunca había tenido una alumna como tú.

–Yo tampoco había tenido jamás un profesor tan famoso y experto como tú.

–Espero no defraudarte como profesor. Has puesto el listón muy alto. Bueno, me tengo que marchar. Hasta mañana.

–Adiós.

De vuelta a casa en el autobús no dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado por la mañana. ¿Por qué no podía decirme por qué había fingido no saber nada de vinos? ¿No lo había hecho para ligar conmigo? ¿A qué se refería con que era más complicado que eso? La verdad es que no había entendido nada de lo que me había dicho.

¡Qué irónica era la vida! Ayer, después de no aceptar su contacto, pensé que no le iba a volver a ver, y ahora iba a verle casi todos los días. Lo único que no creía que me fuera invitar más a ningún café. Seguramente intentaría no acercarse demasiado a mí. Justo ahora que me había dado cuenta que me sentía muy atraída por él. Era tan guapo, con esos ojos color miel... y no podía quitarme de la cabeza su forma de mirarme. Además, me había gustado que me llamara por mi nombre cuando se había ido todo el mundo, como si en clase fuera Francesca, pero para él fuera Fran. Pero tendría que intentar no pensar en él de esa forma, y no solo porque no quería enamorarme de nadie, sino porque no podía gustarme mi profesor.

Cuando llegué a casa fui a buscar a mi madre a su habitación.



–Mamá.

–Hola, Fran –me dijo levantando la vista de su pantalla–. ¿Qué tal tu día?

–Muy interesante.

–¿Sí? ¿Es bueno el profesor?

–Más que eso. Es Rob Rogers –me miró extrañada.

Olvidé que hablaba con mi madre, que no tenía ni idea de nada relacionado con enología. No podía entender cómo apenas había aprendido en todos estos años viviendo en un viñedo, casada con un enólogo y con un hijo enólogo.

–Es un famoso enólogo. ¿Qué haces? –le pregunté curiosa.

–Escribir unas cosas.

–¿Has podido ver alguna casa?

–No, a ver si la semana que viene empiezo. Me han salido unas clases de italiano.

–¡Qué bien! –dije entusiasmada. Le vendría bien estar ocupada.

–Es solo durante unos meses, una especie de clase intensiva, porque la chica se va a vivir a Italia.

–Muy bien. Bueno, te dejo, voy a comer algo.

La verdad era que mi madre, a pesar de no tener mucho que hacer, estaba mejor que en Italia. Se la veía más tranquila y hasta un poco más alegre.

Me dediqué el resto de la tarde a investigar sobre Rob. Era consciente de que no iba por buen camino en mi intención de olvidarme de él, pero él sabía demasiadas cosas sobre mí, y ahora era mi turno. Por lo que leí, su familia también tenía un viñedo, en Estados Unidos. ¿Y qué demonios estaría haciendo en España y además dando clases?

Al día siguiente me sentí más segura cuando entré en clase, por lo menos yo también sabía un poquito de su vida, aunque no mucho. La verdad es que había pensado que encontraría muchas más cosas, pero no fue así. El currículo que nos había dejado en la PI no era muy extenso, que dijéramos. Además, a mí me interesaba también su vida personal y me llevé una decepción cuando no encontré nada en absoluto.

–Buenos días a todos –dijo muy alegre y sonriente–. Tengo una magnífica noticia para vosotros. A partir de mañana y durante unos días daremos la clase en otro sitio. Tenemos la suerte de que en un viñedo de unos amigos míos van a comenzar a vendimiar y he pensado que sería una magnífica experiencia para vosotros aprender la vendimia de una forma práctica. Así que os he apuntado a todos como voluntarios. Tenéis en la PI una autorización que necesito que me enviéis esta tarde firmada por vuestros padres.

¿Qué estaba diciendo? ¡Eso también lo había propuesto yo como idea para comenzar el curso! Pero ¿cómo podía saberlo él? ¿O era todo una pura casualidad?

–Mañana os espero a las ocho y media en la puerta de la facultad. ¿Alguien tiene algún problema en llegar media hora antes? –nos miró a todos, pero nadie puso ninguna objeción.

Levanté la mano. ¡Tenía que preguntárselo!

–Sí, Francesca.

O sea, que formalmente era Francesa.

–¿Tenías prevista esta actividad?

–No, en realidad no. Ayer me llamó mi amigo para contarme que comenzaban mañana la vendimia y se me ocurrió sobre la marcha. Así que pedí permiso a la universidad y me lo han concedido. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema?

–No, me parece una idea fantástica.

–Gracias. Ya os iréis acostumbrando, pero no soy el típico profesor. No me gusta que simplemente estéis sentados y yo hablando, la teoría no me parece útil. Prefiero que aprendáis las cosas de una forma práctica, haciéndolas vosotros mismos, y que seáis vosotros los que penséis y aportéis ideas. Siempre estaré abierto a escuchar lo que tengáis que decirme.

Aunque seguía un poco enfadada con él por haberme tomado el pelo, tenía que confesar que me gustaba como profesor, y mucho, aunque en principio no pensaba decírselo. Él no quería contestar mis preguntas; no sería yo la que le dijera que me gustaba cómo enseñaba.

–Pues eso, mañana estad puntuales en la puerta. Iremos en un minibús. Ah, y llevad ropa cómoda y una gorra

Cuando llegué a casa fui rápidamente a buscar a mi madre. Estaba otra vez en su habitación escribiendo. ¿Qué escribiría? Saqué mi flexitablet del bolsillo y se la puse delante para que firmara la autorización. Me apetecían mucho esas prácticas en el viñedo de sus amigos.

–Hola, mamá. Necesito que me firmes esta autorización.

–Antes de nada: hola, mamá, ¿cómo estás? –dijo un poco enfadada.

–Hola, mamá. ¿Cómo estás? Perdona, es que vengo un poco apresurada.

–A ver –dijo mientras miraba lo que le había puesto delante– ¡Esto es fantástico!, ¿no? ¡Vas a ir a una vendimia!

–Sí, estoy encantada.

–Debe ser un buen profesor.

–Sí, eso parece.

Y además guapísimo

–Por cierto, ha llamado Marco; que viene este viernes. ¿No es un poco raro?

–Ya sé por qué viene –dije riéndome.

–¿Por?

–No le digas que te lo he dicho, pero parece que le gusta una nueva amiga mía; bueno, en realidad, la conoce él más que yo.

–¿De verdad? ¿Pero es de tu edad?

–Sí, sí.

–Interesante.

–Lo que me extraña es que deben estar a punto de vendimiar. Es raro que Pedro le haya dejado venir.

–Bueno, Marco es libre para irse el fin de semana, ¿no?

–Sí, supongo.

–Creo que a Marco no le gusta tanto el viñedo como a ti y a Pedro. Quizá se parezca más a mí –dijo mi madre sorprendiéndome totalmente.

–No sabía que te habías dado cuenta.

–¡Claro! Conozco a mis hijos, y mucho. Pedro y tú sois iguales que vuestro padre, el viñedo os apasiona; pero a Marco nunca le ha gustado tanto y es cuestión de tiempo que se dedique a otra cosa.

–¿Y a ti no te importaría?

–Claro que no, cada uno tiene que hacer lo que le gusta. Yo nunca he trabajado en el viñedo; he ayudado en algunos momentos puntuales, pero nada más.

–Quizá deberías decírselo a Marco. Creo que no hace nada por miedo.

–Bueno, cada uno tiene que tomar sus propias decisiones; ya lo hará cuando tenga claro qué es lo que quiere hacer.

–Vale, voy a saludar a Pilar y Juan y voy a comer.

–Ahora voy a verte.

–¿Qué escribes?

–Cosas aburridas. Me preparo las clases y escribo algunos correos.

–Ah.

Mi madre estaba, definitivamente, muy misteriosa. No sabía lo que tenía entre manos, pero ya me lo diría cuando quisiera. En realidad yo también tenía cosas en mi cabeza que ella no se podía ni imaginar, y por ahora se iban a quedar ahí, en mi cabeza. No podía decirle que me interesaba mi profesor de talento; eso en realidad no se lo podía decir a nadie, ni siquiera a él; bueno, a él menos que a nadie. Y quizá yo le había gustado la primera vez que me vio, pero parecía como si, después de saber que era alumna suya, ya no le interesara en absoluto. Pero mejor así, sería simplemente un amor platónico.

Al día siguiente me puse ropa cómoda como había dicho Rob. De cualquier manera, sabía perfectamente como había que ir vestido para pasar un día recogiendo uvas. Cuando estaba llegando a la facultad pensé que quizá ya se habrían ido sin mí, llegaba con unos minutos de retraso. No había calculado bien ya que era la primera vez que tenía que ir a esa hora.

Pero cuando llegué frente a la puerta vi que había un microbús en la entrada. Entré y de un vistazo rápido vi que solo quedaban dos sitios libres: uno al lado de Rob, que estaba sentado en la primera fila de la izquierda, y otro al lado de un chico en la segunda fila de la derecha.

–Buenos días –dije mirando a Rob de una forma rápida e imprecisa. Seguía costándome mantener su mirada, me distraían sus ojos color miel y no quería quedarme mirándole fijamente–. Perdón por el retraso.

–Buenos días, Francesca. Te hemos dado unos minutos porque sabía que

vendrías.

–Gracias –dije dirigiéndome hacia el otro sitio vacío del autobús. El chico me dejó pasar y me senté junto a la ventana.

Desde allí podía ver perfectamente a Rob mientras trabajaba con su flexitab. Tenía un perfil precioso. Iba vestido más informal que los otros días, con vaqueros y camiseta. Estaba realmente increíble en vaqueros. Me fijé en su espalda, era ancha y fuerte. Aparté la mirada; tendría que dejar de mirarle así, alguien se podría dar cuenta.

–¿Qué te parece lo de la vendimia?

–Genial, me encanta la idea.

–¿Crees que va a ser interesante?

Estaba segura que Rob podía oírnos desde su sitio y pensé que iba a hacer una prueba a ver si realmente podía y nos estaba escuchando.

–Estoy segura de que Rob lo ha organizado muy bien.

Tenía la mirada clavada en él para ver si reaccionaba y, efectivamente, se volvió ligeramente y me miró durante un escaso segundo, aunque mi compañero de asiento no parecía darse cuenta de nada.

–Tú que tienes experiencia, ¿qué crees que vamos a tener que hacer?

–Pues, yo haría dos grupos. Uno más grande para recoger las uvas, que en un principio puedes pensar que es fácil, pero tienes que cogerlas con mucho cuidado, quizá supervisado por alguien que sepa un poco más; yo podría servir. Luego pondría un grupo reducido de, como máximo, tres personas dirigidas por Rob en la zona de selección de uvas. A partir de ahí iría rotando a la gente para que todo el mundo acabe haciendo de todo. Pero tendremos tiempo de sobra, si vamos a estar yendo durante varios días.

–Ah. Bueno, no parece tan complicado.

–Pero prepárate para estar agotado este fin de semana.

El resto del camino pude dedicarme a mis pensamientos y a escuchar música, ya que mi compañero cayó en un profundo sueño. De vez en cuando miraba a Rob, que parecía muy concentrado en trabajar o en algo por el estilo. Por lo que había averiguado de él, tenía veinticuatro años. Para eso no tuve que investigar mucho, porque venía en el documento que él mismo había compartido en nuestro PI. Quizá era un poco joven para ser profesor. Me preguntaba si había sido idea suya o si, por el contrario, la universidad había contactado con él para dar las clases por eso de ser un enólogo famoso. Lo que estaba claro, después de la información que había recopilado, era que esta era su primera experiencia como profesor y que había venido a España por esa razón.

Cuando ya habíamos bajado todos del minibús, fuimos detrás de Rob hacia la zona donde estaríamos trabajando durante los siguientes días. El viñedo era bastante grande, casi tanto como el nuestro. Además, tenían la misma suerte que nosotros: la zona de vides no estaba muy lejos de la bodega.

–Bueno, chicos, vamos a hacer dos grupos.

O sea, que me había oído y me iba a hacer caso.

–Carlos, Carolina y Bryan –uno de ellos era el chico con el que me había sentado en el autobús–, vais a ir a la zona de selección de uvas. Francesca irá con vosotros y supervisará vuestro trabajo.

Le miré extrañada.

–¿Yo?

–Sí, confío en tu criterio; después de todo, llevas años haciendo esto. El resto, venid conmigo; vamos a aprender a coger uvas.

De una manera u otra siempre acababa sorprendiéndome; no solo me había escuchado, sino que me había dejado en la zona de más responsabilidad. Y, en cambio, él iba a hacer el trabajo más duro de todos.

Al cabo de un rato, Rob se acercó hasta nosotros.

–¿Qué tal va? –preguntó sonriente.

–Muy bien. Lo están haciendo muy bien –dije devolviéndole la sonrisa.

–Toma –me dijo dándome su gorra–. Creo que te has olvidado la gorra y no quiero que te dé un golpe de calor.

–Pero ¿y tú?

–Ah, no te preocupes por mí; ahora busco otra.

–Gracias –le dije sonriéndole otra vez.

Había sido un detalle que estuviera pendiente de mí. O quizá no era que estuviera pendiente de mí, como me gustaría pensar, sino que se sentía responsable de sus alumnos. En realidad, era la única a la que se le había olvidado la gorra.

Estaba tan contenta de estar allí en lugar de metida en una clase. ¡Y todo gracias a él! Ya no echaría tanto de menos el perderme la vendimia di Franco. Me encantaba la sensación de estar al aire libre, sentir el sol y la brisa en mi cara, y además rodeada de ese olor tan característico de las uvas. ¡Me sentía como en casa!

El día se me pasó volando y lo mismo me ocurrió el jueves por la mañana. Sin embargo, el jueves por la tarde me dio un bajón tremendo cuando caí en la cuenta de que el viernes no tenía clase con Rob, sino que tenía que ir al instituto. Cuando salí de la piscina, después de haber hecho mi habitual sesión de natación de una hora, vi que tenía varios mensajes. Uno era de Marina.



<¡No me lo puedo creer tu hermano viene a verme! Me encanta y me alegro mucho de q. J.P. te metiera en la pandilla. Nos vemos el sábado. Bs>

El otro mensaje era ¡de Rob! Pero no era un mensaje para mí sola, sino para todo el grupo de clase.

<Se me olvidó decirles que el sábado voy a ir al viñedo para echarles una mano. Si alguien quiere ir será bienvenido, pero no es obligatorio, además no hay autobús. Yo estaré en la puerta de la facultad a las 9 por si alguien se anima. Buen finde. R.R.>

¡Genial! Lo tenía clarísimo, yo iría. Para mí no había mejor plan que ese. Echaba tanto de menos estar entre vides, que estos dos días de vendimia habían sido para mí como una especie de inyección de vitaminas; me encontraba mucho más alegre y optimista. Además, seguramente, no sería la única que iría. Las otras tres chicas del grupo se habían fijado igual que yo en lo atractivo que era. Me daba la impresión de que estábamos todas deslumbradas por él. Aunque a mí me apetecía lo del sábado por otra razón: necesitaba más dosis de vitaminas.

El viernes volví a ver a mis nuevos amigos en el parking del colegio. Esta vez hasta JP y Marina habían venido en bici. Cada vez había más y no daba crédito. Tendrían que haberse visto las caras el día que aparecí en bici por primera vez, me miraron como si fuera marciana. ¡Y ahora por lo menos veinte personas eran marcianas como yo!

–¿Viste mi mensaje? –me preguntó Marina.

–Sí –dije riéndome–. Yo ya lo sabía, pero no te dije nada por si Marco quería que fuera sorpresa.

–Estoy muy emocionada por volver a verle. Sé que apenas le conozco, pero me encanta, Fran –dijo dándome un beso–. Gracias a ti y a ti, JP –añadió

dándole un beso en la mejilla también a él.

–¡Estás fatal Marina! –dije riéndome.

–¿Y tú?, ¿tienes algo que contar? Te veo más alegre que otros días –me dijo Marina.

–No, simplemente que estoy muy contenta con mi profesor, hemos estado casi toda la semana en un viñedo.

–Ah, genial, a mi padre le gustará saberlo. Se quedó un poco preocupado con lo que le dijiste la última vez –me comentó Juan Pedro.

–¿Es guapo? –preguntó Marina.

–Sí, la verdad es que sí –confesé–. Tu padre no conocerá por algún casual a mi profesor, ¿verdad? –pregunté dirigiéndome a JP.

–No lo creo, ¿por?

–No, por nada.

–Por cierto Fran, el sábado tenemos fiesta otra vez, ¿vale? –me dijo Marina.

–¿Dónde?

–En casa de Álvaro.

–Vale. Estupendo. Esta vez voy a intentar convencer a mi hermano para que llevemos comida italiana para todos.

–Guau, eso sería genial –dijo Marina–. Luego nos vemos. Ciao.

Como el anterior viernes nuestro tutor, Marcos, fue preguntándonos uno a uno qué habíamos hecho durante la semana. Cuando llegó mi turno, estaba preparada.

–Estoy muy contenta con nuestro profesor definitivo. A lo mejor le conoces, se llama Rob Rogers.

–No, no me suena.

–Es un famoso enólogo americano.

–Ah, me alegro mucho. Y, cuéntame, ¿que habéis hecho?

–Pues el primer día quiso saber la razón por la que nos habíamos apuntado a este talento y nos preguntó qué esperábamos de él.

–Ah, justo lo que habías dicho tú.

–Sí, exacto. Y desde el miércoles estamos yendo a un viñedo; estamos vendimiando.

–Increíble. Sí que debe de ser bueno, casi como si tú fueras la profesora –dijo sonriendo.

Por fin pude comprobar que no le conocía de nada y que el hecho de que Rob hubiera propuesto lo mismo que yo había sido una pura casualidad.

Por la noche llegó Marco y, como una aparición, después de ducharse y cambiarse, desapareció por donde había venido. Parecía que habían quedado solos Marina y él. ¡Tenían su primera cita! En realidad, me hacía mucha ilusión que salieran juntos; Marina me gustaba y, egoístamente, de esta manera vería más a Marco. Además, la casa estaba mucho más animada cuando estaba él. Era tan alegre que contagiaba a todos.

Al día siguiente me fui temprano a la universidad. Estaba deseando sacarme el carnet de conducir, pero, por el momento, tendría que ir en autobús.

Llegué un poco antes de las nueve y no había un alma por allí. Quizá al final Rob había decidido no ir y había venido en vano. Pero decidí esperar, todavía faltaban unos minutos para las nueve y además el otro día él me había esperado. Había pensado que vendría alguien más, pero parecía que yo era la única loca que quería madrugar un sábado. A las nueve y diez vi que se

acercaba uno coche. Era Rob.

## 3% vol

Paró delante de mí y bajó la ventanilla.

–Hola, ¿la llevo a algún sitio? –dijo sonriendo.

–¡Muy gracioso! –dije sonriendo también.

–Sube, Fran. Por cierto, siento el retraso.

Hoy no era Francesca, solo Fran. Me gustaba cómo sonaba mi nombre cuando lo decía él; tenía una voz preciosa. Nunca había oído un timbre de voz tan bonito.

–No pasa nada, el otro día me esperaste tú –le dije cuando ya me había instalado en el asiento del copiloto.

–Claro, no podía irme sin mi ayudante... bueno, más que ayudante. Lo hiciste muy bien, eres capaz de pegarle tu entusiasmo a cualquiera.

–Gracias –dije un tanto avergonzada.

–¿Nos vamos? No creo que venga nadie más. Parece que eres la única que está dispuesta a madrugar un sábado para trabajar de voluntaria en el viñedo de un desconocido.

–Soy un poco rara, qué le vamos a hacer –dije sonriendo.

–No. Claro que no. Simplemente disfrutas trabajando en el viñedo. Te cambia hasta la expresión de la cara y de los ojos.

Me quedé mirándole sorprendida. ¿Me había estado observado tanto tiempo? ¿Cómo no me había dado cuenta? Porque yo también le había observado, pero nuestras miradas no se habían cruzado en ningún momento.

–Puede ser que tengas razón. La verdad es que me siento muy bien trabajando al aire libre y en cualquier cosa relacionada con el vino.

–Creo que yo tengo los mismos síntomas que tú –me dijo riéndose.

Me reí también.

–Tu familia tiene un viñedo ¿verdad? –le pregunté.

–Sí, un poco más lejos que el tuyo.

–¿Lo echas de menos?

–Sí, por eso siempre que puedo voy a ver a Jorge, el dueño de este viñedo: somos amigos desde hace años.

–¿Y a tu familia la echas de menos?

Quizá era una pregunta demasiado personal, no tenía que olvidarme que, al fin y al cabo, era mi profesor, no un chico con el que estuviera saliendo.

–Sí. Mi padre entendió que me fuera, pero en el fondo no le hacía mucha gracia.

–¿Y tu madre? ¿Trabaja también en el viñedo?

Me miró un poco serio.

–Mi madre murió cuando tenía quince años.

¡Dios, qué metedura de pata! Se había quedado sin madre casi a la misma edad que yo sin padre.

–Lo siento mucho –dije. Y le toqué ligeramente la mano, en una reacción inconsciente por consolarle.

Me miró un segundo con esa mirada penetrante con la que me había mirado en la feria de vino. ¡Por qué no tendría las manos quietecitas!

–Gracias, no te preocupes, fue hace años.

Fuimos un rato en silencio. Después de lo de su madre no me atrevía a preguntarle nada más.

–¿Llevas mucho tiempo en España? –me preguntó él.

–Viviendo solo unas semanas, pero siempre he venido en verano y en Navidades... vamos, desde que nací.

–¿Quién es español, tu madre o tu padre?

–Mi madre. Mi padre es americano.

–Ajá, de ahí tu inglés tan perfecto.

–Gracias por el cumplido. ¿Y tú español perfecto a quién se debe? –le pregunté.

–A mi madre. Mis padres se conocieron en Estados Unidos.

–¡Qué casualidad! Los míos también. Mi madre fue allí a estudiar COU y se enamoraron.

–Esa historia tiene que ser muy bonita.

–Sí, mucho.

–Mi abuelo era diplomático y se fueron a vivir a Estados Unidos. Allí conoció a mi padre.

–Esa historia también tiene que ser muy bonita.

–Sí.

Me apetecía hacerle tantas preguntas, pero no quería parecer ansiosa ni demasiado interesada en él. Además, la pregunta que más me apetecía hacerle, no me la iba a contestar.

–¿Y tú, cuánto tiempo llevas en España? –le pregunté.

–Como tú, unas semanas. Por cierto, el otro día probé una de las botellas que

te compré.

Me gustaba que hiciera referencia a esos dos días porque, desde que había descubierto que era mi profesor, me parecían como irreales.

—¿Cuál?

—La de vino tinto.

—¿Te gustó?

—Sí, mucho. Es muy especial.

—¿Y la tomaste en una ocasión especial?

¿Por qué había preguntado esa tontería?

—No, en realidad no. La abrí para mí y para mi abuela, pero no quiso probarlo.

—Tu abuela, ¿la madre de tu madre?

—Sí, vivo con ella. Es una de las razones por las que he venido. Estaba un poco sola y ahora, por lo menos, tiene a alguien a quien prepararle comida y leerle las cartas del tarot.

—¿Cómo? —dije riéndome—. ¿Tarot? ¿Qué abuela más moderna tienes!

—Sí, es una abuela fuera de lo normal. ¿Tendrías que conocerla, te gustaría!

—Me encantaría, pero sería un poco extraño. ¿Cómo me presentarías? ¿Cómo tu alumna?

Me miró un poco serio.

—Tienes razón, por un momento me he relajado y me he olvidado de que soy tu profesor. Disculpa.

Mi intención no era hacerle sentirse culpable, ni incómodo. ¿Por qué había tenido que hacer ese comentario tan estúpido?



–No te disculpes. Perdóname a mí, no sé por qué he dicho eso.

En realidad me gustaba que se hubiera olvidado de nuestra verdadera relación.

–Ya hemos llegado –me dijo al cabo de unos minutos.

Con lo bien que había ido la conversación, lo había tenido que estropear con mi comentario realista. Estaba enfadada conmigo misma.

Nos acercamos a la casa y allí encontramos a Jorge, que estaba esperándonos.

–Hola, Rob, Francesca.

–Fran, por favor.

–Ah, de acuerdo. Muchas gracias por haber venido, y, además, en vuestro tiempo libre.

–Estamos encantados Jorge –dijo Rob y yo asentí con la cabeza, sonriendo.

Antes de ponernos manos a la obra intenté devolverle la gorra que me había prestado el otro día.

–¡Quédatela, por favor! Además, te queda muy bien; tiene el mismo color que tus ojos.

¡Cómo podía ser tan encantador!

–Pero debe ser personalizada, pone RR.

–Bueno, así tienes un recuerdo mío.

–Vale, gracias.

Me apetecía regalarle algo a cambio. ¿Qué podría regalarle? Ajá, ya sabía qué le podría gustar. Pero tendría que dárselo fuera de clase, en la primera oportunidad que tuviéramos.

A medida que iba pasando la mañana y nos íbamos relajando, creo que ambos conseguimos olvidarnos de mi desafortunado comentario. Cuando nuestras

miradas se cruzaban, me sentía totalmente desarmada. Que yo recordara, ningún chico con el que había salido me había hecho sentir así con una simple mirada. No sabía si me miraba porque le gustaba o porque era su responsabilidad estar pendiente de mí. Pero a mí, cada segundo que pasaba, me gustaba más. Y me daba mucho miedo.

Jorge, el dueño, prácticamente nos obligó a quedarnos a comer, así que cuando volvimos al coche para irnos, eran ya las cinco de la tarde.

–A lo mejor se te ha hecho un poco tarde –me dijo mientras encendía el coche.

–No, me ha gustado mucho venir.

–Te llevo a casa, ¿dónde vives?

–No, ni hablar, déjame donde te venga bien.

–Te voy a llevar a tu casa, o sea que dime dónde vives; es lo mínimo después de haberte pasado el día ayudando a un amigo mío –me dijo tajantemente.

–Está bien, pero para mí ha sido un placer.

–¿Sabes? No parece que tengas diecisiete años. Te comportas de una forma muy madura.

–Gracias, pero la realidad es que los tengo y por eso he tenido que venir a España, si hubiera sido mayor me habría quedado trabajando en el viñedo – dije pensando en voz alta.

–Ah, o sea, que no querías venir.

Vaya, no sabía por qué había dicho eso.

–No, en realidad no; pero bueno, al final no parece tan horrible.

–Menos mal, por lo que a mí respecta.

–Perdona, la verdad es que el programa de talent search me está encantando,

sobre todo por tus clases.

–Es mi primera vez como profesor.

Era muy humilde, ni siquiera intentaba ocultarlo. Debía ser muy seguro de sí mismo.

–Lo sé.

–Has leído mi historial.

–Por supuesto, tú habías leído el mío, así estamos iguales. De todas formas, ya te conocía de antes, aunque no lo sabía.

–No entiendo.

–Había leído algunos de tus artículos, pero no me di cuenta hasta que te vi en clase.

–Ajá. Claro, eres una chica muy informada en el mundo el vino. No sé si seré capaz de enseñarte algo nuevo.

–Por supuesto que sí. Yo no soy famosa como tú.

–Perdona, pero sí lo eres; aunque no seas consciente de ello.

–Lo de mi vino no fue nada, pero tú lo contaste como si fuera una gran hazaña.

Me miró sorprendido.

–Y lo es. No conozco a nadie que con tu edad haya creado un vino que además se cotice tan bien. Hay verdaderas peleas por conseguir una botella con tu nombre.

–¡Qué dices!

–Lo digo en serio, yo mismo estoy peleando por conseguir una.

Me reí.

–¿Y con quién te has peleado?

–Uf, con mucha gente. Pero solo llevo unos días, todavía no ha terminado la pelea –dijo sonriendo.

–¡No me lo puedo creer! –dije riéndome.

–Tienes una risa muy bonita –dijo mirándome brevemente para no distraerse.

–Gracias –dije tímidamente–. Me gusta esta música. ¿Qué es?

Me sentía tan a gusto con él. ¿Por qué me tenía que haber fijado en alguien tan complicado? No es que él fuera complicado, pero la situación sí, era mucho mayor que yo y ¡además mi profesor!

–Marisa Tolentino.

–Es como jazz.

–Sí, más o menos. Por cierto, estoy esperando instrucciones para llevarte a tu casa.

–Ah, es verdad. Vivo en Torrelodones. ¿Lo conoces?

–Sí, perfectamente.

–Ah.

Cuando paró delante de la casa de mis abuelos, no sabía muy bien cómo despedirme de él.

–¿Esta es tu casa?

–Sí, bueno, es de mis abuelos.

–Me gustan las casas antiguas.

Quizá nos parecíamos demasiado.

–A mí también –dijo sonriéndole–. Mañana no hay que ir al viñedo ¿no?

–¡Eres incansable! Irías, ¿verdad? –asentí–. ¡Eres increíble de verdad! Me dejas sin palabras. Mañana no puedo.

–Ah, vale. Bueno, muchas gracias por traerme. Hasta el lunes.

–Hasta el lunes, Fran. Gracias por haber venido –me dijo mirándome con sus preciosos ojos color miel.

Fran, Fran, cómo adoraba como decía mi nombre. ¿Cómo podía gustarme tanto si solo había pasado unas horas con él? Ahora entendía a Marina y a Marco.

Cuando entré en casa decidí ir a darme un baño; me vendría bien nadar para conseguir relajarme un poco. Me sentía demasiado nerviosa y extrañamente emocionada. Si por algún momento había pensado que podría estar sola en la piscina para evadirme un poco, estaba muy equivocada. Aunque ya no hacía temperatura para bañarse, toda la familia, incluidos Marco y Elena, estaba en la piscina tomando el sol.

–¿Qué tal en el viñado? –me dijo mi madre.

–Genial.

–Ya, se te nota. Estas más alegre que otros días. Te sienta bien este talent search.

Me sienta bien Rob.

–Sí. ¿Qué tal, Marco? –le pregunté.

–Muy bien. ¿Vas a nadar?

–Sí.

–Te subiré la temperatura, está un poco fría.

–Vale, gracias. Por cierto –le dije cuando me di cuenta de que los demás no nos escuchaban –, ¿qué tal ayer con Marina?

–Muy bien, me gusta mucho.

–Te tiene que gustar para venir el fin de semana solo para verla.

–Bueno, también he venido a ver a la mia piccola sorella e la mia mamma.

–Ya, muy gracioso. Oye, ¿te apetece que les llevemos esta noche una cena típica italiana?

–Ah, muy buena idea. Venga, nada, y nos ponemos a cocinar.

–Vale.

Después de mi sesión de natación les mandé un mensaje a JP y Marina.

<Llevamos cena italiana y vino. Bs. Fran>

<Guau, que nivel. Bs. J.P>

<Me encanta. Aviso a Alvaro. Bs. Marina>

Cuando llegamos a casa de Álvaro por la noche, nos hicieron un gran recibimiento. Estaba claro que no estaban acostumbrados a comer comida casera cuando quedaban los fines de semana. Yo había preparado el plato preferido de mis padres, espaguetis al pesto, y Marco se había ocupado de hacer pan giallo, un pan típico de Frascati, acompañado de quesos también típicos.

Me fijé en Marco y Marina, se les veía tan emocionados. Ahora era capaz de entender sus sentimientos. Me daba cierta envidia; no me importaría estar ahora con Rob y seguir hablando con él. Desconocía tantas cosas sobre su vida, pero no sabía si él sentiría lo mismo que yo.

–¿Qué tal ayer en el viñedo? –me preguntó JP cuando estábamos ya tomando copas, aunque yo seguía con mi vino.

–Muy bien.

–Te veo distinta.

–¿Sí? ¿Cómo distinta?

–No sé cómo explicártelo, feliz.

–Será porque me hace feliz estar en contacto con las uvas.

–Ah, menos mal; pensaba que quizá te gustaba algún chico de tu clase.

¿Y? ¿Por qué le iba a importar a él si me gustaba otro? ¿Es que estaba interesado en mí? Quizá debería ser sincera con él para que no se hiciera falsas ilusiones. Aunque era muy atractivo y encantador, después de haber comprobado lo que podía llegar a sentir por un desconocido, sabía que no sería capaz de sentir lo mismo por él.

–¿Y si fuera así?

–¿Es así? ¿Te gusta alguien de tu talento?

–Sí, pero yo a él no le gusto.

–¿Cómo lo sabes? Me extrañaría que alguien no se fijara en ti.

–Gracias, JP, pero no todos tienen el mismo gusto; quizá le gusten las rubias con el pelo liso.

–¿Y qué vas a hacer?

–Nada en absoluto.

–¿Nada? ¿Te gusta un chico y no vas a hacer nada?

–No, no quiero enamorarme de nadie. Y de todas formas, ¿tú qué harías?

–No quedarme sentado de brazos cruzados. Le haría entender de alguna forma que me gusta. Las chicas sabéis hacer eso muy bien.

–No sé.

El tema era muy delicado y no podía decirle a JP que era mi profesor el que me gustaba, y menos a él, ya que su padre era nuestro tutor del Talent Search. No sabía por qué se lo había dicho, aunque por lo menos pensaba que era un chico de mi clase y, en cierta forma, no era mentira; Rob era un chico de mi clase, aunque no exactamente mi compañero.

El domingo llamó mi hermano Pedro para contarnos que el lunes comenzaba la vendimia, así que Marco se tuvo que ir inmediatamente al aeropuerto. Pobrecillo se iba tan triste por tener que marcharse sin despedirse de Marina.

–Mamá, ¿crees que podría ir el fin de semana que viene a Frascati para echarles una mano con la vendimia?

–Lo echas mucho de menos ¿verdad?

–Sí.

–Vale, está bien. Si no interfiere en tus estudios puedes ir.

–Gracias, mamá –dije dándole un abrazo.

## **Octubre**

No podía creerme que ya llevara un mes en España. Al final no había sido tan horrible, por lo menos lo de hacerme amigos; y mi programa de estudios no podía gustarme más. Sin embargo, muchos días no podía evitar sentir cierta melancolía al pensar en nuestra casita de Frascati y nuestras cenas familiares. Además, echaba mucho de menos a Simona.

El resto de la semana seguimos yendo al viñedo de Jorge, aunque yo volvía a ser Francesca y no Fran. Le notaba más distante que el otro día, aunque supuse que no quería que el resto de la clase supiera que habíamos ido solos al viñedo el sábado anterior. Aunque, por otro lado, no entendía por qué había que ocultarlo, no habíamos hecho nada malo. Aun así, Jorge tampoco hizo ninguna alusión.



La dinámica de trabajo seguía siendo la misma que la semana anterior. Hacíamos turnos para probar todas las actividades relacionadas con la vendimia y yo seguía siendo supervisora del grupo más pequeño mientras Rob trabajaba con el resto. Cuando tenía un segundo libre lo dedicaba a observarle. Explicaba todo con tanta pasión que conseguía que todos estuvieran totalmente inmersos en lo que les contaba. Era tan expresivo además de divertido; no sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía que todos se rieran.

El miércoles por la tarde, cuando estaba a punto de salir de clase, Rob me llamó. ¡Qué extraño! ¿Qué querría decirme?

–Fran –dijo. Por supuesto usó mi nombre corto, ya que no había nadie más en la clase; como siempre, era la última en recoger mis cosas.

–Sí –dije levantando la mirada hacia él.

–Verás, me ha llamado Jorge, el del viñedo, para invitarnos a la fiesta de la vendimia este viernes por la noche.

–¿En serio? ¿A toda la clase?

–No, tan solo a ti y a mí.

¿De verdad iría con él a la fiesta? ¡Pero había organizado el viaje a Frascati justo para este fin de semana! Aunque, todavía no me había sacado el billete. Tendría que decidir entre ir a Roma o quedarme para ir con él a la fiesta. O quizá podría hacer las dos cosas si me marchaba el sábado.

–Si no quieres o no puedes venir, lo entiendo –dijo, quizá al ver que me había quedado en silencio.

–Quiero ir –dije por fin.

–Ah, estupendo. Se lo diré a Jorge. Me ha dicho que deberíamos quedarnos a

dormir, ya que vamos a beber bastante vino. Aunque no sé si será lo más adecuado.

–Quizá no –dije no muy convencida.

–Vale, entonces no beberé.

–¿Cómo no vas a beber en una fiesta de la vendimia?

–No pienso beber si te tengo que llevar sana y salva a tu casa.

–Ah, entonces nos quedamos a dormir.

–¿Estás segura?

–Sí, claro.

–Muy bien. Te recojo en tu casa a las ocho.

–No tienes que venir hasta Torrelodones; puedo acercarme a donde mi digas.

–Te recojo en tu casa –dijo tajante–. Hasta el viernes.

Guau, no había nada que me apeteciera más que pasar una noche con él, aunque estuviéramos con más personas. Tendría que hablar con mi madre para ver si me dejaba perderme un día de clase. Si iba a Frascati el sábado, tendría que volver el lunes, si no, no merecería la pena. Mi madre estaba de muy buen humor desde que estábamos aquí, con lo que no creía que me fuera a poner ningún problema.

Cuando llegué a casa encontré a mi madre en el salón tocando el piano. En cuanto llegó a Madrid lo había mandado afinar y ahora sonaba mucho mejor. Me senté en el sillón que estaba cerca del piano. Me encantaba escucharla cuando tocaba; era lo único, aparte de nadar, que conseguía relajarme. A mi padre le pasaba lo mismo, adoraba escuchar a mi madre tocar.

Después de casarse compraron un piano para ella, un colín, y lo colocaron en

la casa grande, ya que en la casita no cabía. Todos dicen que desde que compraron ese piano, la casa grande volvió a ser la de antes. Aunque, seguramente, coincidió que con mi padre consiguió mejorar la situación de la empresa, gracias a su reducción de costes y a los contactos comerciales que tenía en Estados Unidos, y por fin comenzaron a obtener beneficios. Pudieron hacer obras en la casa, pintarla y redecorarla. Mi padre tenía olfato con los negocios, al igual que sus hermanos, Marco y Fran. A pesar de que mis tíos seguían viviendo en Estados Unidos, seguían trabajando juntos y, gracias a eso, pudimos exportar mucho más vino que antes.

Por eso en los últimos años había ayudado a mi padre y a mi hermano Pedro a producir vinos de autor, de más pequeña producción, pero más especiales. Eso era lo que más le gustaba a mi padre, y a mí también; por eso quería sacarme el título de enóloga. Solo mi hermano Pedro tenía el título, de esa manera seríamos dos enólogos en la familia. Pedro se parecía mucho a mi padre, excepto en que no era tan paciente como él; era más nervioso, como mi madre. Creo que esa cualidad solo la había heredado Marco.

No sabía qué pasaría con Marco, si al final dejaría el viñedo. Pero siempre había tenido mucho talento para el dibujo técnico. De hecho, siempre me lo había imaginado siendo arquitecto. No sabía por qué no se enfrentaba a mi hermano; a lo mejor solo necesitaba un empujón, y quizá ese empujón podría ser Marina.

–Hola –le dije a mi madre cuando dejó de tocar.

–Hola, Fran. No sabía que estabas ahí.

–Me he quedado relajada, como siempre que te oigo tocar.

–Gracias. A mí también me relaja mucho.

–Mamá, verás, me han invitado a la fiesta de la vendimia del viñedo al que

hemos estado yendo estos días.

–¡Estupendo!

–Es este viernes.

–¿Y el viaje?

–A lo mejor puedo ir a los dos sitios, si me dejas faltar a clase el lunes.

–Bueno, si tu profesor te deja, por mí no hay problema.

¿Mi profesor? ¡Si supiera que había sido él el que me había invitado a la fiesta! Bueno, en realidad no había sido él, sino Jorge, pero quería pensar que él quería que fuera, si no, no me lo habría dicho.

–Vale. Entonces, me iría el sábado directamente desde el viñedo.

–¿Te quedas a dormir?

–Sí, nos han invitado a dormir; se supone que vamos a beber vino.

–Bueno, en ese caso es mucho más seguro.

–Gracias, mamá. ¿Por cierto, has ido a ver alguna casa?

Suspiró. ¿Qué pasaba?

–No. Verás, no sé si estarás de acuerdo, pero no estoy segura de querer irme a otra casa. Aquí estoy muy a gusto y puedo echar una mano a tus abuelos.

–¡Mamá! –protesté.

–Sé que te apetece que estemos en una casa nosotras solas, pero aquí no se está tan mal. Tú tienes la piscina, yo tengo el piano, y además hacemos compañía a tus abuelos.

Visto así no sonaba tan mal. Pero, por alguna razón, me había imaginado viviendo en una casita pequeña las dos juntas. Seguramente tenía que ver el hecho de que la casa de mis abuelos era bastante grande y echaba de menos

una casa pequeña, como la nuestra de Frascati, más acogedora y recogida. Quizá lo que necesitaba era sentirme más segura, pero eso no iba a pasar aunque nos fuéramos a otra casa.

Sin mi padre no conseguía estar del todo a gusto en ningún sitio. Era posible que mi madre se sintiera mejor en esta casa, porque era donde había crecido. Si por lo menos una de nosotras estaba a gusto, merecería la pena. Mi madre necesitaba estar bien; ella lo tenía que pasar infinitamente peor que yo. Desde que había conocido a Rob podía entender, aunque fuera en una proporción mucho menor, el dolor que podía sentir mi madre.

–Está bien, mamá –dije después de algunos minutos–. Nos quedamos aquí.

–Oh, gracias, Fran –dijo dándome un abrazo–, No sabes lo feliz que me haces. Te quiero.

–Yo también, mamá

Mi madre era tan frágil. Aunque, en realidad, no lo había sido siempre; solo desde que había muerto mi padre. Siempre la había considerado una mujer fuerte y positiva, aunque siempre había sido muy sensible a las emociones de los demás; por eso no podía evitar ponerse a llorar cuando veía una película de amor, pero llevaba unos años triste y con muchos cambios de humor. Si podía hacerla feliz por un tiempo, merecería la pena.

El viernes se me ocurrió pedirle ayuda a Marina antes de entrar en clase.

–Me han invitado a la fiesta de la vendimia en el viñedo al que he estado yendo estos días.

–No me extraña que te hayan invitado, cuando has trabajado tanto... y además gratis.

–No sé qué ponerme –dije con cara de preocupación.

–Ah, vamos a hacer una cosa; ¿por qué no te vienes a comer a mi casa y te dejo algo de ropa?

–Ah, estaría genial. Voy a mandar un mensaje a mi madre para que sepa que no voy a casa a comer.

–¡Estupendo! –dijo.

–Bueno entonces no te vemos este fin de semana ¿no, Fran? –dijo Juan Pedro.

–No, pero os veo el siguiente. A lo mejor, para variar, podemos hacer la fiesta en casa de mis abuelos.

Como me iba a quedar a vivir allí, tendría que acostumbrarles a invitar a mis amigos de vez en cuando.

–¡Estupendo! Bueno, nos vemos a la salida, Fran –dijo Marina, yéndose a su clase.

–Estas encantada de poder irte a Frascati ¿no?

–Sí, estoy feliz.

–Me alegro, se te ve mucho mejor estos días.

–Gracias, JP. No sabes cuánto te agradezco que me hayáis acogido en vuestro grupo; no sería lo mismo sin vosotros.

–Yo también me alegro –me dijo mirándome con esa cara tan tierna que tenía.

A la salida de clase, nos fuimos Marina y yo en bici hasta su casa. Estaba relativamente cerca de la de mis abuelos, lo único malo era que a la vuelta tendría que subir una gran cuesta para llegar a la mía. Comí con ella y con su madre. A pesar de que era mayor, yo diría que unos años más que mi madre, era muy guapa, e igual de encantadora que su hija.

–¡Qué suerte que te vayas a Frascati! –me dijo Marina cuando ya estábamos en

su habitación mirando ropa.

–Oye, y se me ocurre una idea. ¿Por qué no te vienes conmigo? ¿Te dejarían tus padres?

–¿Lo dices en serio? –dijo radiante de felicidad.

–Sí, claro; me encantaría que vinieras. Además, así podrías estar con Marco... aunque tendrías que trabajar bastante.

–¡Me encantaría! –dijo dándome un beso–. Pero ¿tú crees que no pareceré un poco pesada? No quiero agobiar a Marco.

–¡Qué tontería! Le conozco y le va a encantar la sorpresa. Además, vas a venir como amiga mía, no como su novia; te he invitado yo.

–Oh, qué feliz soy. Voy a hablar con mi madre. Por cierto, si no te has comprado el billete todavía, lo más probable es que nos salga gratis; mi madre es azafata.

–¿Sí? Yo ya lo tengo.

–Bueno, pues para la próxima.

Esa chica era lo más cariñoso que había visto jamás; cuando estaba feliz, repartía besos a diestro y siniestro. La verdad es que había tenido mucha suerte de conocer a este grupo de amigos. Había sido un auténtico milagro, porque desde que salía con ellos no me sentía fuera de lugar y no echaba tanto de menos a mis amigos de Italia.

–Mi madre me ha dejado, me ha dicho que será una gran experiencia ir a una vendimia.

–¿Tu madre sabe que sales con Marco?

–Bueno, no exactamente. Es que solo llevamos unos días, como quien dice. Se lo diré cuando sea más serio. Por ahora, no sé muy bien qué somos.

–No sé lo que sois, pero a mi hermano no le había visto jamás así.

–¿De verdad? Qué ilusión me hace poder ir a verle.

–Por cierto, llévate ropa cómoda. Recuerda que vas a trabajar duro.

–Vale, no me importa nada. Venga, vamos a ver qué te puedes poner.

Aparte de sacar el billete en el mismo avión que iba yo, estuvimos parte de la tarde probándome ropa; además, Marina se empeñó en alisarme el pelo. Marina tenía millones de modelos. Mi armario al lado del suyo era auténticamente ridículo. Seguramente tenía que ver con que no me gustaba demasiado ir de compras, aunque mi madre era peor que yo para eso.

–Creo que te tienes que poner este verde, tiene el mismo color que tus ojos y te queda de muerte –me dijo Marina.

–¿Tú crees? ¿No es un poco entallado?

–¡Y qué! Estás impresionante. Tienes unas espaldas increíbles.

–Seguramente sea de nadar.

–¿Nadas?

–Sí, desde que era pequeña. Nado casi todos los días una hora.

–¡Guau, qué pasada! ¡Eres muy deportista!

–Es de familia, lo somos todos.

–¿Y Marco qué hace?

–Marco hace snow, escala y le gusta mucho la montaña. Además, trabajar en un viñedo te pone en forma.

–¿Escala? No lo sabía. Por eso tiene ese cuerpo tan increíble.

–Despierta, Marina –le dije al darme cuenta que se había quedado con la mirada perdida.



–Lo siento, es que creo que me estoy enamorando de él y es la primera vez que me pasa.

–A mí también –dije sin darme cuenta de lo que estaba diciendo.

–¿De quién te has enamorado?

La miré sorprendida. No podía hablarle de él. Al fin y al cabo, era mi profesor.

–Todavía no te lo puedo decir.

–Eso suena a que le conozco.

–No, no le conoces; pero todavía no sé muy bien en qué situación estamos, ni siquiera sé si le gusto. Es un poco complicado.

–Esta noche irá a la fiesta, ¿verdad?

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Porque si no, no estarías tan preocupada por qué ponerte.

–Me has pillado.

–Bueno, llévate este vestido y esta chaqueta; a lo mejor refresca por la noche.

–Gracias, Marina. No sabes lo bien que me viene tu consejo. Sería capaz de ir en vaqueros.

–¿A qué hora te viene a recoger el caballero misterioso?

–A las ocho.

–Pues te tendrías que ir, son las siete.

–¡Dios mío! Me voy pitando. Muchas gracias por todo.

–¿Te recogemos en el viñedo mañana a las diez y media para ir al aeropuerto?

–Ah, vale. Luego te paso la dirección.

–¡Suerte esta noche!

–Gracias.

No sabía por qué estaba tan emocionada, si solo iba invitada por Jorge a una fiesta, o cena: no sabía muy bien en qué consistía una fiesta de la vendimia en este viñedo en concreto, ni siquiera era una cita. Pero no podía evitar estar muy nerviosa. Preparé la maleta y a las ocho salí a la calle, después de despedirme de mi madre y mis abuelos. Mi madre también estaba arreglándose, tenía una cena con amigos en casa de mi tía Alejandra. Cada vez estaba más convencida de que habíamos hecho bien en venir a España.

Solo tuve que esperar unos minutos hasta que vi que se acercaba el coche de Rob. Estaba tan nerviosa que no sabía cómo podría ocultárselo, estaba segura que se me notaba.

–Hola –dije entrando en el asiento del copiloto.

–Hola, Fran. Estás preciosa –dijo mirándome con esa mirada que lo único que conseguía era ponerme más nerviosa todavía.

–Gracias –dije algo avergonzada.

Se quedó unos segundos mirándome sin decir nada. Le miré y me sonrió. Él estaba guapísimo también, iba con vaqueros, camisa y chaqueta.

–¿Qué te has hecho en el pelo?

–Mi amiga me lo ha alisado. ¿Te gusta? –pregunté ilusionada.

–Sí, estás muy guapa hagas lo que hagas. Pero te tengo que decir que me encanta tu pelo ondulado y rebelde.

Vaya, entonces no le gustaba así. ¡Después del tiempo que se había pasado Marina alisándome el pelo!

Encendió el coche y nos pusimos en marcha.

–¿En qué consiste la fiesta de la vendimia?

–Bueno, en el viñedo de Jorge no son muchos, con lo que suele ser una cena sentados; no es una fiesta como a las que seguramente estás acostumbrada.

–Ah. Sí. En Frascati hacemos una fiesta y, somos tantos, que suele ser en plan bufet; no cabríamos todos sentados. Somos demasiados tíos y primos, además de amigos que vienen siempre a ayudarnos.

–Me lo imaginaba –dijo sonriéndome.

–¿En tu viñedo cómo es?

–Más parecida a la de Fracasti. De todas formas, estas cenas son muy especiales. Lo hacen en la bodega, rodeados de botellas, y tiene mucho encanto.

–¡Qué bonito! Muchas gracias por invitarme.

–Las gracias se las tienes que dar a Jorge, aunque tengo que confesar que estoy encantado de que vengas –dijo mirándome.

–Porque soy tu alumna más aventajada –dije a propósito.

–No, porque me gusta estar contigo.

¿Acababa de decirme que le gustaba estar conmigo o lo había soñado?

–A mí también me gusta estar contigo.

–Todo esto es un poco extraño. No debería decirte estas cosas, eres mi alumna.

–Bueno, si quieres, podemos olvidar por unas horas que soy Francesca, y ser solo Fran.

Se rio.

–Te has dado cuenta, claro.

–Sí, no ha sido muy difícil. Cuando estamos solos me llamas Fran y en clase soy Francesca.

–Necesitaba diferenciarlo de alguna manera.

–Yo, sin embargo, no puedo diferenciarlo.

–No lo hagas. Voy a hacer exactamente lo que has propuesto, voy a olvidar por unas horas que eres mi alumna; no hay nada que me apetezca más que eso – dijo girándose para mirarme de nuevo.

Dios, cómo me gustaba su forma de mirarme. No sabía si iba a ser capaz de comer durante la cena como siguiera mirándome así.

El resto del camino seguimos hablando de cosas menos comprometidas y lo prefería, porque para seguir hablando de temas más personales, quizá necesitaba beber una copa de vino. Estaba siendo muy intenso y apenas había empezado la noche.

–Bienvenidos –dijo Jorge cuando entramos en su casa–. Fran, estás muy guapa. Quiero que sepas que eres nuestra invitada de honor. Mi mujer y yo estamos muy agradecidos por tu ayuda.

–Ha sido un placer; y muchas gracias por la invitación.

–Venid por aquí. Vamos a cenar en la bodega por ser una ocasión tan especial.

Con ellos hablábamos en español, puesto que no hablaban inglés. Me gustaba mucho escuchar a Rob hablando en español; bueno, en realidad me gustaba escucharle hablar en cualquier idioma. Tenía una voz tan profunda y varonil.

Bajamos a la bodega. Una larga mesa de madera robusta ocupaba casi el único espacio amplio que había entre las barricas de roble. Me sentí como en casa, con ese olor tan familiar que producen las barricas. La luz era suave y me produjo una sensación de bienvenida, el ambiente, el momento, la compañía

hacía que fuera una noche casi mágica. Éramos tan solo diez personas para cenar: Jorge y su mujer, sus dos hijos con sus novias y dos amigos más, aparte de nosotros.

–Bueno, ahora empieza lo divertido –dijo Jorge después de la cena–. Fran, siempre hacemos un concurso de catas, aunque siempre gana Rob; pero es normal, porque es precisamente famoso por eso, por sus catas.

–No siempre gano, Jorge –dijo Rob humildemente.

–Solo ha habido una vez que te ha ganado alguien: mi prima Julia. Pero estoy seguro de que la dejaste ganar.

–No, te lo aseguro.

–Bueno, esta vez va a empezar, Fran –afirmó Jorge.

–¿Yo? –dije muerta de miedo–. ¿En qué consiste exactamente?

–Tienes que probar el vino y decidir de qué país es, el tipo de uva, qué tipo de vino, la zona y, si lo sabes, la añada y la bodega.

–Uf, no sé si podré decir tantas cosas.

–Bueno, tú prueba –dijo Rob–; estoy seguro de que sabes más de lo que crees.

Lo intentaría, pero me iba a resultar difícil si Rob seguía mirándome así.

Cogí la copa de vino tinto que me habían colocado delante. Los demás tenían una copa con el mismo vino para catarlo todos al mismo tiempo. Primero me dediqué a la fase visual. Observé el color: rojo picota, granate, reflejos violáceos. Después, fase olfativa; olía a fruta madura, a ciruelas, a moras, a especias dulces. Rob me seguía mirando de una forma intensa y hacía que me cosquilleara todo el cuerpo, ¡así no había quien se concentrara! Intenté centrarme para lo último, la fase gustativa; era envolvente, sabroso, equilibrado, fino y maduro.

–Es español. Tempranillo. Y es un crianza.

–Muy bien, Fran –dijo Rob orgulloso.

–Yo diría que es un Ribera de Duero.

–Increíble –dijo Jorge–; esta chica tiene talento, Roberto.

¿Roberto? ¿Por qué le llamaba así?

–Y no tiene más de tres años. Pero no puedo decirlo la bodega, no sé tanto como para eso.

–Has dicho muchísimo, Fran. Lo has hecho fantástico –dijo Rob sonriéndome.

–Roberto, ¿quieres terminar tú con el dictamen?

–Claro, será un placer. Bueno, Fran me lo ha puesto fácil; en realidad ha hecho todo el trabajo –dijo sin quitarme ojo–. Creo que es un Protos de 2022.

–No hay quien te gane –dijo la mujer de Jorge.

Así continuamos con unos cuantos vinos más, hasta que Rob, o Roberto, me preguntó si quería salir a tomar el aire. Se lo agradecí, ya que había bebido demasiado vino y me vendría bien despejarme un poco. Ví que cogía nuestras copas de vino de la mesa.

–¿Por qué te llaman Roberto? –le pregunté cuando ya estábamos en el jardín.

–Me llamo así. Aunque Rob parece un diminutivo de Robert en realidad es de Roberto. Legado de mi madre.

–Es un nombre precioso.

–Gracias. ¿Qué te ha parecido la cata?

–Me ha encantado. Ha sido muy divertido.

–¡Eres increíble!

–¿Por qué?

–Porque no me puedo creer que tengas diecisiete años y te guste este tipo de cenas. Eres una chica muy especial. ¿Lo sabías?

–Gracias –dije, sintiendo como mis mejillas ardían en la oscuridad.

Quizá era una mezcla de la cantidad de vino que había bebido y de escucharle decirme esas cosas, pero me sentía algo mareada.

–¿Te puedo preguntar algo? –le dije aprovechando que estaba tan hablador.

–Claro.

–El día que nos conocimos... ¿Por qué pretendiste no saber nada de vinos? Sé que eres precisamente famoso por tus catas de vino. Me siento como si hubiera hecho el ridículo.

–Está bien. Te lo contaré. Estaba en la feria con algunos de mis primos y de repente te vi a lo lejos. Me quedé impresionado por tu belleza. Me acerqué hacia ti sin saber muy bien por qué; no era consciente de lo que hacía. No tenía ningún plan en concreto y, cuando llegué al mostrador, te dije lo primero que me vino a la cabeza. Cuando empezaste a explicarme cómo se cataba un vino, estaba como embrujado por tu voz y por tus ojos... me dejé llevar. Lo siento, mi intención no era dejarte en ridículo, ni mucho menos. Si alguien hizo el ridículo ese día, seguramente fui yo.

Me había quedado fascinada por lo que me había dicho. Nunca pensé que hubiera sentido todo eso en apenas los escasos minutos que estuvimos juntos.

–Es que cuando te acercaste a hablar conmigo me quedé sorprendida de que no te hubieras acercado a mi prima, es mucho más guapa que yo.

–Yo no vi a nadie más que a ti.

Le sonreí. ¡Cómo me gustaba!

–¿Y por qué no contestaste a mi pregunta cuando te la hice el primer día de clase?

–No te podía decir en clase lo que te acabo de decir. De todas formas, no debías estar interesada en mí, puesto que no aceptaste mi contacto.

–No sabes cómo me arrepentí de no haberlo aceptado. Pensé que ya no te volvería a ver.

–¿Y por qué lo hiciste? –me preguntó con curiosidad.

–Por miedo.

–¿Miedo?

–Miedo a enamorarme de ti.

–Fran –dijo cogiéndome de la cara con sus grandes manos–, no sabes cuánto me gustas –y me besó.

De repente el mundo dejó de dar vueltas. Todo se paró, como si no existiera nada más que nosotros. Ya no estaba mareada; sentía que me derretía en sus brazos, como si ya no fuera yo, Fran, la chica segura de sí misma; sino otra Fran más frágil y emotiva. Nunca había sentido eso cuando me habían besado.

Rob me besaba apasionadamente y yo le seguía no menos apasionada, me sentía como sin voluntad, como si pudiera hacer conmigo lo que quisiera. No me importaba nada. ¡Y qué si era mi profesor! ¡Y qué si era casi siete años mayor que yo! Rob me apretaba contra él y me sentía totalmente protegida por sus brazos, que me rodeaban fuertemente. Notaba un inmenso calor que me ascendía desde el estómago hasta el rostro. No quería enamorarme de nadie, pero esto estaba ya fuera de mi control mental; no creía que fuera capaz de parar los sentimientos que me provocaba estar con él.

De repente, Rob dejó de besarme y se echó hacia atrás con cara de



preocupación.

–Lo siento, Fran. No sé cómo he podido hacer esto. Espero que me perdones por haberte besado así. No volverá a suceder. Buenas noches.

Y se fue. Me quedé en el jardín, no solo con cara de sorpresa, sino sintiéndome miserable. Pero ¿por qué se había ido de repente? ¿Se habría dado cuenta de que era su estudiante y no debería besarme? Claro que era su estudiante y él mi profesor, pero eso no iba a cambiar durante unos meses y él lo sabía. Pero, entonces, ¿a qué había venido la conversación de antes? Si me iba a dejar así, habría sido mejor que no me hubiera besado. No podía besarme y abrazarme de esa manera tan desesperada y después dejarme tirada diciendo que no volvería a suceder.

¡Yo quería que volviera a suceder! ¿O es que se había tomado en serio lo de olvidar durante unas horas nuestra verdadera relación? Eso había sido una estupidez y, además, había sido idea mía. Ya no podía culparle, era todo culpa mía. Si no hubiéramos jugado a ese juego, esto no habría pasado y yo podría seguir viviendo sin saber lo que sentía él por mí y yo por él.

Desde el principio había intuido que me gustaba y que quizá yo le gustaba a él, pero ahora lo sabía con certeza. Y justo ahora que era consciente de mis sentimientos ¡no iba a poder avanzar! Si por lo menos hubiéramos hablado de ello, pero se había escabullido tan rápido que no había podido reaccionar. Quizá pudiera hablar con él por la mañana.

Me fui a la cama muy agitada y con la cabeza dándome vueltas. Me costó mucho dormir, pero, seguramente gracias al vino que había bebido, acabé quedándome inconsciente después de unas horas de dar vueltas en la cama. Cuando sonó el despertador mi estado era casi peor que antes de acostarme. No solo tenía un dolor horrible de cabeza, sino que me sentía totalmente deprimida y, además, tenía que coger un avión. Aunque no me gustaba nada,

me duché con agua templada porque así quizá conseguiría despejarme un poco. Si hubiera una piscina, me habría tirado directamente. Necesitaba aclararme las ideas antes de verle, aunque, a lo mejor, ni siquiera le veía. Yo tenía que madrugar porque me marchaba de viaje, pero quizá él se quedaba durmiendo o peor, podría intentar evitar verme.

Bajé a la cocina. No parecía haber nadie, pero había café caliente.

Me puse una taza y cogí unas magdalenas que había en la mesa.

–Buenos días, Fran –oí la voz de Rob a mis espaldas.

Después de todo parecía que era valiente y venía a hablar conmigo.

–De buenos nada.

–Quiero hablar contigo.

–Dime –dije un poco enfadada.

–Siento mucho haberte dejado así ayer por la noche, pero de repente me di cuenta de que no tenía que haberte besado. Soy tu profesor y me pueden expulsar por esto.

–¿En serio?

–Sí, claro. Quizá en España no sean tan estrictos, pero en Estados Unidos sí. Y yo estoy enseñando en una universidad americana.

–¿Qué quieres decirme con esto?

–Que no podemos vernos más fuera de clase.

Miré hacia abajo, no quería que viera que se me estaban humedeciendo los ojos. Mierda, era la primera vez que un chico me hacía llorar.

–Lo siento, Fran, lo de ayer fue una estupidez por mi parte. ¿Estás bien? –dijo cogiéndome la mano.

La aparté rápidamente. ¡Si me tocaba sería peor!

–¿Estás llorando? –dijo con cara de preocupación.

–Eso parece, pero no te preocupes, se me pasará.

–¡Dios, Fran! No puedo verte así –dijo acercando otra vez su mano a la mía.

–Déjame –dije suavemente, apartando mi mano de nuevo–. Toma –le dije dándole una caja con una botella de vino.

La había traído ayer conmigo pero me había olvidado por completo de dársela.

–¿Qué es esto? –dijo mirando la caja.

–Un regalo, para que tengas un recuerdo mío. Me tengo que ir –dije levantándome de la silla–, tengo que coger un avión. Por cierto, supongo que no te importará que no vaya a clase el lunes, ¿no?

–No, claro. ¿Dónde te vas?

–Mi madre me dio permiso siempre y cuando mi profesor estuviera de acuerdo.

–No me has dicho dónde vas.

–No creo que te importe dónde vaya, simplemente no iré a clase.

Me miró con cara triste, como si le doliera mi forma brusca de hablarle. ¡Por Dios, que no me mirara así!

–Adiós, Roberto.

Me fui lo más rápido que pude de allí. No quería volver a verle, aunque no tendría más remedio que hacerlo. De hecho, el martes siguiente. Fui a mi habitación a recoger mi maleta y busqué a Jorge y su mujer para despedirme de ellos. Como no les encontré, bajé a la bodega. Allí, por lo menos encontré

a Jorge y pude despedirme y agradecerle su invitación.

–Por favor, despídeme de tu mujer, que no la he encontrado.

–Ah, claro. Muchas gracias por haber venido. Aquí siempre serás bienvenida.

–Muchas gracias, Jorge –le dije dándole dos besos.

Me dirigí hacia la entrada de la finca. Marina estaría a punto de llegar, seguramente ilusionada por ir a Frascati y volver a ver a Marco. Y a mí lo único que me apetecía era llorar.

## 4% vol.

–Bueno, ahora que, por fin, estamos en el avión tranquilas, ¿me puedes decir qué te pasa? –me dijo Marina.

–¿Lo has notado?

–Claro, te veo triste. ¿Qué ha pasado?

–Ha sido una estupidez pensar que lo nuestro era posible.

–¿Por qué dices eso?

–Porque es mi profesor.

–¡¡¿QUÉ?!! –dijo medio gritando.

Las personas que estaban en el asiento delantero se giraron para mirar.

–Sss, baja la voz –le dije a Marina

–No me lo puedo creer. Tienes pinta de ser una mosquita muerta. ¿Y ahora me dices que te gusta tu profesor?

–Vaya, gracias por lo de mosquita muerta y por anunciárselo a todo el avión.

–Ya me entiendes.

–Te lo contaré desde el principio para que lo entiendas. Pero, por favor, no les digas nada a Marco ni a JP.

–Vale.

Le relaté cómo nos habíamos conocido, el día que apareció en mi clase diciendo que era mi profesor y, por último, lo que había pasado la noche anterior.

–Guau. ¡Qué fuerte, Fran!

–¿Qué opinas?

–Que tienes que olvidarte de él, por lo menos hasta que acabes este trimestre. ¡Son solo tres meses!

–Bueno, yo no tengo tan claro que quiera salir conmigo después. No me ha dicho, “no podemos salir a partir de ahora hasta que acabe el trimestre”, me ha dicho “no podemos vernos más fuera de clase”.

–Bueno, pues no sé; ya lo iréis viendo.

–No, ya sé lo que voy a hacer. La única forma que se me ocurre para que no me afecte más e intentar olvidarme de él, es ser fría como el hielo.

–¿Y sabes hacer eso?

–Sí. Solo tengo que mentalizarme este fin de semana.

–¡Estás como una cabra, Fran! Pero tú verás lo que haces.

Eso era lo que iba a hacer. Estaría preparada todos los días para salir la primera de clase; no quería tener ni una sola oportunidad para hablar con él, ni aunque tuviera que ver con el curso. Eso por un lado. Y por otro, me olvidaría de todo lo que habíamos hablado y de los besos que nos habíamos dado. Lo olvidaría todo. Y, por supuesto, dejaría de participar activamente en la clase. Ya no volvería a ser su ayudante ni nada parecido.

Al llegar al aeropuerto de Roma, vi de lejos que Marco estaba esperándome. En realidad no le había contado nada sobre mi acompañante. Cuando salimos las dos juntas Marco se quedó literalmente boquiabierto. Después, me miró con cara de “has sido tú, hermanita”. ¡Adoraba las sorpresas! Seguramente era algo que llevábamos en la sangre.

–Hola –dije triunfal cuando llegamos hasta él.

–¿Y esto? ¡Qué sorpresa! –dijo acercándose para besar a Marina.

Me dio un beso en la mejilla y me dio las gracias al oído.

¡Qué envidia me daban! Ellos sí podían estar juntos.

–Ha sido un poco improvisado; ayer mismo le pregunté si le apetecía venirse conmigo.

–Ha sido una gran idea –dijo Marco mirándome–. Pero, en realidad, vamos a tener que trabajar bastante –añadió mirando a Marina.

–Lo sé, estoy preparadísima y dispuesta a lo que sea que haya que hacer –dijo sonriendo.

El resto del día estuvimos trabajando sin parar. A Marina no es que se le diera muy bien exactamente, pero tenía a Marco a su lado para ayudarla en todo lo que hiciera falta. Pedro estaba un poco refunfuñón porque decía que Marco estaba muy distraído y que no había sido muy buena idea que trajera a Marina. Mi tía Simona llegó a decir que Pedro se empezaba a parecer al tío Piero y tenía razón.

Intenté estar pendiente de todo lo que necesitaba Pedro para que no echara en falta a Marco, de todas formas tendría que acostumbrarse porque, aunque él no lo sabía, a Marco le quedaba muy poquito tiempo para mover ficha. Cada vez que miraba a Marina y Marco me daba más cuenta de que ese momento no tardaría en llegar. Nunca había visto a Marco así.

Cuando ya había terminado la jornada de trabajo, hacia el final de la tarde, Pedro le pidió a Marco ayuda en la bodega para revisar los depósitos de fermentación.

–Yo lo haré contigo, Pedro –dije para que Marco pudiera irse con Marina por ahí.

–Gracias, Fran. Voy a llevar a Marina a cenar, ¿no te importa verdad? –me preguntó Marco.

–Claro que no, esperaba que lo hicieras. Yo iré a ver a mis amigos.

–Eres la mejor hermana del mundo –dijo dándome un beso.

–Soy la única –dije riéndome.

–Le consientes mucho, Fran –me dijo Pedro cuando ya se había ido Marco.

–Pedro, no seas tan estricto. Está enamorado y, además, a mí me encanta ayudarte en todo. Ya lo sabes.

–Lo sé. A ti sí que te gusta este trabajo.

–¿Por qué lo dices? ¿Piensas que a Marco no le gusta? –dije a propósito para ver qué pensaba.

–Últimamente le veo muy distraído, no sé qué pensar.

–Yo creo que esto no le apasiona como a nosotros y a papá.

–Puede ser. ¿Crees que se irá?

–Sí, creo que es cuestión de tiempo. ¿Te importaría mucho?

–Bueno, sí, me daría pena. Pero él sabrá lo que hace. Tú no te irás, ¿verdad? –me dijo mirándome algo triste.

–Claro que no, ya sabes que esto me apasiona. ¿Por qué crees que he elegido Enología como talento?

–Menos mal, por lo menos puedo contar contigo –dijo algo más alegre.

¡Pobre Pedro! Creo que desde que mi padre no estaba, sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Aunque también estaban mis tíos y alguno de mis primos, Pedro era el que más ojo tenía para las uvas; tenía el mismo instinto que mi padre. Y quizá yo también lo tuviera. Mis tíos estaban quizá más pendientes de los temas comerciales, que también eran muy importantes. Pero yo le iba a ayudar en todo lo que pudiera.



–Cuenta conmigo para lo que quieras aunque esté en Madrid. Si se te ocurre alguna forma de que pueda trabajar desde allí, haría lo que fuera.

–Es una gran idea, lo hablaré con mamá. ¿Vas a salir?

–Sí, he quedado con mis amigos. Tengo que aprovechar. ¿Y tú?

–No sé.

–Deberías salir... ¿no estás saliendo con nadie?

–No, pero eso no quiere decir que no quede con chicas. Sí, quizá lo haga. Gracias por ayudarme, Fran. La verdad es que se te echa de menos por aquí

–Y yo también te echo de menos.

El resto del fin de semana pasó volando y cuando me quise dar cuenta estaba de vuelta en casa. Marina se lo había pasado genial, aunque venía agotada como yo había previsto. La verdad es que conectaba muy bien con ella y me alegraba mucho de que estuviera saliendo con Marco. Sentía que podía confiar en ella, por eso le había contado lo de Rob. Y además era muy divertida. Me había venido muy bien la escapada a Frascati para poder pensar con claridad sobre lo que había pasado con Rob y no hundirme en la tristeza. Además, en realidad, no había pasado nada grave, tan solo nos habíamos besado. Seguramente no me costara tanto olvidarme de él.

El martes volví a clase mentalizada para no demostrar ninguna emoción delante de él.

–Buenos días, chicos –dijo mirándome de pasada–. Esta semana, como ya os comenté ayer, vamos a estudiar los diferentes tipos de uvas. Nos vamos a centrar en España, Francia e Italia. La semana que viene os pondré un examen de las que nos dé tiempo a ver esta semana, aunque será un examen tipo práctico. Mi intención es que sepáis diferenciarlas, que me podáis decir en qué tipo de suelos se dan mejor e, incluso, que podáis apreciarlas en la copa

de vino. Vamos a empezar por las uvas de vinificación tinta. En esta imagen vemos la uva carbenet sauvignon. Es una uva que viene de Francia, concretamente de Burdeos y del Médoc, aunque ahora mismo se da muy bien en sitios tan dispares como California y Alicante...

Parecía que a Rob le habían dado a un botón de encendido, no parecía el de antes; ahora parecía muy exigente. O a lo mejor ya lo era, pero yo no había podido apreciarlo hasta ahora: que si un examen la semana que viene, que si un trabajo en grupo para la siguiente... ¿Qué le había pasado?

Seguíamos estudiando los distintos tipos de uvas y la verdad es que me encantaba su forma de enseñar. Nos traía distintas uvas y nos enseñaba a diferenciar sus olores e incluso sus sabores. Rob no era de esos profesores que te contaban las cosas y ya está; hacía preguntas difíciles en las que tenías que pensar bien lo que ibas a decir haciendo que nos planteáramos las cosas y que diéramos nuestra opinión con sentido. No nos solía dar las soluciones. Decía que tendríamos que crearlas nosotros, que no había nada seguro y que en el mundo del vino no había ni blanco ni negro. Aunque todo lo que nos contaba Rob me fascinaba, intentaba que no se me notara, y apenas participaba en los debates o cuando hacía cualquier pregunta.

Como me había prometido a mí misma, salía la primera de clase, aunque para eso me tuviera que preparar con antelación, y, en cuanto daban las dos de la tarde, salía disparada por la puerta. El primer día me fijé en que Rob me había seguido con la mirada, como sorprendido porque me fuera tan rápido. El miércoles ya ni me miró. Sin embargo, el jueves, en mitad de la clase, me dijo delante de todos que tenía que hablar conmigo a la salida, que no me fuera. Vaya, ¿qué tendría que decirme?

–Fran –comenzó diciendo cuando no quedaba nadie en la clase.

Volvía a ser Fran.

–¿Qué te pasa? Estas muy poco participativa y te noto como distraída, como si no te interesara la clase.

–¿Sí? No sé.

–No quiero tener que hablar con tu tutor del talento.

–¿Le conoces? –aproveché para preguntar.

–No, pero si sigues así, tendré que hablar con él.

–Vale.

–¿Vale qué? –me preguntó.

–Que ya te he escuchado. ¿Puedo irme? –pregunté un poco impertinente.

–Espero que tu actitud no sea por lo que pasó el otro día.

–No –dije muy seria.

¡Pues claro que era por eso! ¿No era obvio?

–Te estás comportando como una niña pequeña.

–¡Es que lo soy! Solo tengo diecisiete años.

Me miró con cara de “definitivamente tienes diecisiete años”.

–Puedes irte, Fran. Hasta el lunes –dijo sin mirarme siquiera.

–Adiós.

Me había fastidiado tanto que me llamara niña pequeña que, por unos segundos, pensé que me iba a poner a llorar delante de él. Menos mal que conseguí controlarme. Pero me estaba empezando a fallar mi plan de permanecer fría y distante. ¿Quién era él para llamarme así? ¿Qué sabía él de mí? No me conocía en absoluto, no le había dado tiempo a conocerme y no me conocería jamás.

Cuando llegué a casa tuve que nadar más de lo habitual para poder desahogarme. Estaba tan indignada con él. ¡Por qué había tenido que besarme aquél día! ¡Y por qué me había dicho eso tan desagradable de que ya no podíamos vernos fuera de clase! ¡Y ahora se sentía con derecho a llamarme niña pequeña! Me daban ganas de gritar, pero me tendía que conformar con nadar.

—No te ha sentado tan bien como pensaba ir a Frascati. Cuando te fuiste estabas feliz, y ahora has vuelto mucho peor —me dijo mi madre esa tarde.

¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Se me notaba todo tanto? ¿Que me dejaran en paz de una vez!

—¡Me tenía que haber quedado allí y no haber vuelto! —dije enfadada.

—Ya empezamos, pensaba que te habías tranquilizado, pero ya veo que no.

—Lo siento, mamá, quiero irme a Frascati; no quiero estar aquí.

Si me fuera de aquí no tendría que volver a verle y podría olvidarme de él.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—Sé que te ha pasado algo, pero está claro que no me lo quieres decir.

—Necesito estar sola. Me voy a dar un paseo.

Me sentía fatal por haberme enfadado con mi madre, pero no había podido evitarlo. No podía tomarla con ella, no se lo merecía; ella ya tenía suficiente con sus problemas. Pero ¿por qué todo el mundo tenía que estar pendiente de si estaba menos feliz que otros días? No quería que estuvieran estudiando cada una de mis reacciones. Estaba claro que me estaba costando más de lo que yo pensaba ignorar a Rob y seguro que por eso estaba tan alterada y nerviosa. Para qué me iba a engañar a mí misma: me afectaba la situación y, sobre todo,

lo que me había dicho después de clase.

El viernes Marina y JP me preguntaron si quedábamos como siempre el sábado, pero les dije que era el cumpleaños de mi tía Alejandra y teníamos cena familiar. Menos mal que tenía excusa porque no me apetecía mucho salir. Pero no se dieron por vencidos y me convencieron para ir al cine esa misma noche. Una sesión de cine no me parecía tan mala idea, después de todo. Apenas tendría que hablar, que era lo que quería evitar.

Cuando me estaba vistiendo para salir recibí un mensaje de Marina.

<Los demás pasan del cine, prefieren salir por ahí. Yo al final no puedo ir tp, tengo q ayudar a mi hermana, tiene q llevar a mi sobrino pequeño al hospital y me tengo q quedar con el mayor. Sorry>

<Solo quedamos tu y yo Fran. Te recojo en media hora. Bs. J.P>

Bueno, pues nada, iríamos los dos solos. Yo estaba muy a gusto con JP, aunque me temía que me iba a preguntar por el chico que me interesaba y, precisamente hoy, no me apetecía hablar de eso; aunque no sabía cómo podría evitarlo.

–Hola, Fran –me dijo cuando entré en el coche.

–Hola.

–¿Qué tal en Frascati? Hoy me he olvidado de preguntarte.

–Muy bien.

–¡Mierda! –exclamó.

–¿Qué pasa?

–Me he olvidado de dar de cenar a Tronco.

–¿Quién es Tronco?

–Mi perro.

–Pues vamos a darle de cenar.

–Sí.

No sabía dónde vivía JP, todavía no habíamos tenido ninguna fiesta en su casa, pero, por lo que parecía, estaba muy cerca del colegio.

–Ahora vuelvo –me dijo mientras salía del coche.

–¿Puedo ir contigo? Me gustaría ver al perro.

–Ah, claro. Olvidé que te encantan los perros.

–Hola, Tronco –le acaricié cuando llegamos a su casa–. ¡Qué perro más bonito, JP! Es un setter irlandés, ¿no?

–Sí. Voy a por su comida, ahora vengo. Hola, papá, no sabía que estabas aquí –oí que decía al entrar en la casa–. Fran está fuera. He venido a dar de comer a Tronco.

–Ah, pues voy a saludarla.

Se asomó a la puerta.

–Hola, Fran –dijo sonriendo.

A pesar de lo mayor que era, calculé que debía ser un poco mayor que mi madre, me parecía un señor muy atractivo y elegante, aunque no le veía el parecido con su hijo. Quizá JP se pareciera a su madre.

–Hola, Marcos –dije–. Por cierto, te quería agradecer que... bueno, que tengo amigos en el colegio gracias a ti –añadí.

Era algo que tenía en la cabeza desde que JP había confesado y por fin había encontrado el momento adecuado, ya que no estábamos en clase y su hijo no estaba a la vista.

–Te lo ha dicho Juan Pedro. –Asentí–. Ah, bueno, solo se lo sugerí. Y por una vez en la vida, me ha hecho caso.

–Gracias.

–No tienes que darme las gracias. Me alegro de que hayáis congeniado. Es difícil a veces hacerse amigos en el último curso.

–Sí, y sobre todo si no eres excesivamente sociable.

–Bueno, ya tengo la comida de Tronco –dijo Juan Pedro saliendo con un plato en la mano–. ¿Nos vamos? –agregó mirándome.

–Sí. Adiós.

–Adiós, que lo paséis bien. Y, Fran, dale recuerdos a tu madre.

–¿La conoces? –dije girándome hacia él.

–Bueno, solo la he visto una vez, cuando vino a hablar conmigo del programa.

–Ah, no lo sabía. Se lo diré.

Durante el camino al cine no hablamos mucho. Le estaba dando vueltas a un tema que quería preguntarle a JP, pero quería esperar a que llegáramos al cine. Nos dirigíamos a un centro comercial al aire libre donde había muchos restaurantes y tiendas, aparte de cine, claro.

–Creo que nos da tiempo a tomar algo antes de la película –comentó JP.

–Sí.

Nos metimos en un sitio que nos pareció agradable y nos sentamos cerca de la cristalera. Desde allí se veía a la gente paseando. Seleccionamos en la pantalla lo que queríamos tomar y nos pusimos a hablar mientras nos traían lo que habíamos pedido.

–Me pregunto por qué nunca me has hablado de tu madre.

–Mi madre es alemana, pero no vive con nosotros. Mis padres se separaron hace cinco años.

–Ah, lo siento.

–No pasa nada. Vivíamos en Alemania, pero cuando se separaron vine aquí con mi padre.

–¿Y por qué se separaron?, si no es mucha indiscreción.

–Mi madre le dejó –dijo JP un tanto serio– por otro.

–¿En serio? Si tu padre es encantador y muy atractivo.

Puso cara de “yo qué quieres que te diga”.

–¿Y cuándo ves a tu madre?

–Más o menos una vez al mes. Suelo ir a Alemania a verla.

–¿No tienes más hermanos?

–No, soy hijo único.

–Ah, ¿y no es muy aburrido?

–No sé, estoy acostumbrado. Oye, ¿qué ha pasado con el chico ese que te gusta de tu clase? –dijo cambiando de tema.

Seguramente me había pasado haciéndole tantas preguntas personales. Además, sabía que no se iba a olvidar de preguntarme sobre eso.

–Pues, creo que no va a poder ser.

–Menudo estúpido, no entiendo cómo no le puedes gustar, con lo guapa y encantadora que eres –me dijo cogiéndome la mano.

¿Encantadora yo? Jamás me había dicho algo así. Cualquier adjetivo me describiría mejor que ese.



Miré sorprendida hacia la mano de JP y justo en ese momento noté como si alguien estuviera mirándome desde fuera, a través del cristal. Miré hacia allí y no podía creerme lo que estaba viendo. ¡Era Rob el que estaba ahí fuera mirándome con cara de sorprendido! ¿Qué hacía ahí? ¿Es que vivía por aquí cerca? Me estaba mirando muy serio, como si estuviera dolido o incluso enfadado. Ahora recordaba que JP tenía su mano sobre la mía y no la había quitado todavía ¿Se habría pensado que JP era mi novio? Rob bajó la mirada y se marchó. Ya no podía verle ¿Lo había visto de verdad o había sido una alucinación?

–¿Qué pasa, Fran? Te has quedado mirando ahí fuera como si hubieras visto un fantasma.

–Y creo que lo he visto –dije apartando la mano.

–Lo siento, ¿te ha molestado que te haya cogido de la mano?

–No, siempre y cuando lo hayas hecho como un amigo.

–Claro –me dijo no muy convencido.

Le dije a JP que necesitaba ir baño y salí fuera a ver si por casualidad veía a Rob, pero no había ni rastro de él. No sabía muy bien por qué había salido, ¿Qué le iba a decir si le veía? Sería ridículo darle explicaciones cuando él y yo no éramos nada y ni siquiera podíamos vernos fuera de clase, como había dicho él. ¡Qué estúpida había sido!

Me daba mucha pena interesarle a JP. Yo no quería gustarle, no quería herir sus sentimientos. A diferencia de mí, él sí que era un chico encantador y le estaba muy agradecida por todo lo que había hecho por mí, pero no podría gustarme. Y menos ahora que, a pesar de no querer reconocerlo, en mi cabeza solo cabía el rostro de Rob, de sus labios sobre los míos y de sus manos recorriendo mi espalda. Lo más seguro era que ahora Rob pensara que salía

con JP y que ya le había olvidado.

En realidad sería perfecto que hubiera llegado a esa conclusión, pero, no sabía por qué, no podía soportar la idea de que pensara que me había olvidado tan rápido de él o, peor, que le había besado teniendo novio. Quizá estaba haciendo un mundo de un grano de arena, porque el hecho de que alguien pusiera su mano sobre la tuya, no significaba forzosamente que fuera tu novio, ¿o sí? ¿Y si le hubiera visto yo con una chica de esa manera? Decididamente habría pensado que estaban juntos. Pero lo que no podía quitarme de la cabeza era cómo me había mirado. Parecía triste, como incrédulo por lo que estaba viendo.

El resto del fin de semana pasó volando entre el cumpleaños de mi tía, el sábado, y que el domingo tuve que estar todo el día encerrada, buscando información y aprendiéndome todos los tipos de uvas que habíamos dado, para el examen que teníamos el lunes. Además, no sabía qué tipo de examen nos iba a poner Rob, pero seguro que iba a ser totalmente distinto a cualquier examen estándar. Por alguna razón quería hacerlo mejor que nadie. Aunque él pensara que no estaba interesada ya por la asignatura, estaba totalmente equivocado. Me apasionaba todo lo que estaba aprendiendo y cómo nos lo estaba enseñando, y quería demostrárselo.

La forma en la que me había mirado Rob cuando me había visto con JP, me había afectado bastante. ¿Sería posible que él también sufriera como yo por no poder verme? Si fuera así, me sentiría mucho mejor, menos estúpida por seguir pensando en él. Lo que tenía claro era que aquella mirada estaba cargada de emociones, seguía sintiendo algo por mí y eso me hacía volver a tener esperanzas. Quería recompensarle de alguna manera, y lo haría volviendo a volcarme con su clase y con el examen.

Cuando el lunes entré en clase, no pude evitar sentirme muy nerviosa por

volver a verle, aunque Rob no me miró ni una sola vez. ¿Estaría enfadado conmigo? Me daba la impresión de que estaba intentando evitarme.

–Bueno, chicos, levantaos que el examen no lo vamos a hacer aquí. Seguidme, por favor.

Sabía que no iba a hacernos un examen convencional. Le seguimos hasta la planta baja del edificio de la universidad y entramos en una especie de cocina. ¡Era la primera vez que hacía un examen en la cocina!

–Bueno, aquí tenemos cuatro variedades diferentes de uvas: dos de uvas tintas y dos de uvas blancas. Vuestro trabajo consiste en mirarlas, olerlas e incluso probadlas, si queréis. En la PI tenéis el documento para ir escribiendo lo que sepáis de ellas: qué tipo de uvas son, en qué tipo de suelos se dan mejor, etc. Después pasaremos a la siguiente prueba. Podéis empezar.

No parecía muy difícil y me gustaba la prueba. Teníamos que poner en práctica algunos de nuestros sentidos, era como hacer una cata de uvas. Comencé con las uvas blancas porque estaba más habituada a ellas. En cuanto olí el primer racimo miré instintivamente a Rob y me sorprendió ver que me estaba observando. ¿Por qué me miraba así justo ahora, cuando antes no había querido ni mirarme siquiera? ¡Precisamente ahora no quería que me prestara ninguna atención, tenía que concentrarme para hacer bien mi examen!

No me podía creer que me lo hubiera puesto tan fácil. Era malvasía. Podría reconocer este olor en cualquier parte. Era una de las uvas que producíamos en nuestro viñedo y ese olor era parte de mi vida. En concreto eran malvasía del Lacio, aunque dudaba que nadie de esta clase supiera diferenciar entre malvasía del Lacio y de Candía. Pasé a oler el siguiente grupo de uvas blancas. No era muy difícil tampoco. En cuanto las olí supe que era albariño, una uva típica de Galicia y del norte de Portugal.

Solo faltaban las uvas tintas, que a lo mejor me costarían más, ya que estaba

más habituada a las uvas blancas. Olí las primeras. No lo había puesto muy difícil y era comprensible, cuando la mayoría de los alumnos no venían de ese mundo como Rob y yo. Era tempranillo y se usaba para la elaboración del Rioja y del Ribera del Duero. Olí el siguiente racimo. Sin lugar a duda era cabernet sauvignon, una uva que se utiliza mucho para producir vino de Burdeos.

Me puse manos a la obra. Cuando Rob avisó de que fuéramos terminando, me di cuenta de que había hecho un gran trabajo. Me preguntaba cuál sería la siguiente prueba.

–Bueno, ahora elegid las uvas que más os han gustado de los cuatro tipos que había y explicadme por qué os han gustado más que las otras. Describid su sabor y su olor. Si hace falta, podéis volver a olerlas o a probarlas. Solo quiero vuestra opinión, podéis poner cualquier cosa que os haya venido a la cabeza, incluso “ojos verdes” –dijo esto último mirándome–. No quiero ningún olor ni sabor de los que vengan en internet ni en los libros. Sed sinceros. El texto es libre.

¿Por qué me había dicho eso? Me sentía desconcertada. ¿Ahora me volvía a prestar atención? No sabía qué pretendía.

Sabía perfectamente cuáles eran mis uvas preferidas. Comencé a escribir:

<Elijo la malvasía di Lazio y la razón es bien sencilla. Esta uva es parte de mi vida, forma parte de mí. Desde que era bebé, el aire que respiro huele a malvasía. He jugado, corrido, nadado entre ellas. Han sido mi escondite cuando estaba enfadada con mis hermanos o mi madre. Me han acompañado cuando leía mis libros preferidos e incluso mientras soñaba. Su olor me transporta al verano, a la brisa de las colinas albanas; la sonrisa de mi padre, la música de mi madre, la familia reunida en la terraza de atrás, mi padre abrazándome. Su sabor me recuerda al pan giallo de mi tía Simona; es dulce

como el placer de estar rodeada de vides, como el placer de cocinar con mi padre, de reírme con mis hermanos. Sabe a frutas: limón, melocotón, ciruelas; al frutero que suele haber en la cocina de la casita del viñedo, a dulces besos a escondidas en una noche de octubre...>

Cuando levanté la vista, solo quedábamos Rob y yo, no me había dado cuenta de que se había ido la gente. Me había metido tanto en la historia que estaba escribiendo, que apenas había percibido nada a mí alrededor.

–Fran, ¿estás bien? –dijo Rob acercándose a mí.

–Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

–Tienes lágrimas en los ojos.

¡Mierda! ¿cómo podía ser tan sensible?

–¡Oh! –dije secándomelas con las manos– no me había dado cuenta.

–¿De verdad que estás bien? –dijo sentándose a mi lado.

–Sí –le dije sonriéndole por primera vez en más de una semana.

–Es una novedad volver a verte sonreír. Por cierto, el otro día me olvidé de darte las gracias.

–¿Las gracias?

–Por tu regalo. Ha sido el mejor regalo que me han hecho jamás.

–¡Qué exagerado eres! Es solo una botella de vino.

–Te lo digo en serio. Es una botella de vino única. Tu botella. Y la quería conseguir.

–¿Por qué la querías conseguir?

Se quedó en silencio sin decirme nada. No podía contestarme, claro; estábamos en la universidad y no podíamos tener ninguna relación.

–No te preocupes, no hace falta que me contestes –dije levantándome de la silla.

–La guardaré para una ocasión especial.

–Espero que la disfrutes –dije mirándole algo triste y recogiendo mi flexitablet.

No sabía qué consideraría él una ocasión especial, pero sonaba a algo romántico, que, lógicamente, no iba a ser conmigo.

–¿La probarías conmigo, digamos, en dos meses? –me preguntó de repente.

Cuando me di cuenta de lo que significaba eso, me paré y le sonreí.

–A no ser que estés comprometida –añadió.

–No, no estoy comprometida. Lo del viernes... –intenté explicarle, pero no me dejó terminar.

–Sss, no tienes que darme ninguna explicación.

–Me encantaría probarla contigo en dos meses.

–¡Perfecto! Tenemos una cita –dijo en susurros.

–¿De verdad? –le dije ilusionada.

–Sí –me dijo mirándome de nuevo como me había mirado otras veces, consiguiendo que sintiera un calor tremendo en las mejillas.

–Bien, me voy –dije un poco precipitadamente, pero me estaba poniendo nerviosa la situación y, en realidad, lo único que me apetecía era que me besara.

–¿Le has dado a enviar? –dijo señalando mi tablet.

–No, ¡qué despiste! –dije presionando enviar–. Ya está.

–Hasta mañana, Fran.

–Adiós, Roberto –dije pícaramente.

¡Dios, no me lo podía creer! Quería quedar conmigo cuando ya no fuera mi profesor. ¡Estaba tan contenta que no me lo podía creer! Nunca jamás me había gustado alguien tanto como él y estaba deseando conocerle, empezar de cero, o, mejor dicho, empezar. Cuando llegué a casa le mandé un mensaje solo a Marina. Teníamos un chat de la pandilla, pero esta vez quería que fuera solo para ella.

<Tengo buenas noticias. Podemos hablar por video? Fran>

<Sí. Te llamo. Yo también tengo noticias>

–Hola, Fran –me dijo sonriendo. Podía ver que estaba en su habitación, igual que yo.

–Hola, Marina. Cuéntame tus noticias.

–Tú primero.

–Hoy he tenido una conversación muy interesante con Rob. Me ha pedido una cita para dentro de dos meses.

–¿En serio? Guau, eso es que le gustas mucho; no se ha olvidado de ti.

–A lo mejor ha sido porque me vio el sábado con JP –dije.

–¿Cómo? ¿Qué es eso del sábado con JP?

–Sí, salí sola con JP porque tú no podías. Por cierto, ¿cómo está tu sobrino?

–Bien, está todo bien, gracias. Sigue contándome.

–Pues nos vio Rob juntos y además Juan Pedro en ese momento me había cogido de la mano, con lo que pudo pensar...

–¿Qué? ¿Te estaba cogiendo de la mano?

–Sí, yo también me sorprendí.

–Sabía que le gustabas.

–Pues no me apetece gustarle, me gusta como amigo.

–Pues lo vas a tener difícil.

–Bueno, cuéntame tus noticias –dije intentando evitar hablar más del tema.

–Viene Marco este fin de semana.

–No lo sabía.

–Es que no sé si os lo va a decir, porque nos vamos fuera el fin de semana –me dijo emocionadísima

–¿En serio?

–Sí, estoy muy nerviosa.

–Pero, vais a... –no sabía cómo preguntarle algo tan personal–. ¿Tú ya has...?

–A ver, contestándote a tu primera pregunta, aunque no las has llegado a formular, espero que sí, por eso estoy tan nerviosa. Y en cuanto a la segunda, la respuesta es sí también. Solo he estado con un chico; salí con él durante dos años, y hace como seis meses que no salgo con él.

–Ah.

–¿Tú no...? –dijo dejando la pregunta sin acabar.

–No.

–¿Qué? No me lo puedo creer.

–Intenta tener una relación con un chico cuando tienes a dos hermanos y seis primos varones vigilándote a ti y a tu supuesto novio. ¡Es misión imposible!

Se rio.

–Tendré que tener una conversación con Marco sobre eso.



–Déjalo, no merece la pena; ahora soy libre y nadie me lo va a impedir.

–Sí; además, ya es hora.

–Bueno, todavía me esperan dos largos meses para nuestra primera cita y después tendré que conocerle. Por cierto, ¿dónde vais el fin de semana?

–No sé, tu hermano no me ha dicho dónde vamos, dice que es sorpresa.

–Ah, lo de las sorpresas es de familia –dije pensando en mi padre.

–¿Qué te pasa? –me dijo al notar que me había puesto triste.

No podía evitarlo, siempre que hablaba de mi padre me ponía triste. Me preguntaba si Marco le habría contado algo sobre eso; yo, por lo menos, no lo había hecho. Solo lo sabía JP.

–Nada. Te voy a dejar que ha llegado mi madre. Me alegro de haber hablado contigo.

–Yo también. No le digas a tu madre lo de Marco.

–No, claro que no; no te preocupes. Que lo pases bien y ya me contarás.

–Vale. Ciao.

Estaba tan contenta de tener una amiga, aunque diera la casualidad de que fuera novia de mi hermano. Qué suerte tenían de poder estar juntos de nuevo. Además, estaban a punto de comenzar algo mucho más serio. La verdad era que me alegraba mucho por los dos; hacían buena pareja.

Y en cuanto a mí, tendría que tener un poco de paciencia. Por lo menos, ahora sabía que él quería quedar conmigo de nuevo, como yo con él. Tenía algo que esperar, algo que desear. En dos meses quizá podría volver a sentir sus labios sobre los míos, pero prefería no pensar demasiado en eso porque, si no, sería mucho más duro.

–Hola, mamá –la encontré en la cocina, comiendo.

–Hola, veo que hoy estás de buen humor –dijo al ver mi resplandeciente sonrisa.

–Sí, he tenido un buen día.

–Me alegro. ¿Sabes que me he encontrado con tu tutor, Marcos?

–¿Sí?

–Sí, nos hemos encontrado en la calle y me ha invitado a tomar un café.

De repente me cambió la cara. ¿Eso qué significaba? ¿Estaba quedando con él? ¿Había olvidado a papá?

–¿Estás saliendo con él? –pregunté un poco enfadada.

–¡Claro que no! ¿Pero qué estás diciendo? ¿Tú tomas un café con alguien y por eso estás saliendo con él?

–Ya, tienes razón, perdona.

–Me invitó a un café para hablar de ti. Está muy contento contigo y recibe informes muy buenos de tu profesor del talento.

–¿Mi profesor del talento manda informes sobre nosotros? –pregunté asombrada.

–Sí, claro. Hay un seguimiento de cada alumno. Tu profesor del talento dice que eres su mejor alumna.

–Ah.

–¿Ah? ¡Eso no parece muy expresivo!

–Sí, bueno, es que es normal; ninguno de la clase tiene tanta experiencia como yo. Es solo por eso.

Esperaba que Rob estuviera siendo objetivo conmigo y que no me pusiera

mejores notas y mejores valoraciones porque le gustaba. Aunque dudaba sinceramente que hiciera algo así por esa razón.

–Creo que eres muy modesta. Ah, por cierto, tienes instalado en el coche el sistema para hacer prácticas de conducir. Las primeras veces tendrás que ir conmigo o con alguien que tenga carnet desde hace más de cinco años y después ya podrás ir sola.

–¡Qué bien, mamá! Muchas gracias.

–Dáselas a tu tío Juan, lo ha instalado él.

–Se las daré.

Estaba deseando no depender de que me vinieran a recoger todo el tiempo.

Al día siguiente no noté ningún cambio en la actitud de Rob en clase; se comportaba como si nada hubiera pasado, como si lo de nuestra cita no fuera real. Aunque, seguramente, fuera mejor así; hacer como si nada durante los meses que faltaban. A mí me costaba mantener la atención y eso que el tema que trataba me interesaba mucho.

–Aunque parezca que estamos estudiando el temario un poco desordenado, en realidad es que me estoy centrando en los aspectos más importantes y al mismo tiempos interesantes de la enología. De todos modos, en tres meses, lógicamente, no nos da tiempo a tocar ni la mitad de los contenidos. Esta semana vamos a ver la cata de vino. Os voy a enseñar cómo las hago yo, pero solo como guía. El miércoles de la semana que viene tendréis que hacer una cata real a vuestros compañeros. Es un trabajo en grupo. Podéis ver en vuestra PI los tres grupos que he hecho. Un grupo tiene que hacer una cata de vino tinto; otro, blanco y otro, de cava. Como ya sabréis a estas alturas, quiero que seáis creativos y cada grupo hará la cata de la forma que considere mejor. Tendréis que conseguir que los espectadores participen. Tenéis que imaginar

que estáis dando una cata de verdad y que la gente que está sentada ha pagado por ello. Todos los miembros del equipo tienen que participar y hablar; no se libra nadie –dijo mirando fijamente a una de las chicas, ya que lo pasaba un poco mal cuando tenía que hablar en público.

Prácticamente desde pequeña había tenido que enfrentarme a hablar en público y, aunque al principio me costaba mucho, a lo largo de los años había perdido la vergüenza. Mi madre decía que todo se debía a la práctica; cuanto más lo hicieras, menos vergüenza tendrías. En Italia, en los colegios, se hacían muchísimos exámenes orales y trabajos que había que presentar delante de la clase, o incluso del colegio entero, con lo que llevaba años practicando. Además yo había tenido que practicar en casa. Hacía unos años que, debido a la gran demanda de público interesado en visitar nuestros viñedos, habíamos empezado a hacer visitas guiadas, aparte de catas de vino, y mis hermanos y yo siempre habíamos sido los encargados, al ser los que más idiomas hablábamos; aparte de mi padre, claro. Tenía mucha suerte de que mis padres fueran de países distintos y de haber vivido en Italia; de esa manera éramos trilingües y eso facilitaba muchas cosas.

Rob nos dio una copa a cada uno con dos dedos de vino, para que fuéramos haciendo la cata con él. Cuando comenzó a hablar me quedé totalmente embelesada, y no solo porque me pareciera guapísimo y tuviera una voz que hipnotizaba a cualquiera, sino porque estábamos recibiendo una cata de un famoso enólogo cuya fama se debía, precisamente, a sus catas. Era un momento único y no sabía hasta qué punto mis compañeros eran conscientes de ello. Pero yo sí lo era.

Dejó de existir la habitación en la que estábamos y la gente que estaba a mí alrededor se volvió borrosa, difuminada, como si no estuvieran realmente allí. Rob hablaba con la copa de vino tinto en la mano y mirándome tan solo a mí.

Primero, la habitación se llenó de reflejos, tonalidades, intensidad, fuerza, oscuridad, colores, violeta, púrpura. Después, se llenó de olores: grosella, arándanos, nueces, lilas, laurel, roble, enebro. Y, por último, se llenó de sabores y sensaciones: aterciopelado, armonioso, calidez, vivo, dulce, equilibrado. Y, lo más sorprendente de todo, se llenó de recuerdos, de amor, de amistad, de naturaleza: paisaje, océanos, robles, arena fina y blanca, montañas llenas de vegetación, cielo azul, nieve, el calor de una chimenea en invierno.

Estaba como embrujada por su voz profunda y varonil y no podía apartar la mirada de sus carnosos labios y de sus ojos color miel. Había sido la mejor cata que había presenciado y en la que había participado. Siempre me había preguntado en qué radicaba su fama y ahora lo entendía; tenía una forma tan diferente y misteriosa de explicar las cosas: no seguía las reglas, era todo libre, creativo, hablaba de lo primero que le venía a la cabeza. Describía las sensaciones de una manera tan intensa que te hacía sentir como si fueras él y tú también sintieras esas cosas; te transportaba a otros lugares, te llenabas de aromas, casi los podías ver flotando a tu alrededor. Había sido algo increíble, único.

Cuando terminó, nos quedamos todos en silencio. No éramos capaces de articular ninguna palabra. Al cabo de unos segundos alguien comenzó a aplaudir y todos le copiamos. Rob sonreía. Me hacía sentir tan especial que alguien como él pudiera haberse fijado en mí. Aunque pareciera extraño, ya que apenas le conocía, me sentía orgullosa de él.

El resto de la semana seguimos con el tema de la cata, aunque de una manera más técnica y menos interesante, pero supuse que también había que saber esos detalles. El sábado quedé con mi grupo de trabajo para avanzar en nuestra presentación. Sabía que esperaban que se me ocurriera algo original para

poder hacer una cata diferente; aunque, después de la demostración de Rob, cualquier intento sería en vano. Era imposible poder igualarle. Pero quizá podríamos hacer algo distinto. Dedicamos el sábado entero a prepararnos, ya que era el único día que podíamos vernos. Cuando llegué a casa era ya de noche y vi que tenía muchísimos mensajes de JP para ver si quedábamos, al parecer habían quedado para salir.

<Hola JP, lo siento por contestar tan tarde. Llevo todo el día en Madrid haciendo un trabajo en grupo. Acabo de llegar a casa y estoy agotada. No puedo ni moverme, pero gracias. Q lo paséis bien. Nos vemos el viernes>

El lunes me levanté sudando; me sentía extraña y algo mareada. ¿Estaría incubando algo o habría tenido una pesadilla? De cualquier forma, no quería faltar a clase; así que decidí ducharme para ver si me encontraba mejor y funcionó.

A lo largo de la mañana ya estaba perfectamente, así que seguí mi ritmo habitual de clases y piscina. Por la tarde, cuando comencé la vídeo con mi grupo de trabajo para reproducir lo que íbamos a hacer en clase el miércoles, volví a encontrarme mal de nuevo, aunque intenté ignorarlo. Mientras estábamos ultimando los detalles vi que JP me estaba llamando con mucha insistencia. Cuando vi que me había llamado tres veces seguidas, me empecé a preocupar.

–Chicos, ¿me dais un minuto? Alguien me ha llamado varias veces y parece ser urgente. Ahora vuelvo.

–Claro –me contestaron Miguel y Rose, mi equipo de cata.

Llamé rápidamente a JP.

–¡Qué pasa, Juan Pedro! Estoy en una vídeo.

–¿Estás sentada?

–¿Qué? No.

¿A qué venía eso?

–Siéntate –me dijo firmemente.

–¿Qué pasa?

–Siéntate y te lo digo.

–Vaale, ya estoy sentada –dije obedeciendo.

–Se trata de tu madre. Ha tenido un accidente.

–¿Mi madre? No entiendo nada ¿Qué sabes tú de dónde está mi madre?

–Estaba con mi padre cuando ha pasado.

–¿Qué? ¿De qué me estás hablando?

–Voy a buscarte para llevarte al hospital. Ahora te lo cuento, en cuanto llegue.

¿Vale? ¿Fran? –me dijo al ver que no contestaba– ¿Vale?

–Mmm –fui capaz de decir.

## 5% vol.

Me quedé donde estaba, sin apenas moverme, hasta que minutos después sonó el timbre de fuera. No sé muy bien cómo, pero conseguí salir de casa, aunque no era consciente de mis movimientos.

–Fran, no llevas ni abrigo ni bolso –dijo cuándo me senté en el asiento del copiloto.

Pero no era capaz ni de hablar, tenía la mirada fija en la nada.

–Ahora vengo –dijo marchándose del coche.

Al cabo de unos minutos estaba de vuelta.

–Te he traído el bolso y el abrigo y le he dicho a tus abuelos lo que ha pasado. Tu abuela dice que viene inmediatamente. ¿No les habías dicho nada? –dijo encendiendo el coche–. ¿Estás bien? –me miró, pero no fui capaz de contestarle.

No sabía lo que me pasaba, pero no podía hablar ni demostrar ninguna emoción.

–Mi padre y tu madre han quedado para correr esta tarde. Parece que mi padre iba un poco más adelantado que tu madre; y tu madre ha cruzado sin mirar y la ha atropellado un coche, pero no parece que esté en riesgo su vida –hizo una pausa para mirarme–. Lo siento, Fran.

Podía sentir la mirada de preocupación de JP, pero no podía mirarle ni hablarle. ¿Qué hacía mi madre con su padre? Me había dicho que no estaban saliendo, pero me había mentado. Y si no, ¿por qué habían quedado para correr? El otro día un café, hoy correr... ¿Se estaba olvidando de mi padre? ¿Qué facilidad tenía para olvidarse de las personas a las que quería! A lo



mejor por eso la había atropellado un coche, porque no tenía que estar allí con Marcos. No podía olvidar a mi padre tan rápido. Solo habían pasado tres años y medio.

–¿Fran? Contéstame, por favor. ¿Estás bien?

Pero seguía sin contestarle.

–Debes estar en shock. Ya estamos llegando.

Aparcó el coche y salí fuera. JP no dejaba de mirarme mientras íbamos andando hacia la puerta del hospital. Yo seguía en mi mundo de preguntas sin respuesta y reproches. Tenía la mirada perdida y apenas pestañeaba. Aunque no sentía las piernas, parecía que me llevaban sin problemas por el camino, sin tropezar con nada. Más que una chica de diecisiete años, parecía un zombi andando.

–Fran –me dijo el padre de JP cuando llegamos a la sala de espera–; siento mucho lo que ha pasado.

Le miré pero no pude decirle nada tampoco. Menos mal que no podía hablar, porque no sabía lo que le habría dicho, ya que, en el fondo, aunque no parecía sentir ninguna emoción, estaba furiosa con él y con mi madre por haber quedado. Y mi madre, ¿cómo había podido cruzar sin mirar? ¿En qué estaba pensando? Sus hijos habían perdido a su padre hacía poco y no podrían seguir adelante si también moría ella. ¡Mis hermanos! Tenía que avisarles, pero no me había traído ni mi tablet. Me senté en una silla y me tapé la cara con las manos. Quería estar con mi familia. ¿Dónde estaba Pilar? ¿Por qué no venía ya? Quería que JP y su padre se fueran, pero seguían allí y no paraban de hablarme, aunque no sabía hasta qué punto estaba absorbiendo lo que trataban de decirme.

–.... ahora vendrá el médico a hablar contigo. Es cuestión de minutos.

Pero antes que el médico, llegaron mi abuela Pilar y mis tíos Juan, Luna y Alejandra. Por fin estaba mi familia, aunque a quien realmente necesitaba era a mis hermanos. Pero tendrían que venir desde Italia.

–He llamado a tus hermanos, Fran –me dijo mi tía Alejandra.

¡Gracias a Dios!; alguien con reflejos. Yo no era capaz de pensar con claridad. Le agradecía tanto que les hubiera llamado... pero no era capaz de transmitírselo.

–Marcos estaba aquí –me siguió hablando mi tía.

La miré sorprendida. ¿No había vuelto a Italia?

–Ya, para mí ha sido una sorpresa también. Había quedado con su novia y todavía no se había marchado; estaba a punto de coger el avión de vuelta cuando le he llamado. Estará aquí en media hora.

¡Dios, qué gran noticia! ¡Marco estaba aquí! No me lo podía creer. Justo lo que necesitaba, a alguno de mis hermanos. Aunque a quien necesitaba realmente era a Pedro; era lo más parecido a mi padre y quería que estuviera ya aquí. Sin embargo, no creía que fuera a llegar hasta mañana.

Oí en la lejanía que mi tía hablaba con JP y su padre. Supuse que le estarían explicando lo que había pasado, pero no lograba entenderles. Estaba como en una nube, totalmente dispersa y perdida en la niebla de mis pensamientos.

Antes de que llegara el médico, Marco apareció en la sala con la cara desencajada. Miró hacia nosotros y vino directamente hacia mí, ignorando a todos los demás, y me abrazó. Ahora sí estaba en casa y podía sentirme un poco mejor, aunque solo ligeramente. Hasta que no viniera Pedro y pudiéramos ver a mi madre, no estaría bien. ¡No podía creerme que esto estuviera pasando de verdad! A lo mejor era una pesadilla. Ahora me despertaría, sudando y ligeramente mareada, como esta la mañana.

Quizá me había encontrado mal porque algo malo iba a pasarle a alguien cercano a mí. Lo mismo me pasó el día que murió mi padre, aunque fue mucho peor que lo que había sentido esta mañana. Aquella vez sentía que me ahogaba y no podía respirar; sentía que me estaba muriendo y, en realidad, era cierto, algo moría dentro de mí, aunque yo todavía no lo sabía. No podía pasarle lo mismo a mi madre, si no, me hubiera encontrado mucho peor hoy. No podía ser tan grave.

Me había sentado y seguía abrazada a Marco; no podía separarme de él. Parecía una niña pequeña frágil y desvalida. No sabía por qué, pero no podía ni llorar; era muy extraño. Marco escuchaba a mi tía, que le estaba poniendo al día de lo que había pasado, aunque yo no oía ningún sonido; era como si hubiera perdido el sentido del oído. Veía cómo se movían sus labios, pero no percibía ningún sonido, tan solo el corazón de Marco palpar. JP y su padre se habían ido. Recordaba que habían intentado despedirse de mí, pero yo no les había prestado atención. Esperaba que no me lo tuvieran en cuenta, pero era incapaz de comportarme como una persona; me sentía como si fuera un espantapájaros.

Llegó el médico y Marco me levantó mientras seguía agarrándome del hombro. Creo que sabía que no era capaz de sostenerme por mí misma. Ya habíamos pasado por eso hacía unos años, me conocía muy bien. Qué suerte tenía Marina de tener un novio como él, tan cariñoso. Pero quería que llegara Pedro ya. ¿Cuánto tardaría en venir?

–Buenas noches. Vuestra madre se ha dado un golpe en la cabeza al caer al suelo –dijo mirándonos a Marco y a mí–. No creemos que haya sido grave; gracias a Dios, el coche iba muy despacio. Pero no podemos estar seguros hasta que despierte. Pero creemos que su vida no corre peligro; sus constantes vitales son buenas.

–¿Podemos verla? –preguntó Marco.

–Todavía no; seguramente hasta mañana no podréis verla. Os mantendremos informados si hay algún cambio.

No fui consciente del paso del tiempo, quizá porque hubo algún rato durante la noche que me dormí acurrucada junto a Marco; pero de repente era de día y había más gente a nuestro alrededor. Estaban mis primas y ¡Marina y JP! No me había dado ni cuenta de que estaban allí. Todavía no había emitido ni un solo sonido desde el día anterior, cuando me enteré del accidente, y no sentía ninguna gana de comenzar a hablar hoy. A pesar de estar Marina, Marco no me había soltado ni una sola vez.

–Fran, tienes que comer algo –me dijo mi prima María.

Negué con la cabeza.

–Pues por lo menos beber agua. Toma –me dijo dándome una botella.

Obedecí. Podría tolerar agua, pero nada más.

Al cabo de unas horas, creí oír la voz de mi hermano Pedro y, por primera vez, levanté la vista del suelo. ¡Por fin había llegado!

–¡Pedro! –dije, aunque apenas se oyó o, al menos, eso creí.

–Pedro –dijo mi abuela Pilar–, por fin has conseguido que Fran diga su primera palabra desde ayer.

Hizo lo mismo que Marco, vino hacia mí y me abrazó. ¡Qué suerte tenía de tener unos hermanos tan maravillosos que estuvieran tan pendientes de mí! Nadie podía negar que estábamos muy unidos, aunque seguramente había sido a causa de las circunstancias de nuestra vida. Después abrazó a mi hermano y al resto de la familia y volvió conmigo. Pedro sustituyó a Marco, quien aprovechó estar libre de mí para irse con Marina. Ahora me encontraba mucho

mejor, me sentía más equilibrada y protegida; aunque seguía sin llorar ni mostrar ninguna emoción. Ya solo faltaba que nos dejaran ver a mi madre.

Pedro intentó convencerme para que fuera a comer algo, pero no lo consiguió. Yo no me movía de allí hasta que pudiera ver a mi madre.

Por la tarde vino más gente, entre ellos Marcos, el padre de JP. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué Marco hablaba con él tranquilamente? ¡Todo había sido por su culpa! Si no hubiera quedado con mi madre, no le habría pasado nada. Llevaba toda su vida corriendo y jamás le había pillado un coche. Seguramente el cambio de situación, el ir corriendo con otra persona, la había distraído. Mi padre siempre decía que cuando empezó a salir con mi madre, se convirtió en una patosa redomada y luego, con el tiempo, fue dejando de serlo. ¡Eso significaba que le gustaba Marcos! ¡Por eso había empezado a ser patosa otra vez!

Cuando el día estaba llegando a su fin, por fin vino el médico y nos dijo que podíamos pasar a ver a mi madre.

La imagen de mi madre monitorizada con todo tipo de aparatos y la palidez de su piel, me hizo sentirme más preocupada que antes. Lo extraño era que estaba misteriosamente preciosa y parecía como si sonriera. ¿Cómo podía sonreír después de un atropello? Daba la impresión de que estaba en paz, con los músculos de la cara totalmente relajados. ¿De verdad estaba viva? El médico nos había dicho que estaba mucho mejor y que era cuestión de esperar a que despertara.

Nos quedamos los tres mucho más tranquilos después de haberla visto; tanto que dejé que me llevaran a tomar algo, aunque no recuerdo ni con quien fui, ni lo que comí. Esa noche nos quedamos de nuevo allí, a pasar la noche en la sala de espera; yo no podía alejarme de mi madre, aunque habían intentado convencerme para ir a casa. Esta vez me dormí acurrucada junto a Pedro. Por

una vez estaba encantada de ser la hermana pequeña, así me podía dejar mimar y abrazar por mis hermanos. Me sentía muy bien con ellos, protegida, como si nada malo me fuera a pasar ni a mí, ni a mi madre, si ellos estaban allí. Seguramente ellos sufrieran igual o más que yo por mi madre, pero quizá se sentían más fuertes al ver que tenían que ocuparse de mí.

Cuando murió mi padre yo apenas tenía catorce años y ese recuerdo estaba muy vivo en nuestras mentes. Esto no era nuevo para nosotros, aunque, en aquel caso, no habíamos tenido tanto tiempo de espera; desgraciadamente, había sido todo mucho más rápido.

Al día siguiente había menos gente y lo agradecí. Supuse que era porque mi madre no corría ningún peligro. Yo, sin embargo, no me lo creería hasta que lo viera con mis propios ojos. Todavía seguía sin hablar y solo dejaba a mi familia acercarse a mí. Esperaba que JP y Marina me perdonaran por no haberles prestado ninguna atención; al fin y al cabo, eran mis amigos y no les estaba haciendo ni caso. Pero no podía. No podía ocuparme de nadie si apenas podía ocuparme de mi misma.

Por la tarde mis hermanos me obligaron a ir a casa a ducharme, comer y dormir un poco. Me sentía como una niña pequeña a la que había que decirle lo que tenía que hacer, pero no tenía fuerzas para pelearme con ellos. Aunque me vi obligada a ir a mi casa, no pensaba quedarme a descansar, quería estar cerca de mi madre; así que solamente me duché y me cambié de ropa. Después salí a la calle, aunque me quedé parada momentáneamente pensando en cómo ir al hospital, ahora tendría que ir andando o en bici. Justo en ese momento vi que se acercaba un coche que me resultaba familiar. ¡Dios mío era Rob!

—Hola, Fran. Siento aparecer así en tu casa, pero estaba preocupado por ti — me dijo Rob cuando salió del coche—. ¿Estás bien? Tienes mala cara —dijo mirándome con sincera preocupación.

En ese momento todo lo que había estado guardándome inconscientemente, salió a la superficie sin remedio posible.

–¿Qué ha pasado Fran? –dijo acercándose a mí al verme estallar en un llanto incontrolable.

Para mi sorpresa, me cogió suavemente por los hombros y me abrazó. ¡Dios mío, cómo podía gustarme su abrazo en un momento así! Me sentía tan bien entre sus brazos. Me dijo palabras de consuelo mientras acariciaba mi pelo rizado y negro, que seguía medio mojado, mientras yo soltaba todas las lágrimas que había acumulado durante estos dos días.

Al cabo de unos minutos, por fin pude tranquilizarme.

–¿Estás mejor? Ven, entra en el coche –me dijo abriendo la puerta del copiloto.

Se sentó a mi lado y comenzó a hablarme.

–Cuando no has aparecido en clase hoy, que era el día de la presentación, y tus compañeros me han dicho que les dejaste colgados en una vídeo el lunes por la tarde, me he empezado a preocupar de verdad. Por eso he venido a verte. ¿Fran? –me llamó al ver que ni le estaba mirando a la cara–. Háblame, por favor.

–Mi madre está en el hospital –dije por primera vez en cuarenta y ocho horas–. La atropelló un coche el lunes por la tarde.

–¡Oh, Dios mío, Fran! –dijo poniéndome la mano encima de la mía, que yacía inerte en mi pierna izquierda.

No retiré mi mano, me gustaba sentir el calor de su mano sobre la mía. Le miré por primera vez a los ojos y, para mi asombro, seguí hablando.

–En teoría su vida no está en peligro, pero todavía sigue inconsciente.

–Supongo que te dirigías al hospital. –Asentí–. Me gustaría llevarte –dijo.

–Sí, gracias.

Apenas hablamos durante el trayecto.

Seguía sorprendida de que hubiera sido con él con quien finalmente me hubiera desahogado y que hubiera sido él el que hubiera conseguido que volviera hablar. Me había sentido muy bien mientras me abrazaba y me decía palabras de consuelo. Apenas nos conocíamos, pero, por alguna razón, confiaba en él y me sentía muy bien a su lado.

Cuando llegué al hospital, Marco y Pedro se quedaron mirando a Rob, como esperando que les explicara quién era, sobre todo por el hecho de que seguíamos cogidos de la mano. Me la había cogido al salir del coche y me gustaba que no me la hubiera soltado todavía. Esperaba que no le reconocieran, porque seguro que habían leído algo acerca de él.

–Este es Rob, un amigo de la universidad. Estos son mis hermanos –dije omitiendo su apellido, por si acaso.

No podía decirles que era mi profesor. Tampoco podía decirles que era mi novio, puesto que no lo era realmente. En realidad no sabía lo que éramos, pero me daba igual, me sentía bien con él y no quería que me soltara la mano.

–Hola, soy Pedro –dijo dándole la mano–. Debes de ser alguien importante para mi hermana, porque eres el primero que ha conseguido que hable en dos días.

Rob me miró confundido; estaba claro que no entendía qué era eso de que no había hablado hasta ahora.

–Soy Marco, encantado –dijo dándole también la mano.

–Hola, encantado de conoceros –dijo Rob–. Siento mucho lo de vuestra



madre.

–¿Hay alguna novedad? –pregunté.

–No, pero podemos pasar a verla en media hora –dijo Pedro–. ¿Has comido algo?

–No.

–Pues necesitas comer antes de entrar a ver a mamá –dijo firmemente.

En esos momentos era cuando me daba cuenta de lo responsable que se sentía Pedro de nosotros y en concreto de mí, haciendo de padre con tan solo veinticuatro años. Vaya, tenía la misma edad que Rob.

–Vamos, Fran; te acompañaré a tomar algo –dijo Rob tirando ligeramente de mí.

–Gracias –dijo Pedro mirando a Rob.

–¿Qué era eso de que llevas dos días sin hablar? –me preguntó cuándo ya tenía comida delante de mí.

–Pues eso, llevo dos días sin poder hablar. No podía articular palabra. No sé lo que me ha pasado. Pero lo mismo pasó cuando... –dije. Parándome en seco cuando me di cuenta que Rob no sabía nada de lo de mi padre.

–¿Qué? –me preguntó.

–Nada.

–¿Y cómo es que has hablado conmigo?

–No lo sé. Tampoco había llorado en todo el tiempo hasta que te he visto.

Me miró sorprendido.

–¿No habías llorado hasta que me has visto? –asentí y se quedó mirándome realmente sorprendido.

–No sé lo que me ha pasado cuando te he visto, pero me he venido abajo. Siento haber llorado así.

–No lo sientas, me ha gustado que lo hicieras, que te desahogaras conmigo.

Y a mí que me abrazaras.

–...O sea que soy tu amigo de la universidad –dijo con tono irónico.

Levanté los hombros y puse cara de “y qué demonios tenía que haber dicho”.

–Ya, te entiendo. Yo tampoco habría sabido qué decir –comentó Rob–. Aunque sí sé cómo me siento y lo que me gustaría ser.

–¿Y es?

Esta conversación se estaba poniendo interesante.

–Sé que no nos conocemos mucho, pero me siento extrañamente unido a ti, atraído por ti. Y me gustaría ser algo más que tu amigo.

Le miré sorprendida y sonreí por primera vez en dos días.

–¿Lo dices en serio?

–Lo digo en serio. Aunque para ello tengamos que esperar unos meses.

–No sabes cómo me gusta oír eso. A mí me pasa lo mismo; sé que no nos conocemos mucho, pero me encantaría ser algo más para ti.

Me sonrió. Tenía una sonrisa tan bonita.

–Perdona que te diga estas cosas precisamente hoy, pero...

–No importa. Me viene bien escuchar esto precisamente hoy. Ya he comido suficiente –dije mirando el plato.

–Sí, vamos; tienes que ir a ver a tu madre.

–¿Te vas a ir? –dije algo triste.

–No quiero irme, pero haré lo que me digas.

–Me gustaría que te quedaras.

–Entonces me quedaré todo el tiempo que necesites.

Sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Como siguiera así, me iba a enamorar de él en cuestión de horas.

Pasamos los tres a ver a mi madre y Rob se quedó esperando fuera. Seguía igual que la última vez que la había visto, inconsciente y con la misma cara de ángel. La cogí de la mano, la tenía bastante fría.

–Ha llamado tu tutor para preguntar por mamá –me dijo Marco.

–¿Qué? No quiero oír hablar de él.

–¿Por qué dices eso? –me preguntó algo confundido Marco.

–Porque mamá está así por su culpa.

–No digas tonterías, él no ha tenido la culpa. Está muy afectado por lo que le ha pasado a mamá –continuó Pedro.

¿Pero qué estaban diciendo? ¿Estaban de acuerdo con que mamá volviera a salir con alguien?

–Pero ¿no veis que están como saliendo?

–No creo que estén saliendo, pero en cualquier caso, ¿y? Mamá tiene todo el derecho a rehacer su vida –dijo Pedro.

Le miré perpleja. ¡No podía creer lo que estaba oyendo!

–Pero, no ha pasado casi tiempo, no puede ser que se haya olvidado de papá.

–Fran –dijo Marco acercándose a mí–. Mamá nunca se va a olvidar de papá, jamás. Era su marido y nuestro padre. Lo que sentía por él, no creo que lo vaya a sentir por nadie más. Pero han pasado tres años y medio y, si mamá

disfruta otra vez de la compañía de un hombre, por mi parte, no hay problema.

–Opino lo mismo –dijo Pedro.

–¡No me lo puedo creer! –dije mirando hacia mi madre.

–Quizá estás sientiendo un poco egoísta –dijo Pedro.

¿Qué? ¿Egoísta? Solo estaba intentando proteger a nuestra familia, o lo que quedaba de ella. No podía ser que nos olvidáramos todos de papá de esa manera. Y mi madre, no la entendía en absoluto. ¡Todo lo que había hablado de papá durante estos años, sin parar de contarnos su historia de amor! Y ahora le interesaba el primero que se le había puesto delante. No sabía qué mosca les había picado a mis hermanos, ellos que no me habían dejado disfrutar de ninguno de los chicos con los que había salido. Y no les importaba que mamá tonteara con otro hombre que no fuera papá. ¿Por qué eran tan posesivos conmigo y no lo eran con mi madre? No entendía nada.

De repente noté como si mi madre me hubiera apretado ligeramente la mano. La miré. Parecía como si se estuviera despertando.

–¿Mamá? –pregunté.

Mis hermanos se acercaron al mismo tiempo y se quedaron mirándola también. Abrió muy despacio los ojos, nos miró a los tres y sonrió.

–Hola –dijo con un hilo de voz casi inaudible–. ¿Dónde estoy?

–En el hospital –dijo Pedro–; ¿no te acuerdas de nada?

–No sé. Lo último que recuerdo es que estaba corriendo con Marcos.

–¿No te acuerdas de nada más? –preguntó incrédulo Marco.

–No. ¿Qué me ha pasado?

–Te atropelló un coche –dije yo señalando su pierna escayolada.

Mi madre se incorporó un poco pero puso cara de dolor al intentarlo.

–Mejor no te muevas, mamá –dijo Pedro– Fran, ¿puedes ir a avisar al médico?

–Voy

Cuando salí vi que Rob estaba justo donde le había dejado, apoyado en la pared del pasillo. Al verme se incorporó.

–¡Mi madre se ha despertado! –dije radiante de felicidad.

Estaba tan contenta que, sin darme siquiera cuenta de lo que hacía, me dirigí hacia él y me tiré en sus brazos.

–Oh, perdona, Rob; creo que me he dejado llevar por el entusiasmo –dije algo sonrojada.

–Me encanta que me abracés así. Me alegro mucho de que tu madre esté consciente por fin.

–Gracias. Voy a ir a buscar al médico.

–Fran, creo que debería irme.

–No quiero que te vayas.

–Sí, no debo estar aquí. Ahora lo importante es que estés con tu madre y que la ayudes.

–Vale –dije resignada–. Mi examen... –dije recordando que me había perdido mi examen de catas.

–No te preocupes por eso, cuando vuelvas a clase volvemos a poner una fecha; tu equipo ha querido esperarte. Tú ocúpate de tu madre y vuelve a clase cuando esté mejor. Si hiciera falta, te podría dar clases para recuperar los días que has perdido, aunque no creo que te haga falta.

–Gracias por todo, Rob –dije sonriéndole.

–Adiós. Gracias a ti por dejar que te acompañara hasta aquí.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, se giró para despedirse otra vez con la mano. Por lo menos hoy había podido estar más cerca de él, me había abrazado y me había cogido de la mano. Sabía que eso no volvería a pasar hasta pasados unos meses. Quizá hoy había sido un día diferente al haberme visto tan destrozada. Pero, cuando volviera a clase, sabía que todo volvería a ser igual hasta que pudiéramos tener nuestra primera cita.

El resto de la tarde estuvimos con mi madre, hasta que, cuando comenzó a anochecer, el médico nos dijo que la teníamos que dejar descansar. Así que mi hermano Pedro decidió que nos fuéramos todos a dormir, que esa noche se quedaba él con ella.

Al día siguiente Marco y yo fuimos temprano para reemplazar a Pedro.

–Voy a tomar un café antes de ir a casa de los abuelos. ¿Me acompañas, Fran?

–me dijo Pedro.

–Sí, claro –dije dejando a Marco con mi madre.

¿Qué querría decirme? Por lo serio que estaba, seguro que nada bueno.

–¿Quién es ese tal Rob? –me preguntó cuándo nos sentamos.

Ah, conque era eso. Control parental.

–Un amigo, ya te lo dije.

–Yo creo que es algo más. Solo había que veros juntos cogidos de las manos. Pero ese chico no va a tu clase, es mayor.

–Solo unos años.

–Pues no quiero que salgas con él.

–No salgo con él.

–Pues no lo parece.

–Pero me gustaría salir con él.

–Fran, es mayor que tú.

–¿Y? Papá era mayor que mamá. No puedes decirme con quién puedo salir y con quién no. No entiendo qué obsesión tienes con controlar mis relaciones. ¡Mamá puede salir con quien quiera y yo no! –dije muy enfadada.

–Mamá puede hacer lo que quiera, es mayorcita, pero tú aún eres muy pequeña.

–Pedro, ya no tengo catorce años, en enero cumplo dieciocho.

–Sigues siendo muy pequeña.

–Pues no pienso hacerte caso, ahora no estáis aquí para controlarme. Pienso salir con Rob en cuanto podamos.

–¿Qué significa en cuanto podamos?

–Nada.

–Suena muy extraño lo que has dicho.

–Lo sé, pero aun así, ¡no pienso hacerte caso! –dije muy enfadada.

–Fran, lo hago por ti. No quiero que te hagan daño.

–¿Y qué si me hacen daño? Por lo menos habré sentido algo. Puede que salga bien o puede que no, pero si no lo intentas, seguro que no pasa nada. Quizá deberías intentar conocer a alguien y enamorarte, así podrás sentirlo.

–Eso no tiene nada que ver. Solo me preocupo por ti.

–Lo sé, y te lo agradezco. No sé qué hubiera hecho sin ti estos dos días. Sé que intentas suplir a papá, pero de verdad que sé cuidarme sola.

–Es que ese chico... no sé explicarte, parece mucho mayor que tú y no quiero

que se aproveche de ti.

–Gracias, Pedro, pero te prometo que no lo haré. Bueno, me voy a ver a mamá. Luego te veo. Intenta dormir un poco –le dije dándole un beso.

En realidad, no podía enfadarme con él; estaba claro que solo estaba preocupado por mí, porque nadie me hiciera daño. Pero no podía tratarme como una niña pequeña el resto de mi vida; tendría que darse cuenta de que tenía que cometer mis propios errores, aunque eso implicara sufrir o que me hicieran daño. Además, no pensaba dejar que nadie me separara de Rob; nunca había sentido esto por nadie.

El viernes, por fin, dieron el alta a mi madre y, después de dejarnos en casa a ambas, Marco y Pedro se marcharon de vuelta a Italia. Por un lado, estaba contenta de estar de vuelta en casa, con mi madre sana y salva; pero, por otro, me daba mucha pena que se tuvieran que volver tan rápido. Me habría gustado que se quedaran a pasar el fin de semana, pero había mucho trabajo en el viñedo y habían faltado bastantes días.

Por la tarde mandé un mensaje a JP y a Marina.

<¿Podéis video? Fran> Me contestaron los dos que sí, así que les llamé.

–Hola. Ya estamos en casa –les dije.

–Sí, me lo ha dicho Marco. ¡Me alegro mucho, Fran! Lo habrás pasado fatal –dijo Marina.

–De eso quería hablaros. Quería disculparme por no haberos hecho caso estos días. Lo siento mucho.

JP no parecía participar demasiado, permanecía impassible y muy serio. Seguramente estaría enfadado conmigo, pero me sorprendía que mi disculpa no fuera suficiente.



–No te preocupes, Fran, lo entiendo perfectamente. Marco me ha explicado.

–Ah.

¿Qué le habría explicado?

–Oye, Fran, me tengo que ir, ¿vale? Hablamos mañana. Adiós – dijo Marina, desapareciendo de la pantalla.

–Juan Pedro, entiendo que estés enfadado conmigo.

–No es por eso. Eso lo entiendo, estabas como en shock y, después de lo de tu padre, puedo entender lo que habrá significado para ti lo del accidente de tu madre.

–¿Entonces, por qué estás enfadado?

–Sé que no te gusta mi padre y no quieres que salga con tu madre. Mi padre no se merece eso; no sabes lo mal que lo pasó cuando le dejó mi madre y es la primera vez.....

¿De dónde habría sacado él esa información? Solo lo había hablado con mis hermanos, o eso creía.

–No es que no me guste, sabes que me cae muy bien y me parece un excelente profesor. Pero no puedo aceptar que mi madre esté interesada por otro hombre y se haya olvidado de mi padre tan rápido.

–Déjame terminar, por favor. Es la primera vez que lo veía ilusionado por quedar con alguien. De todos modos, no estaban ni siquiera saliendo, solo eran amigos.

–Ya, pero los dos sabemos que de ahí a salir hay un paso. ¿De todas formas, por qué sabes lo que pienso de su relación? Solo he hablado con mis hermanos de esto.

–Tu madre le ha mandado un mensaje a mi padre diciéndole que no podía

volver a quedar con él.

–¿Qué? –dije sorprendida.

–Le ha dicho que sin el apoyo de todos sus hijos no puede, que lo sentía mucho.

–¿Y cómo has sabido que era yo la que no estaba de acuerdo?

–Por cómo miraste el otro día a mi padre en el hospital. Tenías que haberte visto la cara.

¡Oh, Dios mío! ¡Qué vergüenza! ¿Le había mirado tan mal? A partir de ahora tendría que tener cuidado con mis miradas cuando estuviera enfadada.

–Lo siento mucho, Juan Pedro. No quería que pasara esto por mi culpa. Hablaré con mi madre.

–No, no lo hagas. Si no vas a apoyar su relación, es mejor que sea ahora, antes de que sufra uno de los dos, o los dos.

–Pero...

–Déjalo, Fran; pero quiero que sepas que si tengo que elegir entre mi padre y tú, lógicamente, me quedo con mi padre.

–¿Qué quieres decir con eso? ¿No podemos seguir siendo amigos?

–No. Lo siento, Fran. Adiós, tengo que dejarte –dijo cortando la comunicación.

¿Qué había pasado exactamente? No entendía nada, ¿cómo se había podido complicar todo en unos minutos?! JP ya no quería verme y su padre, imaginaba que tampoco. Me había quedado sin amigos así, en cuestión de unos días y todo por mi culpa.

Que yo supiera no había hablado con mi madre de eso, lo había hablado solo

con Pedro y Marco mientras estaba dormida. ¿Nos habría oído? Si realmente nos había oído hablar sobre ese tema, ¿por qué tenía en cuenta lo que yo pensaba? Mis hermanos estaban de acuerdo y no podía creerme que, porque yo no quisiera que quedara con Marcos, le hubiera dicho que no le volvería a ver. ¡Por lo menos podía haber hablado conmigo en vez de tomar la decisión así, de repente! Tendría que hablar con ella, pero estaba tan desanimada después de la conversación con JP, que no me apetecía nada enfrentarme a eso.

Me sentía tan triste por haber perdido un grupo de amigos, sobre todo a JP y a Marina. Ya no podría quedar con ellos. Yo, que estaba tan orgullosa de haber hecho amigos tan rápido, y en un mes, lo había estropeado todo. No sentía ningún rencor hacía JP, le entendía perfectamente después de lo que me había contado. No sabía que su padre estuviera tan ilusionado con mi madre; ¡pero si solo habían quedado alguna vez! Pero, pensándolo bien, yo apenas había quedado con Rob y no podía dejar de pensar en él a todas horas. ¿Sería el amor adulto igual que el mío, que el de una chica de diecisiete años? ¿Sería posible que el padre de JP se sintiera como yo? ¿Podía mi madre estar ilusionada por él también?

De cualquier forma, me seguía sin caber en la cabeza que hubiera olvidado a mi padre tan rápido. ¿Se podía olvidar alguien de su pareja después de tres años y sentir algo por otra persona? No sabía que pensar, estaba hecha un lío. A lo mejor Pedro tenía razón y estaba siendo muy egoísta. No le diría nada a mi madre, por ahora; tenía que darle una vuelta al asunto y ahora mismo estaba agotada, llevaba varios días sin apenas dormir.

El resto del fin de semana estuve observando a mi madre: sí que parecía un poco triste. ¿Sería por Marcos o porque yo no la apoyaba? Todavía no había encontrado el momento para hablar con ella. Bueno, en realidad, no sabía qué hacer, estaba un poco perdida. Necesitaba hablar con alguien, pero ¿con

quién? No tenía a nadie con quien hablar sobre este tema.

Marina me había llamado el sábado para decirme que nosotras seguiríamos siendo amigas. Aunque me sentía un poco mejor por saber que podría contar con ella, sabía que no sería lo mismo. Para empezar no podría ir a ninguna de sus fiestas y me daba la impresión de que nuestra amistad sería una especie de amistad a escondidas.

El lunes mi madre insistió en que volviera a mi rutina. Aunque me encantó volver a ver a Rob, me sentía todavía muy desanimada.

–Fran –dijo acercándose a mi cuando había terminado la clase–. Me alegro de verte ya aquí. ¿Cómo estás?

–Mejor.

–Pues no lo parece.

¡Vaya! ¿Podía notar que estaba triste? ¿Cómo podía ser tan observador? Quizá se parecía a mi padre.

–Pero es por otros temas. Mi madre está bien y a salvo en casa.

–Ah, bueno. ¿Cuándo quieres hacer la presentación?

–Cuando me digas.

–No sé, te veo tan decaída.

–Pero hay que hacerlo ya, si no, mis compañeros se van a extrañar.

–Como tú quieras; ¿este jueves?

–Muy bien.

–Mandaré una convocatoria en un rato.

–Gracias. Hasta mañana –dije sin mucho entusiasmo.

–Fran –me dijo antes de que saliera por la puerta–. Por favor, dime qué te

pasa.

–Me gustaría contártelo, pero no quiero complicarte la vida, Rob. No quiero que te expulsen.

–Por hablar contigo no me van a expulsar.

–Pero aquí no podemos.

–Está bien. Tengo que darte una clase para que puedas recuperar los días que no has estado. Podemos quedar cerca de tu casa y te lo explico tomando un café.

–¿Seguro?

–Sí.

–Vale, si crees que no hay peligro, por mí encantada. ¿Cuándo te viene bien?

–Mañana por la tarde. Te recojo a las siete en tu casa.

–Vale, muchas gracias, Rob –le dije sonriéndole.

¡Qué suerte tenía por tener a Rob! Fuera lo que fuese, amigo, medio novio, posible novio, profesor, era el único que estaba consiguiendo que me sintiera mejor estos días. Aunque resultara irónico, estaba deseando que terminara el talento que más me gustaba tan solo para poder quedar con él de otra manera. Parecía que mis únicas relaciones tenían que ser a escondidas.

## 6% vol.

El martes por la tarde a las siete en punto estaba en la calle esperándole. Fue bastante puntual.

–Hola –dije al entrar en su coche.

–Hola, Fran. Te veo mejor.

–Sí, puede ser.

Oí que sonaba su móvil.

–Perdona, Fran. Hola, abuela. ¿Cómo? ¿Y no puedes esperar un rato?; ahora estoy ocupado. Está bien, ahora voy –me miró –Era mi abuela, que dice que ha saltado la alarma de la calefacción y quiere que vaya a ver qué pasa. ¿Te importa si paso un momento por casa?

–No, claro que no. Pero ¿dónde vives?

–Aquí, muy cerca.

–¿Vives en Torrelodones?

Puso cara de “lo siento, ¿no te lo había dicho?”

–Vaya, y yo preocupada todas las veces que me traías a casa porque pensaba que te estabas desviando.

–Lo siento –dijo sonriendo–, no sé por qué no te lo había dicho.

–No pasa nada.

No tardamos más de cinco minutos en llegar. Entramos por un camino de tierra. Podía ver a ambos lados del camino la vegetación típica de la zona, encinas, jaras y algún enebro ¿Vivía en medio del campo? Lo único que se

veía a lo lejos era una casa preciosa y antigua en lo alto de una pequeña colina.

–¿Esa es la casa de tu abuela?

–Sí.

–Guau, es preciosa.

–Sí, a mí me encanta.

–Pero, antes de que vinieras tú, ¿vivía sola en esta casa?

–Sí, no quiere irse de aquí, esta casa ha pertenecido siempre a su familia. Le sobran la mitad de las habitaciones, pero dice que en Navidad y en verano quiere tener suficiente espacio para que venga toda la familia.

–¿Y vienen?

–Sí, vienen todos.

–Ah, yo no sé si podría vivir sola en una casa tan grande. Me daría miedo.

–Es cuestión de acostumbrarse.

–Si vieras mi casa de Frascati.

–¿Es grande?

–No, es muy pequeña. En la casa grande viven mi tía abuela y algunos de mis tíos y primos, pero nosotros vivimos en una casita que está un poco más alejada del viñedo, en medio del campo igual que la de tu abuela; pero es pequeña y acogedora. A mí me encanta.

Le seguí dentro de la casa.

–¿Abuela? ¿Victoria?

–¿Se llama victoria?

–Sí, en realidad no le gusta mucho que la llame abuela.

–Estoy en la cocina –se oyó una voz en la lejanía.

Era una cocina bastante antigua, ¡con fuegos de hierro en lugar de vitrocerámica! El mobiliario era también antiguo y rústico. Siempre me habían gustado las cosas antiguas, me recordaban, en cierta forma, a la casa grande de Frascati. ¡Era preciosa y tenía mucho encanto!

Su abuela no era, en absoluto, como me la había imaginado. Era delgada, alta, tenía el pelo teñido de color castaño y parecía estar en muy buena forma. En realidad, lo único que te daba una pista de su edad, eran las arrugas de su cara. Parecía muy sonriente y agradable. Me miró a los ojos de una forma muy penetrante, como si estuviera intentado mirar dentro de mí. Pero no me sentí incómoda, sino todo lo contrario.

–Victoria, esta es Fran.

–Hola, Fran, encantada de conocerte. Roberto, por favor, vete a ver qué le ha pasado a la calefacción; mientras, yo entretengo a Fran.

–Ya, sé que lo harás; pero, por favor, no le echas las cartas –dijo mientras se iba de la cocina, cerrando la puerta detrás de él.

–Bueno, Fran, aunque prefiero llamarte Francesca, es un nombre precioso. Por fin nos conocemos –dijo mientras me ponía una taza delante–. ¿Té?

–Sí, gracias. Pero ¿me conoces de algo?

–No, en realidad no. Roberto nunca me ha hablado de ti, pero yo sabía que existías y sabía que hoy estaríais juntos, por eso me he inventado lo de la calefacción. Quería conocerte.

–No entiendo nada, ¿cómo sabías que yo existía y que hoy estaríamos juntos?

–A veces sé cosas, no sé explicarte. Pero te diré algo: sabía que a Roberto le



gustaba alguien, está distinto desde hace un mes. Pero, no nos desviemos, que Roberto no tardará en darse cuenta de que funciona todo correctamente. Tómate el té.

¿Sería un poco bruja? Bueno, Roberto me había dicho que le gustaba echar las cartas del tarot, pero parecía que iba más allá. La obedecí, la verdad era que el té estaba delicioso; ardiendo, como me gustaba a mí. Ella seguía escrutándome con la mirada, pero de una forma cariñosa y amable.

–Veamos –dijo cogiendo mi taza cuando ya había acabado–. Fran, puedo ver que has sufrido mucho para lo joven que eres.

–¿Me estás leyendo los posos del té?

–Sí, algo así. Roberto me ha dicho que no te leyera las cartas, pero no los posos –dijo sonriendo pícaramente–. La pérdida de tu padre ha sido lo peor que te ha pasado. Le adorabas.

¿Cómo podía saber eso? Rob no lo sabía.

–Y ahora estás preocupada por tu madre. Tienes que hablar con ella de eso que te ronda por la cabeza. Si ayudas a tu madre, te ayudarás a ti misma. Con respecto a mi nieto... lo que veo es maravilloso. Prefiero no decirte nada, ya lo irás viendo tú misma.

Lo de que tenía que hablar con mi madre no lo sabía nadie en absoluto. Su abuela tenía definitivamente algún tipo de poder. ¿Y qué era eso tan maravilloso sobre su nieto? ¿Quería decir que nuestra relación iba a ser maravillosa?

–Pero...

–Mi nieto no ha salido con nadie desde hace años. Sufrió un desengaño amoroso y no confía mucho en las mujeres. Tú eres la primera que le interesa desde entonces. Siente la necesidad de protegerte y no sabe ni por qué. Se

preocupa mucho por ti. Va a ser muy bueno para ti, él te va a ayudar a solucionar tus problemas.

–¿Qué problemas?

–Y, sin darte cuenta, tú le vas a ayudar a él. Ya baja Roberto, no olvides lo de tu madre. Necesita tu ayuda.

–Pero ¿para qué? ¿Cómo voy a poder ayudarla sin no me dices en qué la tengo que ayudar?

–En el fondo sabes lo que tienes que hacer. Ssss –me hizo una seña con los dedos para que me callara–... ya baja.

Yo no oía ni un solo ruido. ¿Cómo sabía que bajaba? Pero, efectivamente, en unos segundos se abrió la puerta de la cocina.

–Victoria, a la calefacción no le pasa nada –dijo mirándola con cara de reproche.

–¿Ah no? Ah, pues yo qué sé; había sonado la alarma y no conseguía encenderla.

–Ya, ya. En fin, no sé qué estarías tramando.

–Por cierto, me tengo que ir; he quedado con mis amigas para jugar a la canasta y no volveré hasta tarde. Francesca, te veré muy pronto. Por favor, vigiladme el bizcocho que está en el horno. En media hora estará listo. Adiós –dijo saliendo por la puerta.

–Pero, abuela –dijo saliendo detrás de ella–; nosotros nos tenemos que ir.

Volvió al cabo de unos minutos.

–Ha desaparecido. ¿Te ha llamado Francesca? –me dijo extrañado.

–Sí, dice que es más bonito. Pero yo no le he dicho que ese era mi nombre.

Me miró con cara de “mi abuela es así”.

–Es un nombre precioso, muy especial. De todas formas, no sé por qué, pero me he acostumbrado a llamarte Fran.

–Excepto en clase.

–Sí, es cierto. Fran eres para mí y Francesca para lo demás; no sé si me explico.

–Creo que te entiendo.

–¿No te importa que nos quedemos aquí? Parece que nos tenemos que quedar de niñeras de un bizcocho.

Me reí.

–No, me encanta esta casa.

–Y a mí me encanta tu risa.

–Gracias –dije algo avergonzada.

Durante no más de media hora, me puso al día de lo que habían dado en clase. En realidad, no estaba absorbiendo nada de lo que me estaba diciendo; lo único que me había quedado claro era que estaban dando la fermentación de las uvas. En realidad, no necesitaba ayuda para este tema; lo sabía de sobra. Así que me dediqué a observar cada poro de su rostro, y cada tono de sus preciosos ojos color miel, y sus manos grandes y fuertes, y sus hombros. ¡Cómo me gustaba!

–Fran, no me estás escuchando.

–No –dije sonriendo y mirándole con cara de “no he podido evitarlo”.

–¿Por qué?

–Porque me he distraído mirándote.

–Ah, pues a mí también me gustaría distraerme mirándote mientras tú me cuentas algo.

–Vale, te toca a ti. ¿Qué quieres que te cuente?

–Cuéntame cosas sobre Frascati y tu familia.

–De acuerdo. Bueno, como ya te he dicho, vivimos en la casita. Para todas las celebraciones, como cumpleaños, fiestas del viñedo, Navidades, vamos a la casa grande. El piano de mi madre y los millones de libros que tenemos también están allí, en nuestra casa no caben.

Mientras hablaba él me miraba como había hecho yo antes con él, pero no me sentía avergonzada, me gustaba que lo hiciera.

–Mi tía Simona es la que lleva esa casa, sin ella, no funcionaría nada. Es la viuda del hermano de mi abuela paterna y la adoro. La echo mucho de menos. Ella, mi madre y yo somos las únicas mujeres en el viñedo de forma permanente. Todos mis tíos y primos son varones. Nos gusta mucho cocinar... ¡El bizcocho! –dije dándome cuenta de que el bizcocho tenía que estar ya más que listo.

Fuimos al horno y nos asomamos juntos.

–¿Crees que está ya? –preguntó

–Creo que sí, pero déjame un cuchillo fino.

Lo metí dentro y como vi que no salía mojado, lo sacamos del horno.

–Por cierto, qué maleducado soy; no te he ofrecido nada de beber.

–Agua, por favor.

Abrió la nevera y comenzó a reírse.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Ven a ver esto.

Había un cartel que ponía “Francesca, Roberto, os he dejado la cena preparada. No quiero ver ninguna sobra. Besos. Victoria”.

–Sabía mi nombre antes de que viniera.

–Sabe muchas cosas.

–¿Se cumplen las cosas que dice?

–Sí. Yo ya lo tengo asumido. Hace unos años la ponía en duda, pero ya no pierdo el tiempo. ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

Sí, me ha dicho que lo nuestro va a ser maravilloso.

–Sí, algunas cosas. Creo que me ha dado la pista para solucionar un problema que me tenía preocupada.

–¿Eso que te tenía un poco triste el lunes?

–Sí.

–Ah, bueno, me alegro entonces. Aunque espero que no te haya echado las cartas

–No, no ha hecho falta.

–¡Es la primera vez que me hace caso! –dijo riéndose–. ¿Te apetece cenar?

–Vale, la verdad es que tengo un poco de hambre.

–Vamos a ver qué nos ha dejado. Almejas a la marinera y arroz. ¿Te gusta?

–Suenan fantástico. ¿Cocina bien?

–Sí, es una gran cocinera. Pero ya me lo dirás tú, que también lo eres. ¿Dónde te gustaría cenar, aquí o en el salón?

–Por mí aquí, me encanta esta cocina.

–Vale. Ahora vuelvo –dijo poniendo a calentar la comida.

A los pocos segundos volvió con una botella de vino en la mano.

–Creo que esto merece una botella de vino, aunque no suelo beber entre semana; pero hoy es una ocasión especial.

Me gustaba que dijera eso.

–Sí. Déjame ver la botella.

–No, mejor no la veas. Cuando la cates, me dices lo que opinas.

–Vale –me gustaba ese juego.

–Prueba –dijo dándome la copa de vino.

Nuestras manos se rozaron al coger la copa. Me sentía tan embrujada por el momento, no me podía creer que estuviera a solas con él en su casa. Me había olvidado de todos mis problemas, cualquier cosa que no estuviera en esta cocina ahora mismo, no era importante. Estar con él era como una sesión de vitaminas, igual que una vendimia.

–Descríbelo.

Le miré a los ojos.

–Color miel –me miró extrañado–, con algunas tonalidades verdes aunque casi inapreciables. Labios carnosos, que incitan a besarlos. Voz profunda, limpia y muy varonil, una voz que no deja indiferente a nadie. Manos fuertes y protectoras, ásperas pero cálidas. Un cuerpo equilibrado, fuerte, musculoso, perfecto. Una forma de ser encantadora, sensible, dulce, pero no en exceso. Caballeroso, pasional, fuerte, seguro...

–No sigas...

Me puse seria y puse cara de “¿no te gusta?”

En realidad no sabía qué me había pasado, había empezado a hablar sin haber pensado siquiera lo que iba a decir y las palabras habían salido de mi boca sin control alguno. Jamás había hablado así a ningún chico.

–Me gusta demasiado, pero si sigues, voy a tener que besarte.

–Pues sigue tú.

–Está bien –dijo probado el vino y mirándome a los ojos–. Verde, es el color predominante, un verde bosque, lago, hojas. Un verde único y precioso, te puedes perder en él. Negro y ondulado, rebelde, suave pero escurridizo. Voz femenina, dulce pero fuerte, con personalidad. Labios carmesíes, suaves y carnosos, deseando besarlos. Piel suave y aterciopelada, desando tocarla. Cuerpo esbelto y delgado, fuerte y musculoso. Hombros y espalda anchos, de deportista. Una forma de ser complicada; por un lado una niña pequeña encerrada en una mente adulta; por otro, una niña pequeña deseando que la protejan y la quieran. Salvaje, indomable, libre, pero también dulce, sensible y dependiente.

Se acercó a mí. Estaba como paralizada por lo que me había dicho. Era como si me conociera perfectamente.

–No sé si voy a poder esperar hasta el diecinueve de diciembre –me dijo acariciándome la cara.

¿Diecinueve de diciembre? ¿Sería el último día de clases? Cerré los ojos, no podía moverme; no había nada que me gustara más que me tocara. Sentía las mejillas ardiendo. ¿Lo notaría él? Además comenzaban a temblarme las piernas y, como no hiciera algo rápido, era capaz de caerme al suelo. Abrí los ojos.

–Fran, Francesca. Me gustas mucho. No sabes cuánto.

–Y tú a mí.

–Pero vamos a tener que esperar.

–Lo sé.

No, no, no, no quiero esperar; quiero que me beses ya.

–Se nos va a enfriar la cena.

–Vamos –dije sentándome a la mesa–. Por cierto, Toro.

–¿Qué?

–Es vino de Toro, yo diría que es un vino joven.

–¿Cómo lo has sabido? –me miró sorprendido.

–Pues, por un lado, por el color, medio cereza, medio violáceo, pero, definitivamente, por su sabor, a fruta madura, mora, frambuesa, zarzamora; el paso en boca es persistente y largo.

–Eres increíble, Fran; estoy deseando escuchar vuestra presentación este jueves.

–No creo que sea fácil sorprenderte, pero lo vamos a intentar.

–¡Muy bien dicho! Por nosotros –dijo levantando la copa.

Era tan maravilloso estar con él, me sentía tan a gusto, como si quedáramos a cenar todos los días, cuando era la segunda vez que cenábamos, y esta era la primera vez que estábamos totalmente solos. No era una cita exactamente, pero me daba igual. Estaba feliz de estar en su compañía y poder mirarle tranquilamente, sin miedo a que alguien se diera cuenta que me estaba enamorando de él.

Escucharle hablar era hipnotizador, tenía una voz como nunca jamás había oído, era tan fuerte, profunda y varonil; podría escucharle durante horas sin cansarme. Seguramente era uno de sus encantos cuando daba catas,



simplemente el escucharle era una experiencia única. Era la primera vez que teníamos la oportunidad de hablar de cosas más personales, de conocernos, y esperaba que esto se repitiera. Su abuela había dicho que nos veríamos muy pronto, y siempre acertaba...

–Oh, Dios mío, es tardísimo, Rob –dije mirando un reloj un tanto antiguo que estaba colgado en la pared.

–Se me ha pasado volando; cuando estoy contigo pierdo la noción del tiempo.

–Creo que a mí me pasa lo mismo. Me tendría que ir, mi madre puede estar preocupada.

–Claro, te llevo ahora mismo.

Cuando paró el coche enfrente de mi casa, nos quedamos mirándonos momentáneamente, sin saber cómo despedirnos exactamente.

–Fran –dijo cogiéndome la mano–, gracias por esta cena; me ha gustado mucho –añadió mirándome a los ojos.

Cuando me miraba así, hacía que me cosquilleara el cuerpo entero.

–Nos vemos mañana –me dijo.

–Ha sido muy especial para mí. Hasta mañana –dije soltándome lentamente de su mano, aunque, en realidad, quería quedarme allí.

Había sido increíble todo lo que había pasado esa tarde-noche. Su abuela me había dicho muchas cosas en las que tenía que pensar, aunque lo que más me había gustado era que lo nuestro iba a ser maravilloso. Y tenía que hablar con mi madre y mejor antes que después.

El jueves mis compañeros y yo por fin pudimos hacer la presentación.

–Mis compañeros van a pasar para taparos los ojos –dijo Rose– Sí, efectivamente, como acabaréis de deducir, esto es una cata a ciegas. Hemos

reducido las posibilidades, para que no sea muy complicado. Vais a probar tres variedades de vinos tintos, de tres regiones diferentes de España, de la misma cosecha. La cata consiste en que digáis de qué zona es cada uno, nada más. Vosotros apuntadlo y al final veremos quién ha adivinado correctamente.

Observé que Rob estaba muy pendiente de lo que hacíamos, nos miraba muy atento y sonreía.

–Yo también quiero probarlo –dijo Rob– ¿Me puedo poner un pañuelo también?

–Claro –dije–, pero te tengo que dejar el mío; no habíamos contado contigo.

Fui hacia él y me quité el pañuelo para ponérselo alrededor de los ojos. Siempre llevaba un pañuelo en el cuello, me gustaba la sensación de calor que me daba. Me estaba poniendo bastante nerviosa, y el pañuelo no paraba de resbalarse de mis manos; no atinaba a atárselo correctamente. Y no me ayudaba el hecho de que me hubiera venido a la cabeza la cata personal que me había hecho el otro día en su casa: “Labios carmesíes, suaves y carnosos, deseando besarlos. Piel suave y aterciopelada, desando tocarla”

–Toma una copa –le dije después de conseguir atárselo.

No sabía, realmente, si habíamos conseguido sorprender a Rob, pero el hecho de que hubiera querido participar, era un buen síntoma. Hubo tres personas, de los siete de clase, que adivinaron correctamente, aparte de Rob que, por supuesto, lo hizo sin ningún esfuerzo. No era muy complicado adivinar entre un somontano, un rioja y un Ribera de Duero, pero había gente en la clase que no tenía mucha experiencia, con lo que habíamos elegido un tipo de cata a ciegas para principiantes.

–Bueno –dijo Rob cuando ya habíamos terminado–, la nota, como en las otras presentaciones, la ponen los espectadores. Con lo que votad, y el lunes vemos

los resultados. Creo que lo habéis hecho todos muy bien. A mí, particularmente, me ha gustado mucho esta presentación; ha tenido una nota creativa. Pero es vuestra decisión, y, además, hay varios temas que votar, no solo la creatividad.

Intentaba no salir siempre la última de clase porque no quería que Rob pudiera tener algún problema por mi culpa. A mí me encantaría quedarme a hablar con él todos los días, pero no debía hacerlo. No quería que nadie sintiera que mi relación con él era diferente y, además, cuanto menos habláramos en la universidad, mejor.

El viernes por fin conseguí decidirme a hablar con mi madre.

–Mamá. ¿Qué te parece si nos vamos a cenar las dos por ahí?

–Pero, con esta pierna, no sé si puedo ir a ningún sitio.

–Pues vamos con las muletas, venga anda, llevas aquí encerrada una semana.

–Ya.

Se quedó pensativa.

–Vale, tienes razón. Vayamos por ahí. Pero yo elijo restaurante.

–De acuerdo.

Fui conduciendo yo. Llevaba una semana haciendo prácticas de conducir con mi tío Juan, ya que mi madre no estaba muy cómoda en el coche para acompañarme, y ya lo hacía bastante bien. En unos días ya podría ir sola con mi profesor virtual como acompañante. Fuimos a un restaurante a Cercedilla al que solían ir mis padres. Era un sitio precioso que tenía a la entrada tres tayas gigantes. Cuando hacía buen tiempo ponían las mesas fuera y podías comer debajo de las tayas.

–Me quieres contar algo, ¿verdad? ¿Estás saliendo con alguien? –me preguntó

después de cenar.

–Buenooo, me gusta un chico, pero todavía no estamos saliendo.

–¿Le gustas?

–Creo que sí.

–Fantástico –dijo mi madre sonriendo.

–Pero no era de eso de lo que quería hablarte.

–Ah, dime.

–Veras, creo que pudiste oírnos a mis hermanos y a mi hablar sobre tu relación con Marcos cuando estabas inconsciente.

–¿Cómo lo sabes? –me dijo sorprendida.

–Tenía mis sospechas pero acabas de confirmármelo.

–¡Eres igual que tu padre! –Dijo sonriendo– siempre me hacía eso y yo siempre caía en la trampa. Por lo que veo no solo te pareces a él físicamente. Cada vez que te veo me acuerdo de él. Eres exacta a Julian, menos en el color de tu pelo.

–¡No me hablas de mi pelo!

–¡Pero si lo tienes precioso!

–Ojalá lo tuviera liso como tú.

–¡Qué tontería! Tienes un pelo ondulado precioso y con personalidad.

–Gracias, mamá. Con respecto a lo que te estaba contando, quería decirte que lo he pensado y me he dado cuenta de que soy una egoísta. Si te sientes a gusto con Marcos, quiero que sigas quedando con él.

Miró hacía abajo.

–No, Fran; tienes razón. Es pronto para olvidarle y, además, no me siento con fuerzas para sentir nada por nadie.

–Pero ¿te gustaba estar con él?

–Sí, no lo niego; solo he estado un par de veces con él y me he reído mucho y me hacía falta reír, pero no hay nada entre nosotros.

–Bueno, pero puedes seguir quedando, a lo mejor con el tiempo surge algo.

–No, tú me abriste los ojos cuando dijiste que cómo podía olvidarme de tu padre. No le he olvidado, eso no lo haré jamás, pero es cierto que ahora no estoy preparada. Tenías razón.

–No quiero tener razón, quiero que rehagas tu vida.

–Gracias, Fran, me gusta que me lo digas, pero no voy a volver a quedar con él.

–Pero ¿y si te llama? ¿Qué le vas a decir?

No iba a decirle que sabía que le había enviado un mensaje, quería dejar al margen a JP.

–Le he mandado un mensaje, hace una semana, diciéndole que no podría volver a quedar con él.

–¡Mamá! –dije con cara de reproche.

–Ya no hay nada que hacer.

–Bueno, si cambias de opinión, quiero que sepas que te apoyaré.

–Gracias, Fran. A veces me sorprendes con tu madurez; es increíble que tengas diecisiete años. ¿Sabes? Ha sido una gran idea la de salir a cenar, tenemos que repetirlo de vez en cuando, las dos solas.

A pesar de que no había conseguido hacerle cambiar de opinión, me sentía

mucho mejor después de haber habado con mi madre sobre ello. Y, de alguna forma, me gustaba que no quisiera volver a quedar con él, aunque sabía que estaba siendo muy egoísta.

Ahora solo me faltaba hablar con JP al día siguiente; quería volver a recuperar a mis amigos.

## **Noviembre**

Empezaba a hacer frío y, de alguna forma, se notaba que habíamos cambiado de mes. Yo seguía nadando en la piscina ya que dentro la temperatura era muy agradable, aunque me congelaba al entrar y salir de ella. Pero me sentaba tan bien respirar aire puro que, por ahora, no había ido a nadar a la piscina municipal; aunque quizá cuando el tiempo empeorara, tendría que hacerlo.

Ayer, cuando llegué al instituto después de quince días de no haber aparecido por allí, me di cuenta de que había menos bicis aparcadas; ni Fran ni JP habían traído la suya. Parecía que las bicis disminuían al mismo ritmo que mis amistades.

Por lo menos, durante la clase con Marcos no noté ningún cambio de actitud hacia mí. O era muy profesional o no estaba realmente enfadado por haberme entrometido en su relación con mi madre.

Hoy tenía que enfrentarme a JP y no podía ser por vídeo, tendría que ir a buscarle a su casa, tenía que hablar con él cara a cara, aunque no sabía si me abriría la puerta.

Llamé al timbre de su casa un par de veces y esperé. Tuve la suerte de que fuera su padre quien abriese la puerta.

–Hola, Fran –dijo sonriendo.

No acababa de entender por qué me trataba tan bien después de lo mal que me había portado con él.

–Hola, Marcos. Quiero pedirte disculpas por mi comportamiento cuando mi madre estuvo en el hospital.

–No te preocupes, Fran, estabas muy preocupada.

–Gracias –dije sonriendo tímidamente–. ¿Está Juan Pedro?

–Sí, pasa por favor. Está en su habitación, segunda a la derecha –dijo indicándome la escalera.

Subí despacio y llamé a su puerta.

–Juan Pedro, soy Fran.

Abrió la puerta de una forma un tanto brusca.

–¿Qué haces aquí? –dijo un poco enfadado.

–Quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

–Bueno, ya que estás aquí, pasa.

Observé su habitación. Tenía todas las paredes repletas de fotos increíbles. Hasta tenía una mía con Marina y era la foto más bonita que había visto de mí misma.

–¡Estas fotos son impresionantes!

–Gracias. ¿Qué querías?

–Ayer estuve hablando con mi madre.

–¡Te dije que no lo hicieras!

–Déjame terminar, por favor. No le dije nada de ti. Solamente que creía que me había oído hablar con mis hermanos sobre su relación con tu padre y que había estado dándole vueltas. Que había sido muy egoísta y que tenía mi apoyo para quedar con él.

–¿Y qué te dijo?

–Le gustó saber que la apoyaba, pero dijo que no está preparada; que no se ve con fuerzas para quedar con nadie. La intenté convencer, pero no hubo manera.

Se quedó pensativo y se sentó en una silla.

–Bueno, con respecto a eso, no podemos hacer nada. Gracias por no decirle nada de mí.

–No te lo contó tu padre, ¿verdad?

–No, ¿cómo lo sabes?

–Me lo acabas de confirmar.

–¡Eso es trampa!

–No, es que ya me lo imaginaba, porque tu padre me trata de una forma muy normal, como antes.

–Vi por accidente el mensaje que le mandó tu madre y luego le observé y me pareció que le había afectado. Y creo que está afectado, pero él no sabe que has sido tú la que has intervenido. De cualquier manera, mi padre no te habría culpado a ti, él no es así.

–Ya, no sé por qué, pero lo sé; es un hombre muy educado.

–Gracias.

–Lo digo de verdad.

–No, digo gracias por haber hablado con tu madre y haberlo intentado.

–En realidad, me alegro de haberlo hecho; me siento mucho mejor y mi madre está muy agradecida. Te tengo que dar yo las gracias a ti.

–Vale, nos damos las gracias mutuamente –dijo riéndose.

–¿Entonces volvemos a ser amigos? –pregunté.

–Claro. Creo que he sido un poco radical



–Sí, un poco, pero te entendí perfectamente. Por cierto, esa foto mía es preciosa. Nunca me había visto así de bien en una foto, no suelo ser fotogénica. ¿Tienes más?

Me quedé allí el resto del día, me invitaron a comer y me di cuenta, un poco tarde quizá, que Marcos sería maravilloso para mi madre; era divertido, muy educado y culto. Tendría que convencerla para que lo volviera a intentar, tenía que conseguir que se vieran alguna otra vez. No volví a mi casa hasta bien entrada la noche, y todo se lo tenía que agradecer a Victoria, la abuela de Rob; si no llega a ser por ella, quizá no lo habría conseguido hacer.

¡Volvía a formar parte de la sociedad, tenía amigos de nuevo!

El martes Rob no vino a clase y en su lugar teníamos a la sustituta que “tanto me gustaba”, la que sabía menos de enología que yo. Cuando el miércoles vi que otra vez entraba ella por la puerta, me quedé realmente preocupada. ¿Qué le pasaría a Rob? ¿Estaría bien? Esa tarde tendría que acercarme a su casa. Él se había preocupado por mí cuando había faltado varios días a clase y había ido a buscarme a mi casa, ahora era mi turno; además, no podía quedarme tan preocupada el resto de la semana.

Fui en coche con mi profesor virtual como acompañante, necesitaba practicar un poco y, además, me hacía sentir más independiente.

–Hola, Francesca –me dijo su abuela al abrir la puerta–; te esperaba.

–¿Sabías que venía?

–¡Claro! Te he preparado una taza de té, pero esta vez te la llevas arriba. Rob está en su habitación.

–¿Está bien?

–Ha estado algo enfermo, pero, en cuanto te vea, se le va a curar todo –dijo sonriendo.

La acompañé hasta la cocina. Allí estaba mi taza recién preparada. Sabía perfectamente que venía y lo tenía recién hecho y humeante, como me gustaba a mí. Esa mujer era increíble.

–Te quería dar las gracias. Este fin de semana he hablado con mi madre y, aunque no he solucionado nada, me siento mejor por haberlo hecho.

–Me alegro. Sube a ver a Rob.

–¿Pero no le avisas de que estoy? Me da cosa entrar de repente en su habitación.

–Le va a encantar, además prefiere verte a ti que a mí, eres mucho más guapa.

Me reí. Su abuela tenía mucho sentido del humor, a mi madre le encantaría.

–Está bien –dije cogiendo mi té ardiendo.

–Segunda a la derecha.

Subí despacio la escalera y llamé a su puerta.

–Hola, Rob, soy Fran.

–¿Fran? –dijo sorprendido.

Oí que se acercaba a la puerta.

¿Cómo podía estar tan guapo si estaba enfermo? Llevaba vaqueros y camiseta e iba en calcetines. Así vestido parecía que tenía la misma edad que yo.

–Perdona por aparecer así en tu casa. Victoria me ha dicho que subiera.

–Claro, pasa por favor. Me gustan las sorpresas, y sobre todo si son tuyas.

Le sonreí.

Tenía una habitación totalmente diferente del resto de la casa, mucho más moderna. Parecía como si estuvieras en otra casa distinta.

–Estás un poco ronco.

–Sí; he estado malo de la garganta, pero ya estoy mejor. Mañana pensaba ir a clase.

–Es que al no verte durante dos días seguidos me había quedado preocupada, por eso he venido.

–Gracias, Fran, qué suerte tengo de que una chica tan preciosa como tú se preocupe por mí.

Sonreí. ¿Preciosa?

–¡Tienes el pelo empapado! –me dijo tocándome el pelo.

Como siguiera así, me iba a deshacer. No era consciente de cómo me afectaba que me tocara.

–Ah, sí, es que vengo de nadar.

–¿Nadas?

–Sí, no puedo vivir sin nadar.

–De ahí tus espaldas de deportista.

–Mi padre siempre decía que si no nadaba todos los días, no había quien me aguantara, y tenía razón. Excepto él, él si me aguantaba.

–¿Aguantaba?

Vaya, no me había dado cuenta de que estaba hablando en pasado, como si él ya supiera lo de mi padre.

–Sí –dije bajado la mirada–; mi padre murió hace unos años.

–Ah, lo siento, Fran –me dijo cogiéndome la mano–; no lo sabía.

–No te preocupes.

Pero no me sueltes la mano.

–Ahora entiendo tu redacción del examen –me dijo sin dejar de cogerme la mano.

–¿Qué?

–Ya he corregido los exámenes que hicisteis sobre las uvas. Me ha llevado un poco de tiempo, por eso me ha venido bien quedarme en casa estos días. Me he quedado impresionado con tu examen, Fran; me refiero a la segunda parte. La primera está perfecta, pero la segunda es... Nunca había leído algo así para describir unas uvas; cómo hablas de tu padre, es precioso. Me ha sorprendido, tú me sorprendes, siempre.

–Gracias, Rob; tu a mí también me sorprendes.

–Pero es normal que yo te sorprenda, soy tu profesor; pero tú ¡eres increíble!, Fran. Siéntate, por favor –me dijo señalando la silla contigua a la suya–. Me alegro de que hayas venido, quería hablar contigo.

–¿Sí?

–Mi abuela quiere invitarte a su cumpleaños.

–¿Tu abuela?

–Bueno, yo también quiero, pero ha sido idea suya, no te voy a engañar. Es este sábado, aquí, y viene toda mi familia.

–¿Y cómo me vas a presentar? ¿Cómo amiga de tu abuela?

–De eso quería hablar contigo. Te quiero proponer algo. Me gustaría presentarte como mi novia, si te parece bien, claro. Hasta diciembre no deberíamos parecer novios de cara al exterior, pero de cara a la familia, sí podríamos. Sé que te estoy planteando una cosa muy extraña, pero es que me gustaría que salieras conmigo.

–Me estás diciendo que seamos novios, en tu casa, con tu familia, con la mía también, supongo... –Asintió–. Pero no podemos estar juntos para el resto de la gente hasta que terminen las clases. –Asintió de nuevo.

–Sí, sé que es raro, pero me apetece seguir conociéndote hasta que podamos tener esa primera cita.

–Pero unos novios se besan y esas cosas.

–No sabes las ganas que tengo de besarte, pero me temo que si te beso, no podré pararme.

¿Lo decía en serio? ¿No podría parar? ¡Cómo me estaba gustando esta conversación!

–Pero no podemos ser novios si no nos besamos –insistí.

–No me hagas eso, Fran, te lo digo en serio lo de que no podré parar. Eso fue lo que me pasó la única vez que te besé, me puse a mil por hora y me tuve que marchar.

–¿Por eso te fuiste de esa manera?

–Entre otras cosas.

–Es que a lo mejor no quiero que pares.

–Me gusta lo que dices, pero me temo que no podemos mientras sea tu profesor. ¿Entonces, te parece bien mi propuesta?

–Sí, menos en lo de esperar.

Se rio.

–¡Me encanta cómo eres! De todas formas, sería la primera vez que conozco a alguien bien antes de que el sexo se meta por el medio; a veces lo estropea todo, aunque sé que contigo no va a pasar.

¡Si él supiera que nunca había hecho el amor con nadie! Bueno una vez estuve a punto con mi último novio, pero al final se echó atrás por miedo a mis hermanos y mis primos. ¡Ni que fueran a matarle! No me gustaban los hombres cobardes. ¡Me gustaban seguros de sí mismos y decididos! Por eso me gustaba tanto Rob.

–Supongo que has tenido más relaciones –dijo algo preocupado.

¿Quería saber si me había acostado con alguien? Tendría que mentirle, si no, se asustaría.

–Más o menos.

–¿Qué significa más o menos?

–Sí, solo una vez.

–¡Qué suerte tuvo ese chico!

Si no me puse roja, sería un milagro.

–¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

–Vale.

¿Estábamos autorizados a dar un paseo juntos?

Salimos al jardín. El cielo estaba un poco oscuro, como si en cualquier momento se fuera a poner a llover. La casa de su abuela estaba en medio del campo, con lo que nos pusimos a andar entre encinas y jaras. No sabía muy bien hacia dónde, pero con Rob de mi mano podría ir a donde fuera. Me encantaba la sensación de me cogiera la mano, me sentía mucho más cerca de él; aunque habría preferido estar cerca de él de otra manera. No sabía si iba a poder aguantar sin que me besara más de un mes y medio.

Durante un rato apenas hablamos, pero cuando estás a gusto con alguien, no hacen falta las palabras.

–¿Vas bien? –me preguntó.

–Sí. Menos mal que he venido vestida así –dije señalando mis zapatillas de deporte.

–Sí, la verdad es que has acertado.

–¿Te encuentras bien ya?

–Sí, nada más verte se me ha quitado todo.

–Eso es lo que dijo tu abuela, que cuando me vieras te curarías del todo.

–Y tenía mucha razón.

–¿Tu abuela tuvo más hijos aparte de tu madre?

–Sí, eran tres hermanas.

–¡Todo chicas!

–Sí. A mis tías las conocerás el sábado. Cada una ha tenido tres hijos, la mayoría chicas, y ellas a su vez han tenido hijos, con lo que somos unos cuantos, como vosotros.

–Pero tú no tienes más hermanos.

–No, soy hijo único. Podría haber tenido una hermana.

Le miré extrañada.

–Verás, mi madre se puso de parto dos meses antes de lo previsto y no sobrevivió... ninguna de las dos.

–¡Oh, Dios mío, Rob! –dije parándome en seco.

–Han pasado un montón de años, pero no acabas de reponerte. Pero imagino que tú sabes de lo que estoy hablando mejor que nadie.

Bajé la mirada, definitivamente no quería hablar ahora de mi padre.

—¿Y tu padre ha vuelto a casarse?

—No. Ha tenido novias, creo, pero que yo sepa no ha vuelto a enamorarse de nadie.

—¿No? —pregunté extrañada.

No quería que a mi madre le pasara eso. Había sido una estúpida separando a mi madre de Marcos. Me parecía muy triste que después de tantos años su padre no hubiera conocido a nadie que mereciera la pena.

—Pero no hablemos de cosas tristes, ¡eh! —dijo sonriéndome—. Háblame de tu último novio.

—Bueno, no he tenido muchos novios; es bastante complicado al haber estado siempre rodeada de mis hermanos y mis primos, vigilando cada uno de mis movimientos.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Al final acababan dejándome porque no soportaban la presión.

—¿Qué? Pero no lo entiendo, por lo poco que he visto tus hermanos te adoran.

—Por eso, precisamente. Su sentido de protección y responsabilidad fue en aumento desde que murió mi padre. Sobre todo mi hermano Pedro; se comporta como si fuera mi padre. El otro día me dijo que no quería que saliera contigo.

—¿En serio? No tenía ni idea de que tus hermanos fueran así.

—Y mis primos también, y tengo unos cuantos, con lo que era prácticamente imposible salir con alguien sin que se enteraran.

—¿Y qué le dijiste a tu hermano?

—Que no estábamos saliendo...



–Pero ahora sí.

–...pero que quería salir contigo y que pensaba hacerlo aunque no quisiera.

–Ahí está la Fran rebelde.

Me reí.

–De todas formas, no le culpo; se siente muy responsable de mí, y me gusta. No sé qué habría hecho sin él estos años.

–No quiero que estropees tu relación con tus hermanos por mi culpa.

–Y no lo haré, pero es hora de que confíen en mis elecciones. Todo el mundo puede salir con quien quiera, menos yo. Marco está saliendo con una amiga mía, de mi edad.

–Ya no me siento tan mal por salir con una chica siete años más joven que yo.

–Pero Marco tiene veinte, solo se llevan tres.

–Bueno, tres o siete, es más o menos lo mismo.

–No me importa nada que seas mayor que yo; de hecho, me gusta.

–En cierta forma, nos ha unido el destino. Si no fuera tu profesor, no nos habríamos vuelto a ver nunca más.

–O sea, que tengo que estar agradecida de tener que esperar dos meses para que me puedas besar.

–Sí, y yo también. De todas formas, puede ser interesante ir conociéndonos mientras tanto.

–¡Si tú lo dices! –dije sin mucho convencimiento.

–¿Te gusta el paisaje?

Iba tan pendiente de él que no me había fijado en lo que nos rodeaba y ahora que lo miraba me daba cuenta que nunca había estado aquí y la vista era

realmente fantástica.

–Sí, es precioso. ¿Qué es?

–Una presa antigua, del siglo XVIII, que no se llegó a terminar. Me encanta este sitio.

–Nunca había estado aquí; y llevo viniendo a este pueblo desde que era bebé.

–Yo lo conozco porque está al lado de mi casa. De todas formas, me gusta mucho la naturaleza.

–Pero no practicarás ningún deporte de riesgo –dije con miedo.

–No, realmente no. Me gusta correr y hacer trekking. Creo que no se consideran deportes de riesgo. ¿Por qué lo dices?

–No, por nada. Está empezando a llover –dije.

–Tienes razón, ¡vámonos! –dijo tirando de mi mano.

Nos pusimos a correr porque, aunque al principio no parecía llover mucho, la intensidad de la lluvia iba en aumento a medida que nos acercábamos a la casa. Cuando llegamos estábamos totalmente calados.

–¡Estas empapada, Fran! Ven, vamos arriba y te dejo algo de ropa.

–No pasa nada, me voy ya a casa.

–No te voy a dejar que te vayas empapada –me dijo muy serio.

–Está bien –me di por vencida al verle tan firme.

–Toma, espero que esto te quepa; en cuanto a pantalones, no tengo nada que dejarte –dijo cuando ya estábamos en su habitación.

–Los vaqueros no están tan mojados, solo los pies.

–Te dejo para que te cambies, ahora vuelvo.

La habitación de Rob comunicaba con otra donde habíamos estado antes, que era una especie de despacho y cuarto de estar, separadas ambas por un arco. No me extrañaba que no quisiera irse de esta casa; además, su abuela era encantadora y muy discreta. No sabía si su abuela seguiría por la casa o habría desaparecido como la otra vez. Me puse la camiseta y el jersey que me había prestado Rob y me quité los calcetines empapados. Rob llamó a la puerta.

–¿Puedo pasar?

–Sí, claro.

Vi que él también se había cambiado y entraba descalzo. ¡Estaba tan guapo con el pelo mojado!

–¿Quieres secarte el pelo? –me preguntó

–No, no me importa tenerlo mojado; estoy acostumbrada –dije sonriendo.

–Estás muy guapa con el pelo mojado –dijo mirándome de una forma muy penetrante–. Te he traído un caldo que nos ha dejado preparado Victoria. Ya debía saber que nos íbamos a mojar y habrá pensado que nos vendría bien entrar en calor.

–¡Tu abuela es única! –dije cogiendo la taza–. Está delicioso.

–Ven, vamos a sentarnos –dijo pasando a través del arco a la otra habitación.

–Tienes dos habitaciones comunicadas, ¡me gusta! –dije sentándome en el sofá.

–Sí, mi abuela me dejó este verano hacer esta pequeña obra para que pudiera tener más intimidad. Túmbate y dame los pies.

–¿Qué vas a hacer? –dije apoyándome en el lateral del sillón y poniendo mis pies encima de él.

–Calentártelos un poco, estás helada.

Le sonreí. Me sentía tan a gusto con él, me parecía increíble lo cómoda que estaba, cuando apenas nos conocíamos.

–Nunca había estado tan a gusto con ningún chico –dije sin siquiera haber pensado previamente.

Me sonrió.

–Me siento muy relajado contigo, Fran; no tengo que ser Rob Rogers, sino que puedo ser Rob a secas. Lo que quiero decir es que puedo ser yo mismo.

–Mmmm... me gusta lo que me estás haciendo en los pies, Rob a secas –dije sonriendo.

–¡Muy graciosa! Bonitos pies, por cierto.

–¡Lo dirás en broma!

Puso cara de “claro que no”.

–Y, cuéntame, ¿cómo se celebra el cumpleaños de tu abuela?

–Pues haces bien en preguntarme porque te tengo que advertir varias cosas, pero no te pongas seria –dijo riéndose.

– “Advertir” me parece algo serio –dije sonriendo.

–Lo siento, es que a veces me sale la vena de profesor. Lo que quiero decir es que lo mejor va a ser que te quedes a dormir.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, todos se quedan a dormir; beberemos bastante. Empieza con una gran comida, después se hacen juegos...

–¿Juegos?

–Para los niños y los no tan niños.

–¿Cuántos niños hay?

–Unos cuantos, desde los dos años hasta los doce, creo. Pero los juegos no son solo para ellos, los mayores también jugamos y después, cuando los niños están en la cama, cenamos los mayores. Mi abuela cree que los niños de ahora, bueno, y los adultos, necesitan distanciarse de las nuevas tecnologías.

–Me gusta eso. En el viñedo no hay casi nuevas tecnologías. ¿Y lo organiza todo tu abuela?

–Yo también la ayudo, aunque no lo creas.

–Yo también puedo ayudar si lo necesitas.

–Lo tendré en cuenta, pero esta vez eres una invitada. ¿Cuento contigo entonces?

–¡Por supuesto! Ahora que me has contado lo de los juegos, ya no te vas a poder deshacer de mí fácilmente.

Se rio.

El resto de la tarde pasó tan rápido que volví a llegar a mi casa entrada la noche. No podía evitar perder la noción del tiempo cuando estaba con Rob, me olvidaba de todos y de todo. Mi madre siempre estaba escribiendo cuando llegaba a casa; seguía sin decirme lo que escribía, pero yo sabía que tenía algo entre manos, estaba muy misteriosa.

El viernes volvía a haber más bicis en el aparcamiento, eso era buena señal.

Marina me puso al tanto de que mi hermano vendría hoy a verla y yo le conté por encima lo que había pasado con Rob, excepto que no podríamos besarnos. ¿De qué servía contárselo? No creía que nadie lo entendiera, puesto que ni yo misma lo entendía.

Cuando llegué a casa vi que Marco ya había llegado. Me hacía tanta ilusión que viniera tan a menudo. Y todo gracias a Marina. Al final no estaba

resultando tan difícil lo de haber venido a vivir a España; de hecho ahora mismo no sería capaz de volver a Frascati, no podría separarme de Rob en estos momentos.

Aproveché que estábamos comiendo los tres juntos para ponerles al día.

–Mamá, ¿recuerdas que el viernes te dije que me gustaba alguien?

–Sí.

–Pues estamos saliendo.

–¡Qué bien, Fran! Me alegro mucho.

–¿Con el chico ese que vino al hospital? ¿Ese tal Rob? –preguntó Marco.

–Sí.

–¿Vino al hospital? Eso es buena señal, significa que se preocupa por ti.

–Mañana me ha invitado al cumpleaños de su abuela. Hacen comida y cena, y nos quedamos todos a dormir.

–¿Dónde viven? –preguntó mi madre.

–Aquí, en Torre; tienen una casa enorme, y todos sus tíos y primos se quedan a dormir.

–¡Nada de quedarte a dormir! –dijo mi hermano como esperaba—. Yo te voy a buscar si hace falta.

–Tú has quedado con Marina.

Mi madre ya estaba al tanto de lo suyo con Marina.

–Es verdad. Pero me da igual, te iré a buscar igualmente.

–Marco –dijo mi madre–, tienes que confiar más en tu hermana, ya no es una niña.

–Gracias, mamá –dije sonriendo.

Sabía que me apoyaría, por eso había querido decírselo delante de ella.

–Bueno, si tú la dejas... Pero si estuviera aquí Pedro, no lo consentiría.

–¡Pero no está! –dije un poco seria–. Y ya es hora que me dejéis vivir un poco.

–Puedes ir, Fran –dijo mi madre.

¡Si supieran que no iba a pasar nada en absoluto porque mi nuevo novio no quería besarme!

<Rob, ¿Cómo tengo que ir vestida? Fran>

<Ponte cómoda, tenemos un tesoro que buscar y si quieres tráete ropa para cambiarte para la cena. Deseando verte. >

<Deseando buscar un tesoro. No lo hacía desde pequeña. >

<Deseando encontrarlo, contigo.>

Me puse ropa cómoda y guardé el vestido verde que me había regalado Marina, el que me puse la primera vez que me besó Rob. A lo mejor le recordaría a ese día y conseguía que me besara de nuevo, aunque lo dudaba. Además, guardé un camisón corto para por la noche. La casa de su abuela, a pesar de ser muy grande y antigua, tenía una temperatura estupenda.

Cogí unas botellas de vino Di Franco y el regalo para su abuela. Esperaba que le gustara. Había necesitado la ayuda de JP. El miércoles por la tarde habíamos ido a escondidas hasta la casa de Rob y habíamos hecho unas fotos desde lejos. JP era un magnífico fotógrafo y había hecho unas fotos increíbles. Eran tan buenas que me había costado elegir una entre todas las que hizo. La elegida era una foto en blanco y negro en la que el cielo estaba plomizo, amenazando tormenta, con tonos gris azulado, y un solitario rayo de sol saliendo de entre las nubes e iluminando la casa antigua de piedra. La amenaza

de tormenta había sido real: justo cuando habíamos hecho la foto, comenzó a llover y tronar. ¡Me encantaban las tormentas! La verdad es que habíamos elegido un momento único para hacer la foto, aunque no sabía si le gustaría a su abuela.

El sábado me acercó Marco hasta su casa, ya que él necesitaba el coche para salir con Marina.

–Fran, ten cuidado por favor.

–Marco, que es una fiesta familiar.

–Ya, pero sé perfectamente lo que puede pasar; sobre todo si te quedas a dormir.

–Olvídalo, no estamos en esa fase todavía.

–Mejor. Y espero que no llegue.

–Tú no puedes decirme eso cuando estás saliendo con una amiga mía que tiene mi edad.

–¡Touché, hermanita! Bueno, que lo pases bien –me dijo dándome un beso en la mejilla.

–Eso está mejor. ¡Tú también! –dije saliendo del coche.

Vi que Rob salía de casa y venía hacia nosotros. Por alguna razón Rob estaba radiante. Marco salió del coche.

–Hola, Fran, Marco –dijo dándole la mano.

–Hola, Rob.

–¿Necesitas ayuda? –me preguntó Rob.

–Sí, tengo unas cuantas cosas.

–Bueno, yo me voy, cuida de mi hermana –dijo Marco cuando ya habíamos



sacado todo del maletero.

Le miré con cara de “no me puedo creer lo que acabas de decir”, aunque él no me estaba mirando a mí, sino a Rob.

–Por supuesto, lo haré –dijo Rob

–No me puedo creer que mi hermano te haya dicho eso –le dije cuando ya se había ido.

–Yo haría lo mismo si fueras mi hermana. Y, además, cuidar de ti es uno de mis objetivos.

–No necesito que cuiden de mí.

Me miró con cara de “yo diría que sí”.

En realidad, me había gustado su comentario, pero no quería confesarlo.

–Habló la Fran independiente y libre.

–¡Muy gracioso!

–Ven, vamos dentro. Gracias por las botellas de vino.

–No son para ti, son para tu abuela –dije pícaramente.

–Te equivocas, mi abuela no bebe vino, con lo que son para mí –dijo sonriéndome, igual de pícaro, o más, que yo.

Entramos en la cocina. Su abuela estaba cocinando junto a una chica joven que me resultaba algo familiar.

–Hola, Francesca –dijo, a pesar de estar de espaldas y no haberme visto entrar.

–Hola, Victoria. ¡Muchas felicidades!

–Gracias. Creo que tienes un regalo para mí que me va a encantar.

¿Cómo podía saberlo?

–¡Abuela! Tienes que esperar a que te lo de ella –protestó Rob.

–Ya sabes que no soy muy paciente. Francesca, esta es mi sobrina Celia.

Cuando se dio la vuelta me di cuenta de que ya la había visto anteriormente: el día de la feria. Era esa chica tan guapa que fue a buscar a Rob cuando estaba haciéndole la cata de vino.

–Hola, Francesca. Creo que ya nos conocemos –me dijo dándome dos besos–. Eres la chica de la feria de vino.

–Sí. Encantada de conocerte; pero llámame Fran.

–Encantada, Fran. O sea, que al final mi primo consiguió que salieras con él.

–Parece que sí –dije, algo avergonzada por tener que mentir un poco, ya que estábamos saliendo pero solo a medias.

–¡Bien hecho, Rob! –le dijo–. Eso demuestra que la familia tiene muy buen gusto –añadió mirándome.

–Gracias.

–¿Me das mi regalo? –preguntó Victoria algo infantil.

–Claro, toma –le dije.

–Esto es enorme –dijo mientras rompía el cartón que protegía el cuadro–. ¡Sabía que me iba a encantar! ¡Es una foto preciosa de esta casa!

Lo había impreso bastante grande, ya que la foto quedaba mucho mejor así. La verdad es que JP había hecho un trabajo magnífico.

–Dile a tu amigo que es un gran fotógrafo y que me ha encantado. La voy a poner en el salón, donde la pueda contemplar todo el mundo. Gracias, Francesca –dijo dándome dos besos.

¿Cómo sabía que le había hecho un amigo mío? Imaginé que sería prácticamente imposible sorprender a alguien como ella.

–¿Quién la ha hecho? –me preguntó Rob, que, lógicamente, no había heredado los poderes de su abuela.

–Juan Pedro, un amigo del instituto.

–Ah, no me has hablado de él.

¿Qué le pasaba? ¿Estaba celoso?

–¿No?

Me dieron ganas de decirle que no habíamos tenido suficiente tiempo para que le hablara de mis amigos, ya que llevábamos apenas unos días saliendo juntos, pero no dije nada ya que no estábamos solos.

Al poco rato empezaron a llegar el resto de miembros de la familia, y, verdaderamente, eran unos cuantos; no tenían nada que envidiar al clan Di Franco. Todo el mundo se mostró encantado de que Rob por fin tuviera novia; parecía una auténtica novedad. Durante la comida, no hablé demasiado; tampoco había manera de hacerlo, ya que eran todos muy habladores y no había manera de intervenir. Me hacían preguntas que no me daba tiempo a contestar porque se interrumpían los unos a los otros. Parecían todos muy eufóricos de estar juntos y poder celebrar el cumpleaños de Victoria. Me dediqué a observarles a todos, pero sobre todo a Rob, que estaba sentado en frente de mí. Se le veía muy unido a su prima Celia; supuse que sería porque eran los dos únicos primos solteros y, al mismo tiempo, los más jóvenes. Sus sobrinos estaban sentados en otra mesa y armaban bastante jaleo. Rob estaba muy pendiente de mí y de vez en cuando nuestras miradas se encontraban.

Cuando terminamos de comer, salimos todos fuera para comenzar los juegos. Su abuela estaba en contra de que los niños jugaran con aparatos electrónicos

y en la casa no había ni uno solo. Me dijeron que los niños tenían muy asumido que en esta casa no quedaba otra que salir fuera y participar en los juegos, aunque no me pareció que para ellos supusiera un sacrificio.

Su abuela nos colocó por parejas, y agradecí que me hubiera tocado con Rob, aunque, lo más probable, es que lo hubiera hecho a propósito. La búsqueda del tesoro consistía en ir superando distintas pruebas de muy diferentes tipos. En la primera ronda, unos hacían de jueces mientras otros iban completando las pruebas. Nosotros teníamos a Celia y a la sobrina mayor de Rob de jueces. Algunas pruebas eran fáciles, como una adivinanza, y otras más complicadas, como ir con los ojos tapados por una especie de laberinto dibujado en el suelo, teniendo como única guía a tu compañero, quien te tenía que indicar por dónde tenías que ir para no salirte del camino. La verdad es que me estaba resultando una experiencia muy divertida. Quizá lo copiara para hacerlo en alguna ocasión en nuestro viñedo de Frascati, a mi padre le hubiera encantado.

De todas formas, a medida que íbamos avanzando, me fui dando cuenta que los juegos estaban hechos a medida de cada pareja, y pronto se vio confirmada mi sospecha. En una de las últimas pruebas, Rob comenzó a leer las instrucciones y se quedó misteriosamente callado.

—¿Qué pasa? —pregunté acercándome a él para mirar el papel que tenía entre las manos.

“Tendrás que darle un beso a tu pareja, un beso de amor, no vale con un beso en la mejilla ni un beso rápido en los labios”.

¡No me lo podía creer! ¡Ella sabía que Rob no quería besarme todavía y lo había hecho a propósito! Cada vez me gustaba más su abuela.

—¡Esta prueba no vale! —dijo Rob muy serio.

—A ver —dijo su prima Celia acercándose para mirarla—. ¡Pero, Rob, si está

tirada! No me dirás que te parece difícil besar a tu novia.

–Delante de vosotras, sí.

–¡Anda ya, que anticuado eres!

Me miró un poco serio. ¿Tenía miedo de besarme? Se acercó a mí y me cogió por detrás de la nuca y me besó. ¡Dios, cómo me gustaba que me besara! Y eso que no pude casi disfrutarlo porque no estábamos a solas y apenas duró unos segundos.

–¡Se están besando! ¡Se están besando! –repetía su sobrina entusiasmada.

–Podías haberlo hecho mejor, Rob, pero bueno, la damos por válida –dijo Celia y ambas desaparecieron de nuestra vista.

Nosotros seguíamos mirándonos sin poder apartar la mirada el uno del otro. Rob me cogió de la mano y me llevó a la parte trasera de la casa, donde no había absolutamente nadie. No sabía muy bien qué pretendía, hasta que vi que se acercaba de nuevo a mí y me volvía a besar. Esta vez se pareció más a la noche en que nos besamos por primera vez, en el viñedo de Jorge. Me acercó hacía él fuertemente y sentí, como la última vez, que me temblaban las piernas. ¡Cómo me gustaba que me besara así, de esa forma tan apasionada! Casi no podía ni respirar, pero me daba igual. Sentía sus manos recorriendo mi espalda y mi pelo, su lengua recorría cada rincón de mi boca y de mis labios y después pasó a recorrer mi cuello. ¡Creía que me moría en sus brazos! Pero cuando oímos que nos llamaba su sobrina nos separamos bruscamente el uno del otro.

–Como mi abuela siga haciéndome estas jugadas, no voy a conseguir conocerte antes de que...

–No me importa. Me gusta que me beses y quiero que lo sigas haciendo. No puedo esperar a nuestra primera cita sin poder sentir tus labios.

–Podría intentar controlarme; solo besarte.

–Sí, por favor; ¿podrías hacerlo?

–Puedo intentarlo. Me encanta besarte.

–Y a mí que lo hagas.

–Está bien. Lo intentaré, Fran. Vamos –me dijo cogiéndome de la mano.

Miré a su abuela. Estaba entusiasmada organizando el juego de los niños, pero, de alguna manera, supo que la estaba observando; me miró y me guiñó un ojo. ¡Había sido ella, sin ninguna duda!

Me lo pasé en grande con los juegos que habían organizado, pero cuando Rob me dijo que, si quería, podía cambiarme para la cena, lo agradecí.

–¿Dónde está mi habitación?

–Vas a dormir en mi cama y yo en el cuarto de al lado; el sofá se hace cama. No había más habitaciones libres. ¿No te importa verdad?

–No, me encanta la idea de estar a tu lado. Esta casa es tan grande que me da un poco de miedo. Pero yo puedo dormir en el sofá cama.

–Me gustaría que durmieras en mi cama –me dijo muy serio.

–Está bien. No voy a discutir con mi profesor, si no, me puedes poner mala nota.

–¡Muy graciosa, Fran! Estás muy traviesa.

–Sí.

–Cámbiate tu primero y cuando acabes me cambio yo. Si te apetece, dúchate.

–Vale, gracias. Hasta luego –dije cerrando la puerta de su habitación.

Estaba tan feliz de estar aquí, y de que a partir de ahora pudiera disfrutar de sus besos. No podía esperar al siguiente, que esperaba que fuera después de

cenar.

Cuando había terminado de ducharme y vestirme, Rob llamó a la puerta.

–Hola –dije viendo a Rob–. Pasa, ya he terminado.

–Mmm... me gusta ese vestido –dijo observando mi vestido verde.

–Por eso me lo he puesto.

–¡Siempre con el pelo mojado! –dijo mientras me lo tocaba.

–Me voy para que puedas cambiarte.

–Mientras me cambio, quería que vieras algo –dijo dirigiéndose a su cuarto de estar–. Te quería presentar el viñedo de mi familia. Te dejo para que lo veas, mientras me cambio.

Me quedé allí, viendo una presentación del viñedo. Aunque pronto caí en la cuenta que no era solo del viñedo, sino que era una forma de presentarme a sus padres, aunque fuera de forma remota. Me sumergí en la historia de su vida. Conocí a su madre, que era una auténtica belleza, a su padre y a Rob de pequeño. Había también vídeos de catas que había dado cuando era muy joven y vídeos de su familia en Navidad. Pobre Rob, cómo tenía que haber sufrido cuando había muerto su madre. Me daba tanta pena pensar en lo que tenía que haber pasado. Me apetecía abrazarle y comerle a besos cuando le viera. Cuando terminó el vídeo y levanté la mirada, Rob estaba en el marco de la puerta, con el pelo mojado, mirándome de esa forma que me ponía un tanto nerviosa.

–¡Rob! –dije levantándome y yendo hacia él.

Le abracé.

–Me ha gustado mucho el vídeo. Has tenido que sufrir tanto con la muerte de tu madre.

–No te preocupes, Fran. Sí que lo pasé mal, pero ya hace bastantes años que pasó. Y no habré sufrido menos que tú.

– Tu madre era una belleza, te pareces mucho a ella –dije ignorando su último comentario.

–Sí. Oye, cambiando de tema. ¿Quién es tu amigo del instituto?

–Es el chico con el que me viste aquel día.

–¿El que te estaba cogiendo de la mano?

–Sí, pero yo no sabía qué me iba a coger de la mano; ya hablé con él sobre eso y está todo aclarado. Solo somos amigos.

–Más le vale.

–¿Te vas a poner celoso?

–No, pero no me gusta que te coja la mano nadie más que yo –dijo muy serio.

Me reí.

–Bueno, ahora que estamos oficialmente saliendo y nos podemos besar...

Pero no me dejó terminar la frase. Me besó fuertemente en los labios y volvió a apretarme contra él. Me gustaba sentir su cuerpo pegado al mío.

–Estoy practicando a besarte solamente. ¿Qué tal lo hago?

–Demasiado bien –dije un tanto acalorada.

–Tengo que seguir practicando.

–Puedes practicar todo lo que quieras.

–Vamos a cenar. Después de la cena es la entrega de los tesoros.

–¿Hay entrega de tesoros?

–Sí, mi abuela es así. No puede permitir que la gente le haga regalos sin



regalar ella algo a cambio. Aunque el regalo es para la pareja, para compartirlo

–Mmmm, me pregunto qué nos regalará a nosotros.

–No sabría decirte, Victoria siempre consigue sorprenderme. Pero siempre es algo que necesitamos.

La cena fue, quizá, más agradable que la comida; seguramente el hecho de que no hubiera niños armando jaleo, tenía algo que ver. Además, por primera vez en el día, pude participar en las conversaciones. Rob estaba sentado a mi lado y de vez en cuando nos cogíamos de la mano por debajo de la mesa. De vez en cuando también ponía su mano derecha sobre mi pierna y eso hacía que sintiera un escalofrío por todo el cuerpo y que me costara seguir las conversaciones.

–Está delicioso el vino de tu viñedo, Fran –me dijo Celia.

–Francesca, ¿sabes que Celia trabaja en Roma? –me dijo Victoria.

–Bueno, abuela, voy una semana sí y otra no, para ser exactos –puntualizó Celia.

–¿A qué te dedicas? –le pregunté.

–Soy diseñadora de ropa.

–Cuando vuelvas en Roma, podrías ir a visitar el viñedo de la familia de Francesca –sugirió Victoria.

–Sí, me encantaría. ¿Dónde está? –me preguntó.

–En Frascati, apenas a veinte minutos de Roma.

–Quizá lo haga –dijo Celia.

–Ahora te paso el contacto del viñedo. Y, cuando vayas, pregunta por mi

hermano Pedro, estará encantado de enseñártelo.

No sabía por qué, pero me dio la impresión de que su abuela quería que Celia y Pedro se conocieran, aunque no sabía de dónde había salido esa idea. Pero cuando su abuela me sonrió después de proponerlo, supe que era así. Esa era su intención y me pareció una gran idea. A mi hermano seguro que le gustaba Celia, era muy atractiva y quizá diferente de las demás chicas con las que salía de vez en cuando. No creía que Celia fuera de las que caían en brazos de Pedro, sin más, y eso era justo lo que necesitaba él: alguien diferente, alguien interesante, alguien que le hiciera cambiar y así, de paso, haría algo más que trabajar y dejaría de controlarme tanto.

Después de cenar Victoria entregó a cada pareja del juego su tesoro. Rob y yo abrimos el nuestro al mismo tiempo. ¡Era un viaje de fin de semana en la nieve! Rob me señaló con el dedo la fecha de caducidad: el 31 de diciembre. No podía esperar para que pudiéramos probarlo. Su abuela sabía más que nosotros mismos sobre nuestra relación.

Hacia las doce de la noche, Rob y yo nos marchamos a la cama. Estaba deseando dormir, aunque no tenía sueño precisamente, más bien me apetecía seguir besándole. Nos sentamos en el sofá de su despacho. Nos miramos cada uno desde un extremo el sofá, hasta que Rob me hizo una señal con el dedo para que me acercara a él. Me apoyé en su hombro, y comenzó a acariciarme el pelo.

—Les has encantado.

—¿Tú crees?

—Todos estaban deseando que saliera con alguien.

—¿Por qué? —me hice la tonta, ya que su abuela me lo había dicho, aunque no sabía ningún detalle.

–Hace algunos años que no salgo con nadie; no me había interesado nadie hasta que te vi en la feria. Creo que fueron tus preciosos ojos verdes, y algo en tu actitud, lo que llamó mi atención. Seguramente fuera la Fran rebelde la que me interesó a primera vista.

–La Fran rebelde ¿eh?

–Sí, ya sabes, está la Fran rebelde y la sensible.

¿Y hoy cuál soy de las dos?

–La sensible, pero me gustan las dos.

–¿Y cuántos Robs hay?

–No sé, dímelo tú.

–Yo creo que también hay dos. El cariñoso y encantador, y el frío y distante. Cuando estás serio eres el segundo.

–¿Y hoy cuál soy?

–El cariñoso y encantador, sobre todo porque has accedido a besarme –le dije acercando mis labios a los suyos.

Adoraba sentir sus labios sobre los míos, no me cansaría jamás de esa sensación. Notaba que Rob tenía un anhelo muy grande de amor. Tenía que haberlo pasado muy mal para tener acumulada tanta pasión dentro de él, la podía sentir oculta, pero deseando salir. Y cuando me besaba, iba saliendo en pequeñas dosis; por eso me apretaba y me abrazaba fuertemente. Ahora le entendía cuando me decía que no podría parar, era cierto. No podía controlar los sentimientos que le producía. En cierta forma, él también era un niño pequeño encerrado en un cuerpo de adulto.

–Fran –dijo separándose un poco de mí– quiero pedirte algo.

–Dime.

–Necesito tu ayuda para poder pararme a tiempo. ¿Me prometes que me ayudarás a pararme? Tengo que esperar hasta que deje de ser tu profesor. Es importante para mí.

–Claro.

–Necesito que me lo prometas.

–Te lo prometo.

–Gracias. Ahora vámonos a dormir.

–Nooooo –me quejé.

–Me lo has prometido. Necesito que nos vayamos a dormir para poder seguir besándote mañana.

–Está bien.

–Pero que sepas que tengo que luchar contra mis deseos, ¿vale?

–Vale. Buenas noches –dije levantándome del sofá.

–Buenas noches, Fran, que duermas bien.

Me puse el camisón y me metí en la cama. A pesar de todas las cosas que habían pasado ese día, me quedé rápidamente dormida.

## 7% vol.

Me deslizo con suavidad por la pista sobre mi tabla de snow. La nieve es perfecta, nieve polvo; aunque lo malo es que el sol ha desaparecido y está empezando a formarse niebla. Mi padre va delante de mí, pero no puedo verle, aunque es normal: él suele ir siempre más rápido que yo. Me suele esperar a mitad de la pista, para no perderme de vista. Pero, con tanta niebla, ¿cómo sabré dónde está la mitad de la pista?

Sigo avanzando, aunque cada vez más despacio; me está empezando a dar miedo la poca visibilidad que hay. Antes podía ver a gente pasándome a cada segundo y ahora, de repente, no hay nadie. Es como si, de alguna forma, estuviera sola en la montaña. Pero eso es imposible. ¿Me habré salido de la pista? No lo creo, esto no es nieve virgen. Pero ¿por qué no hay nadie? ¿Le habrá pasado algo a mi padre? No, a él nunca le pasaría nada; es un esquiador fantástico y nos ha enseñado a los tres a esquiar.

Entonces veo gente. Todos me están mirando asustados. ¿Por qué me miran así? Están contemplando a alguien que está en el suelo. Le ha debido pasar algo, pero ¿por qué me miran a mí todos? Me acerco lentamente y veo que el que yace inerte en el suelo es mi padre. Quiero gritar pero no puedo, no me sale ningún sonido de la boca. Estoy paralizada por el miedo.

—Fran, Fran, no pasa nada, mi amor, estoy contigo —dijo alguien a mi lado mientras me abrazaba y me acariciaba el pelo—. Tan solo ha sido una pesadilla.

¿Dónde estaba? Abrí los ojos y vi que Rob estaba conmigo. Estaba sentada en la cama y lloraba de una forma incontrolada, aunque no sabía muy bien por

qué.

–Ssss, tranquila. Estoy contigo, Fran –me decía Rob suavemente mientras me abrazaba y seguía acariciándome.

Al cabo de un rato, gracias a los abrazos de Rob y a sus palabras de consuelo, conseguí tranquilizarme, aunque me seguía temblando el cuerpo entero. ¡Tenía mucho frío!

–¿Qué ha pasado? –le pregunté.

–Estabas gritando.

–¿Gritando?

–Sí, llamabas a tu padre, en inglés. Ha debido de ser una pesadilla. ¿Te suele pasar a menudo?

–Hacía bastante que no me pasaba.

–¿Te acuerdas de algo?

–No. Tan solo una sensación de vacío.

–No te preocupes, me quedaré contigo hasta que te duermas.

–No quiero que te vayas, por favor, ni siquiera cuando me duerma.

–Está bien, me quedaré contigo –dijo metiéndose en la cama.

Me acurruqué junto a él. Rob siguió acariciándome el pelo suavemente. Me sentía tan protegida entre sus brazos que enseguida me volví a quedar dormida.

Abrí los ojos y miré a mí alrededor. ¿Había dormido con Rob o lo había soñado?

–Buenos días Fran, estás preciosa recién levantada –me dijo Rob.

¿Lo decía en serio? ¿Después de todo lo que había llorado? Rob tenía apoyada

la cabeza en el brazo y me miraba sonriente.

–Gracias por haberte quedado a dormir conmigo.

–Me ha encantado dormir contigo y cuidarte.

–¿Te he dejado dormir algo?

–Por supuesto, he dormido muy bien.

–No sé qué habría hecho sin ti esta noche. Esta casa me da un poco de miedo. A lo mejor por eso tuve una pesadilla.

–No sé quién ha salvado a quien, porque yo me he sentido mejor que nunca durmiendo contigo.

Le sonreí.

–Así me gustas más, sonriendo.

–No suelo llorar tanto. Mi madre, en cambio, llora hasta viendo dibujos animados; llora muchísimo. A lo mejor por eso yo no lo hago.

–¿No quieres parecerte a tu madre?

–En eso no.

–Ayer debiste tener una pesadilla horrible.

–Sí, las tengo desde que murió mi padre, pero nunca recuerdo nada.

–Es normal; a mí me pasaba después de morir mi madre.

–¿Sí? ¿Y cuándo dejaste de tenerlas?

–Con el tiempo. Seguro que se te pasará en algún momento.

Me fije en que Rob iba sin camiseta; supuse que la noche anterior se había metido así en la cama, pero no me había dado ni cuenta. Me acerqué a él y comencé a acariciarle. Sabía que no quería que lo hiciera para que no tuviera

que pararle después, pero no podía evitarlo. Era una tentación demasiado grande para poder resistirme. Pensé que se apartaría de mí, pero, para mi sorpresa, comenzó a besarme como siempre, con un deseo ardiente y casi desesperado. Me hacía sentir tan deseada y querida, era una sensación totalmente nueva para mí. Jamás había sentido esto con nadie, nunca me habían hecho sentir tan imprescindible. Comenzó a besarme por el cuello y siguió bajando. Me quitó el tirante del camisón, y creía que me moría de placer, pero entonces, se apartó de mí y se levantó de la cama. Por lo que podía ver, tenía un cuerpo increíble; era bastante musculoso además de estilizado. Me miró un tanto enfadado.

–Fran, ¿no me estas ayudando! Sabes que te deseo, ¿verdad?

–Sí.

–Pues intenta no tocarme como lo has hecho, porque me cuesta mucho apartarme de ti. Ayer me lo prometiste

–Lo sé, lo siento, es que yo también te deseo mucho y no he podido evitarlo.

–Me gusta oírte decir eso, pero dejémoslo en solo besos, por favor.

–Está bien, lo intentaré.

–Voy a ducharme –dijo metiéndose en el baño.

Me volví a meter en la cama. No sabía cómo iba a poder conseguir lo que le había prometido, porque nunca me había atraído tanto nadie. Tenía necesidad de él, de besarle, tocarle, de sentir sus labios por todo mi cuerpo. Pero no me quedaba más remedio que controlarme, porque, si no, me quedaría sin sus besos, y todavía faltaba mucho hasta el diecinueve de diciembre.

¿Por qué habría vuelto a tener pesadillas? Hacía meses que no las tenía. A lo mejor había sido por el hecho de estar en esa casa, una casa desconocida. Rob se había portado tan bien, había sido tan cariñoso y tan atento, me había



sentido tan segura en sus brazos. Juraría que me había llamado mi amor, pero no era capaz de recordar con claridad las palabras de consuelo que me había dicho. Quizá tenía razón y era una niña pequeña que necesitaba que la protegieran y la quisieran, por lo menos no me importaba que fuera él quien lo hiciera.

Al cabo de un rato Rob salió del baño con una toalla atada a la cintura. ¡Me pedía que me comportara, pero luego él salía así de la ducha! ¿Y yo tenía que contenerme?

–No es justo Rob.

–¿El qué?

–Que salgas así del baño. ¿Cómo quieres que me controle si sales así?

Se rio. Parecía más relajado.

–¡Eres increíble, dices lo que piensas sin ningún tapujo! Me gusta tu forma de ser. Y tienes razón, si salieras tu así de la ducha, te aseguro que pasaría de la universidad y del código ético. Perdona, es que no había cogido ropa.

–Está bien. Ahora me toca a mí, pero me llevaré ropa para que no te enfades conmigo –dije levantándome de la cama.

–No me enfado contigo, no podría.

–Pues a veces pareces enfadado.

–Pues de verdad que no es mi intención.

Cogí mi mochila y pasé delante de él sin quitarle la vista de encima.

–Con ese camisón, ya me cuesta controlarme –me dijo mirándome de arriba abajo.

–Hasta ahora –le dije dándole un beso furtivo en los labios al pasar junto a él.

–¡Eres un poco traviesa!

–Te aseguro que no lo era hasta que te he conocido. ¡Tú me haces ser así! – dije desde el baño.

Se rio. ¡Como adoraba su risa y su timbre de voz! La última novia que tuvo fue una estúpida por hacerle daño. Me apetecía que algún día me contara que le pasó, pero tendría que esperar a que me lo contara él. Para ser justos, yo tampoco le había contado gran cosa, aunque, en realidad, no quería contarle nada sobre mi último novio, porque le había mentado diciéndole que ya había tenido relaciones con él y me sentía fatal por ello. Pero si le decía la verdad, seguro que no me tocaría más.

Cuando salí ya vestida y con el pelo mojado, como era habitual en mí, no había ni rastro de él, así que decidí bajar a la cocina.

A pesar de la pesadilla, había disfrutado mucho de tenerle tan cerca, y no sabía cuándo volvería a pasar algo así.

Entré en la cocina. Tan solo estaba su abuela, que volvió a saludarme a pesar de estar de espaldas a la puerta.

–Buenos días, Francesca. Te he preparado un café. Pensé que hoy necesitarías algo más fuerte.

–Buenos días, Victoria. Sí; siempre sabes lo que necesito, incluso antes que yo.

–Quiero que sepas que puedes venir a dormir a esta casa cuando quieras.

–Ojalá, pero me temo que tu nieto no opina lo mismo.

–¡Esas tonterías de la universidad! ¡¿Qué más dará, si nadie se va a enterar de que estáis saliendo?!

–Es inútil.

–Lo sé, Roberto es muy responsable, Y, además, ya te dije que siente que tiene que protegerte, hasta de él mismo.

–¿De él mismo? ¿Qué significa eso?

–Ssss, que viene Roberto.

–Pero si no se oye ningún ruido –dije. Pero justo en cuanto terminé de decirlo, entró Rob.

Tendría que aprender a creerla siempre que decía algo. Pero me daba rabia no haber tenido tiempo para que me explicara qué significaba exactamente lo que me acababa de decir. Protegerme de él mismo.

–¡Estáis aquí! ¿Y los demás? –preguntó Rob.

–Ya se ha ido una buena remesa de familia; quedan unos pocos que se quedan a comer. Creo que se han ido a dar un paseo.

–Ah. ¿Qué tal estas, Victoria? –preguntó Rob

–Me siento muy joven, a pesar de haber cumplido setenta años.

–Estás estupenda, abuela.

–No me llames abuela, ¿no te estoy diciendo que me siento muy joven?

–Ya, pero siento recordarte que eres bisabuela, de siete además.

–¡No me lo recuerdes!

–¿Alguien de la familia ha heredado tus poderes? –pregunté.

Ambos se quedaron callados y me miraron sorprendidos. ¿Por qué me miraban así?

–Perdón, ¿he metido la pata?

–No, claro que no –dijo Victoria–. Eres tan natural que no puedes evitarlo, Francesca. Mi hija, la madre de Roberto, era la única que se parecía a mí, que

sepamos. Por ahora no hay nadie que lo tenga, pero te aseguro que por lo menos uno, va a parecerse a mí, eso lo tengo clarísimo.

—¿Y quién es? —preguntó Rob.

—Todavía no lo sé, lo veo un poco confuso.

Después de desayunar Rob me llevó a casa y nos despedimos con un simple beso. No quería separarme de él, pero tenía comida familiar para despedir a Marco; aunque, si seguía viniendo al ritmo que lo hacía, tendríamos comida de despedida cada domingo. En realidad hoy la novedad era que Marina venía por primera vez a casa como novia de Marco.

Después de comer pude ponerle al corriente de casi todo lo que había pasado con Rob el día anterior, menos la parte de la pesadilla y que habíamos dormido juntos. Ella me contó que estaba enamoradísima de Marco y que lo pasaba muy mal cuando no venía un fin de semana. Y ahora la entendía perfectamente.

Seguía dándole vueltas a lo que había dicho la abuela de Rob, que quería protegerme de sí mismo. Por más que lo pensaba no acababa de entenderlo. Todavía tenía tantas cosas que conocer de Rob, y estaba deseando hacerlo. No sabía cuándo volvería a verle, fuera de clase, claro.

El lunes y el martes fuimos, como estaba previsto, a visitar unas bodegas, para ver in situ la fermentación de las uvas. Teníamos que estar muy pendientes de lo que nos contaban, ya que Rob nos había dicho que el miércoles nos haría preguntas sobre lo que habíamos aprendido como parte del examen de este tema. Yo estaba muy relajada porque esto lo conocía muy bien, así que podía dedicar parte del tiempo a mirar a Rob, cerciorándome de que nadie pudiera darse cuenta, ni siquiera él. Estaba tan guapo apoyado en la pared observando a todos sus alumnos.

Cada vez tenía más claro que era un profesor distinto, y aunque no tuviera experiencia, lo estaba haciendo mejor que muchos profesores que llevaban años enseñando. Su intención de que aprendiéramos enología de una forma práctica, era la mejor técnica. Me parecía también muy interesante que explotara constantemente nuestra creatividad y que no nos dejara infravalorar nuestras propias opiniones, aunque fueran diferentes de lo que decía la gente entendida. A pesar de que era un personaje importante en el mundo de la enología, en el día a día, no lo notabas, era tan humilde que no le daba ninguna importancia.

A veces me daba miedo, porque cada día estaba más enamorada de él que el anterior. E incluso, en ocasiones, sentía hasta vértigo, cuando me daba cuenta que, poco a poco, se estaba convirtiendo en la persona más importante de mi vida. Yo, que había dicho que no quería enamorarme. ¡Ironías de la vida!

El miércoles, a pesar de que hacía un poco de frío, decidí nadar al aire libre; así que me zambullí en el agua caliente. Mientras nadaba pensaba en mi madre: ya solo le quedaba unas semanas para que le quitaran la escayola. Estaba deseando que se la quitaran para poder comenzar de nuevo a correr. Le había dicho que la acompañaría las primeras veces que saliera a correr, me daba la impresión que no la estaba ayudando mucho en su rehabilitación. No había vuelto a llamar a Marcos, y me daba mucha pena que, por mi culpa, se hubiera cortado su relación.

Cuando estaba a punto de terminar mi último largo, me dio la impresión de que alguien me estaba observando desde fuera. Miré y vi una silueta sentada observándome. Me quité las gafas de bucear, ya que no veía muy bien de lo empañadas que estaban. ¿Quién sería? Mis abuelos jamás salían con este frío a mirar cómo nadaba y, que supiera, eran los únicos que estaban en casa ahora mismo.

–¡Qué susto me has pegado, Rob! ¿Qué haces aquí?

–He venido a verte. Llevo, por lo menos, media hora observándote.

–¿En serio? No me había percatado hasta ahora.

–Nadas como una sirena.

Me quedé un poco seria.

–¿Qué pasa? –me miró preocupado.

–Perdona, es que eso me lo decía mi padre.

–Ah, lo siento.

–Voy a salir.

–Por mi continúa nadando.

–No, si ya he terminado –dije saliendo de la piscina.

Rob me acercó la toalla y me envolvió en ella como si fuera una niña pequeña.

–¡Tienes un cuerpo increíble! Fuerte, pero no excesivamente musculoso como algunas nadadoras profesionales.

–Eso es porque no soy profesional, solo nado porque me gusta. Y gracias por el piropo.

–Tienes que estar helada.

–Sí, vámonos dentro.

Le dejé en mi habitación mientras me duchaba y vestía.

–¿Y a qué debo esta sorpresa? –le dije cuando entré en mi habitación.

–Quería verte; hoy es de los pocos días que no trabajo por la tarde, aparte de los viernes.

Me senté en su regazo.

–Me encanta que hayas venido. Te echaba mucho de menos.

–¡Pero si nos vemos todos los días! –dijo bromeando

–Pero no puedo hacer esto –dije besándole –¿Qué quieres que hagamos?

–Te invito a cenar –dijo.

–Pero ¿se nos permite salir juntos en público?

–Pues no lo había pensado –dijo pensativo.

–A mí me da igual si cenamos aquí o en tu casa; no necesito salir por ahí para ser feliz, para eso solo necesito estar contigo –dije.

Me miró sorprendido y pude ver que sus pupilas se le dilataban. Cogió mi cara entre sus manos y me besó dulcemente.

–No sabes hasta qué punto me ha gustado tu comentario. No dejas de sorprenderme, podrías dar muchas lecciones a cualquiera y con tan solo diecisiete años.

–Casi dieciocho –puntalicé.

–¿Cuándo los cumpleaños?

–El uno de enero, un día después que el cumpleaños de mi padre. Él esperaba al día uno para poder celebrarlo juntos. Siempre me decía que yo había sido su mejor regalo de cumpleaños –me levanté al notar que asomaban unas lágrimas a mis ojos, pero Rob se dio cuenta y se levantó.

–¡Fran! –me dijo Rob abrazándome.

–Lo siento, no suelo llorar así delante de la gente.

–Bueno, yo no soy “gente”.

–Tienes razón. Creo que precisamente por eso lloro delante de ti, porque me siento muy cómoda contigo. Hacía mucho que no hablaba tanto de mi padre.

No suelo querer hablar de él con nadie, salvo con mis hermanos y ahora contigo.

–Me gusta que te sientas así conmigo.

–Nunca me había pasado esto Rob, nunca me he sentido así con ningún chico.

–Aunque te parezca increíble, a mí tampoco, nunca me había sentido así con nadie.

–¿Ni con tu anterior novia?

–¿Quién te ha hablado de ella? –preguntó algo contrariado

–Nadie. Pero imagino que habrás tenido una novia antes que yo.

–Ah –dijo más relajado–. Sí, claro. No, ni con ella.

No quise seguir preguntándole por ella, porque se había puesto muy serio al mencionarla. Quizá todavía no estaba curado de sus heridas. ¿Qué le habría hecho esa chica a alguien tan bueno como Rob?

–¿Quieres que vayamos a mi casa a cenar? –me preguntó.

–Me encantaría, aquí no vamos a estar solos que digamos. Pero se me ocurre que puedo llevar unos ingredientes y te enseño a cocinar un plato italiano.

–Mmm, me gusta la idea de cocinar contigo. Mientras coges los ingredientes, voy a despedirme de tus abuelos.

–Vale. A mis abuelos les encantará.

Era increíble lo que Rob conseguía de mí. Me hacía ser más sensible de lo que era, o de lo que creía ser; conseguía que hablara de mi padre con total naturalidad, cuando llevaba años intentando evitar hablar de él con cualquiera que no fueran mis hermanos. Ni siquiera con mi madre podía hablar de él de esa manera. Aunque quizá era porque se ponía a llorar a la mínima y no podía



soportarlo. No sabía muy bien por qué me enfadaba con ella cuando lloraba, a lo mejor era porque no entendía su dolor. Pero ahora era capaz de entender el amor que mi madre había sentido por mi padre, tan solo tenía que pensar en cómo me sentiría si le pasara algo a Rob, y eso sería una milésima parte del dolor que había sentido mi madre.

No necesitaba que pasaran más días, ni necesitaba conocerle más en profundidad, para saber que estaba enamorada de Rob. Aunque todavía no me sentía capaz de confesárselo. Seguramente, era muy pronto para eso; quizá mis sentimientos fueran más rápidos que los suyos, sobre todo si él tenía el corazón destrozado por su última relación y no confiaba en las mujeres, como me había dicho su abuela. Quizá tendría que darle tiempo para que él pudiera sentir lo mismo que yo.

Cuando llegamos a su casa, su abuela no estaba. Seguro que había previsto que íbamos hacia allí y había desaparecido aposta para darnos intimidad. Comencé a enseñarle a Rob a hacer los espaguetis al pesto que mi padre me había enseñado cuando apenas tenía seis años.

–¿Te apetece música? –me preguntó Rob.

–Sí, por favor.

–Imagine Dragons –dijo; y automáticamente comenzó a sonar.

–Ah, tienes un sistema moderno de música; pensaba que en esta casa no existía nada así.

–Lo he puesto yo. Solo funciona con mi voz. No sé si mi abuela lo sabrá.

Le miré con cara de “¿tú crees que tu abuela no lo sabe?”.

–Vale, tienes razón, seguro que lo sabe. Quieres cenar en la cocina, ¿verdad? –me preguntó Rob mientras me rodaba con los brazos y me besaba en el cuello– Hueles muy bien, Fran.

–Mmmm, vuelve a hacerlo.

–¿El qué?

–Besarme en el cuello; me encanta.

–Y a mí hacerlo.

–Respondiendo a tu pregunta, sí quiero cenar aquí. Me siento mejor en habitaciones pequeñas. Lo siento, vengo de una casa pequeña y acogedora.

–¿No estarás diciendo que esta casa no es acogedora?! –dijo bromeando

–Me encanta esta casa, pero no es acogedora. La cocina sí, y tu habitación también.

–Bueno, por lo menos podemos estar en dos partes de la casa, es todo un logro.

–¡Qué tonto eres!

–¡Eh, no insultes a tu profesor!

–Hoy estás muy bromista.

–Sí, tú me haces ser así.

–No, creo que ya lo eras –dije riéndome–. Siempre haces reír a mis compañeros de clase con algún comentario que otro.

–¿A tus compañeros? ¿Y qué pasa con Francesca? ¿A ella no la hago reír?

–¡¿Ves?! ¿Ves?, estás muy payaso. Claro que haces reír a Francesca, y a Fran más todavía. Pero, sobre todo, haces muy feliz a Fran –le dije sin dejar de mirarle.

Me miró otra vez algo serio, como me había mirado en mi casa cuando le dije que no necesitaba salir a cenar para ser feliz.

–Fran, no sabes lo feliz que me haces –me dijo besándome, aunque, esta vez,

no fue tan suave y dulce como en mi casa, sino que apareció el Rob pasional e incontrolado de otros días.

Me quitó el delantal sin dejar de besarme y después me desabrochó la sudadera. Comenzó a tocarme y otra vez creí que me iba a desmayar del placer, pero saltó una alarma en mi cabeza. ¿Era ahora cuando tenía que pararle? No sabía si podría, pero tenía que hacerlo para que siguiera confiando en mí y pudiera seguir besándome en el futuro. Me separé lentamente de él.

–Rob, tengo que pararte, pero no porque quiera.

–Gracias, tienes razón –dijo apartándose de mí.

–Ya me estoy arrepintiendo de haberte parado.

–No, has hecho bien. ¿Cenamos?

–Sí, pero esta vez con un vino que he traído yo. He tapado la etiqueta para que no sepas cuál es.

–Estupendo, me encantan tus retos.

Le puse una copa. Sabía que le iba a costar, aunque seguro que acababa adivinándolo, pero no era tarea fácil.

–Mmm, interesante –dijo observando el color y oliéndolo después de haber agitado la copa– así de entrada te digo que no me parece nada fácil. Creo que mi mejor alumna me ha puesto un reto muy complicado.

–Gracias, profesor.

Lo probó y se quedó pensativo.

–No es de Frascati, pero es italiano.

–Ajá –iba por buen camino.

–Uva malvasía, pero también friulano.

–¿Cómo has podido apreciarlo?

Me miró con cara de “no sé qué decirte”.

–¿Puede ser un blanco de Friuli-Venezia Giulia?

–Es imposible, ¿cómo lo puedes saber?

–Todavía no he adivinado todo.

–Bueno, pero llegar a esa conclusión es muy difícil. Pero, claro, a veces olvido con quién estoy. Como lo adivines...

–¿Qué me das si lo adivino? –me preguntó.

–¿Qué quieres que te dé?

–No puedes darme lo que quiero, todavía no.

–¿Y es?

–A ti –me dijo mirándome de una forma penetrante.

–Eso ya lo tienes, cuando estés preparado.

–¿Crees que no estoy preparado? –me preguntó sorprendido.

–No lo sé, dímelo tú –dije desafiante.

Me cogió de la mano.

–Estoy más que preparado Por si no lo sabías, llevo esperándote unos cuantos años. Pero, desgraciadamente, no puede ser todavía.

–Unos cuantos años...

–Sí, no me había interesado nadie hasta que apareciste tú

–¿Por qué?

–¿Por qué tú o por qué no me había interesado nadie?

–Las dos cosas.

–Tú, por tu mirada, eres una especie de imán para mí. Y no me había interesado nadie, supongo que porque perdí la confianza y por miedo.

–¿Miedo?

–Supongo que a sufrir o a hacer sufrir.

–No te entiendo.

–Al final, en una relación, cuando no salen bien las cosas, no tiene la culpa solo uno; los dos tienen algo de culpa.

Me quedé mirándole, pero no dije nada.

–Pero, dejemos esto, que, al final, creo que me estás distraendo para que no consiga adivinar el vino.

–¿Y, al final, qué quieres a cambio?

–Fácil, como no puedo tener todavía lo que más quiero, me conformo con que me des un día entero para mí.

–Será un placer. ¿Y si no lo adivinas?

–Pues pide tú algo.

–Pido dormir otra vez contigo.

Me miró alarmado.

–Solo dormir, nada más, como la otra noche. –Le miré implorante.

–Está bien, espero adivinarlo porque eso tiene mucho peligro.

–Sigue.

–Tengo que reconocer que estoy un poco perdido con este vino, podría decir

que es un malvasía istriana, pero no lo tengo claro, hay algo que me despista.

–Tú dirás.

–Me arriesgaré, un Malvasía Istriana de la cosecha de 2024.

–Me temo, profesor, que no has acertado y me he ganado una noche contigo.

–Esta será la primera vez que no me importa tanto perder. ¿Qué vino es?

–¡He derrotado al famoso Rob Rogers!, esto saldrá en los titulares –dije riéndome.

–¡Muy graciosa!

–Es un vino muy especial y bastante único. En realidad has adivinado casi todo, es del 2024, y es un vino de Friuli, pero no es un Malvasía Istriana, es un vino della Pace; ¿has oído hablar de él?

–¡Por supuesto! Es el vino del que se embotellan apenas unas seis mil botellas y se mandan a presidentes y primeros ministros de todo el mundo. Pero nunca lo había probado, ¿dónde lo has conseguido? –me miró sorprendido.

Puse cara de “ah, no te lo voy a decir”

–De todas formas, has hecho un poco de trampa; es un vino prácticamente de autor, es imposible adivinarlo.

–Para ti no hay nada imposible.

–¿De dónde has sacado la botella? –volvió a preguntar intrigado.

–Mi padre les conoce desde hace años, y siempre nos mandan algunas botellas.

–Ah, pues es una suerte. Gracias por ponerme retos así, Fran, me gustan mucho.

–Es un placer. Y, sobre todo, es un placer hacerte perder y haber ganado el

premio.

–Bueno, el premio es para mí también si tengo el honor de dormir contigo.

–Pero, lo has hecho tan bien, que te voy a dar tu premio también. Tienes también un día entero conmigo.

–Mmm, entonces habrá que hacer algo especial.

–Lo dejo en tus manos, Roberto.

–Este fin de semana me tengo que ir de viaje. Tengo una presentación de vinos en Londres.

–Ah, ¡qué suerte!

–Sí, pero, bueno, ya he ido a tantas, que no es lo mismo. Ojalá pudieras venir conmigo.

–A lo mejor cuando nuestra relación no sea un secreto.

–Siento que tenga que ser así.

–No es culpa tuya, ha sido el destino. Además, gracias a “nuestro obstáculo” estamos juntos.

–Sí, y no sabes lo contento que estoy de “nuestro obstáculo”. Me está encantando conocerte cada día más, Fran.

–Gracias, a mí también.

–Nunca había salido tantas veces con alguien sin haberme...

–¿Acostado con ella?

–Sí.

–Además, supongo que las chicas te perseguirían constantemente.

–¡Qué va!

–Rob, eres guapísimo.

–Gracias. Imagino que a ti te pasará lo mismo, con lo impresionante que eres.

–No lo sé; si lo hacían, no me enteraba. Primero tenían que pasar el filtro de mis primos y hermanos; y pocos valientes llegaban.

–Yo no me habría acobardado, te lo aseguro, sabiendo que el premio eras tú.

Me reí.

–De todas formas, tú juegas con ventaja; tienes la misma edad que mi hermano mayor. Rob, creo que debería irme a casa; mañana tengo clase y no quiero que mi profesor note que estoy algo cansada.

–¡Muy graciosa, Fran! Vamos, te llevo a tu casa.

Cuando llegábamos a mi casa, me empecé a poner triste. Ya no podría estar con él hasta, por lo menos, dentro de una semana. Me estaba acostumbrando a verle más a menudo y le iba a echar de menos.

–Rob, ¿cuándo me darás mi premio?

–¿El siguiente fin de semana te parece bien?

– Me parece perfecto, creo que estaré sola. Mi madre se va a Italia y mis abuelos se van a Galicia.

–Pues será el fin de semana perfecto, no quiero que te quedes sola.

–Sé estar sola, Rob.

–Ha salido la Fran independiente. Está bien, pues ¿puedes dormir conmigo en mi casa ese fin de semana? No quiero dormir solo.

–¡Muy gracioso!

–No, en serio, voy a estar solo; mi abuela se va también ese fin de semana.

–¡Qué casualidad! Bueno, si es para que no duermas tú solo, haré un



sacrificio.

–Gracias, no sé qué haría sin ti. Buenas noches, Fran –me dijo besándome.

–Buenas noches, Rob.

Me había preparado para un fin de semana tranquilo, pero el viernes Marina y JP me lo quitaron de la cabeza. En realidad se lo agradecí, no me apetecía nada quedarme en casa todo el fin de semana pensando en Rob. El viernes tuvimos fiesta en casa de Alvaro y el sábado JP nos preguntó a Marina y a mí si le acompañábamos a hacer una sesión de fotos en castillo de Manzanares el Real.

Siempre me había gustado mucho ese castillo, seguramente porque era un castillo muy antiguo y estaba perfectamente conservado. Aunque, lo que no fue tan divertido fue tener que estar toda la mañana posando para JP. Además, no se me daba nada bien hacer de modelo, me sentía ridícula posando, pero Marina parecía que había nacido para ello. Al final, decidí copiar a Marina en cada cosa que hacía y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, le entró la risa y no podíamos parar de reírnos. JP captó alguno de esos momentos en los que salíamos riéndonos, y no sabía cómo había conseguido que saliéramos tan bien; realmente tenía mucho talento...

No era capaz de reconocermme en sus fotos, era como si sacara lo mejor de mí. Su idea era, por un lado, colgar todas las fotos en su web y, por otro, presentar una de ellas a un concurso de fotografía que habían hecho en su clase de talento. Si ganaba, le dejarían exponerla en la feria de fotografía más importante de Madrid, junto a fotógrafos más conocidos.

El lunes acompañé a mi madre al aeropuerto; aunque insistió en que no hacía falta que la llevara, no pensaba dejarla ir en taxi con la pierna escayolada. Así que no pude ir a clase, esperaba no haberme perdido nada importante. No sabía muy bien con qué tema habría empezado Rob, ya que tocaba empezar

con algo nuevo.

Por la tarde me llegó un mensaje suyo.

<¿Todo bien?>

<Si, no te preocupes, tenía q llevar a mi madre al aeropuerto. Lo siento por no haber avisado.>

<Me preocupo, te veo el miércoles. >

¿El miércoles? Era el día que JP presentaba su foto para el concurso y quería que fuéramos todos a su casa para ver la votación en tiempo real.

<No puedo. Tengo q ir a casa de un amigo. Concurso de fotografía on-line, por cierto, en la foto salgo yo>

<¿Me invitas? No me lo quiero perder si sales en la foto.>

¿Quería ir? No me lo podía creer...”

<Claro, ¿no te da miedo ir en público conmigo? Nos pueden descubrir.>

<No, es más fuerte mi deseo de verte>

<(Cara sonriente) mmmmm. Te recojo a las 6>

<Te recojo, yo, a las 6>

<¿Te da miedo que te lleve en coche?>

<Miedo no, pánico>

<(Muñeco sacando la lengua)>

<(Corazón)>

Martes en clase.

–Bueno, para los que no vinieron ayer –dijo mirándome–, a partir de hoy vais a hacer un trabajo en grupo, los diez juntos, y lo haréis durante las horas de

clase. Como os comenté, el trabajo consiste en diseñar una botella de vino; puede ser tinto, blanco, lo que queráis. Tendréis que diseñar tanto la botella como la etiqueta e inventaros un nombre comercial para el vino. Creo que lo mejor es que os organicéis como si fuerais una empresa. Primero, votad quién es el o la directora general, y que esa persona os organice según vuestros talentos. Yo estaré aquí por si necesitáis algo.

Rob no dejaba de sorprenderme, esto era muy original. ¡Definitivamente, tenía talento como profesor!

–Os acabo de colgar el programa de voto; no os preocupéis que es secreto, hasta para mí –dijo sonriendo–. Solo veremos el resultado cuando hayáis terminado.

Al cabo de unos minutos salió en la pantalla de cada uno:

<La votación ha finalizado. Directora General seleccionada: Francesca Kell>

¡Vaya, menuda vergüenza!

–Buena elección –dijo Rob–. Pues ya sabes, Francesca, ya puedes organizar tu empresa –añadió sonriéndome.

¡Seguro que él sabía que me iban a elegir a mí! ¿Y él qué iba a hacer, quedarse ahí mirándonos o haciendo que escribía otra cosa? Así no podría concentrarme.

–Está bien. Carlos, a ti se te da bien el diseño por ordenador ¿verdad?

–Sí, muy bien.

–Vale, pues tú eres el director técnico. Por favor, selecciona a dos personas que te puedan ayudar.

–Creo que John y Víctor pueden ayudarme.

–¡Perfecto!

–¿Quién tiene un perfil más creativo?

–Yo tengo algunas ideas –dijo Monica.

–Ok, pues tú eres la directora creativa. ¿Necesitas ayuda?

En unos minutos teníamos montado el organigrama de la empresa: unos se iban a ocupar de diseñar la botella, otros la etiqueta junto con el nombre, aunque para eso les iba a echar una mano, y los tres chicos del área técnica tenían que llevar todas las ideas a la pantalla. Rob fingía que escribía, pero yo sabía que estaba muy pendiente de todo lo que hacíamos.

Al cabo de un rato, Rob nos sorprendió poniendo música. ¡Eso estaba mejor, así trabajaríamos más a gusto! Sonaba Durban Skies, de Bastille. ¿Le gustaba la misma música que a mí o es que podía acceder a mi perfil y sabía la música que me gustaba? Le miré, parecía realmente concentrado en algo... ¿Qué estaría haciendo? Un mechón de pelo le había tapado la cara, estaba tan guapo, que tenía ganas de besarle. Aparté la mirada antes de que alguien se diera cuenta de cómo le estaba mirando, ya que, seguramente, mi forma de mirarle me delataba.

El miércoles por la tarde salí de mi casa con el paraguas en la mano. No hacía mucho frío, pero llovía a cántaros; por eso había tenido que ir a nadar a la piscina cubierta. Rob llegó unos minutos más tarde. En realidad, le había dicho a las seis para poder hablar un rato antes con él. No habíamos quedado hasta las siete en casa de JP. No seríamos más de cinco y supuse que su padre estaría también. ¡Su padre! No había caído en la cuenta de que no podía enterarse de ninguna manera de quién era Rob. Tenía que advertirle. A lo mejor no era buena idea ir con Rob después de todo; no me había dado cuenta del posible peligro.

–Hola, Fran. Estás muy guapa con esa falda –me dijo besándome.

–Gracias. Rob, no sé si es buena idea que vayamos juntos –dije preocupada.

–¿Qué te pasa?

–Verás, acabo de caer en la cuenta de que es posible que esté el padre de mi amigo...

–¿Y?

–Es mi tutor del programa de talento.

–Ajá –dijo pensativo, dándose cuenta del posible peligro–. Bueno, no le daremos demasiada información.

–¿Pero y si te pregunta a qué te dedicas?

–No entraré en detalles y no le diré mi apellido.

–Me preocupa que te puedan expulsar.

–No te preocupes, Fran.

–Me preocupo, igual que tú te preocupas por mí.

Me sonrió.

–¿Tenemos tiempo o nos tenemos que ir ya? –preguntó.

–En realidad te he convocado una hora antes, me apetecía que pudiéramos hablar.

–Qué suerte tengo. Pues vámonos de aquí mejor, no quiero besarte delante de tu casa –dijo.

Rob me llevó hasta un sitio que parecía estar desierto. Estábamos rodeados de campo y no había ni un alma, aunque, por otro lado, era normal, con la que estaba cayendo en ese momento. Rob pulsó un botón y nuestros asientos se juntaron y se tumbaron en cuestión de segundos.

–Te he echado de menos, Rob.

–Y yo a ti, mi directora general –dijo acercándose a mí y besándome.

Estaba deseando que llegara el último día de clase, por lo menos ya solo quedaba un mes.

–Por cierto, me ha gustado mucho tu clase de hoy; aunque me pone un poco nerviosa que estés allí escuchando todo.

–Pero yo estoy haciendo otras cosas

–Mentiroso, estas escuchándolo todo.

–¿Se me nota mucho? –preguntó con cara de inocente.

–Sí. A mí no me engañas, Roberto.

–Pues lo siento, pero voy a estar allí todos los días, os tengo que vigilar. Soy el profesor al fin y al cabo.

–Bueno, ¿y qué tal en Londres?

–Muy bien, pero me habría encantado llevarte conmigo.

–Ya.

–¿Y qué es eso del concurso de fotografía en la que sales tú?

–El sábado Marina y yo acompañamos a JP, mi amigo el fotógrafo –le expliqué–, a hacernos unas fotos al castillo de Manzanares el Real. Quería presentarse a un concurso.

–¿Y necesitaba dos modelos guapas?

–Marina es mi amiga, la que sale con mi hermano Marco, y sí, es una belleza exótica.

–Y tú eres una belleza única, con estos labios –dijo al mismo tiempo que me los tocaba con sus dedos– y esos ojos verdes tan expresivos. Entiendo que quisiera que salieras en la foto. Pero no sé si me gusta que hagas de modelo

para él.

–¿Qué? Es solo un amigo.

–Un amigo que quería algo más contigo.

–Sí, pero eso ya está aclarado. ¿Por eso querías venir hoy?

–No, en realidad, no había caído en la cuenta de que era él hasta ahora, pero me alegro de haber venido.

–¡Estás celoso de un chico de diecisiete años! –dije asombrada.

–Sí. ¡Qué estupidez!, ¿verdad? Debería darme vergüenza –dijo apartándose de mí.

–Rob –dije acercándome a él y acariciándole la cara– Me gusta que te pongas celoso, eso significa que te gusto un poco.

–¿Qué me gustas un poco? Fran, creo que lo que siento por ti es más que un simple “me gustas”.

–¿Y qué es?

Me miró con esos preciosos ojos color miel, que hacían que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo.

–Verás, me estoy enamorando de ti.

¡Entonces le pasaba lo mismo que a mí! No era yo sola la que sentía eso por él  
¡Estaba tan contenta que comencé a besarle! Esta vez era yo la que le besaba de una forma desesperada y apasionada.

–Fran, vamos a dejarlo, por favor –dijo apartándome suavemente.

–Lo siento.

–No quiero que lo sientas, me encanta cómo me besas, pero no quiero que me tengas que parar como la última vez. ¿No deberíamos irnos ya?

–Sí, tienes razón –dije sentándome en mi asiento y pulsando el botón para que todo volviera a la posición normal.

–No te quedes triste, por favor –me dijo.

–No puedo evitarlo, yo también me estoy enamorando de ti y quiero que hagamos más cosas.

–Lo sé. Y yo también; seguramente lo deseo más que tú.

–No creas.

–Eres tan diferente de las demás. Otras, se hacen de rogar o intentan que no se note mucho que te desean; sin embargo, tú no intentas esconder nada. ¡Me encantas, Fran!

–¿De verdad?

–Sí, es como si estuvieras hecha a mi medida –dijo sonriendo.

–Pues tú estás hecho a la mía, te lo aseguro.

Cuando entramos en casa de JP, no parecía que estuviera su padre, y mejor así. Solo estábamos Alvaro, JP, Marina y nosotros dos. Ya sabían que venía con Rob, aunque tan solo Marina sabía quién era él realmente. Me temía que JP creía que salía con un chico de mi universidad, como le había dicho en un principio, y no sabía si en algún momento descubriría que no era cierto. No me gustaba nada mentir a la gente, pero, en este caso, no podía decirle la verdad. Bueno, en realidad, se lo podría contar si no fuera por su padre.

–Pero tú no puedes ir a la clase de Fran, ¡eres mucho mayor! –dijo JP cuando les presenté.

¿Se notaba tanto?

–¿Quién ha dicho que vaya a su clase? –preguntó Rob.



–Pues nadie, en realidad; lo habré supuesto yo cuando Fran me dijo que le gustaba alguien de su universidad.

Rob me miró sorprendido.

–Bueno, ¿queréis una cerveza o tú también eres de los que bebe vino? –preguntó JP.

–Soy de los que bebe vino, pero tomaré una cerveza encantado –dijo Rob.

–Yo también. De vez en cuando hay que hacer una excepción –dije.

–Bueno, ¿y cómo funciona lo del concurso? –preguntó Marina, supuse que para romper el hielo.

–Venid, os lo explico. Estas son las fotos que han pasado a la final del concurso, son solo diez.

Todos miramos la pantalla.

–¿La número 8 es la tuya? –preguntó Rob–. Es una foto increíble.

–Gracias –dijo JP.

–Es la única foto en la que salen modelos –observó Rob.

–Sí, bueno, cada uno ha hecho la foto que ha querido. El único requisito era que tenían que ser fotos de la Comunidad de Madrid –comentó JP.

–¿Y por qué se te ocurrió que salieran ellas? –preguntó Rob.

No sabía dónde quería llegar. No sabía si estaba haciendo su papel de profesor o seguía con el tema de los celos.

–No sé, se me ocurrió de repente. Pensé que, quizá, al ser las dos tan guapas, quedaría una foto diferente.

–Pues tienes razón en las dos cosas: las dos son muy guapas y es la mejor foto de todas –dijo Rob.

Ya me había quedado más tranquila.

–Bueno, ahora lo veremos; la votación dura tan solo media hora. El que tenga más votos ganará el concurso. ¿Vais a votar?

–No, solo hemos venido para que nos invitaras a cerveza. ¡Pues claro que vamos a votar, JP! –dijo Marina–. Estoy preparada con el dedo en la pantalla para cuando des la orden.

–Está bien. Pues empieza la cuenta atrás... cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

En ese momento, alguien entró por la puerta. Nos giramos todos al mismo tiempo y vimos que era Marcos, el padre de JP.

–Papá, llegas justo a tiempo.

–Sí, he venido corriendo. Voy a votar.

Durante los treinta minutos que duraba la votación, no quitamos los ojos de la pantalla, salvo para presentarle a Rob, de forma rápida y apresurada, a Marcos. Nos había venido bien que llegara tarde, para no tener que dar demasiados datos sobre Rob.

Estábamos todos absortos en la pantalla, sin quitar ojo de la cajita donde iban sumándose los votos debajo de la foto de JP; subía a gran velocidad. Había otra foto, la número tres, que era una vista preciosa del Monasterio del Escorial, que subía más o menos al mismo ritmo. A las siete y media se pararon los contadores.

–¡Hemos ganado! –dijo JP y fue dando besos y abrazos a todos– Gracias, Fran y Marina, seguramente ha sido gracias a vosotras.

–No, es porque eres un gran fotógrafo –dije.

Rob se había quedado con la mirada fija en la pantalla donde salía nuestra preciosa foto. ¿En qué estaría pensando?

## 8% vol.

–¡Esta tarde viene tu hermano! –me dijo Marina radiante de felicidad al llegar al colegio el viernes por la mañana.

–¿Sí? No me había dicho nada. ¿Vas a dormir en casa? –pregunté.

–Creo que sí, solo estás tú ¿no?

–Sí. Pero mañana no tengo pensado dormir en casa.

–Ajá, cuenta, cuenta.

–No va a pasar nada, tan solo vamos a dormir. No quiere que hagamos nada hasta que deje de ser mi profesor.

–¡Qué aburrido!

–Es así de responsable.

–Pero seguro que si le atacas, no podrá resistirse.

–¡No pienso hacer eso!

–Bueno, en fin, tú verás. Entonces el sábado estaremos solos Marco y yo –dijo sonriendo.

–Sí. Pero tendré que hablar con Marco, no le hará ninguna gracia que me vaya a casa de Rob.

–Bueno, a lo mejor con la excusa de que él y yo podremos estar solos.

–¡Claro, tienes razón! A lo mejor así lo tengo más fácil.

–Si no hay nadie en vuestra casa, podíamos hacer hoy allí la fiesta.

–Claro, buena idea.

–¿Por qué no invitas a Rob?

–Sí, no se me había ocurrido. Le voy a mandar un mensaje.

<¿Te apetece fiesta en mi casa con mis amigos y mi hermano Marco?>

<¡Fiesta de adolescentes! Q divertido. Claro, ¿a q hora voy?>

<Cuando quieras>

<Mañana tenemos q levantarnos temprano. Tengo un plan de montaña>

<Ok, nos iremos pronto a la cama>

<Pero lo de dormir juntos era el sábado ¿no?>

<Si, aunque si quieres podemos dormir las dos noches. En realidad me merezco doble premio. (Cara sonriente)>

<¿Doble premio? Mmmmm, venga me has convencido. ¿Tu hermano no pondrá objeción?>

<Yo me ocupo de él. Bs>

¡Iba a dormir dos noches seguidas con Rob! No me lo podía creer. Sabía que no podría pasar nada, pero me hacía tanta ilusión dormir con él. Cada vez me daba más cuenta de que había hecho muy bien en venir a España; esta libertad no la habría tenido en Frascati. Allí nuestra relación habría sido muy complicada, y eso que aquí no estaba siendo fácil, aunque por otros motivos.

Marina vino por la tarde a mi casa y me ayudó a preparar la cena. No me pensaba complicar mucho la vida: prepararía unas pizzas caseras. Organizaríamos la cena en la terraza. Me encantaba hacerlo allí porque la terraza era muy acogedora en invierno. Tenía una mesa de madera muy robusta, con un banco en uno de los lados y sillas en los demás, además de una zona con sofás. Recientemente mis abuelos habían puesto una barra de bar donde estaban las bebidas. Era el sitio perfecto para hacer una pequeña fiesta de

amigos.

Cuando llegó mi hermano, Marina desapareció sutilmente, como habíamos quedado previamente, para que pudiera hablar con él sobre Rob.

–Marco.

–Dime.

–Este fin de semana me voy a dormir a casa de Rob.

–¡Ni hablar!

–¿No quieres dormir aquí solo con Marina?

Se quedó pensativo.

–Da igual, puedo dormir con ella y que estés en casa; una cosa no quita la otra

–dijo sonriendo.

–Pero estaréis más a gusto solos –le dije con cara de “¿a que no lo habías pensado”.

–¿A dónde quieres llegar, Fran?

–Mira, yo voy a dormir a casa de Rob, quieras o no quieras. Soy mayorcita y, además, ya te he dicho que todavía no estamos en esa fase.

–Ya, y pretendes que me lo crea. Durmiendo juntos sin acostaros.

–Pues es cierto. Y que sepas que no es por mí, sino por él; quiere esperar a que nos conozcamos más.

Se echó a reír.

–No me lo creo, Fran, ¿Qué es, gay?

–No, simplemente es muy responsable. Tú no lo entiendes porque no eres como él.

–Está claro que no.

–Además, tú no eres un buen ejemplo; te recuerdo que estás saliendo con mi amiga, que tiene mi misma edad.

Se quedó pensativo otra vez.

–Está bien, Fran, pero que sepas que no te doy mi consentimiento, simplemente me voy a hacer el tonto.

–Gracias, Marco –dije dándole un beso en la mejilla y yéndome a mi habitación para cambiarme de ropa.

Sabía que en el fondo Marco no era tan posesivo y controlador como quería aparentar, simplemente se sentía obligado al no estar Pedro aquí para controlarme. En realidad, tenía miedo de que Pedro se enterara y le dijera que el responsable era él; pero no habría forma de que se enterara. Me preguntaba si Celia habría quedado con mi hermano para visitar el viñedo. Tendría que preguntarle a Rob. Seguramente, si saliera con ella, se le suavizaría el carácter.

Eran las nueve y ya había llegado todo el mundo menos Rob. ¿Dónde estaría? En realidad, ahora recordaba que le había dicho que viniera cuando quisiera, pero ¿a qué hora pensaba aparecer? Justo cuando habíamos comenzado a cenar, sonó el timbre. ¡Era él!

–¿Qué ha pasado? –le pregunté cuando abrí la puerta y comprobé, feliz para mis adentros, que era él.

–Perdona por el retraso. Me he liado con algunas cosas y se me ha hecho tarde

–dijo dándome un beso.

¿Esa era su excusa para llegar tarde?

–Vamos, acabamos de empezar a cenar –le dije yendo hacia la terraza.

Cuando entré hice las presentaciones oportunas.

–Perdón por el retraso –dijo.

–¿Un poco de vino, Rob?-preguntó Marina.

–Sí, gracias.

A medida que iba pasando la noche e iba bebiendo copas de vino, se me fue pasando el enfado, sobre todo viendo que Rob se esmeraba por ser agradable y disfrutar de la velada, a pesar de estar rodeado de gente mucho más joven que él. De hecho el único que estaba más cercano a su edad era Marco, y aun así, tenía tres años menos que él. Sus dotes de profesor de gente joven era su aliado, sabía tratar perfectamente con ellos, tenía mano para eso. Observé que Marina ya no bebía cerveza como antes, sino que se había pasado al bando del vino.

–Os conocéis de la universidad ¿no, Rob? Pero no tienes pinta de ser estudiante –preguntó Marco.

Mierda, esa pregunta era peligrosa.

–Soy enólogo.

Por un lado bien, no había dicho que era profesor, pero ahora JP me miraba con cara de “me has engañado”. Esto de tener que ocultar cosas a tus amigos y hermanos, no me gustaba nada en absoluto.

–¿Enólogo? Guau –dijo Marco–. ¿Y dónde trabajas?

¿Por qué demonios no se está calladito mi hermano?

–Mi familia tiene un viñedo en California.

–¿Y entonces qué haces aquí?

–Estoy dando unos cursos.

Bien, eso había quedado como muy abierto, sin dar detalles. Rob era bueno. Menos mal que la conversación se acabó ahí. JP ya no parecía estar enfadado conmigo, se había quedado más o menos conforme con lo de los cursos. Esa situación no me gustaba nada, aunque Rob no había dicho ninguna mentira, no me sentía bien teniendo que medir nuestras respuestas constantemente. Quizá tendríamos que haber esperado unos meses hasta poder entrar en la vida del otro, aunque no sé si habría podido esperar.

Después de cenar me ocupé de recoger todo para no dejar la casa muy desastrosa y cuando volví Rob no estaba por ningún lado.

–Marina, ¿dónde está Rob? –pregunté extrañada.

Seguí su mirada y vi que Rob estaba con Marco en el jardín discutiendo, o al menos eso parecía. ¿Qué demonios pasaba?

–¿Qué ha pasado? –le pregunté.

El resto de la gente intentaba no mirar hacia ellos; sabían que estaban discutiendo, pero no querían parecer indiscretos. Además, con la música de fondo, no se les podía oír, tan solo se veía que hablaban, y no muy amigablemente al parecer.

–Creo que Marco ha bebido demasiado y ha empezado a advertirle a Rob que tuviera cuidado contigo. Pero Rob ha sido muy educado y le ha pedido salir fuera a hablar.

–¿Hablar? Más bien parece que discuten. Voy a salir.

–Yo no iría, es mejor que les dejes. Tienes suerte de tener un hermano que se preocupa tanto por ti, mi hermano no es así para nada.

–Pues a mí no me importaría que se preocupara menos por mí. Pero me sorprende, ya había hablado con él esta tarde y parecía que se había quedado conforme. Mi hermano Pedro es mucho peor que Marco.



–Quizá le haya impactado saber que Rob es enólogo y Marco se siente un poco frustrado porque no le gusta mucho trabajar en el viñedo. Además, el hecho de que Rob sea mayor que él, no ayuda mucho.

–Puede ser que tengas razón.

–Marco debería dedicarse a otra cosa.

–Lo sé; espero que al estar enamorado de ti, acabe haciendo lo que le gusta.

–¿Tú crees que está enamorado de mí?

La miré asombrada. Llevaban saliendo más tiempo que Rob y yo ¿y no habían hablado de sus sentimientos? Se acostaban desde hacía un tiempo ¿y no eran capaces de hablar de esas cosas?

–Claro, ¡está loco por ti! ¿No te lo ha dicho?

–Con esas palabras no –dijo mirando algo triste hacia Marco.

Tenía mucha suerte de salir con un hombre como Rob, que me hablaba de sus sentimientos. Para mí era importante ponerle nombre a las cosas, y saber exactamente qué sentía por mí, no solo sentir las o pensar que las sentían.

Cuando al final entraron en la terraza, parecían más tranquilos, sobre todo Marco. Rob vino a buscarme y me preguntó si nos podíamos ir; se estaba haciendo tarde y al día siguiente teníamos que madrugar.

–Vale, dame un segundo que me despida de mi hermano.

–Marco –le dije al oído–, ¿estás bien?

–Sí. Puedes irte con él, Fran.

–Gracias. No quería que te quedaras enfadado.

–No estoy enfadado; Rob parece un buen tío y tiene mucha suerte de salir contigo –dijo sonriéndome.

–Gracias. ¿Te puedo pedir algo?

–Qué.

–¿Sabes que a las chicas les gusta que les digan lo que sienten por ellas?

–¿Qué?

–Piensa en lo que te he dicho. Buenas noches.

Me acerqué a Rob y él me rodeó con su brazo. Me gustaba que hiciera eso.

–¿Dónde tienes tus cosas?

–En mi habitación.

–¿Es esto? –preguntó señalando mi maleta y cogiéndola después de que asintiera.

La verdad es que me daba vueltas la cabeza, seguramente había bebido demasiado, igual que Marco.

–¿Cómo has conseguido apaciguar a mi hermano? –pregunté cuando ya estábamos en el coche.

–¡Ah!, cosas de hombres.

–¿No me lo vas a contar?

–No –dijo firmemente.

–Por lo menos hazme un resumen.

–Le he dicho que no te voy a tocar hasta que cumplas dieciocho años.

–¿¡Qué!? No me lo puedo creer –dije muy enfadada.

–Creo que es lo mejor, así cuando lo hagamos por lo menos serás mayor de edad.

–No vale, Rob, habíamos quedado en el diecinueve de diciembre.

–Para nuestra primera cita; pero eso no significa que en nuestra primera cita tenga que haber sexo.

–¡No me lo puedo creer! –dije indignada.

¡Ahora tendría que esperar más tiempo todavía!

–Mi hermano no tiene derecho a controlar nuestra relación.

–He sido yo el que se lo he dicho; él solo me ha pedido, bueno, más bien exigido, que no se me ocurriera hacerte daño y que esperaba que fuera en serio contigo.

–¿Y entonces por qué le has prometido eso? No hacía falta que lo hicieras.

–Era mi forma de demostrarle que iba en serio contigo.

–Rob, yo no quiero esperar más tiempo.

–Solo es una semana.

–¡No, son dos semanas más! –dije furiosa.

–Me gusta que te enfades por esta razón. Debería ser yo el que no pudiera aguantar tanto tiempo.

–Pues parece que tú lo llevas mejor que yo.

–Eso es porque llevo esperándote algunos años y dos semanas más no significan nada. Además, es una experiencia poder conocerte cada día más sin que haya sexo por el medio.

–¡Pues yo soy muy impaciente! ¡Y llevo toda la vida esperando este momento!

–¿Qué quieres decir? –me preguntó muy serio.

Me quedé súbitamente callada. Mierda, acababa de meter la pata hasta el fondo.

–¿Qué has querido decir con eso? Me dijiste que habías tenido relaciones con

tu último novio –me dijo en cuanto apagó el motor delante de su casa.

Permanecí en silencio. No sabía qué decirle. Si se lo decía, se iba a enfadar conmigo, pero ya era demasiado tarde, no había reaccionado a tiempo.

–Te mentí. No llegamos a acostarnos, aunque estuvimos a punto –confesé.

–¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

–Porque no quería asustarte y que no quisieras ni tocarme.

–¡Mierda, Fran! No me puedo creer que me hayas mentido con eso. No me gustan las mentiras.

¡Nunca le había visto tan enfadado!

–Lo siento, a mí tampoco me gustan las mentiras, pero sabía que te ibas a sentir más responsable todavía, y estoy deseando... –pero no pude seguir.

¿Qué narices hacía llorando? ¡Ni que fuera mi madre!

Estoy deseando que me toques, que me quites la ropa, que me hagas el amor ¿es tan difícil de entender?

–Vámonos dentro –dijo, todavía muy serio.

Entre que no veía nada con las lágrimas y que estaba un poco mareada por el vino, salí del coche a duras penas; menos mal que Rob me cogió de la mano. ¿Ya no estaba enfadado conmigo o se había dado cuenta de que no podía ni andar? Me llevó de la mano hasta su habitación y me sentó en su cama. Él se sentó a mi lado.

–Creo que has bebido demasiado vino esta noche.

–¿Sigues enfadado conmigo? –pregunté entre sollozos.

–Sí, pero deja de llorar –dijo secándome las lágrimas con sus manos–. Creo que necesitas dormir. Te dejo para que te pongas el pijama.

–¿No duermes conmigo? –pregunté preocupada.

–Creo que es mejor que durmamos cada uno en una cama.

Vaya, pues sí que estaba enfadado.

Me metí rápidamente en el baño, porque sabía que necesitaba llorar más y no quería hacerlo delante de él. La había fastidiado del todo y no sabía si podría perdonarme. Me sentía fatal, deprimida y como una niña pequeña a la que le habían castigado sin el regalo más importante de su vida. ¿Y si no me perdonaba? Su abuela dijo que no confiaba en las mujeres y yo le había dado una razón poderosa para que no volviera a confiar en mí.

Me sentía tan miserable que no podía parar de llorar. Había abierto el grifo para que no pudiera oírme, pero tendría que cerrarlo pronto. Me lavé la cara y los dientes y decidí que me metería en la cama e intentaría dormir un poco. Seguramente por el día vería las cosas de otra manera. Pero me daba tanta pena perderme la oportunidad de dormir con Rob, sobre todo porque no tenía muchas oportunidades como esta.

Salí de puntillas y me metí en la cama. Al cabo de unos minutos se acercó Rob y se sentó a mi lado.

–Buenas noches, Fran –me dijo besándome en la mejilla.

–Buenas noches, Rob; lo siento.

–Duerme, lo necesitas.

Parecía más tranquilo. ¿Se le habría pasado el enfado? Eso esperaba, no podría vivir sin él ahora que estaba tan enamorada.

Me deslizo por la nieve, suavemente, con mucha seguridad, disfrutando de cada giro, cada paralelo; la nieve esta perfecta, nieve polvo. De repente me doy cuenta que no se con quién he venido a esquiar. ¿Estoy con toda mi familia

o he venido solo con mi padre? ¿Estoy con mis hermanos? ¿Por qué no recuerdo nada?

Empiezo a preocuparme, porque no consigo recordar como he llegado hasta aquí, y, lo peor, con quién he venido. Es todo muy extraño. Quizá, si bajo la pista lo más rápido posible, podré tranquilizarme un poco y acabaré recordando con quién he venido. Así que acelero y comienzo a bajar a más velocidad de lo normal. De repente alguien aparece por el lado derecho y no puedo esquivarle a tiempo. Caigo rodando por la pista a mucha velocidad. Pero no siento ningún dolor. ¿Es eso normal? ¿Cómo es posible que no me duela nada con lo rápido que estoy cayendo? Quizá sea todo un sueño y por eso no puedo sentir nada. Entonces, por fin, paro y, sin saber por qué, comienzo a llamar a mi padre.

Tiene que estar aquí, nunca he ido a esquiar sin él. Pero por más que le llamo, no parece oírme. Entonces dejo de llamarle y noto un silencio aterrador a mí alrededor, como si el tiempo se hubiera parado, como si estuviera totalmente sola en la montaña y nadie pudiera oírme.

–Fran, todo está bien, estoy contigo –dijo alguien a mi lado.

¿Dónde estaba? Abrí los ojos. Rob estaba a mi lado. ¿Había tenido otra pesadilla?

–¿Estás bien, mi amor? –me preguntó mientras me cogía la cara con mucha suavidad.

¿Mi amor? Entonces, ¿ya no estaba enfadado conmigo?

–Sí, pero tengo mucho frío.

–¡Estas empapada en sudor! Tienes que cambiarte. Te traeré algo –dijo levantándose.

Volvió enseguida.

–Deja que te quite esto.

Dejé que me quitara el camisón y me pusiera una camiseta suya y un jersey.

–¡No te vayas! –le pedí.

–No me voy de tu lado, no te preocupes. ¿Estás mejor?

–¿Qué ha pasado? ¿Otra pesadilla?

–Me temo que sí. Estabas llamando a tu padre otra vez. Lo siento Fran, a lo mejor ha sido culpa mía por haberme enfadado contigo ayer. ¿Me perdonas?

–Claro que sí, pero no ha sido culpa tuya; me siento muy mal por haberte mentido.

–No te preocupes, entiendo que lo hicieras. Tenías razón, ahora me siento más responsable al saberlo.

–Ya. No va a haber manera de hacerte cambiar de opinión. Pero por lo menos me has perdonado. Pensaba que ya no querías salir conmigo.

–¿Qué? No, Fran, no sería capaz de hacer eso, porque te necesito –dijo acariciándome la cara.

–¿En serio? –le sonreí.

–Sí.

Le abracé. ¡Sentía lo mismo que yo! Menos mal que Rob me decía lo que sentía y lo que pensaba, si no, me volvería loca.

–¿Puedo dormir contigo? –me preguntó.

–Por favor, necesito que lo hagas. Tengo miedo.

–¿A qué?

–A volver a soñar.

–¡Pero si no te acuerdas de lo que sueñas!

–Ya, pero aunque no recuerde nada, lo paso fatal, como si me faltara algo muy importante; me siento perdida.

–Creo que hoy lo has pasado peor que el otro día, porque, aunque no llorabas, gritabas desconsolada y estabas completamente empapada en sudor. No me gusta verte sufrir, Fran. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Abrazarme y volver a llamarme mi amor.

–Eres mi amor, Fran, lo eres –dijo acariciándome y abrazándome de nuevo.

¡Dios, cómo le quería! ¡Le quería, sí, le quería! Me dormí enseguida al sentirme tan protegida entre sus brazos.

–Fran –oí a mi lado y sentí cómo unos labios suaves y dulces me besaban–  
Despierta, Fran.

–¿Qué pasa? –pregunté incorporándome de golpe.

–No pasa nada, solo quería preguntarte si te apetece ir a la montaña o lo dejamos para otro día.

Observé que Rob estaba ya vestido con ropa de montaña y estaba increíblemente guapo.

–Sí, quiero ir.

–¿Seguro? Esta noche no lo has pasado demasiado bien.

–Estoy bien, quiero ir contigo a la montaña.

–Está bien. Pues entonces tienes que levantarte. Voy a ir preparando el desayuno, ¿vale?

–Vale –dije.

Al quitarme la ropa que llevaba, caí en la cuenta que Rob anoche no había



tenido más remedio que verme casi desnuda cuando me quitó el camisón. No había sido consciente hasta ahora y me había perdido su reacción, aunque, lo más probable, es que estuviera demasiado preocupado por mí como para haberse fijado.

Cuando entré en la cocina olía a café recién hecho, adoraba ese maravilloso olor.

–Hola –dije sonriendo.

–Hola, mmm, menuda montañera más guapa –dijo dándome un beso.

–Eres un encanto, Rob.

–¿Una tostada?

–Sí, por favor. ¿A dónde vamos?

–Pues hoy creo que va a hacer buen día, no hace viento y hace sol, y lo mejor es que todavía no ha nevado. Tenía pensado ir a la Maliciosa.

Puse cara de “¿dónde está eso?”

–Está en Navacerrada. Es una caminata, pero no demasiado complicada.

–No me importa, aunque sea complicada. Solíamos ir a menudo a la montaña con mi padre.

–Se nota, estás muy bien equipada –dijo observando mi ropa y mis botas–. He preparado algo de comida.

–¿Tú? Pero si no cocinas

–Fran, se hacer unos bocadillos.

–Vale, vale. No digo nada, porque este desayuno está delicioso.

–Rob –le dije cuando ya estábamos en marcha hacia la montaña–, gracias por esta noche. Ya es la segunda vez que me salvas.

–Ha sido un placer. ¿Y cuándo te pasa en tu casa, no te oye nadie?

Me quedé momentáneamente pensativa. La verdad es que no lo sabía.

–Aquí, en Madrid, no lo sé; si me pasa, no lo recuerdo. Mi madre es que se toma unas hierbas para dormir desde que murió mi padre, y no se entera de nada. Supongo que sigue tomándolas. Y mis abuelos están en la otra parte de la casa. Así que me imagino que nadie se entera, ni siquiera yo. En Frascati me pasaba constantemente, siempre venía mi hermano Pedro a tranquilizarme. Ahora le has sustituido tú.

–Ahora entiendo un poco más a tus hermanos, lo posesivos que son contigo. Si te ven sufrir así constantemente, no querrán que nadie te haga daño.

–Supongo que sí.

–Me pregunto si yo habría sido así con mi hermana.

–No lo creo, tú no eres tan posesivo.

–¿Qué no? Todavía no me conoces bien.

El resto del camino apenas hablamos, era agradable disfrutar del paisaje y la música que tenía puesta Rob. Sonaba Unspoken, de Hurts.

En algún momento tendría que volver a disculparme con Rob por lo de ayer. Seguramente, mi pesadilla de esa noche había dejado relegado a segundo plano ese tema, pero Rob estaba dolido porque le había mentido, y no quería dejarlo pasar como si nada hubiera pasado. Aunque, esperaría al momento adecuado para intentar explicarle por qué le había mentido. Tenía mucha suerte de que quisiera seguir conmigo, de que siguiera confiando en mí.

Rob tenía razón. Cuando llegamos a Navacerrada hacía un día fantástico, ni rastro de viento, había alguna nube solitaria en el cielo, pero no parecía amenazadora. Hacía frío, pero era un frío soportable; además, íbamos bien

abrigados.

Era la primera vez que estábamos juntos en público desde que habíamos empezado oficialmente a salir. Supuse que a Rob no le daba miedo que estuviéramos juntos aquí, ya que las probabilidades de que nos cruzáramos con alguien conocido, eran muy escasas. Rob cogió la mochila y nos pusimos a andar hacia la Maliciosa. Nunca había ido allí, pero la idea de pasar el día con Rob en la montaña me apetecía muchísimo.

Después de andar durante dos horas, paramos a beber en una fuente que había en el camino. Era una fuente antigua de granito y el agua estaba deliciosa. Justo cuando había terminado de beber, oí a alguien a mis espaldas saludando a Rob. Me quedé donde estaba, esa voz la conocía.

Mierda, era voz es de Carlos, mi compañero de clase del talento. ¡No podía ser!

Fingí que seguía bebiendo agua para que no se diera cuenta de mi existencia.

–¡Qué casualidad, Rob! –dijo Carlos

–Sí. Qué pequeño es el mundo –dijo Rob separándose de mi más todavía, como para que no pareciera que estábamos juntos—. ¿Te vas?

–Sí, creo que va a caer una tormenta; deberías irte también.

–¿Una tormenta? No lo parece.

–Te lo aseguro, conozco esta montaña muy bien. Yo que tú no seguiría subiendo.

–Vale, gracias por el aviso. Hasta luego.

–Adiós –dijo desapareciendo cuesta abajo.

–Rob. Casi nos pilla –dije aliviada cuando ya había desaparecido cuesta abajo.

–Sí, menos mal que estabas bebiendo.

–No sé por qué me preocupo, tu abuela me dijo que no nos iban a descubrir.

–¿Eso dijo? Bueno, por si acaso vamos a seguir subiendo un poco. No tiene mucha pinta de que vaya a caer una tormenta, ¿no?

–No, para nada.

Así que continuamos subiendo. De cualquier forma, no podíamos bajar ahora y correr el riesgo de que nos viera Carlos. Cuando apenas llevábamos andando quince minutos, para nuestra sorpresa, comenzó a llover. Solo había unas pocas nubes muy negras encima de nosotros, pero no tenían ninguna buena pinta.

–Toma este chubasquero, Fran. Vamos a bajar, no me gusta cómo se está poniendo esto.

–Vale.

Cuando apenas llevábamos descendiendo unos minutos, oímos un trueno aterrador y a los pocos segundos comenzó a granizar. Aunque lo ideal habría sido correr para guarecernos de la tormenta, eso era misión imposible; como por arte de algún tipo de magia, el suelo estaba completamente cubierto de granizo y era imposible correr. Parecía como si acabara de nevar. No podíamos ni hablar del ruido tan ensordecedor que hacía el granizo al caer con tanta fuerza sobre el suelo y los truenos no paraban de sonar de una manera espeluznante. Miré a Rob, parecía preocupado y yo estaba empezando a asustarme.

Entonces, pasó algo muy extraño. Sentí como si el suelo retumbara y lo hizo tan fuerte, que de repente Rob ya no estaba a mi lado, cogido de mi mano. Me había caído hacia atrás, como si alguien me hubiera lanzado a unos cuantos metros de distancia de él. En menos de un segundo Rob estaba a mi lado con

cara de preocupación.

–Dios, Fran. ¿Estás bien? –oí a Rob a mi lado.

–Creo que sí.

Intenté incorporarme, pero me di cuenta de que no podía.

–¿Qué pasa?

–No siento mi brazo derecho.

–Tenemos que resguardarnos de la tormenta. ¿Puedes andar?

–Sí, supongo que sí.

Me ayudó a levantarme y no me soltó hasta que llegamos a una especie de saliente de piedra que había a unos metros de donde estábamos. Parecía una cueva, aunque, en realidad, no era más que una piedra de granito gigante, muy pronunciada por arriba, que tenía una pequeña cavidad en su interior.

–¿Sientes esto? –me dijo pellizcándome el brazo.

–No, lo tengo como dormido.

–¿Y esto? –me apretó el costado derecho.

–Tampoco.

–¿Aquí?

–Sí, siento la pierna. Además, me haces cosquillas –dije riéndome.

–Que te rías es buena señal. ¿Eres consciente de lo que nos ha pasado?

–Realmente no.

–Nos ha caído un rayo muy cerca, y estamos vivos de milagro. Lo siento, Fran, he sido un estúpido por haber seguido subiendo; tenía que haber hecho caso a Carlos.

–No ha sido culpa tuya.

–Claro que sí, quería huir de Carlos para que no nos viera y he puesto en peligro tu vida. Ha sido una estupidez subir cuando iba a caer una tormenta, es lo peor que se puede hacer.

–Rob, yo tampoco pensaba que fuera a caer una tormenta.

–Yo soy el responsable de los dos.

–Yo soy responsable de mi misma.

Me miró con cara de “ahora no necesito a la Fran independiente”.

–Si te llega a pasar algo, yo... –pero se quedó en silencio mirando hacia la lluvia.

–No ha sido culpa tuya, Rob.

No parecía oírme, se había quedado muy serio mientras miraba cómo caía la lluvia con mucha fuerza. Por lo menos había dejado de granizar, aunque la tormenta parecía en pleno apogeo; menos mal que el escondite que había encontrado Rob nos protegía de los rayos.

–¿Te has mojado mucho?

–No –mentí.

–Mientras esperamos a que pase la tormenta, quizá deberíamos comer.

–Claro, ¡qué gran idea!

Mientras comíamos los bocadillos que había traído le observaba; seguía muy serio y no sabía muy bien cómo animarle.

–Está delicioso, Rob, haces unos bocadillos estupendos.

–Gracias –dijo sonriéndome a medias.

–Rob, por favor, no estés tan serio.

–No puedo evitarlo, no dejo de pensar en que te podía haber pasado algo. Bueno, y, de hecho, te ha pasado: no sientes parte de tu cuerpo.

–Solo es el brazo y seguro que se me pasará.

Me miró con cara de “¿solo el brazo?”

Al cabo de media hora aproximadamente pudimos irnos por fin de allí. Era agradable poder volver a andar otra vez, ya que, después de más de una hora en la cueva, me había quedado helada. Íbamos cogidos de la mano, pero Rob seguía sin pronunciar ni una sola palabra. De vez en cuando le contaba alguna historia sobre alguna excursión que habíamos hecho con mis padres, y lo único que conseguía era una media sonrisa. Aunque sabía que tan solo estaba preocupado por mí y se sentía culpable por lo que había pasado, esta era una faceta suya desconocida para mí. Se lo estaba tomando de una forma muy personal. ¿Por qué se sentía tan responsable de mí?

Cuando llegamos al coche, me pidió que me quitara las botas y me dejó unos calcetines de repuesto. Puso la calefacción a tope y nos marchamos de allí.

–Fran, quiero llevarte a un hospital

–No hace falta, Rob, estoy bien.

–Me gustaría llevarte.

–No, no me gustan los hospitales.

–Por favor, me quedaría más tranquilo si te vieran.

–No. Por favor, Rob, no me pidas eso, no soporto los hospitales.

No era consciente de lo que me estaba pidiendo.

–Hazlo por mí, Fran.

–Lo siento, pero no puedo. Seguro que mañana se me ha pasado.

–¡Qué cabezota eres! –dijo un poco serio y no volvió a decirme nada el resto del camino.

Me imaginé que nos dirigíamos a casa, pero, en realidad, no habíamos hablado sobre qué haríamos el resto de la tarde. A lo mejor podía intentar hacer un esfuerzo para que se sintiera mejor, me dolía verle tan serio por mi culpa.

–Rob –le dije cuando aparcamos el coche delante de su casa–, si es tan importante para ti, te prometo que si mañana sigo igual, iré al médico.

–¿De verdad? –dijo sonriendo–. Gracias, Fran –añadió dándome un beso.

¿Cómo podía ser tan encantador? Si hubiera sabido que se iba a poner así, se lo habría prometido antes.

El resto de la tarde volvió a ser el de siempre. No nos movimos de su cuarto de estar y en realidad no había nada que me apeteciera más que estar abrazada a él mientras veíamos películas. Rob había traído todas las mantas que había encontrado por la casa porque me había quedado helada después de nuestra aventura en la montaña.

–Rob, el otro día me dijisteis que tu madre tenía los mismos poderes que tu abuela. Entonces, ¿supo que iba a morirse?

Era algo que me rondaba la cabeza pero me daba miedo preguntarle por si le parecía demasiado violento.

–Sí, pero lo supo con poco tiempo. Siempre decía que veía mejor lo que les iba a pasar a sus seres queridos, que lo que le iba a pasar a ella, lo veía con poco tiempo para poder reaccionar. Por lo menos a mi madre le dio tiempo de escribir unas cuantas cartas para mí y una para mi padre. En la carta de mi padre le pidió que me fuera dando cada año una de las cartas.

–¡Qué bonito!



–Sí, mi padre me las fue dando cada Navidad hasta que tuve dieciocho años.

¡Ojalá mi padre hubiera podido hacerme eso!

–Era mi regalo preferido de Santa Claus.

–¿Qué te decía en las cartas?

–Me contaba cosas sobre ella, sobre su vida, y también me contaba cosas sobre mí cuando era pequeño, las cosas que le gustaban de mí. Y en cada una de ellas me avisaba de algo que me iba a pasar y me aconsejaba.

–¡Qué suerte! ¿Y qué le gustaba de ti?

Se quedó pensativo.

–Me decía que era muy expresivo, comunicativo, muy observador, muy cariñoso, positivo. Pero que tenía que intentar no enfadarme tanto.

–Ajá.

–Sí, ahora ya sabes lo que es.

–Bueno, no es para tanto. Aunque, tengo que confesar que ayer lo pasé un poco mal y hoy también.

–No pretendía estar serio contigo. Me he asustado mucho cuando te he visto en el suelo. Pensaba que te había pasado algo y en ese momento me he dado cuenta de lo importante que eres para mí.

Le sonreí.

–Te quiero –me dijo mirándome con sus preciosos ojos color miel.

¿Me quería? ¡Me quería!

Comencé a besarle apasionadamente

–Fran, Fran –dijo apartándose suavemente–. No sigas.

–Por favor Rob, yo también te quiero y quiero que me toques.

–No podemos, lo siento. Por favor, ten un poco de paciencia. Me llama la atención que quieras hacerlo tan desesperadamente, cuando para ti sería la primera vez.

–Con el chico que salía estuve a punto de hacerlo, pero al final se acobardó.

–¿Qué?

–Sí, le tenía miedo a mis hermanos.

Comenzó a reírse.

–¡No me lo puedo creer!

–Ríete, pero es cierto. Aunque ahora me alegro de que se acobardara, porque quiero hacerlo por primera vez con la única persona que he querido: tú.

–Fran, ¿qué voy a hacer contigo? –dijo cogiéndome la cara entre sus manos y besándome.

Me cogió y me sentó sobre él. ¿Lo había conseguido? ¿Se había rendido?

Me besó fuertemente y deslizó sus labios por mi cuello. ¡Oh, sí! Me quitó suavemente el jersey y después la camiseta y siguió besándome.

–Eres preciosa.

Cuando sentí sus manos por mi cuerpo, creí que iba a morirme. Eso no tenía nada que ver con lo que había sentido con otros chicos, cuando me habían besado así; bueno, jamás me habían besado así. Me besaba como si fuera un trofeo recién ganado después de mucho esfuerzo, como si su deseo por mí fuera lo más importante del mundo, como si yo fuera todo para él.

Le quité el jersey y la camiseta. Tenía un cuerpo increíble. Le besé igual que él me había besado, como si fuera lo que más deseaba del mundo, como si

llevara meses soñando con esto, como si el mundo se fuera a acabar después de esta noche.

–Fran, no podemos seguir

¡Nooooo, yo quería seguir!

–Por favor.

–Toma, ponte la camiseta. Fran, te quiero y te deseo más de lo que te puedas imaginar, pero tenemos que esperar. No solo porque sea tu profesor, sino porque se lo he prometido a tu hermano.

–¡Vaya! –dije enfadada cogiendo la camiseta y poniéndomela rápidamente–. ¿Podemos dormir juntos o ya no te fías de mí?

–No te enfades, yo quiero hacerlo más que tú. Podemos dormir juntos, pero solo dormir.

–Vale –dije resignada.

Por un momento pensé que ya no iba a querer dormir conmigo, como la noche anterior. Fui al baño a ponerme el camisón y me metí en la cama. Al poco rato, Rob se metió también. Me quedé quieta como una estatua porque no quería estropearlo otra vez; si quería acercarse a mí, que lo hiciera él.

–¿Cómo está tu brazo? –me preguntó al mismo tiempo que me abrazaba.

–Bien. Ahora hablo con él para que mañana esté bien despierto.

–Muy graciosa.

–Buenas noches –le dije besándole.

–Te quiero, dulces sueños.

Me quedé acariciando su precioso pelo castaño y en apenas unos minutos cayó en un profundo sueño. Parecía tan frágil y vulnerable dormido encima de mí.

Me sentía completa a su lado, y totalmente a salvo de cualquier peligro.

No pude evitar revivir todo lo que había pasado durante el día. Aunque había empezado de una forma extraña y casi peligrosa, había acabado siendo el mejor de mi vida, incluso a pesar de que no hubiera sucedido lo que tanto deseaba. Nunca había sentido eso por nadie y tenerle junto a mí durmiendo era lo mejor que me había pasado jamás. Me sentía tan bien sabiendo que Rob me quería igual que yo a él, me hacía sentirme tranquila por primera vez en mucho tiempo.

Me desperté al notar una gran cantidad de luz en la habitación. Rob dormía a mi lado. Me quedé un rato observándole, estaba tan guapo dormido. Me transmitía una sensación de serenidad y paz. Se había dormido otra vez sin la parte de arriba del pijama, quizá dormía así todos los días. Pude contemplar su precioso torso, perfectamente modelado y escultural. Comencé a tocarle el pelo, luego el rostro y fui bajando hasta su pecho. Entonces se despertó y me cogió la mano de forma instintiva.

–Mmmmm, me gusta despertarme con tus caricias, es una sensación maravillosa. Daría lo que fuera por tenerte en mi cama todos los días.

Me reí.

–¡Fran! –me dijo entusiasmado–. ¡Hoy no has tenido ninguna pesadilla!

Me conmovió que fuera él el que se hubiera dado cuenta, cuando yo no había sido consciente hasta que lo había dicho.

–¡Es cierto! Estoy segura de que tú has tenido mucho que ver.

–No es la primera vez que dormimos juntos, pero sí es la primera vez que no tienes pesadillas –comentó Rob.

–Pero esta noche ha sido la primera noche que has dormido conmigo desde el principio, y a lo mejor eso me ha hecho estar más tranquila.

–Tienes razón. Tendremos que hacerlo más a menudo.

–Puedes contar conmigo para eso cuando quieras. No hay nada que me guste más que dormir contigo.

–¡Y otra cosa maravillosa que no te has dado ni cuenta! –dijo entusiasmado.

–¿Qué? –pregunté con curiosidad.

–¡Me estabas acariciando con la mano derecha!

–Ya te dije que hablaría con mi brazo.

–Muy graciosa. ¿Qué planes tienes hoy?

–No ir al médico –dije riéndome.

–Estas de muy buen humor.

–Tú me haces estar así, despertarme a tu lado me hace estar así. Tengo que ir a recoger a mi madre al aeropuerto.

–¿Tú sola?

–Bueno, creo que con mi hermano, porque él se va y mi madre viene.

–Si quieres te llevo al aeropuerto.

–¿En serio?

–Sí.

–Mi madre estará encantada de conocerte, lo estaba deseando. Le mandaré un mensaje a Marco.

<Marco, Rob nos lleva al aeropuerto. ¿Te recogemos?>

<No, voy por mi cuenta. Grazie sorella>

–Dice que va por su cuenta.

–Muy bien.

Me sentía tan bien esa mañana, a lo mejor era porque no había tenido ninguna pesadilla. Rob era el único que había conseguido que, por una noche, no hubiera tenido ninguna, porque, aunque en mi casa no me despertara, estaba segura que las tenía todas las noches. La sensación que tenía por las mañanas al despertarme, no se parecía en absoluto a la de hoy. Me sentía llena de vida y de muy buen humor.

–¿Me dejas conducir? –le pregunté cuando íbamos hacia su coche.

–Nooo.

–¿Te da miedo?

–Sí, claro, sobre todo con la suerte que estas teniendo este fin de semana. No es muy habitual que te caiga un rayo encima.

–Te recuerdo que nos cayó a los dos.

–Pero a mí no se me paralizó el brazo, con lo que tengo más suerte que tú. Te dejo conducir en cuanto te saques el carnet; en teoría solo deberías conducir con tu profesor virtual.

–¡Qué responsable eres, ni que fueras profesor! Por cierto, Rob –le dije cuando ya estábamos de camino al aeropuerto–, ¿sabes si tu prima Celia fue a visitar el viñedo?

–Ah, sí. De hecho creo que ha quedado con tu hermano un par de veces después de eso.

–¿En serio?

–¿Tu hermano no te lo ha comentado?

–No, no suele contarme nada sobre sus relaciones. Pero si ha quedado ya un par de veces con ella, es que le gusta. No suele repetir mucho de chica. Tu abuela tiene ojo con las relaciones.

–Pues yo me alegro de que no haya intervenido en la nuestra, así me parece más auténtica.

–Lo nuestro habrá sido cosa del destino.

–No tengo ninguna duda.

Cuando llegamos al aeropuerto no tuvimos que esperar mucho a mi madre. Apareció por la puerta y sonrió al vernos allí. Pude ver que le había sentado bien ir a Italia, le había cambiado la cara.

–Hola, Fran y... Rob, supongo.

–Sí, encantado de conocerte. Fran no me había dicho que tenía una madre tan guapa.

–Gracias, Rob. ¡Por fin nos conocemos! Qué detalle que hayas venido a buscarme.

Me dio la impresión de que a mi madre le había gustado Rob, aunque no lo había dudado ni un segundo. Rob era muy educado y era encantador. Dejé a mi madre que se sentara delante, para que pudiera estirar la pierna escayolada.

–¿Qué tal en Frascati? –le pregunté durante el camino a casa.

–Muy bien, tu tía Simona te manda muchos besos y dice que está deseando verte en Navidad.

–¿Cuándo tenemos que ir?

–Pues, como la boda es...

–¡La boda del primo! Lo había olvidado por completo.

–...el día veinte de diciembre, había pensado que nos fuéramos el diecinueve, cuando acabas las clases.

Rob y yo nos miramos al mismo tiempo por el espejo retrovisor. ¡No, el

diecinueve no me iría, era nuestra cita!

–El diecinueve no puedo mamá. Es el último día de clase.

–Por eso.

–Seguramente hagamos una cena de despedida.

–Ah, bueno, pues tú te puedes ir el sábado, yo me iré el viernes o incluso unos días antes, porque tengo que echarles una mano, ya sabes que se celebra en el viñedo.

–Vale.

Rob me miró por el espejo y me guiñó el ojo. Ese día era nuestra primera cita oficial y, aunque ya sabía por adelantado que no iba a pasar nada nuevo, me hacía ilusión esa cita; tenía un significado especial. Además, si no nos íbamos a ver en una semana, me apetecía despedirme de él y salir a un restaurante por primera vez. En realidad, no había hablado con Rob sobre el futuro y no sabía si se tendría que ir en Navidades a Estados Unidos a ver a su padre o si, por el contrario, se quedaba con su familia de España.

La semana pasó volando. En clase seguimos diseñando en grupo nuestra botella y la etiqueta. Pensábamos que íbamos a tardar menos, pero había muchos detalles que tener en cuenta. Para empezar, algunos de nosotros nos teníamos que dedicar a investigar para no repetir ningún diseño ni ningún nombre de vinos que ya existiera.

El miércoles por la tarde Rob me mandó un mensaje.

<Hoy no podré verte, lo siento, reunión improvisada. Como mi abuela sabe que no nos descubrirá nadie, ¿quedamos el viernes para cenar o cine o las dos cosas?>

<¡Biennnnn! Claro. Si se pueden dos cosas, pues dos. Como quedamos>



<Quedamos directamente en el centro comercial a las 8? El viernes tengo otra reunión. Conduce con cuidado. (Cara de preocupado)>

<Siempre conduzco con cuidado. (Cara sacando la lengua)>

El jueves acompañé a mi madre a quitarse la escayola, por fin podría volver a su vida normal. Le vendría bien poder salir de casa, porque lo único que hacía era escribir en el ordenador. Seguía sin decirme qué era eso que escribía. Después, como le había prometido, la acompañé a dar un paseo, no a correr como ella habría querido, pues el médico le dijo que tendría que esperar unos días hasta que fortaleciera la pierna.

El viernes decidí arreglarme, era la primera vez que Rob y yo salíamos en público y me hacía mucha ilusión. Me puse una minifalda negra, cuello vuelto rojo y unas botas altas negras. Cogí el coche con mi profesor virtual rumbo a mi cita con Rob. Cuando llegué al parking del centro comercial, me hicieron bajar a la segunda planta, la primera estaba al completo. No me costó nada encontrar sitio, pues apenas había dos o tres coches aparcados.

Cuando bajé del coche, me sentí por un momento desorientada, no encontraba la puerta de entrada al edificio, aunque no era de extrañar, puesto que se debía haber ido la luz y estaba muy oscuro. A pesar de la oscuridad, acabé vislumbrando la entrada en la lejanía. Fui casi corriendo hacia la puerta; me sentía extraña y me estaba dando un poco de miedo llevar allí un rato dando vueltas en círculo. No sabía por qué me sentía así, puesto que nunca había sido demasiado asustadiza, pero me daba la impresión de que alguien estaba vigilando mis pasos. Justo cuando estaba a punto de llegar a la salida, apareció un hombre de la nada y se interpuso en mi camino.

—Perdone —dije.

—¿A dónde crees que vas?

No me gustó su tono de voz. A pesar de que su ropa no tenía mala pinta, me dio mucho miedo su mirada y, además, llevaba el pelo desaliñado y barba de varios días. Empecé a oír mi propio corazón palpitando muy fuerte y sentía como si me hubiera quedado sin respiración.

–Me deja en paz, por favor –dije volviendo a intentar entrar por la puerta.

Pero volvió a impedírmelo. En un segundo se dispararon todas las alarmas posibles en mi cerebro. Miré de forma instintiva hacia ambos lados, intentando estudiar la forma de salir de allí corriendo; estaba en forma y seguro que no conseguiría alcanzarme. Pero debió leer mis pensamientos, porque en cuando intenté girarme, me agarró fuertemente del brazo.

–Tú no vas a ningún lado, preciosa.

Me había cogido del brazo muy fuerte y me estaba haciendo mucho daño.

–¿Qué quiere de mí? Si no me suelta...

–¿Qué vas a hacer?

Comencé a gritar pidiendo ayuda, aunque dudaba que alguien me oyera, no se oía ni un solo ruido en ese parking solitario y oscuro. Pero me giró hacia él, retorciéndome el brazo; después me agarró del cuello con el brazo y me tapó la boca con la otra mano. Aunque aparentemente no parecía ser fuerte, ya que era bajito y delgado, me tenía totalmente aprisionada y no podía escapar de él.

–¡Qué suerte he tenido de que apareciera una chica joven y guapa como tú! Aunque, iba a hacer lo mismo aunque fuera fea y gorda.

¿Qué iba a hacer conmigo? Dios mío, no, por favor, no quería que me tocara, no, no. Apenas soltó la mano de mi boca para tocarme el pecho, volví a gritar lo más fuerte que pude. Lo único que conseguí fue que me diera la vuelta y me pegara un puñetazo en la cara. Me dio con tanta fuerza que caí al suelo y me sentí por un momento desorientada.

Cuando volví a mirar hacia él, me di cuenta que no veía por un ojo. Ahora ya no tenía miedo, estaba muy enfadada, ¡me había dejado un ojo morado! Iba a enfrentarme a él. Total, no tenía nada que perder. Pero cuando me iba a levantar, vi que no haría falta que me enfrentara a él después de todo, ya no estaba sola. Había alguien allí. ¿De dónde había salido? ¿Era posible que fuera Rob? Por lo poco que veía me daba la impresión de que era él. Sí, definitivamente, era Rob. ¡Estaba tan contenta de verle allí! Aunque no sabía cómo había podido encontrarme.

Rob comenzó a darle puñetazos y no podía parar. No sabía de dónde sacaba tanta fuerza, si el hombre indeseable era muy fuerte también. Pero no le daba tiempo a reaccionar, porque Rob estaba fuera de sí. Tenía que hacer algo para pararle porque, aunque el hombre ese no se mereciera mi ayuda, como siguiera dándole así de fuerte, le iba a matar. Y lo último que quería era que Rob se metiera en un lío por mi culpa. Así que me acerqué a él y le grité que parara, pero no parecía escucharme. El indeseable yacía inconsciente en el suelo y aproveché ese momento para ponerme delante de Rob. En cuanto Rob me vio, pareció recobrar el sentido y volvió en sí.

–Fran, ¿estás bien?

–Sí, gracias a ti.

–Menudo hijo de... Mira cómo te ha dejado la cara.

–Ssss, tranquilo, estoy bien. Vamos a llamar a la policía.

–Sí, claro –dijo sacando su flexitablet del bolsillo trasero.

Mientras Rob llamaba a la policía, el indeseable debió recuperar el sentido y salió corriendo. En cuanto Rob se dio cuenta de su escapada, me pasó su tablet y salió corriendo detrás de él, pero no pudo alcanzarle. ¡Bueno, eso significaba que no estaba muerto y, por un lado, era un alivio!

–Lo siento, se me ha escapado.

–Seguro que le encuentra la policía. ¿Cómo me has encontrado?

–Gracias a ti, tienes activado tu GPS para mí. Además, nada más entrar en el parking, te he oído gritar.

–Menos mal que me has encontrado, Rob, –le dije abrazándole.

–Si hubiera llegado un poco más tarde...

–Pero has llegado justo a tiempo. Gracias.

Tuvimos que estar allí un buen rato, mientras la policía nos interrogaba y los de emergencias nos curaban las heridas. Con mi cara no había mucho que hacer, tenía el ojo izquierdo totalmente hinchado y apenas podía ver, y Rob se había destrozado la mano pegándole puñetazos.

–Ya vendremos a recoger tu coche mañana, ¿vale?

–Vale.

Apenas hablamos por el camino. No paraba de darle vueltas a qué habría pasado si no llega a venir Rob a rescatarme. ¿Me habría violado? Cada vez que lo pensaba se me ponían los pelos de punta, me daba tanto asco pensar en ese hombre tocándome y haciendo las cosas que solo debería hacer Rob. Tenía que apartarlo de mi mente, no podía soportar las imágenes que pasaban por mi cabeza.

Me había impresionado cómo había reaccionado Rob, la fuerza que tenía. ¿Qué habría pasado si no le hubiera parado? Nunca me habría imaginado que pudiera ponerse así, tan furioso con alguien. Estaba claro que ese hombre se lo había buscado, pero no dejaba de sorprenderme la paliza que le había dado, la rabia con la que le había pegado.

Cuando entramos en su casa, Rob me llevó a la cocina y calentó algo de

comida. Estaba muy serio, no sabía si por lo preocupado que estaba o si había otra razón que desconociera para que estuviera así. Parecía de alguna manera enfadado conmigo o consigo mismo. Pero ¿por qué iba a estar enfadado?

–Come, te vendrá bien –me dijo poniéndome un plato de sopa delante.

–¿Tú no comes?

–No, luego comeré algo.

–¿Qué te pasa, Rob? Sé que estás en shock, como yo, pero ¿por qué no me hablas?

–Me siento fatal por lo que te ha pasado, si hubiera llegado más tarde, ese hombre...

–No lo pienses No ha pasado, porque tú me has salvado.

–Le he visto tocarte y te ha pegado tan fuerte, que me he puesto como un loco. No puedo soportar que alguien te intente hacer daño, Fran. Y me puedo imaginar lo que quería hacer contigo. Si te llega a hacer algo, le habría matado.

–No, no habrías hecho eso –aunque lo dije sin mucho convencimiento.

–Creo que sí, esta no es la primera vez que me pasa algo así.

–¿Qué?

–No es la primera vez que me pongo así.

Le miré extrañada. ¿De qué me estaba hablando?

Suspiró y continuó hablando.

–Llevaba un año y medio viviendo con mi anterior novia, cuando comencé a hacerme famoso por las catas de vino. Viajaba mucho y una noche volví a casa antes de lo previsto y la encontré en la cama con mi primo.

–Dios mío, Rob –dije cogiéndole de la mano.

–Lo que le hice fue horrible, Fran. No podía parar de pegarle. Si ella no se llega a poner delante de mí como has hecho hoy tú, quizá le habría matado.

No le dije nada, pero me levanté y me senté en su regazo y le abracé. Por eso su abuela me había dicho que quería protegerme de sí mismo, no confiaba en él mismo. Pero yo si confiaba en él, sabía que nunca me haría daño. Hoy había pegado a ese hombre por una buena razón, para salvarme a mí. Pero era cierto que lo que pasó con su ex novia, aunque era comprensible, había sido demasiado. Quería ayudarle para que se sintiera mejor, pero no sabía cómo.

–Solo lo saben ella, mi primo, mi padre y mi tío. Gracias a mi padre, no me denunció y es la primera vez que lo cuento desde entonces. Ellos siguen juntos e incluso se han casado. No siento nada por ella, nada en absoluto, pero, en aquel momento, supongo que la quería y me hizo mucho daño que me pusiera los cuernos; además, con mi primo. Pero eso no justifica lo que hice y no me lo puedo quitar de la cabeza.

Y por supuesto lo sabía su abuela, pero parecía desconocerlo.

–Te quiero y confío en ti y no sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mí hoy. Seguramente, si no hubieras aparecido, ese indeseable me habría destrozado la vida, porque quiero que seas tú el primero y el único. Ven, vámonos a dormir –dije cogiéndole de la mano.

–¿Te quedas a dormir? –me dijo sorprendido y a la vez ilusionado.

–Sí, no pienso separarme de ti esta noche. Le mandaré un mensaje a mi madre para avisarla y que no se preocupe.

–Se supone que tengo que consolarte yo, después de lo que te ha pasado hoy.

–Por una vez vas a dejar que te consuele yo a ti –dije cogiéndole de la mano.

No dijo nada más y dejó que le llevara como a un niño pequeño hasta su cama. Le quité la camisa, me puse una camiseta suya y nos metimos en la cama. No paré de acariciarle y besarle durante horas, hasta que noté que se había dormido. Pobre Rob, se sentía muy culpable por aquello que le había pasado, y eso que hacía ya años. A lo mejor por eso había venido a España, para alejarse de todo eso. Los dos habíamos venido aquí huyendo de algo, aunque no parecía servir de nada, mis pesadillas habían venido conmigo hasta aquí, y a Rob le había seguido su sentimiento de culpabilidad.

Hace un día fantástico, soleado y la nieve está perfecta. Estoy esquiando. Voy delante de mi padre; siempre dice que prefiere ir detrás de mí para no perderme de vista. Supongo que se debe al accidente que tuvo mi madre en Estados Unidos y del cual se siente culpable por no haber podido evitarlo al ir delante de ella. Mi padre se siente muy responsable de todos, se preocupaba mucho por nosotros. Me siento segura sabiendo que está conmigo. Mis hermanos, como siempre, van a su aire; seguramente ya estarán en otra pista. Y mi madre esta vez no nos ha querido acompañar.

Entonces, de repente, alguien pasa a mi lado tan rápido que me hace perder el equilibrio. Intento evitar caerme, pero al final no pudo hacer nada y caigo rodando. No puedo pararme, caigo y caigo sin parar, hasta que dejo de sentir mi cuerpo. Ya no veo nada, ni me duele nada. Oigo a mi padre llamándome en la lejanía, aunque cada vez le oigo más y más lejos, hasta que caigo en un profundo sueño.

–Fran, mi amor, estoy contigo. No pasa nada –oí a Rob a mi lado–. ¿Estás bien? –me dijo cuando vio que había abierto los ojos.

–¿Qué?

–Has vuelto a tener una pesadilla.

–¿Sí? Vaya.

–Aunque, creo que ha sido diferente.

–¿Por qué lo dices?

–Esta vez no llamabas a tu padre, solo gritabas “no, no, no” sin parar. A lo mejor ha sido por lo que pasó anoche.

–No lo sé, no me acuerdo de nada.

–A lo mejor mi abuela te puede ayudar.

–¿Tú crees?

–Sí, seguro que ella sabe lo que has soñado; mañana hablamos con ella. No quiero verte sufrir cada noche.

–Vale, hablaré con ella. Gracias, Rob, por todo.

–Gracias a ti, Fran. Ayer por la noche me hiciste sentir muy bien por primera vez en mucho tiempo; el hecho de contártelo me ha ayudado mucho. Te quiero, Fran.

–Yo también te quiero, Rob.

Me coloqué sobre su hombro y me dormí mientras me acariciaba el pelo con mucha suavidad.

Por la mañana, cuando me desperté, estaba sola en la cama. Después de ducharme y vestirme, bajé a la cocina. Su abuela estaba allí preparando café.

–Buenos días, Francesca; ¿un café? –me dijo poniéndome una taza humeante de café con leche.

–Buenos días, Victoria. Sí, muchas gracias. ¿Y Rob?

–Le ha llamado la policía, parece que han cogido a ese desgraciado que te ha hecho eso y ha ido para allá. Solo hacía falta que alguien le reconociera y no quería que fueras tú.



–¿Te lo ha contado?

–No ha hecho falta. Has dormido mal ¿verdad?

–Sí. ¿Te ha hablado Rob de eso?

–No, pero sé que tienes pesadillas y que la de hoy ha sido distinta.

–No lo sé, no recuerdo nada.

–Fran, lo del ojo tiene un significado.

–¿Te refieres al puñetazo?

–Sí, está relacionado con tu sueño.

–No entiendo nada.

–Estás dormida y tienes que despertar; no ves las cosas como son en realidad.

–¿Qué? Victoria, no entiendo lo que me estás diciendo.

–A lo mejor ahora no tiene ningún significado para ti, pero lo tendrá. No te puedo decir nada más. Viene Rob.

No oía ningún ruido, pero estaba segura de que enseguida entraría por la puerta. Ya no dudaba de ella.

–Hola, Fran, Victoria –dijo Rob entrando en la cocina.

–¿Qué ha pasado? –dije levantándome y acercándome a él.

–Le han cogido –dijo sonriendo.

–¿Era él entonces? Oh, qué bien Rob, gracias por haber ido –le dije abrazándole.

–No quiero que vuelvas a verle. ¿Qué tal estás? ¿Te duele la cabeza?

–No, estoy bien.

–Toma, Francesca –me dijo su abuela– ponte esto en el ojo, se te curará más

rápido.

–Gracias.

Lo que me había dicho Victoria, me había dejado muy confusa. ¿Qué tendría que ver el puñetazo con mis sueños? No tenía ni pies ni cabeza lo que me acababa de decir. ¿Qué quería decir con que no veía las cosas como eran en realidad y que estaba dormida? Seguramente era una forma de hablar, una especie de metáfora: había algo que no veía y tenía que despertarme para verla como era en realidad. Pero ¿a qué se refería? Si no podía recordar mis sueños, ¿cómo iba a poder entender lo que me había dicho?

## **Diciembre**

Si noviembre había sido tormentoso y lluvioso, diciembre llegó frío y seco. Cuando salía por las mañanas rumbo a la universidad, estaba todo helado. A pesar de poder controlar la temperatura de la piscina, ya no era capaz de bañarme al aire libre y comencé a ir más a menudo a la piscina cubierta.

Mi madre ya estaba totalmente recuperada y volvía a correr al mismo ritmo de siempre. Seguía escribiendo a todas horas, en su habitación, en el sillón del cuarto de estar, en la terraza cubierta; daba igual la hora que fuera, siempre estaba en su ordenador escribiendo. De hecho hacía tiempo que no la oía tocar el piano y eso era muy extraño, jamás había dejado de tocar.

El lunes me dijo mi madre que Pedro venía a pasar el fin de semana. ¡Qué extraño! ¿Seguiría saliendo con Celia y vendría a verla? Bueno solo tendría que esperar al viernes para descubrirlo.

–Buenos días. Tengo que deciros que habéis hecho un trabajo tan increíble en el diseño de la botella, que me he tomado la libertad de apuntaros en un concurso para estudiantes universitarios. Aunque no seáis universitarios, he podido apuntaros gracias al Talent Search. Creo que tenéis posibilidades de

quedar en un buen puesto o incluso de ganar.

Le miré orgullosa. Era un profesor fantástico, me gustaba tanto lo que hacía y cómo lo hacía.

–Por otro lado, a partir de esta semana vamos a empezar a dar una introducción a la viticultura. Nos vamos a centrar, sobre todo, en los aspectos meteorológicos y en las enfermedades de la vid. Quizá sean aspectos más aburridos, pero son importantes.

Cuando estábamos a punto de acabar la clase, Rob me sorprendió diciendo.

–Ya queda poco para acabar nuestro curso y he pensado que estaría bien hacer una pequeña excursión a modo de despedida. Podríamos irnos un fin de semana fuera, no muy lejos de Madrid. Si os apetece, por favor, mandadme vuestras propuestas y las votaremos. El miércoles decidimos dónde vamos. Lo ideal sería hacerlo el fin de semana del doce, ya que es el último fin de semana, y para este fin de semana no nos daría tiempo a organizarlo. Hasta mañana, chicos.

¡Un viaje de fin de curso con Rob! No me había comentado nada, aunque, normalmente, no hablábamos nunca de asuntos de las clases; a Rob no le gustaba mezclarlo en nuestra relación y yo estaba totalmente de acuerdo con él. Cuanto menos supiera, mejor.

El miércoles votamos las distintas opciones para nuestro fin de semana de despedida. Había de diferentes tipos: ir de excursión a la montaña, hacer un descenso en canoa, visitar bodegas, montar en globo e ir a esquiar. Voté el descenso en canoa; me gustaba esquiar, pero mi madre no me lo permitiría.

–Bueno, pues, como sabéis, la votación es secreta y simplemente saldrá el resultado más votado en vuestras pantallas en unos segundos... Ha ganado la excursión de esquí. Lo organizo entonces para el fin de semana siguiente y os

aviso de los detalles la semana que viene. Os envió una autorización para que firmen vuestros padres. Traédmela el lunes. Si alguien quiere participar en la organización, cuento con vosotros.

Noooo, entonces no podría ir con ellos. Pero me apetecía tanto pasar un fin de semana con Rob, aunque no pudiera besarle ni tocarle. No quería perdérmelo. Además, tenía tantas ganas de esquiar... hacía más de tres años que no lo hacía. Intentaría hablar con mi madre, pero dudaba que quisiera firmarme la autorización.

–Hola, mamá. ¿Sabes que en clase hemos organizado un fin de semana fuera, de despedida? –le dije en cuanto llegué a casa.

–Eso es estupendo. ¿Dónde vais?

–A esquiar.

Le cambió no solo la expresión de la cara, sino el color; de repente se puso pálida.

–No, Fran, lo siento, a esquiar no.

–Mamá, por favor, me apetece mucho ir; solo son dos días.

–No, lo siento, no puedo dejarte ir. Y sabes perfectamente por qué no quiero y creo que no es demasiado pedirte que te olvides de eso.

–Pero...

–No quiero hablar más del tema, Fran –dijo volviendo a mirar a su ordenador e ignorándome por completo.

¡No podía creerme que mi madre me impidiera ir a mi viaje de fin de trimestre! Si ella tenía miedo era su problema, pero yo no tenía miedo. ¡Quería volver a esquiar! Estaba tan indignada que me fui hacia la piscina y, aunque hacía un frío helador, puse la temperatura al máximo y comencé a nadar.

Necesitaba quitarme el estrés que me producía mi madre. Ya había pasado suficiente tiempo como para seguir impidiéndonos esquivar. De hecho, no entendía por qué mis hermanos no se habían enfrentado a ella sobre este tema. ¡Tenían veinticuatro y veinte años y podían hacer lo que quisieran! Pero ellos nunca lo habían hecho y yo era la primera que lo había intentado, aunque no había conseguido nada. No tenía ningún sentido seguir viviendo con miedo.

El viernes por la tarde llegó mi hermano Pedro. En cuanto entró en casa, me di cuenta de que no estaba de buen humor.

–Fran, quiero hablar contigo.

–Vale.

–¿Esta mamá?

–No, todavía no ha llegado.

–Mejor, quiero hablar contigo a solas.

–Vale, vamos a mi habitación. ¿Qué pasa Pedro?

–Ya sé quién es Rob.

–¿Qué?

¿Qué era lo que sabía?

–¡Estás saliendo con tu profesor, Fran! ¿En qué estabas pensando?

–No ha sido a propósito, nos conocimos antes de saber que era mi profesor.

–Lo sé, pero habéis seguido saliendo. ¡Lo que es increíble es que él lo haya permitido!

–¿Cómo lo has sabido?

Se quedó a callado. Celia. ¡Claro! Había sido ella.

–Te lo ha dicho Celia –le dije.

–¿Cómo lo sabes?

–Sé que estáis quedando.

–Bueno, sí, llevamos quedando unas semanas. A Celia se le escapó. En realidad, se sintió fatal por habérmelo dicho; no quería que te lo dijera.

–¿Y por qué me lo estás diciendo?

–¡Porque no pienso consentir que sigas saliendo con él! –dijo muy enfadado.

–Pues pienso seguir saliendo con él. Y, para tu información, no nos hemos acostado y no porque yo no quiera.

–No teníais ni que estar saliendo en absoluto. Además, ya sé que es Rob Rogers.

–Ah.

–Y me da igual quién sea, pero no puede comportarse así. ¡Dios mío, eres su alumna! –dijo exasperado.

–Ya te he dicho que no hemos hecho nada, Pedro; en realidad, tenemos una relación casi de amigos, tan solo nos besamos.

–Le podrían expulsar.

–Lo sé, pero tú no vas a delatarle.

–No lo haré si dejas de salir con él.

–¿Qué? ¿Me estás amenazando?

–Sí.

–No me lo puedo creer, Pedro. Ah y, por cierto, ¿qué tal con Celia?

–Bien, pero eso que tiene que ver.

–Tiene que ver. Pensé que si te enamorabas de alguien, lo entenderías. Yo

estoy enamorada de Rob, no puedo, simplemente, dejarle. ¡Le quiero Pedro!

–¿Qué? Si apenas llevas un mes con él.

–Llevamos más tiempo. Rob ha intentado por todos los medios no salir conmigo, de verdad, no quería ni besarme, pero ha sido culpa mía. No hemos podido evitarlo... Nunca había sentido esto por nadie. Sé que es mi profesor, pero ha sido mala suerte, y además, solo va a serlo durante dos semanas más y ya está.

–Eso ¿qué quiere decir?, ¿que en dos semanas te vas a acostar con él?

–¿Y eso a ti qué te importa? ¿Acaso me meto en tus relaciones? ¿Te has acostado con Celia?

–Sí, me he acostado con ella, pero yo tengo veinticuatro años y tú eres menor de edad.

–Si te quedas más tranquilo, Rob no quiere acostarse conmigo hasta que cumpla dieciocho.

–No me quedo más tranquilo, eso es dentro de un mes.

–¿Y? ¿Tú crees que las chicas de mi edad son vírgenes? Pues no lo son; debo ser la única estúpida que lo soy.

–Me da igual lo que sean las demás, yo solo me preocupo por mi hermana.

–Lo sé, Pedro, sé que te preocupas, pero te estoy diciendo que quiero a Rob y que, en cuanto él me deje, que será cuando tenga dieciocho años, me voy a acostar con él. Pedro, Rob me quiere. Si supieras lo que hizo por mí el otro día...

–¿Qué hizo?

–No se lo he contado a mamá, porque no quería preocuparla.

–¿Qué ha pasado?

–Si no fuera por Rob, el otro día... me podían haber violado.

–¿Qué? –dijo con cara de seria preocupación.

–Había quedado con Rob en el centro comercial y no había nadie en el parking y un hombre...

No pude seguir, era a la primera persona que se lo contaba. No lo sabía nadie, no se lo había contado a nadie en absoluto. Solo lo sabían Rob, su abuela y la policía, claro. Había explicado el puñetazo diciendo que me había chocado con una farola. Además, gracias a las hierbas que me había dado la abuela de Rob, se me habían quitado la hinchazón y el moratón, ya no quedaba ningún rastro del golpe. Esas hierbas eran milagrosas.

–Dios mío, Fran –dijo abrazándome–. Lo siento. Tranquila, cuéntamelo despacio.

Le conté lo que había pasado y algo cambió en su expresión. Mi intención no era contárselo, lo último que quería era preocupar más a Pedro, pero al intentar explicarle cuánto me quería Rob, me había salido sin siquiera pensarlo.

–No me lo puedo creer, Fran. Es horrible lo que te ha pasado.

–Podría haber sido horrible, pero no lo ha sido gracias a Rob.

–Vale, has conseguido convencerme. Está claro que Rob te quiere y le agradeceré siempre que haya impedido a ese hombre... Puedes seguir saliendo con él; no diré nada a nadie. Pero me gusta la idea de que espere a que cumplas los dieciocho. Por favor, prométeme que esperarás.

–Sí, lo haré. Además, no tengo alternativa, Rob no me deja.

–Bien.



–Gracias, Pedro. ¿Y qué tal con Celia?

– Muy bien.

–¿Estás enamorado de ella?

–Me gusta mucho y sí, puede que me esté enamorando de ella.

–¡Eso es genial! No sabes cuánto me alegro por ti. Te mereces a alguien como ella.

–No sé si me la merezco. Ya sabes que he sido un poco desastre con las mujeres.

–Bueno, pero a lo mejor por fin has cambiado.

–Puede ser.

No me podía creer que tuviera el visto bueno de Pedro para salir con Rob. Cuando comenzó nuestra conversación, pensaba que iba a acabar muy mal, y me parecía increíble cómo había acabado finalmente.

–¿Vas a invitar a Rob a cenar mañana?

–¿A cenar?

–Sí, vamos a hacer una especie de fiesta familiar.

–Ah, lo haré si invitas a Celia.

–¿A Celia? ¿Crees que querrá venir?

–Sí, estoy segura.

Además Rob estaría más cómodo si venía Celia también.

¡Estaban tan contenta de que Pedro estuviera de acuerdo en mi relación con Rob! Ya no quedaba ningún obstáculo en nuestro camino, salvo por unas cuantas semanas más, para poder por fin estar juntos. Le deseaba tanto que me dolía pensar en él. Estaba deseando tocar su cuerpo, sus hombros, su pecho,

besarle por todas partes. Sus ojos me embujaban, su voz fuerte y profunda me dejaba sin aliento, su forma de mirarme; y su personalidad me apasionaba, cómo se preocupaba por mí: cómo me abrazaba y me consolaba cuando me despertaba empapada en sudor a causa de mis pesadillas, cómo le preocupaba el haber golpeado al amante de su ex, cómo había pegado a aquel hombre porque me estaba intentado hacer daño, cómo se expresaba cuando hablaba sobre el vino, de vides, de taninos, se notaba que le apasionaba igual o más que a mí.

El sábado por la noche llegó toda mi familia, mis tíos, primos mayores, Elena, junto con mis hermanos, mi madre y mis abuelos. Por último, llegaron los invitados de honor: Rob y Celia. Era una pena que mi hermano Marco no hubiera podido venir porque, de esa manera, habríamos estado por fin todos juntos, menos mi padre, claro. Ojalá pudiera estar aquí y conocer al hombre de mis sueños. Me preguntaba cómo se habría comportado. ¿Habría hecho igual que Pedro? ¿Me habría interrogado como él o habría confiado en mí? Creo que me habría apoyado. Pedro, aunque intentaba remplazar a mi padre, se comportaba más como un hermano mayor, protector y desconfiado, pero no creía que mi padre se hubiera metido tanto en mi relación y, por supuesto, nunca habríamos hablado de sexo. Le echaba tanto de menos que me faltaba la respiración.

Rob y Celia se desarrollaron muy bien. No podía negar que Rob tenía unas grandes dotes sociales, era tan culto que podía hablar de cualquier tema. Después de cenar estuvo mucho rato hablando con mi abuelo, seguramente sería sobre algún tema tecnológico o sobre el universo. Mi abuelo era un apasionado del universo, las estrellas y cualquier cosa curiosa que pudiera ocurrir en el mundo. Hasta Pedro se comportó civilizadamente con Rob. Supuse que la historia que le había contado, había sido decisiva para que Rob estuviera hoy aquí. Celia también lo hizo muy bien y estuvo la mayor parte del

tiempo hablando con mi madre, mi abuela y Elena.

–Fran, me encanta Rob; es guapísimo y encantador y tengo la sensación de que esto va a ir muy bien –me dijo Elena cuando Rob no podía oírnos.

–Lo sé, yo también tengo esa sensación.

El lunes envié a Rob mi autorización para ir al viaje de esquiar. Esperaba que no se enterara de que lo había falsificado porque sabía que se enfadaría mucho conmigo. No pensaba perderme el viaje y no tenía la culpa de que mi madre no confiara en nosotros y de que no pudiera controlar sus miedos. No me gustaba mentir, pero no me dejaba más alternativas.

El viernes nos marchamos en un minibús rumbo a La Pinilla, que era el sitio más cercano con suficientes pistas esquiabiles. Al final le dije a mi madre que iba al viaje, pero que no esquiaría, y no sabía cómo, pero me había creído.

Durante el camino me habría gustado sentarme con Rob y hablar de nuestras cosas, pero tendríamos que hacer nuestro papel de profesor y alumna; ahora más que nunca, que tan solo quedaba una semana para terminar el curso. No tenía ninguna amistad especial con la gente de la clase, aunque eran todos muy simpáticos y se podía hablar cómodamente con ellos. En principio iba a dormir con Rose, pero como al final no había podido venir, dormiría yo sola en la habitación. En realidad prefería dormir sola.

Al día siguiente cada uno fue a su ritmo y nos quedamos Rob y yo solos terminando el desayuno.

–Parece que se ha ido todo el mundo, solo quedamos nosotros –dijo Rob.

–Eso parece. ¿Quieres que esquiemos juntos?

–Te vas a aburrir conmigo, solo he esquiado un par de veces en mi vida.

–¿En serio? Entonces, iré contigo y te enseñaré.

–¿Seguro?

–No me importa; me gustaría estar contigo, siempre y cuando creas que es conveniente –dije esto último en susurros para que no nos oyera nadie.

–Sí, creo que no pasaría nada. Daría lo que fuera por tener una profesora tan guapa como tú –dijo en susurros también.

–Entonces, vámonos.

Cuando subimos la primera pista, comprobé que Rob no se acordaba de nada. Si había esquiado más veces, debía hacer mucho tiempo de eso.

–Creo que esta primera bajada la vamos a hacer de otra forma. Ponte detrás de mí y así aprendes a hacer la cuña, ¿de acuerdo?

–Lo que tú digas profesora.

–Aja, ahora soy yo la profesora... Fíjate bien en lo que hago. Cuando vayamos a girar tienes que poner todo tu peso en esta pierna.

–Vale.

–No te separes de mí.

–No pensaba hacerlo.

En la siguiente bajada intenté que Rob lo hiciera él solo y no lo hizo nada mal.

–¿Qué tal vas?

–Bien, pero me gusta más ir detrás de ti, así puedo estar más cerca; te echo de menos.

–Yo también, pero ya no queda nada para nuestra primera cita.

–¿Podemos descansar un poco? Te invito a un café.

–¿Ya te has cansado?

–Sí, eres una profesora muy dura.

–Mira quién habla.

–Quería hablar contigo de una cosa –me dijo un poco serio cuando teníamos un café en las manos.

–Dime.

–Creo que no te va a hacer mucha gracia. Tengo que ir a Estados Unidos por Navidad.

–Ya me imaginaba; yo también me voy a Italia.

–Pero es que soy un desastre y no me saqué el billete a tiempo y solo quedaba billetes para el diecinueve.

–Ah –dije un poco triste.

–Lo siento, Fran, tenemos que posponer nuestra cita para fin de año. Podríamos irnos de viaje.

–No puedo faltar en fin de año.

–¿Tienes cena familiar?

–Claro, en mi casa se celebra mucho.

–Ah. Bueno. Pero podríamos dormir juntos esa noche, a las doce será tú cumpleaños.

–¿Tú no tienes cena familiar?

–No, cenaré con mi abuela.

–¿Solos?

–Sí.

–Ni hablar, vendréis a mi casa a cenar. Hablo con mi madre y mi abuela.

–¿De verdad?

–Claro.

–¿Y luego te podrás venir a mi casa?

–No hay nada que me apetezca más, ya lo sabes, Rob.

Me había quedado un poco triste porque, después de todo, no podríamos tener nuestra primera cita el día diecinueve, aunque ya no tenía mucho sentido esa primera cita. En realidad no era la primera y no sabía siquiera si habíamos llegado a tener una primera cita. Nuestra relación había comenzado de una forma tan extraña, en absoluto convencional.

Pero lo que me acababa de decir significaba que ese era nuestro último fin de semana juntos hasta el día de fin de año, y ni siquiera podríamos estar solos, ni besarnos.

Antes de la cena decidí llamar a mi madre; me sentía mal por haberla mentido y quería decirle la verdad.

–Mamá.

–¿Por qué me llamas? ¿Ha pasado algo?

–No, no te preocupes. Estoy bien, solo quería decirte algo.

–Dime, Fran.

–No he sido sincera contigo –respiré hondo–; he estado esquiando.

Mi madre no me contestó y se quedó en silencio.

–¿Mamá? ¿Estás ahí?

–Sí, no me lo puedo creer, Fran. He confiado en ti y... ¿Por qué me haces esto? –dijo muy enfadada.

–Lo siento, mamá, no quería mentirte, pero me apetecía mucho venir. Solo

quiero decirte que yo no tengo miedo de esquiar y no me va a pasar nada, bueno, no me ha pasado nada.

–No podría soportar que os pasara algo a uno de vosotros. Por eso no quiero que esquiéis.

–Mamá, no tiene por qué pasarnos nada. No tiene por qué repetirse.

–¿Y si pasa? ¿Qué hago yo sin ti o si Marco o sin Pedro? No podría soportarlo. Me has decepcionado, Fran. Te tengo que dejar. Adiós.

–Lo siento, mamá –Pero ya me había colgado.

Mierda, la había liado pero bien con mi madre. Me sentía fatal por haberla mentido y ahora no podría ir a cenar con los demás, porque lo único que me apetecía era meterme en la cama y llorar. No podía parar de pensar en mi padre. Me sentía tan sola sin él. Además, que Rob se fuera a ir el próximo viernes a Estados Unidos, no ayudaba demasiado.

Al cabo de un rato alguien llamó a la puerta.

–Fran. ¿Estás bien?

–¿Rob?

–¿Puedo pasar?

Abrí la puerta.

–¿Fran? ¿Qué ha pasado, mi amor? –dijo abrazándome al ver mis ojos hinchados.

–He hablado con mi madre y le he dicho la verdad.

–¿De qué me estás hablando?

–Mi madre no me dejaba esquiar.

–¿Has falsificado la autorización?

–Sí, no, eso no importa.

–¿Cómo que no importa? Me importa a mí –me dijo bastante serio.

–No te enfades tú también por favor, no podría soportarlo. Lo falsifiqué, pero al final mi madre me dejó venir; pero le prometí que no esquiara.

–¿Cómo no ibas a esquiar en una excursión de esquí?

Me quedé callada. Tenía que contárselo, aunque me costara horrores enfrentarme a ello.

–Mi padre se murió en un accidente de esquí y mi madre no nos deja esquiar desde entonces –pude por fin decir.

–Oh Fran, lo siento mucho –dijo abrazándome fuertemente.

–Siento haber falsificado la autorización.

–Está bien.

–Mi padre y yo estábamos esquiando juntos. Mis hermanos solían irse por su cuenta, pero mi padre y yo siempre íbamos juntos, a él le gustaba ir detrás de mí para no perderme de vista. Mi madre no había venido ese fin de semana. Hacía un día fantástico y la sensación de esquiar en nieve polvo era algo increíble. Todo iba bien, hasta que alguien pasó muy rápido delante de mí y perdí el equilibrio. Caí rodando unos cuantos metros, pero cuando paré me di cuenta que no me había pasado nada. Sin embargo, noté algo extraño, una sensación horrible, como si no pudiera respirar. Me fijé en que había un corro de gente atendiendo a alguien. Supuse que era la persona que me había pasado por delante, que se habría caído también. Me acerqué a mirar, pero cuando llegué vi que el que estaba en el suelo era mi padre.

Ya no pude continuar hablando, las lágrimas me caían sin control alguno. Era la primera vez que le contaba a alguien el accidente de mi padre. Después de



que certificaran su muerte, horas después, estuve varias semanas sin poder hablar, igual que me pasó cuando mi madre tuvo el accidente, aunque en el caso de mi padre fue mucho peor.

–Fran, cuánto lo siento. Nunca imaginé que hubieras visto a tu padre muerto. Eso tuvo que ser horrible –me dijo mientras me acariciaba el pelo, como hacía cuando me despertaba gritando a causa de mis pesadillas.

–No puedo vivir sin él, Rob. Le echo tanto de menos. Nuestra relación era tan especial y además ahora mi madre está enfadada conmigo. Dice que le he decepcionado y tú te has enfadado conmigo por haber falsificado la autorización.

–Ssss, no me he enfadado contigo. Te quiero, Fran, no sabes cuánto te quiero.

Me empezó a secar las lágrimas con sus manos y me besó. No podía parar de besarme, y me gustaba que lo hiciera de esa forma tan desesperada con la que me besaba a veces. Le necesitaba más que nunca. Necesitaba que me quitara la ropa y me tocara y me besara por todas partes.

–Fran, no sé lo que estamos haciendo.

–No me dejes, hoy no por favor, sigue besándome.

–Pero, estamos en un viaje de la universidad, tus compañeros están abajo.

–Me da igual, te quiero Rob, ahora, no puedo esperar más. Te deseo.

–Yo tampoco puedo más, no puedo más –dijo besándome.

Se olvidó de todo, igual que yo, ya no existía la universidad, ni los alumnos, ni mi madre, ni mis hermanos, a los que les habíamos prometido que no lo haríamos hasta que fuera mi cumpleaños. Me daba todo igual, le necesitaba más que nunca y Rob no me defraudó.

Me quitó la ropa despacio e hizo igual que el otro día, besarme por todas

partes, pero esta vez no se paró. Yo le quité torpemente la ropa. Tenía un cuerpo maravilloso, hecho a mi medida. Le besé por su precioso cuerpo como él había hecho antes conmigo. ¡No podía creerme que por fin lo hubiera conseguido!

Me hizo el amor como tantas veces había soñado, aunque la realidad superaba la ficción. Rob tenía tanto que dar, lo llevaba guardado tanto tiempo, y tuve la suerte de que me hubiera elegido a mí para darme todo el amor y el deseo que tenía reservado desde hacía años. Le adoraba por haberlo hecho por fin, aunque no fuera el mejor momento, ni el mejor día, ni el mejor sitio.

Consiguió quitarme ese dolor que me oprimía el pecho y no me dejaba respirar. Pude volver a ver la luz a través de sus ojos color miel. Confiaba en él plenamente, lo veía en sus ojos, eran ojos sinceros y me querían, a mí, Fran, o Francesca, a la Fran rebelde y salvaje, a la sensible y a la niña pequeña que deseaba que la protegieran y la quisieran.

**Segunda parte**  
**Cuando abrí los ojos**

## 9º vol.

Abrí los ojos, pero me costó acostumbrarme a la gran cantidad de luz que había en la habitación. No sabía por qué pero me sentía desorientada y muy extraña. ¿Qué me estaba pasando? Estaba segura de que no me había despertado a causa de ninguna pesadilla, pero estaba asustada; aunque no sabía realmente por qué. Me pesaba el cuerpo y estaba inmensamente cansada, totalmente agotada, me costaba hasta pestañear, hasta respirar. ¿Estaría enferma?

Lo que estaba viendo no parecía el hotel de La Pinilla donde me había acostado ayer. Pero entonces ¿dónde estaba? Miré con más detenimiento a mi alrededor. Una habitación demasiado sencilla, la cama inmaculadamente blanca y ¿qué eran todos esos cables que tenía? Había una máquina a mi lado que no paraba de hacer un ruido constante y molesto bip, bip, bip. Y ese olor tan desagradable, no podía ser, olía a hospital. ¿Qué demonios estaba haciendo en un hospital? ¿Dónde estaba Rob?

Lo último que recordaba era a Rob haciéndome el amor por primera vez. Había sido maravilloso, lo mejor que había sentido jamás. Nunca nadie me había querido así, ni me había besado de esa manera tan desesperada. Cuando me tocaba, me daba cuenta de que no había entendido el significado del sentido del tacto hasta ese momento. No podía quitarme de la cabeza sus labios besando cada rincón de mi cuerpo, rincones desconocidos para mí. Pero ¿dónde estaba Rob ahora y que hacía en un hospital?

Oí cómo la puerta de la habitación se abría. No podía creer lo que estaba viendo. Definitivamente, estaba soñando. Si no estaba soñando, entonces,

estaba muerta. Pero no recordaba haber tenido ningún accidente. ¡El que estaba entrando por la puerta era mi padre!

A pesar de estar más delgado de lo que recordaba y bastante ojeroso, se le iluminó la cara al verme.

–¿Fran? –dijo acercándose a mí a gran velocidad- ¡Dios mío!, ¿te has despertado? ¡Esto es maravilloso! ¿Cómo te encuentras?

¿Despertado?

–¡Papá! ¿Eres tú? ¿Estoy muerta?

–¿Muerta? No, claro que no, estás viva y por fin estás consciente.

–Pero si tú estás aquí, eso solo puede significar que estoy muerta.

–Ah, lo dices porque viste como rodaba por la pista. Como puedes comprobar, no me pasó nada.

–¿Cómo qué no? Yo... no entiendo nada, papá. Tú has muerto hace años.

–No, Fran, estoy aquí. Y llevo aquí esperándote dos meses a que despiertes – dijo mientras me abrazaba.

Aunque fuera un sueño, sentir que me abrazaba mi padre de nuevo era lo más maravilloso que me había pasado en muchos años.

–No sabes qué contento estoy de que hayas vuelto. Te quiero tanto, Fran.

¿Mi padre estaba llorando?

–Papá. ¿Por qué lloras?

–Llevas inconsciente dos meses, Fran; algunas personas pensaban que nunca te despertarías, pero yo sabía que lo harías.

–¿Dos meses? ¿Qué día es hoy?

–Hoy es 10 de agosto de 2025.

–No puede ser.

–Estas confusa, Fran, es normal. Voy a llamar al médico y así podré avisar a tu madre y a tus hermanos. Bueno, y a todo el mundo. No sabes lo contentos que se van a poner. Estoy tan feliz, Fran –me dijo con los ojos llorosos.

–Papá, antes de llamar al médico, ¿puedes abrazarme otra vez?

–Claro, Fran.

Aunque ya no sabía si era cierto o no, llevaba tantos años sin abrazarle que quiero aprovechar este momento, por si volvía a desaparecer.

Ya no sabía nada en absoluto. Si él estaba vivo, ¿qué había sido todo lo que me había pasado en los últimos años? ¿Mi madre y yo no habíamos ido a España? ¿Rob no existía? No podía ser. Todo lo que había sentido con Rob no podía ser un sueño. Mis pesadillas, sus abrazos, sus besos, sus ojos, su voz.

–Estoy muy confusa, papá. He tenido un sueño muy real, y no me puedo creer que no sea cierto.

–No te preocupes, Fran, voy a por el médico. Luego me cuentas qué es eso que has soñado.

Desapareció y me quedé sola. Estaba segura de que lo que era sido un sueño, era todo esto. Mi padre no estaba vivo y yo, definitivamente, no había tenido ningún accidente. Rob era real, sus besos eran lo más real que me había pasado jamás. Su abuela, su casa, las clases en la universidad, Marina y Marco, Celia y Pedro, JP, Marcos. No podía, ni en un millón de años, haberme inventado esas historias, a esas personas, a Rob. Su pelo castaño y medio ondulado, su hipnotizadora voz, sus maravillosas catas.

–Buenos días, Francesca –dijo una mujer con bata blanca que entró con mi padre unos minutos después–. Es fantástico que estés consciente. ¿Cómo te sientes?

–Muy bien. ¿Puedo levantarme?

–No vayas tan rápido, llevas meses inconsciente. Primero voy a examinarte.

Me tomó el pulso, la tensión, me hizo mover los brazos, las piernas. Cuando me levantó las piernas no podía creer lo que estaba viendo. ¿Dónde habían ido a parar mis músculos? Estaba tan delgada. Necesitaba mirarme en un espejo.

–¿Dónde está mamá? –le pregunté a mi padre.

–Viniendo hacia aquí con tus hermanos. No sabes cómo están de contentos.

–Francesca, estás mucho mejor de lo que pensaba. Te vamos a traer un poco de caldo para ver qué tal te sienta y, si todo va bien, intentaremos que te levantes poco a poco. Luego vuelvo a verte –dijo marchándose de la habitación.

Miré a mi padre. Si lo que decía era cierto, y había estado inconsciente dos meses, lo tenía que haber pasado muy mal. Pero ahora me miraba rebosante de felicidad. Tenía que aprovechar este sueño para estar con él el máximo tiempo posible, antes de que me despertara en mi otra vida.

–Papá, cuéntame que me pasó.

–¿No te acuerdas?

–No.

–¿Seguro que quieres que te lo cuente ahora?

–Sí. Pero antes, pásame un espejo por favor.

–Está bien. Te aviso que has adelgazado mucho, Fran.

–Ya he visto mis piernas. No te preocupes, papá, estoy preparada.

Me pasó su flexitablet y me miré. ¡Estaba peor de lo que pensaba! Estaba muy pálida y muy delgada, tenía los pómulos demasiado marcados y unas ojeras

oscuras rodeaban mis ojos. Jamás me había visto tan mal, ni siquiera cuando murió mi padre. Por lo menos mis ojos seguían siendo de un verde intenso y mi pelo estaba brillante.

–Fran, estarás en forma en seguida.

–Lo sé, estoy deseando marcharme de aquí, así que voy a esforzarme mucho en recuperarme. Cuéntame lo que me pasó, papá.

Respiró hondo.

–Iba delante de ti.

–¿Delante? Siempre vas detrás de mí.

–Sí, tienes razón, pero ese día iba delante porque me querías enseñar un nuevo giro con la tabla de snow, así que me adelanté y mi intención era pararme para ver el giro que querías enseñarme, pero alguien pasó muy rápido a mi lado y perdí el equilibrio.

¡Eso era lo que me había pasado a mí!

–Caí rodando y, cuando me paré, me giré para buscarte, pero no estabas allí. Entonces vi que te habías caído también e ibas directa hacia un precipicio.

Le miré sorprendida.

–Salí disparado hacia ti y, gracias a Dios, llegué a tiempo de pararte. Estabas ya inconsciente después de haberte dado un golpe en la cabeza.

–Entonces me salvaste la vida.

–Salve a mi vida, que eres tú.

–¡Papá! –dije abrazándole.

¡Cómo le había echado de menos!

En ese momento se abrió la puerta y entró el resto de mi pequeña familia, a la



que había visto hacía poco en mi otra vida, pero, sin embargo, para ellos hacía dos meses que no hablaban conmigo. Pedro se quedó rezagado, pero Marco y mi madre vinieron hacia mí y me abrazaron casi al mismo tiempo. No me sorprendió que mi madre, aunque medio sonriendo, comenzara a llorar. Bueno, por lo menos, en eso no había cambiado.

–Fran, ¡no me puedo creer que estés bien! –me dijo mi madre–; tu padre siempre dijo que te despertarías.

–Hermanita –dijo Marco–, te echábamos tanto de menos. La casa no era la misma sin ti. Sin tus cenas, no es lo mismo. Tienes que recuperarte para que tanto tú como nosotros recuperemos nuestro peso de antes.

Me fije en ellos, estaban todos muy delgados.

–Fran –dijo Pedro cogiéndome de la mano–, te he echado mucho de menos. ¿Qué has hecho todo este tiempo?

¡Dios, les quería tanto!

–He estado soñando con vosotros y con otras personas que no conozco.

–Cuando Fran se ha despertado, creía que yo había muerto –comentó mi padre. Nos interrumpió la enfermera entrando con un caldo en la mano.

–Te traigo esto para ver si lo toleras bien –dijo dejándome la bandeja y marchándose de nuevo.

Mientras me tomaba el caldo, todos me miraban fijamente, como si verme comer fuera lo más maravilloso que les hubiera pasado en los últimos meses. Tenía tanta suerte de tener esta familia. Tenía que disfrutar de esta imagen, los cinco juntos, por si acaso volvía a abrir los ojos y ya no estábamos juntos nunca más. Mi padre seguía siendo tan atractivo, él y mi madre hacían una pareja tan increíble. Marco y Pedro me miraban con adoración.

Al cabo de un rato volvió a entrar la enfermera y, viendo que me había sentado bien el caldo, me dijo que intentaríamos probar a levantarme.

–Primero, mueve las piernas, y déjalas colgando de la cama. Quédate en esta posición un rato. ¿Cómo estás? ¿Te mareas?

–No.

–Vamos bien entonces. Si alguien se puede poner aquí conmigo por si se mareo al levantarse.

Pedro estaba ahí en una milésima de segundo.

–Vale, Francesca, intenta bajar de la cama.

Me sentía muy bien, y sabía que todo iba a ir bien. Sin embargo cuando puse los pies en el suelo, me di cuenta de que tener las piernas paradas durante dos meses tiene sus consecuencias. Perdí el equilibrio y Pedro me cogió en sus brazos.

–Es normal que pierdas el equilibrio. No te desesperes. Cuando te encuentres mejor, vuelve a intentarlo –dijo la enfermera.

–¿Me deja a mí ponerme a su lado? –preguntó mi padre.

–Claro, adelante. Les dejo con ella, que veo que está muy bien acompañada. Que practique un rato y luego descansa un poco.

Bien, prefería estar con ellos que con esa enfermera desconocida.

Lo volvimos a intentar unas cuantas veces y mi padre insistió en que lo dejara para el día siguiente. Pero tenía prisa en recuperarme rápido, por si acaso esto era real y no un sueño. Quería irme a dormir sabiendo que había sido capaz de dar unos pasos y hasta que no lo conseguí no me volví a tumbar en la cama. Estaba derrotada después de tanto esfuerzo y no me gustaba sentirme así, nunca me había sentido tan débil en toda mi vida.

Cuando esa noche me fui a dormir, con mi padre instalado en el sofá de la habitación, completamente pendiente de mí, estaba segura que esa sería la última vez que le vería. No se extrañó demasiado cuando le pedí que me abrazara otra vez, no me cansaba de hacerlo, le había echado tanto de menos. Sabía que cuando me despertara ya no estaría aquí y no le volvería a ver. Sin embargo, cuando abrí los ojos al sentir la luz de la mañana, seguía allí y me miraba sonriente.

Por un lado, estaba feliz de poder estar con mi padre y de que no hubiera muerto, pero, por otro lado, echaba tanto de menos a Rob. ¡Ojalá pudiera tenerles a los dos!

La verdad es que tenía miedo y me sentía muy confusa. Si esta era mi vida real, ¿qué había sido de la otra? ¿Y si, después de creer que esta era mi vida real, volvía a despertarme en mi otra vida? Siempre me quedaría la duda de cuál de las dos era la verdadera. ¿Y si intentaba encaminar mi vida para poder recuperar parte de mi vida anterior? En realidad lo único que quería recuperar era a Rob, pero no sabía si Rob era ficticio o real.

Mi familia no se separó de mí los siguientes cinco días, y al sexto por fin estaba en la pequeña casa del viñado, dispuesta a recuperarme físicamente.

—Fran, no sabes cómo me alegro de volver a verte. Te hemos echado tanto de menos —me dijo Simona al verme—. Esto no era lo mismo sin ti.

—Yo también te he echado de menos estos meses —dije, en realidad, refiriéndome al tiempo que llevaba sin verla desde la última vez que había venido al viñado con Marina.

—¡Estás muy guapa!

—¡Qué dices, Simona! Estoy horrible.

—Bueno, solo tienes que engordar un poco.

–Sí, en eso estoy; y también tengo que recuperar mi musculatura.

–La piscina está esperándote. Tu hermano Pedro ha estado muy pendiente de tenerla a punto para ti, para cuando volvieras.

–Os quiero tanto a todos y estoy deseando poder echar una mano en el viñedo.

–No, eso sí que no. Ha dicho tu padre que, hasta que no estés bien, no quiere que hagas nada. Y con la piscina, por favor, tómatelo con calma, ¿de acuerdo?

–Vale, tía.

La verdad es que no le hice mucho caso. El primer día tan solo conseguí nadar diez minutos y acabé agotada, casi como si hubiera subido una montaña varias veces seguidas. El segundo día conseguí nadar veinte minutos y a partir del tercero fui cogiendo el ritmo, pero mucho más despacio de lo que me habría gustado. A los quince días mi cuerpo estaba un poco más musculoso y fuerte, pero no era el de antes, o por lo menos no todavía.

## **Septiembre**

Estaba en la terraza de mi pequeña casa del viñedo pensando en qué podía hacer para recuperar mi otra vida, o, por lo menos, parte de ella, cuando se acercó mi padre.

–Fran, estoy preocupado por ti. Te veo tan triste. ¿Qué te pasa?

–¿Te acuerdas que te dije que había tenido un sueño durante los meses que he estado inconsciente?

–Sí.

–Ese sueño fue totalmente real, como la vida misma. En él tu habías muerto y mamá y yo nos volvíamos a España. Yo iba a hacer el último año de instituto y mamá necesitaba alejarse de aquí para intentar recuperarse de tu muerte. Allí yo conocía a un chico y me enamoraba de él. Aunque te parezca una locura, ha

sido muy intenso, y sigo enamorada de él.

–¿Y ese chico tiene nombre?

–Sí.

–Y aunque parezca una locura, ¿por qué no investigas a ver si realmente existe?

–¡Es una gran idea papá! Muchas gracias –dije sacando mi flexitablet del bolsillo–. Papá, una cosa más, si me dejaras ayudar en el viñedo otra vez, creo que estaría mejor.

–Creo que ya estás lista, has engordado un poco y estás más fuerte, puedes ayudar pero sin darte ninguna paliza, ¿entendido?

–Gracias, papá –le dije dándole un beso–. ¿Podemos cocinar juntos esta noche?

–Por supuesto, ¿unos espaguetis al pesto?

–Mmmm, delicioso.

Definitivamente, la mejor parte de mi vida, después de haber abierto los ojos, era estar con mi padre. Cogí la flexitablet y escribí “Rob Rogers”. No podía creer lo que salía en la pantalla. ¡Era él, eran sus ojos color miel y su precioso pelo castaño! ¡Rob existía y era un famoso enólogo! Sin embargo, no decía nada de que fuera profesor y en la universidad tampoco encontré ninguna información sobre él. ¿Cómo podía ser que hubiera soñado sobre alguien que no conocía? ¿Cómo podía haber soñado tantos detalles sobre él y sobre nosotros? Por más que le daba vueltas, no lo conseguía entender.

Busqué también información sobre el Talent Search en Torrelodones. ¡También existía! Tendría que hablar con mis padres sobre mis planes. Esas dos semanas había estado como dormida, pero mis neuronas comenzaban a funcionar y tenía

que ir en busca de mi sueño, tenía que ir en busca de Rob y de todas las personas que había conocido durante el tiempo que había estado dormida, antes de abrir los ojos.

Esa misma tarde recibí un mensaje del Talent Search.

“Gracias por su solicitud de información. Le informamos que no quedan plazas en el talent search”

¿Qué? No podía ser, no podía acabar así. Después de todo, no podría ir a estudiar a Madrid. Aunque, ahora que recordaba, en mi otra vida a mi madre le había costado encontrar plaza, me lo había dicho Pedro. No me quedaba más remedio que ir en persona a Madrid para solucionarlo. Tenía que ir a hablar con mis padres. Les encontré preparando la comida en nuestra pequeña cocina de la casita. Observé que estaban de buen humor, se les veía tan felices juntos. Seguramente era el mejor momento para intentarlo.

–Mamá, papá, quiero hablar con vosotros.

–Dinos, Fran –dijo mi padre.

–Os va a parecer extraño, pero quiero hacer mi último año de instituto en Torrelodones.

–¿Qué? –dijo mi madre sorprendida.

–Hay un programa que me interesa mucho que se llama Talent Search. Os he mandado información para que le echéis un vistazo. Es un programa en el que eliges tres talentos y, durante los meses que dura cada uno, estudias directamente en la universidad; luego tienes que hacer una memoria presentación al final de curso. De esta manera puedes elegir con más acierto a qué quieres dedicarte.

–¡Pero si tú ya sabes lo que quieres ser! Siempre has dicho que querías ser enóloga –dijo mi madre confundida.

–Ya, pero me parece un programa muy interesante y, además, así podría estar con los abuelos. Siempre dices que están un poco solos.

–Eso es cierto, pero irte ahora, después de que acabamos de recuperarte –dijo mi madre.

No sabía por qué mi padre estaba tan callado y no participaba en la conversación. ¿Por qué demonios no me ayudaba a convencer a mi madre?

–Por favor, me gustaría mucho ir.

–María, creo que podría ser interesante para Fran. Sé que acabamos de recuperarla, pero por eso no la vamos a encadenar a esta casa.

–Muy gracioso, Julian; ya lo sé. Fran, déjanos ver la información que nos has mandado y te decimos algo.

–Vale, mamá, pero no hay mucho tiempo, tengo que irme a Madrid para conseguir una plaza.

–¿No hay plaza?

–Parece que no, pero me interesa tanto que me gustaría ir allí para hablar con ellos.

–¡Sí que te tiene que interesar! –dijo mi madre mirando a mi padre.

Que mi madre mirara así a mi padre era buena señal, significaba que no estaba segura de qué hacer y que necesitaba el consejo de mi padre; y algo me decía que él estaría de mi parte.

Al día siguiente estaba de camino a España. Tenía cita con el director del Talent Search; me había costado mucho conseguirla. El director se llamaba Marcos y estaba segura de que era mi tutor del talento y el padre de JP. No sabía muy bien qué le iba a decir para convencerle de que me dejara matricularme, pero a veces me salían mejor las cosas cuando no lo pensaba

demasiado.

Mi tío Juan vino a recogerme al aeropuerto. Me dijo que estaban todos muy felices de que me hubiera recuperado tan rápido. Y la verdad era que había sido muy rápido, pero estaba segura de que mis ganas de volver a ver a Rob habían sido decisivas. Le pedí que me dejara en la puerta del instituto; no quería ni pasar por casa de mis abuelos, iría después. Primero tenía que conseguir esa plaza como fuera.

–Buenos días. Francesca, ¿no? –me dijo Marcos cuando entré en su despacho.

–Sí, gracias por recibirme.

Era Marcos, el padre de JP.

–Después de que me llamaras unas veinte veces ayer por la tarde, pensé que era lo mínimo que podía hacer; además, viniendo de Italia tan solo para esto. Cuéntame por qué te interesa tanto el Talent Search.

–Me parece un programa muy interesante y en Italia no hay ninguno así. Sé que he solicitado la matrícula demasiado tarde, pero no he podido hacerlo antes.

–Sabes que pedimos acreditar algún tipo de trabajo creativo; ¿cuál es el tuyo?

–Mi familia tiene un viñedo y cuando tenía trece años hice un vino de autor que ha tenido bastante fama.

–Ajá, ¿puedes acreditarlo?

–Claro –dije sacando mi flexitablet del bolsillo–, te lo mando ahora mismo.

–Está bien, estudiaré tu propuesta y te diré algo.

–Pero ¿no me lo puede decir ahora? Acabo de llegar de Italia y he venido tan solo para hablar con usted.

–Bueno, Francesca, es que no hay plazas, entonces no puedo hacer gran cosa.



Pero me ha llamado la atención tu interés y por eso estoy dispuesto a estudiar tu caso, aunque no se me ocurre ninguna solución para matricularte. Ha habido muchos estudiantes que se han quedado también sin plaza. Y ¿por qué dártela a ti? ¿Porque has venido desde Italia? No sería justo.

–Entiendo. Gracias por tomarse la molestia –dije un poco triste–. ¿Le puedo decir una última cosa?

–Sí, claro.

–Verá, este verano tuve un accidente esquiando y estuve dos meses inconsciente.

–Vaya, lo siento.

–No le digo esto para que sienta pena por mí. Durante esos dos meses tuve un sueño muy real y muy largo. En él yo estudiaba en el Talent Search. Mi primer talento era Enología y yo ni siquiera sabía que existía este programa. No me pregunte cómo pude soñar sobre algo que desconocía. También me hacía amiga de JP, su hijo, y además gracias a usted: le pidió que estuviera pendiente de mí porque no conocía a nadie. Sé que es muy extraño lo que le estoy diciendo, pero es cierto. Por eso he venido hasta aquí y no he podido hacerlo antes porque me desperté apenas hace unas semanas. Ya le dejo, gracias por su tiempo. Buenos días.

Menuda estupidez había cometido contándole lo de mi sueño, iba a pensar que estaba chiflada; seguro que lo había pensado porque se quedó prácticamente mudo después de contárselo. Después de esto no me iba a aceptar en ese programa.

Me marché andando a casa de mis abuelos. Iba totalmente desolada pensando que había perdido la única oportunidad de entrar en el Talent Search. Aunque, a lo mejor no necesitaba entrar en este programa para poder recuperar a Rob,

pero lo que si necesitaba era poder venir a estudiar a Madrid. ¿Y cómo iba a conseguir matricularme en cualquier sitio cuando apenas faltaban unos días para empezar las clases?

Cuando llegué a casa de mis abuelos, encontré a mi abuela terminando la comida. Al principio la saludé como si la viera todos los días, después de todo, hacía tan solo quince días que la había visto en mi otra vida; pero después me di cuenta de que en esta vida no la veía desde Navidades. Este verano, como había estado dormida, lógicamente no habíamos podido venir a verles como solíamos hacer todos los veranos.

–No sabes lo que me alegro de que estés bien por fin –me dijo dándome dos besos–. ¡Estás estupenda!

–Gracias, Pilar.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

–Creo que no he conseguido plaza para el Talent Search, vengo de hablar con el director.

–Bueno, quizá cambie de opinión.

–No lo creo. ¿Qué hay de comida?

–Judías verdes y filetes rusos.

Sería una tontería, pero era lo mismo que había comido el primer día que vine con mi madre. ¿Sería una señal de que todo iba a ir bien?

Por la tarde aproveché para hacer ejercicio en la piscina; el calor era insoportable, con lo que bajé la temperatura. Hacía apenas unas semanas era invierno y estaba esquiando con Rob; ahora era verano y solo se oía el sonido de las cigarras. Rob, Rob, le echaba tanto de menos.

Cuando volví a mi habitación después de nadar más de una hora, vi que tenía

un mensaje del instituto.

<Francesca, ven mañana a hablar conmigo, a cualquier hora. Marcos>

¿Habría cambiado de opinión?

Al día siguiente a las nueve de la mañana estaba en su despacho.

–Buenos días, Fran o Francesca. He estado leyendo tu historial. Es increíble lo del vino que hiciste con tan solo trece años; es muy famoso y además está considerado como una exquisitez. Tenemos alumnos con mucho talento, pero tú serías una de las más brillantes. Por eso voy a aceptar tu matrícula.

–Muchas gracias –dije rebosante de felicidad.

–Pero no solo la voy a aceptar por eso. Tu historia del sueño que tuviste también me ha hecho pensar. Por un lado, llamaste a mi hijo JP; solo sus amigos le llaman así, aunque eso podrías haberlo averiguado de cualquier manera. Lo que sí me ha llamado la atención es que dijeras que yo le había dicho a mi hijo que estuviera pendiente de ti. Eso es algo que habría hecho seguro en tu caso, viniendo de fuera, y para eso tendrías que conocerme. Enhorabuena, Fran, estás en el Talent Search. En una semana empiezan las clases.

¡Bien, bien, bien! Lo había conseguido.

–Por cierto, me dijiste que el primer talento que elegiste en tu sueño era Enología. ¿Qué tal fue?

–Muy bien, teníamos el mejor profesor posible de Carolina University: Rob Rogers, un famoso enólogo americano.

–Déjame ver –dijo mirando en su ordenador–. Sí, Rob Rogers, definitivamente, es famoso; pero no veo que vaya a ser tu profesor, es una chica...

–No me digas que es Christine Roberts.

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Porque era la profesora sustituta de Rob y no era nada buena, sé yo más enología que ella. Espero que contraten pronto a Rob porque, si no, va a ser un desastre de talento.

–Ya veo. Muchas gracias Fran o...

–Fran.

–...por tu opinión. Nos vemos el lunes que viene.

–Muchas gracias por todo, Marcos. Adiós.

Primer obstáculo conseguido y, ahora, de vuelta a Italia.

Cuando volví mi madre me dijo que quería hablar conmigo.

–Fran, he estado hablando con tu padre estos días sobre lo de irte a España.

–Mamá, ya tengo plaza, no me digas que no me dejas ir –protesté.

–Sí, puedes ir. Es que, creo que debería acompañarte.

–Claro.

–Me refiero a que me voy a quedar unos meses allí.

–¿Y papá?

–A papá me ha costado convencerle, pero al final ha accedido. Me da pena dejarle, pero me gustaría mucho ir a España y él, lógicamente, no puede venir.

–¿Por qué quieres venir?

–Te voy a ser sincera: por un lado, no puedo apartarme de ti ahora que has vuelto con nosotros y, por otro, me gustaría estar también con tus abuelos. Voy a venir casi todos los fines de semana aquí o irá papá a vernos.

Hasta en eso se iba a parecer mi nueva vida: estaría mi madre conmigo y sin mi padre. Aunque, por lo menos, ahora estaba vivo y le podríamos ver los fines de semana. La academia había sobrevivido sin ella durante los meses que yo había estado dormida y podrían seguir viviendo sin ella unos meses más. Así que, después de algunas fiestas de despedida, volví a Madrid con mi madre. Me dio mucha pena despedirme de mi padre, mucho más de lo que me habría imaginado, porque siempre me quedaría la duda de si esta vida era la real o lo era la otra, y me daba miedo volver a perderle. Además, le vi un poco triste cuando se despidió de nosotras en el aeropuerto; intuí que no le hacía mucha gracia separarse de mi madre, aunque fuera a verla todos los fines de semana.

Mi nueva vida no estaba nada mal, había recuperado a mi padre y quizá pudiera recuperar a Rob también.

El primer día de clase no fue muy diferente de la otra vez: me presenté en bici, y la gente me miraba como si viniera de Marte. Me habría gustado decirles que en unas semanas, habría más marcianos como yo aparcando su bici, pero creerían que estaba loca. Observé que JP estaba en mi clase como la otra vez, sin embargo no vi a Marina por ningún lado. ¿Dónde se habría metido? En realidad en mi otra vida no la vi hasta la fiesta a la que me invitó JP, quizá tuviera que esperar a entonces para hablar con ella por primera vez.

A pesar de tener muchas ganas de volver a ver a Rob, disfruté de esta repetición de acontecimientos. La única diferencia era que no tenía que enfadarme con mi madre, puesto que mi padre estaba vivo y nuestra relación no tenía ninguna tensión como la otra vez. Mi madre comenzó a escribir a todas horas y tampoco ahora quería decirme qué estaba escribiendo.

El viernes, como había previsto, JP se acercó a mí a la salida del colegio para invitarme a la fiesta. Esta vez le dije directamente que sí y no me hice la

interesante, me apetecía volver a ver a Marina. Sin embargo, cuando el sábado llegué a casa de Álvaro, me quedé sin habla cuando me di cuenta de que no había ninguna chica.

–JP, ¿y las chicas?

–¿Qué chicas?

–Pensé que erais una pandilla de chicos y chicas.

–No, somos nosotros, solo chicos. ¿Por qué pensabas que había chicas?

–No sé, pensé que era así; pero, en realidad, tú no me habías dicho nada.

Menuda decepción. Entonces, ¿Marina no existía en esta vida? Pensaba que las cosas serían más o menos iguales, pero esto me había descuadrado por completo. Si no existía Marina, también podía significar que no encontraría a Rob. Marcos me había dicho que no salía su nombre en la web de la universidad. ¿Y si después de todo Rob no venía? ¿Para qué había venido hasta aquí? ¿Y si había movilizadado a todo el mundo, y sobre todo a mi madre, para nada?

El lunes fui a mi primera clase de talento. Tenía miedo de que la profesora sustituta se presentara como nuestra profesora. Si fuera así, ya no tendría ninguna esperanza de volver a ver a Rob. Bueno, eso no era cierto, todavía me quedaría la feria de vino. Mi hermano Pedro ya me había avisado de la feria y me había pedido que le sustituyera el sábado y el domingo.

–Hola, soy Christine Roberts. Siento comunicaros que vuestro profesor no llegará hasta el lunes próximo. Mientras tanto, yo le sustituiré.

¡Bien! ¡Bien! Eso significaba que habían contratado a Rob. Estaba tan feliz; solo tendría que esperar al fin de semana para verle en la feria de vino.

Cuando llegué a casa encontré a mi madre hablando con alguien en el jardín.

–Hola, Fran. Ven, quiero presentarte a alguien.

¿Qué hacía Marina en mi casa?

–Esta es mi amiga Pilar. Éramos compañeras del colegio. Y esta es su hija Marina, Tiene tu edad; de hecho creo que vais al mismo instituto.

–Hola –me dijo Marina sonriente.

–Hola –por fin había aparecido en mi vida, aunque no de la forma que me había imaginado.

–Nos hemos encontrado en la calle y les he pedido que pasaran. Hacía tanto que no te veía –dijo dirigiéndose a Pilar.

–¿Quieres venir a mi habitación un momento? –le pregunté a Marina.

–Vale.

Quería hablar con ella sin que se enteraran mi madre y la suya.

–Me ha dicho mi madre que estás en el Talent Search –me comentó cuando ya estábamos en mi habitación.

Marina iba dando vueltas por la habitación mirando los libros y otras cosas que había por los estantes.

–Sí.

–¡Qué suerte! No es nada fácil entrar.

–Eso dicen. ¿Conoces a alguien que esté en el programa?

–No, en realidad no.

O sea que, definitivamente, no conocía a JP.

–Verás, he conocido a un chico de mi clase y me ha invitado a una fiesta este sábado. Me ha dicho que podía llevar a alguien si quería. ¿A ti te apetecería venir?

–El sábado. Déjame pensar...

–Son todos chicos y me da un poco de vergüenza ir sola.

–Bueno, en ese caso, puedo llevar a mis amigas también. ¿Qué te parece?

–Me parece genial.

–¿No le importará que vayamos tantas chicas?

–Creo que sería un sueño para ellos. Juan Pedro es muy mono y hay alguno más que no está nada mal.

–Entonces, seguro que consigo convencer a mis amigas.

–Genial, muchas gracias, te lo agradezco mucho.

–Un placer ayudarte. ¿Sabes que tienes unos ojos preciosos?

–Muchas gracias, los tuyos son muy bonitos también.

Marina era así, en cualquier vida, muy natural y espontánea. En realidad me estaba adelantando a los acontecimientos, ya que JP no me había dicho nada todavía de la fiesta, pero estaba casi segura de que me lo diría el viernes, como la otra vez.

El viernes, en clase, Marcos me volvió a sacar a mí primero para que hablara de mi primera semana en el talento.

–¿Qué tal tu profesor, Francesca?

–Bueno, espero que mi profesor definitivo sea mejor; por ahora ha venido una sustituta y no lo hace muy bien.

–Ah, y ¿qué harías tú si fueras la profesora?...

Por ahora no iban las cosas tan mal, a pesar de que no todo era exactamente igual, parecía que de una forma o de otra, acababa encontrándome con las mismas personas.



–Fran, ¿te vienes mañana a otra fiesta? –me dijo JP al salir de clase.

–Claro, ¿te parece bien si llevo a unas amigas?

–No sabía que tuvieras amigas.

–Bueno, en realidad solo conozco a una, pero son bastante guapas.

–Ah, pues genial, seguro que estos estarán encantados.

–También te quería pedir si podía llevar a mi hermano; viene este fin de semana y no quería dejarle solo. A cambio llevamos la cena, ¿vale?

–¿La cena? Bueno, no hace falta.

–Sí, insisto. Mi hermano y yo la preparamos, nos encanta cocinar.

–¿En serio? Guau, alguien que cocina, eso sí que es una novedad. Vale, la fiesta es en mi casa. Luego te paso la dirección.

–Vale –dije riéndome para mis adentros, puesto que ya sabía dónde estaba su casa.

El sábado me puse guapa para la feria de vino, no solo porque me estaría ocupando de las catas, sino porque iba a ver a Rob. Estaba tan feliz que hasta Marco estaba sorprendido de mi buen humor. Sin embargo llegó la hora de comer y no había aparecido por allí. ¡No podía ser! La otra vez vino antes de comer. Mi humor fue decayendo y empeorando a medida que iba pasando el día y veía que Rob no aparecía por allí. Algo iba mal, las cosas no estaban saliendo como tenían que salir.

Esa noche fuimos a casa de JP. Al llegar, vi de lejos cómo el padre de JP salía de su casa con una mujer de la mano. Por lo poco que había podido ver, la mujer se parecía mucho a JP. ¡Qué extraño! ¿Quién sería?

–JP. ¿Quién era esa mujer? Se parecía mucho a ti –pregunté con curiosidad.

–¿Quién va a ser?! ¡Es mi madre! –me dijo mirándome con cara de “¿estás tonta o qué!”.

¿Su madre? Entonces en esta vida sus padres no estaban separados. Otra cosa que no encajaba. No podía evitar sentirme ansiosa cuando las cosas no encajaban exactamente como la otra vez.

Por lo menos Marco y Marina estaban destinados a estar juntos. Esa noche comenzaron a tontear y Marco volvió a cometer la estupidez de invitarla a la feria del día siguiente. Pero algo cambió también a la mañana siguiente, antes de salir hacia la feria.

–Fran, necesito pedirte un favor. Tenemos que comprar más copas, ayer se me olvidó por completo. ¿Te importa ir tú al centro comercial a comprarlas? Yo debería ir a recoger a Marina y a María y llegar lo antes posible a la feria.

–Pero ¿y cómo voy yo hasta la feria después?

–Dile a mamá que te lleve.

–¡Marco, eres un desastre! ¿Y por qué no vas tú a comprarlas y yo me voy a la feria?

–Porque si pasa alguien a hacer una inspección, no puedes estar tú de responsable; te recuerdo que eres menor de edad.

–Ah, no había pensado en eso. Vale, está bien, iré. Cogeré el coche de mamá, no creo que haya ningún problema en que vaya sola hasta allí ¿no?

–No, es una distancia muy pequeña. Te veo en la feria. Gracias, Fran.

Me apetecía estar en la feria, aunque solo fuera por la pequeña, aunque improbable, posibilidad de que fuera Rob, aunque ya lo dudaba.

Entré en el centro comercial. El parking de la primera planta estaba completo. ¡Qué extraño!; era muy temprano para que estuviera completo. Cuando entré en

la segunda planta, me dio un vuelco el corazón. Estaba vacía, salvo por dos o tres coches solitarios. Esta escena se estaba pareciendo demasiado a la de aquel día, no muy lejano para mí, en la que ese hombre... Pero eso no pasó hasta finales de noviembre. No podía ser lo mismo. Aun así, por si acaso, no me dirigí hacia la salida, sino que retrocedí para subir por la rampa de coches. Cuando estaba a punto de llegar a la rampa, alguien me agarró del brazo.

–Hola, preciosa. ¿A dónde crees que vas?

–¡Suéltame! –y me puse a gritar.

Era el mismo hombre de aquel día, pero esta vez tendría que defenderme sola, ya que no estaba Rob para protegerme. Por lo menos esta vez jugaba con ventaja: sabía los movimientos que haría. Hizo lo mismo que la última vez, me giró agarrándome por el cuello y me tapó la boca, arrastrándome hacia un sitio menos visible. Cuando soltó la mano de mi boca para tocarme, volví a gritar para provocarle que me soltara e intentara pegarme ese puñetazo que tendría pensado darme. Lo que no sabía él, era que estaba preparada para esto; esquivé su puñetazo y aproveché la ocasión para darle una patada en sus partes.

Salí corriendo hacia la salida que había intentado evitar antes. Mientras corría a gran velocidad por el oscuro parking, me giré para mirar y comprobé que me seguía, aunque le llevaba algo de ventaja. Quizá pudiera escapar a tiempo.

Cuando llegué a la puerta y la abrí, choqué con alguien que salía hacia el parking, cayéndome sin remedio encima de él o de ella.

–Lo siento –dije.

Y entonces miré hacia la persona que estaba debajo de mí. Me quedé helada al comprobar que me había caído encima de Rob, que me miraba muy sorprendido.

–Hay un hombre con un cuchillo que viene hacia aquí –le dije en susurros.

–¿Lo dices en serio? –me contestó en susurros.

–Completamente en serio. Intentaba huir de él.

Nos levantamos silenciosamente.

–Escóndete detrás de mí –dijo, escondiéndose a su vez detrás de la puerta.

Vimos cómo se asomaba un cuchillo empuñado por una mano masculina por la puerta y en ese momento Rob cerró la otra hoja de la puerta, haciendo que el hombre dejara caer el cuchillo al suelo.

¡Bien hecho, Rob!

Aun así el hombre se enfrentó a Rob, pero, como me imaginaba, Rob sacó toda su furia acumulada y comenzó a golpearle con gran fuerza. Sin embargo, en esta ocasión, el hombre consiguió escapar de su puño y salió huyendo. Rob salió detrás de él, pero volvió a los pocos minutos.

–Lo siento, se me ha escapado.

–¿Lo siento? Me has salvado la vida. No sé cómo agradecértelo.

–¿Por qué te perseguía?

–Me ha atacado en el parking, pero he conseguido huir de él. No sé lo que quería de mí realmente.

–Yo sí me lo puedo imaginar –dijo mirándome de arriba abajo–. Antes de nada, vamos a llamar a la policía. Ese hombre es peligroso, con o sin cuchillo.

–Sí, claro.

Como la otra vez, Rob llamó rápidamente a la policía y nos dijeron que permaneciéramos allí.

–Me tiemblan un poco las piernas.

–Deberíamos buscar un sitio donde te puedas sentar –dijo mirando a su alrededor y dándose cuenta de que no había ningún sitio donde sentarse–. Lo único que se me ocurre es que nos metamos en mi coche mientras esperamos. Está aquí mismo.

–Sí, gracias.

–¿Estás mejor? –me preguntó cuándo ya estábamos dentro de su coche.

–Sí, creo que sí.

–¿Cómo has conseguido escapar de él?

–Pues, le di una patada en...

–Ah, muy bien hecho. ¿Has hecho algún curso de autodefensa?

–No, simplemente se han activado todas mis alarmas al ver que estaba completamente sola y nadie iba a venir a rescatarme. Pero me equivocaba, has venido tú.

–Bueno, tampoco he hecho gran cosa; se me ha escapado.

–¿Que no has hecho gran cosa? Si no fuera por ti, no sé lo que habría pasado. Me has salvado la vida y no sé cómo agradecértelo.

–No tienes que agradecérmelo. Ese tipo de personas que intentan aprovecharse de otros me sacan de mis casillas.

–Ya lo he visto, le has dado una buena paliza.

Apartó la mirada. Estaba claro que no estaba orgulloso de la paliza que le había dado.

–Lo siento, seguramente te he estropeado la mañana; estarías yendo a algún sitio.

–No te preocupes por mí. Nada es más importante que ayudar a alguien como

tú.

–¿Cómo yo?

–Bueno, me refiero a que... me siento bien por haber podido ayudarte.

Y yo me siento bien por haber podido conocerte de nuevo, aunque haya sido de otra forma.

–Te has hecho daño en los nudillos –dije tocándole la mano.

Se sorprendió de que le tocara y me miró con una cara que no supe descifrar. Tenía que tener cuidado con lo que hacía si no quería asustarle.

–Siento haberte tocado –dije un poco preocupada.

–No pasa nada, te he mirado así por... porque me ha gustado sentir tus manos en la mía. Perdona, no sé lo que estoy diciendo. Creo que viene la policía – dijo mirando por el espejo retrovisor.

## 10 % vol.

¡Dios mío!, qué tarde era; Marco me iba a matar. Hacía una hora que estaba aquí y ni siquiera había comprado nada.

Nos habían interrogado a los dos por separado y nos habían pedido todos nuestros datos. Me sentí un poco violenta intentando explicarles que había intentado tocarme, y en ese momento agradecí que Rob no estuviera escuchándome. Aún, después de todo lo que habíamos pasado juntos en mi otra vida, me daba un poco de vergüenza. Después de todo, ahora para él yo era una desconocida.

–¿Hemos terminado? –pregunté al policía.

–Sí, se puede marchar.

–Gracias. Espero que le cojan pronto.

–Lo haremos.

Rob parecía que no había terminado todavía su declaración y, además, tenían que curarle las heridas de la mano. Me daba un poco de apuro no esperarle después de todo lo que había hecho por mí, pero me tenía que ir o Marco me mataría. Me despedí de él desde lejos y se quedó mirándome sorprendido, con la boca abierta, como si estuviera a punto de decirme algo.

Cuando llegué por fin a la feria, horas después de cuando tenía que haber llegado, mi hermano me miró con cara de enfado. Le puse cara de “luego te lo explico” y me puse manos a la obra con las catas de vino. Menos mal que estaba lleno de clientes y no tuve que explicarle a Marco el porqué de mi retraso, porque tenía que pensar en alguna excusa creíble. Definitivamente, no

quería decirle lo que había pasado.

Después de un rato, Marco parecía que se había relajado un poco y estaba pendiente de Marina, como la otra vez. Más o menos a la hora de comer me pareció ver a Rob a lo lejos. ¿Era él de verdad? Ya había dudado que le fuera a ver aquí. Pero sí, era él, y nuestras miradas se encontraron. Me miraba de una forma muy intensa mientras se acercaba a mí. Comencé a ponerme nerviosa, como si fuera la primera vez que le veía. Estaba tan atractivo en vaqueros y con chaqueta.

Cuando estaba a punto de llegar al mostrador puse cara de “no digas nada, que está mi hermano” y me entendió.

–Buenos días, me han dicho que hacéis catas de vino.

–Sí. Solemos esperar a que se forme un grupo, pero a esta hora dudo que venga nadie más. Te puedo hacer una cata rápida, si quieres.

–Sería estupendo.

–Ven por aquí.

Notaba su mirada clavada en mi espalda.

–Te has marchado sin decirme siquiera tu nombre –me dijo en cuanto se sentó.

–Lo siento, estabas ocupado y no me parecía bien interrumpir. Fran Kell.

–Rob Rogers –dijo dándome la mano.

No parecía querer soltarme la mano y la mantuvo unos segundos más de lo normal.

–No es un nombre muy italiano –comentó.

–¿Por qué supones que soy italiana?

–Por el vino –dijo señalando el cartel donde ponía “Viñedo di Franco,



Frascati”– será un viñedo familiar, supongo.

–Sí, es cierto. El tuyo tampoco es muy español.

–Estamos igualados. Ha sido una auténtica casualidad que te haya encontrado aquí, pensaba que ya no te iba a volver a ver.

–¿Querías volver a verme?

Me fijé en que mi hermano empezaba a interesarse por nosotros. Tenía que hacer como que le estuviera haciendo una cata para que no se acercara y me estropeará ese momento.

–Coge la copa y haz que miras el color, como hago yo; si no, mi hermano se va a mosquear.

–Ya veo que nos está mirando.

–Sí. Dime qué color aprecias.

–Verde.

–¿Verde? –me reí.

–Tienes una sonrisa muy bonita.

–Gracias. A ver, explícame lo del color verde; yo veo un color amarillo paja.

–Desde que te he visto el único color que veo es el verde, el de tus ojos.

Me sonrojé. ¿Cómo podía pasarme esto a estas alturas?

–Ahora agítalo y dime qué olores te vienen a la cabeza.

–Huele a verde también.

Me volví a reír.

–No te lo estás tomando en serio.

–Sí, totalmente en serio. Aroma a verde de hierba recién cortada, al verde del

campo mojado por el rocío de la mañana... En definitiva, a verde naturaleza, como el de tus ojos.

–No me has contestado a mi pregunta.

–Quería volver a verte porque no me ha dado tiempo ni a presentarme ni a despedirme de ti.

–Ya nos hemos presentado y nos podemos despedir cuando te vayas –le dije provocándole.

–Después de lo que hemos intimado esta mañana no me conformo solo con eso.

–¿Intimado?

–Te recuerdo que esta mañana has estado encima de mí durante unos segundos y después, entre los dos, le hemos dado una paliza a un posible violador.

–¿Hemos? Creo que yo no he hecho gran cosa.

–Sí, tú le has dado una patada, y era un tío muy fuerte.

–Prueba ahora este vino tinto y dime qué opinas. Hace tan solo unos años que hemos empezado a hacerlo. Mi hermano se está empezando a extrañar de que hablemos tanto.

–¿Y? ¿Le tienes miedo?

–No, pero no quiero que nos interrumpa.

–Ah, eso significa que te está gustando nuestra conversación.

–Puede ser –le dije provocativa—. Va a pensar que estás ligando conmigo.

–Y lo estoy haciendo, Fran; y hacía tiempo que no lo hacía. Pensaba que ya no me acordaría de hacerlo.

–Pues no lo haces nada mal.

–Quizá es porque me da la impresión de que ya nos conocemos.

Bajé la mirada.

–¿Qué te pasa? –preguntó un tanto preocupado al verme más seria.

Rob el sensible, el observador de todos los detalles, ya fuera de un vino o de una persona.

–Yo también tengo esa impresión, como si te hubiera conocido en otra vida.

–Mmmm, eso me gusta. ¿Entonces, nos podemos ver luego?

–Creo que hoy va a ser complicado, tenemos que desmontar todo esto.

–Te esperaré.

–¿No tienes nada que hacer?

–Sí, miles de cosas; pero pueden esperar. No quiero que te vuelvas a escapar.

–Intentaré convencer a mi hermano.

–¿Necesitas su permiso? Eres mayor de edad.

Te equivocas, no lo era, realmente no, pero iba a aprovechar que no lo sabría hasta mañana.

Cómo le echaba de menos: Tenía que conseguir que me besara hoy, antes de que descubriera que era mi profesor y tuviera que pasar aún más tiempo sin sentir sus labios.

Decidí que iba a ser sincera en esta nueva vida. En la otra no me había sentido bien mintiendo y ocultado las cosas a los que más quería y, ya que tenía esta nueva oportunidad, lo haría bien desde el principio. Así que le conté a Marco lo que había pasado esa mañana y cómo Rob me había salvado.

–Claro que puedes ir con él a tomar algo, es lo mínimo que puedes hacer después de lo que ha hecho por ti. Me siento fatal, Fran, por lo que casi te

pasa; y todo por mi culpa.

–No es culpa tuya; ha pasado y ya está. No hay que darle demasiadas vueltas.

–Además, cuando llegaste tarde, estaba enfadado contigo. ¿Cómo no me lo dijiste?

–Había mucho trabajo y no podía contártelo.

–Tienes razón. Ten cuidado –dijo dándome un beso en la mejilla.

–Claro.

¡Después de todo, no estaba tan mal lo de contar la verdad!

No sabía dónde estaría Rob; no habíamos quedado en ningún sitio en concreto, así que salí al pasillo y me puse a andar.

–Ya te estás escapando otra vez –oí a mi espalda.

Me giré y le miré sonriendo.

–Vaya, me has pillado. Mi hermano me ha dado la tarde libre; no tengo que ayudar a recoger.

–Ah, qué bien, porque lo de dar palizas a hombres peligrosos, me da bastante hambre; ¿te apetece comer?

Me reí y asentí. Este nuevo Rob era más gracioso todavía.

–¿Crees que le cogerán?

–Espero que sí. Me da mucha rabia que se me escapara.

–Tú ya hiciste bastante. ¿Dónde vamos?

–A un sitio especial. Tendremos que coger el coche.

–De acuerdo.

No me podía creer cómo habían cambiado las cosas, no estaba siendo igual

que la otra vez y Rob no parecía exactamente igual que en mi sueño. Parecía algo diferente.

Por el camino sonaba The scientist, de Coldplay.

–Bueno, Fran, y cuéntame, ¿vuestro viñedo está en Frascati?

–Sí.

–¿Y tú dónde estás?

–Aquí, contigo en el coche.

–Muy graciosa.

–Estoy en Madrid, en Torreloayón, donde nos hemos encontrado accidentalmente esta mañana.

–¡Menuda suerte tengo!

–¿Por qué?

–Porque si me hubieras dicho que en Frascati, lo vería un poco complicado.

–¿El que verías complicado?

–¿Siempre haces tantas preguntas?

Me reí.

–Supongo que sí.

–Vería complicado que nos viéramos.

–¿Quieres que nos veamos?

–Y sigues con las preguntas.

Me reí otra vez.

–Lo siento, supongo que me gustan las cosas claras.

–Está bien, pues sí, me gustaría que nos viéramos.

–Si apenas me conoces.

–Lo sé, pero lo poco que conozco, me gusta.

Le sonreí.

–Ya hemos llegado. ¿Has estado alguna vez aquí?

Miré fuera de la ventanilla. No me sonaba nada.

–Pues no.

–Creo que te han sacado poco por Madrid.

–Sí, seguramente. Solo venía en verano y en Navidad, y, ya sabes, con la familia todo el rato.

–Pero ahora estás viviendo aquí.

–Sí.

No quería darle muchos datos, porque quería evitar la pregunta de por qué había venido a vivir aquí; entonces se enteraría de que solo tenía diecisiete años. Sabía que físicamente aparentaba más, siempre me lo habían dicho. Era alta y mi cuerpo, desarrollado y musculoso, no era el de una chica de diecisiete. Aunque, ahora estaba menos musculosa que antes de abrir los ojos.

–Es el mercado de San Miguel; su estructura es la original de principios del siglo XX y es muy divertido comer aquí. Vas cogiendo en cada puesto lo que más te guste y luego te lo comes sentado en cualquier parte. Además, hay buenos vinos.

–¿Te gusta el vino también? Bueno, si has estado en la feria de vinos imagino que sí.

–Sí, mi familia también tiene un viñedo. Tenemos eso en común.

Era un edificio precioso, con una estructura de hierro antiguo y rodeado de cristalerías, que permitían la entrada de luz natural.

Me dejó pasar al llegar a la puerta.

–Entonces, si tienes un viñedo, ¿por qué querías que te hiciera una cata?

–Creo que sabes la respuesta.

–Creo que sí ¿Y el viñedo de tu familia dónde está?

Tenía que hacer como que no sabía nada de él, pero me resultaba difícil.

–En California.

–Mis tíos, los que viven en Estados Unidos, tienen muchos clientes en los viñedos de California.

–¿Tienes familia americana?

–Sí, mi padre es americano.

–De ahí tu apellido tan poco italiano.

–Bueno el segundo apellido de mi padre es muy italiano: Di Franco

–¡El nombre del viñedo!

–Eres muy observador.

Nos sentamos con lo que habíamos pedido en una de las barras que había distribuidas por todo el recinto. Supuse que debido a que era bastante tarde, no había demasiada gente, y lo agradecí. Todavía me afectaban un poco los sitios muy ruidosos desde que había abierto los ojos. De hecho, aunque no se lo había contado a mi hermano, esa mañana no me había sentido muy bien mientras daba las catas; tanta luz artificial me molestaba.

Hablamos sin parar, pero, por suerte, no salió ningún tema de los que quería evitar. Fui haciendo preguntas sobre cosas que ya conocía de su vida, y él me

hizo otras tantas. Su voz era igual de hipnotizadora y sus ojos color miel me embujaban por completo.

–¿Qué tal tus heridas de la mano? –dije rozándole la mano.

Se quedó mirándome sin pestañear.

–No me sueltes, me gusta sentir tus manos.

Le sonreí y no aparté mis manos de las suyas. Por alguna razón, habíamos dejado de hablar y tan solo nos mirábamos a los ojos. Me podía perder en ellos, eran tan brillantes y profundos, como un buen vino verdejo.

–Fran, eres tan guapa. De verdad que tus ojos me han hipnotizado. A partir de ahora ya no voy a ser el mismo.

Me reí. Este Rob era mucho más payaso que el otro.

–¡Qué tonterías dices Rob!

–Lo digo en serio. Me has hipnotizado, desde esta mañana cuando te caíste encima de mí.

–Creo que deberíamos irnos, se ha hecho un poco tarde.

–¡Te digo que me has hipnotizado y tú me dices que tenemos que irnos! No me estás tomando en serio, Fran.

–¡Claro que no! ¿Me llevas a casa? Creo que vivimos en el mismo pueblo.

–Te llevaré encantado.

–Estoy un poco casada.

No sé por qué me sentía tan cansada, estaba claro que no me había recuperado del todo de mis meses de inactividad. Jamás en mi vida me había sentido cansada un día normal. Bueno, hoy no había sido un día normal; no todos los días te acosaba un hombre con un cuchillo y luego trabajabas unas cuantas



horas, para terminar por quedar por primera vez con el hombre de tus sueños.

–Es normal. Perdona, Fran, hoy ha sido un día un poco extraño para ti. Quizá no teníamos que haber quedado hoy.

–No, me ha encantado quedar contigo, Rob, ha sido mi parte preferida del día.  
Me sonrió.

–Fran, gracias por haber accedido a quedar conmigo.

–Gracias a ti por haberme salvado hoy.

–Cuenta conmigo siempre que te persiga alguien con un cuchillo.

Me reí.

Cuando ya estábamos en casa, Rob me cogió la mano.

–¿Te puedo ver otro día?

–Claro.

–Pásame tu contacto.

–Ya lo tienes –dije después de pulsar sobre la pantalla de mi reloj.

–Te llamaré. Que descanses Fran.

–Adiós, Rob –dije saliendo del coche.

Después de todo, no había conseguido mi beso. Supuse que era un poco pronto para eso, sobre todo con lo responsable que era Rob. Estaba deseando que pudiéramos avanzar en nuestra relación para que pudiera besarme, pero me temía que aún quedaban unas semanas en las que intentaría evitarme. A partir de mañana Rob ya no querría verme más.

Primer día de clase. Entró por la puerta un hombre que no conocía. ¿Después de todo, Rob no sería mi profesor?

–Buenos días, vuestro profesor me pide que os acompañe al laboratorio. Hoy vais a dar la clase allí.

Cuando entramos en el laboratorio, comprobé que, efectivamente, nuestro profesor era Rob, que me miraba intensamente. Intenté poner una expresión de sorpresa, ya que se suponía que yo no sabía que era mi profesor y debía estar perpleja.

–Buenos días a todos. Soy Rob Rogers. Me gustaría conoceros a todos, así que quiero que os vayáis presentando y me digáis por qué habéis elegido este talento y qué esperáis de este curso. ¿Algún voluntario? Ajá, veo que no. Francesca Kell. ¿Puedes venir aquí?

Fui hacia donde estaba él, le miraba serio, intentado poner cara de confusión.

–Buenos días, podéis llamarme Fran. No sé muy bien por qué he elegido este talento, ya que, como dice mi madre, ya sé desde que era pequeña que quiero ser enóloga. De este curso espero aprender cosas nuevas de un enólogo tan famoso como Rob Rogers –dije mirando hacia él–; seguramente haya cosas que desconozca, como el sabor a verde en un vino blanco.

Rob se aclaró la garganta, y me dijo que me sentara.

–Una última cosa, Francesca, ¿nos puedes decir tu trabajo creativo por el que has entrado en el Talent Search?

–Hace unos años hice un vino de autor que tiene cierta fama.

Volvió a sonrojarme contando mi hazaña con el vino que lleva mi nombre. Como la otra vez, parecía orgulloso de mí.

–....es muy difícil conseguir una botella de ese magnífico vino. Me gustaría mucho probarlo algún día. El siguiente...

–Fran –me dijo Rob al terminar la clase y cuando ya se habían marchado

todos.

Se acercó hasta mi mesa.

–¿Puedo hablar contigo un momento?

–Sí, claro.

–¿Cómo sabías quién era?

–Me he dado cuenta en cuanto he entrado en clase. He oído hablar de ti; eres famoso, ¿sabes?

–Ya. Ayer, cuando volví a casa después de dejarte, miré la lista de mis alumnos y me quedé perplejo cuando vi tu nombre. No podía haber muchas Fran Kell, tenías que ser tú. No me dijiste que fueras tan joven.

–No me lo preguntaste –le dije desafiante.

–Al verte trabajando en la feria del vino, pensé que eras mayor. Siento mucho lo que pasó ayer.

–¿El qué? ¿Haberme salvado la vida o haber ligado conmigo?

–Lógicamente, lo segundo; de lo primero no me voy a arrepentir jamás.

–Te arrepientes de haber ligado conmigo... –dije triste a propósito para que se sintiera mal.

–No quiero decir eso, Fran, solo que si llego a saber que eras mi alumna, nunca lo habría hecho. Quiero pedirte que te olvides de todo lo que pasó ayer.

–No pasó nada.

–Lo sé, pero pensar que estuve a punto de besarte... –dijo un poco agobiado.

–¿De verdad estuviste a punto de besarme? ¿Y por qué no lo hiciste?

–No me pareció el mejor día, después de lo que te había pasado por la mañana.

–Ah. Está bien, olvidémoslo todo. Adiós, Rob –dije enfadada.

–No te enfades, Fran, por favor –oí que decía a mis espaldas. Pero no me volví y salí muy digna de la clase.

No sabía por qué me enfadaba tanto, cuando sabía lo que pasaría en un futuro próximo, pero no podía evitarlo; vivir los momentos más tristes me afectaba, desde el accidente estaba más sensible de lo normal. No era la misma de antes; antes era más fuerte, ahora me afectaban más las cosas. Por eso no pude evitar salir llorando de la clase. Mientras intentaba encontrar un clínex en mi bolso, me tropecé con alguien y se me cayó todo el contenido del bolso al suelo.

Mierda, además de sensible, ahora resultaba que era una patosa.

–Lo siento –dijo el chico con el que me había tropezado.

–Ha sido culpa mía –dije intentando secarme las lágrimas.

–¿Estás bien? –dijo al ver que estaba llorando.

Era un chico muy alto y muy atractivo. Me miraba realmente preocupado, a pesar de que no me conocía de nada.

–Sí, gracias.

–Pues no lo pareces –dijo mientras me ayudaba a recoger lo que se había caído al suelo–. ¿Te puedo invitar a algo? No quiero que te vayas así de triste.

¿Qué le importaría a él si estaba bien o no?

–No, gracias. Me tengo que ir –dije cogiendo lo último que quedaba en el suelo y saliendo de allí tan rápido como pude.

Tenía que intentar controlar mis emociones, no podía salir así de clase después de hablar con Rob, alguien podría sospechar. Mañana intentaría hacerlo mejor.

–Fran –me dijo mi madre después de salir de la piscina– creo que te estás exigiendo demasiado; no deberías pegarte esas palizas en la piscina, hace apenas un mes que te despertaste.

–Quiero volver a ser la de antes mamá.

–Lo sé, pero no quiero que te esfuerces tanto, de verdad, deberías bajar el ritmo. Estás todo el día de un lado para otro, y no paras de hacer ejercicio, que si la bici, la piscina... por favor, por una vez en tu vida, hazme caso.

–Me encuentro bien mamá. No te preocupes.

–No me gusta, Fran. Este fin de semana viene papá, hablaré con él.

–No quiero que preocupes a papá, ¡ya te he dicho que estoy bien! –dije subiendo el tono más de la cuenta y dejándola allí plantada con la palabra en la boca.

Después de todo, la relación con mi madre no estaba siendo tan diferente de la otra vez; seguía siendo un poco tensa, aunque por otras razones.

Al día siguiente conseguí salir de las primeras de clase para evitar a Rob. Si no hablaba con él, todo iría mejor. Me dirigí a la parada de autobús, pero me di cuenta que acababa de perderlo.

–Hola –dijo alguien a mi lado.

Era el chico de ayer. Era verdaderamente guapo. Moreno, de ojos oscuros, tenía un aire a mi hermano Pedro.

–Hola –le dije un poco avergonzada, recordando que ayer me había visto llorando como a una tonta–. Creo que he perdido el autobús.

–Tardará unos diez minutos. ¿Dónde vas? ¿Al intercambiador?

–Sí.

–Yo también. Si quieres podemos ir andando, no hace demasiado calor.

¿Por qué había aparecido este chico en mi segunda vida? No lo entendía muy bien, pero, seguramente, fuera por alguna razón.

–Está bien. Vamos.

–Por cierto, me llamo Alberto.

–Fran.

–Un nombre poco común.

–Es Francesca. Es italiano.

–¿Eres italiana?

–Sí, también española y americana.

–¡Qué exótica! Yo soy simplemente español.

–No he hecho nada para merecerlo, simplemente mi padre es americano y mi madre española, y siempre hemos vivido en Italia.

–Italia es precioso.

–Sí, lo es. Tenemos un viñedo cerca de Roma.

–¡Qué interesante! ¿Y qué estás estudiando en la universidad?

¡Qué gusto no tener que evitar decir la verdad!

–No estoy todavía estudiando en la universidad. Estoy haciendo el programa del Talent Search.

–Ah, he oído hablar de él. Entonces tienes ...

–Diecisiete años.

–Ah.

–¿Y tú?

–Yo tengo veintiuno.

–Me refería a qué estás estudiando –pregunté.

–Estoy en el último curso de Fisioterapia. Después, solo me faltaría un año de prácticas.

–¿Un año entero de prácticas?

–Sí. Me gustaría irme a hacerlas fuera de España.

–¿A dónde?

–Me da igual, cualquier sitio; me iré al primer sitio donde las encuentre: Italia, Estados Unidos -dijo sonriendo.

–¡Muy gracioso!

–Así estás mucho mejor, sonriendo. Ayer estabas un poco triste.

No dije nada.

–¿Y cuál es el talento que estás dando aquí?

–Enología.

–¡Claro! Tenía que habérmelo imaginado. ¿Te gusta?

–Mucho, siempre he sabido que estudiaría Enología.

–¿Y quién es tu profesor?

–Rob Rogers.

–Un conocido enólogo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque le conozco.

Eso sí que no me lo esperaba.

–¿Le conoces?

–Un poco, su prima es muy amiga de mi hermana.

–¿Su prima Celia?

–Sí, ¿la conoces? –me dijo sorprendido.

¡Mierda, no tenía que haber dicho eso!

Se suponía que no debía conocer a Rob ni a su familia. A veces me costaba recordar que no podía saber ciertas cosas.

–Bueno, casi nada, pero Rob vive en el mismo pueblo que yo.

–Ah. ¿Y qué tal es como profesor?

–Muy bueno, aunque solo he tenido dos clases con él.

–¡Cuidado! –dijo de repente Alberto, cogiéndome por el brazo y atrayéndome hacia él.

No sabía por qué me había cogido de esa manera, pero entonces me fijé en que había una zanja en medio del camino y, si no llega a ser por él, me habría caído dentro.

–Pensaba que la habías visto y la ibas a esquivar –me dijo sorprendido.

–No la había visto.

Parecía extrañado. Estaba claro que estaba lenta de reflejos y no me gustaba nada sentirme tan patosa y desorientada. No parecía yo misma. Esto no le hubiera pasado a la Fran de mi otra vida.

–Gracias por haberme apartado.

–Si te llegas a caer, te podías haber roto una pierna.

–Últimamente estoy un poco distraída.



Seguimos hablando hasta llegar al intercambiador. Era un chico muy agradable y muy atractivo. Aunque no sabía por qué se había cruzado en mi camino, me vendría bien tener algún amigo en la universidad; en mi otra vida apenas había hablado con nadie.

–Hasta mañana, Fran. Y mira por dónde vas, no quiero que te caigas en ninguna zanja ahora que te dejo sola –dijo sonriendo al despedirnos.

–Está bien, lo intentaré.

No sabía qué me pasaba. ¿Serían la falta de reflejos una consecuencia del accidente? No se lo quería comentar a mi madre, porque se preocuparía y me mandaría al médico y, definitivamente, no pensaba pisar ningún hospital. Desde el accidente les tenía una completa aversión.

Al día siguiente Rob nos dijo que el lunes siguiente iríamos a hacer la vendimia en la finca de su amigo. Yo seguía saliendo de las primeras de clase para evitarle y supuse que estaba contento de que lo hiciera. Ese día no vi a Alberto por ningún sitio. Le eché de menos en el camino al intercambiador; desde ayer había decidido que iría andando todos los días y, si podía ir acompañada de alguien encantador como él, mejor.

Aunque no se lo había confesado a mi madre, había acortado los tiempos de natación, pero, a cambio, daría este paseo al salir de clase. Echaba de menos mi musculatura, aunque ya estaba mucho mejor que hacía un mes.

Estaba deseando ver a mi padre. El fin de semana anterior no pudimos verle porque tenía mucho trabajo en el viñedo. La vendimia estaba al caer y yo esperaba poder ir unos días para echarles una mano.

El jueves, al salir de clase, vi que Alberto estaba en la parada. Me saludó con la mano.

–Hola, Fran. ¿Te apetece que vayamos andando?

–Sí. Ayer te eché de menos.

–Ayer no pude venir a clase –dijo un poco serio–; pero yo también te eché de menos.

En realidad no había querido decirlo con un significado amoroso, sino amistoso; pero, la verdad, es que había sonado un poco raro, pero era un poco tarde para rectificar.

–Por cierto, quería preguntarte si este sábado te apuntas a un concierto.

¿Un concierto con la música a tope? No creía que pudiera soportarlo ahora mismo.

–El sábado tengo cena familiar, viene mi padre.

–¿Tu padre no vive contigo?

–Mi madre se ha venido a España conmigo solo unos meses, quería estar un tiempo con mis abuelos. Pero se ven todos los fines de semana, aunque el anterior no se pudieron ver. Por eso vamos a salir a cenar. Creo que viene uno de mis hermanos también.

–Ah, bueno, también podemos hacer otro plan. ¿Te apetece que te lleve a comer a Chinchón?

Un plan de día era más apetecible y Alberto me caía muy bien. ¿Por qué no?

–Vale.

–Te paso mi contacto. Dime dónde te recojo.

Miré mi reloj.

<Alberto Suarez. Aceptar contacto. SI NO>. Le di a sí.

–No hace falta que me recojas, puedo venir a la universidad. ¿Vives en Madrid?

–Sí, pero no me importa nada ir a recogerte. Pásame la dirección.

–Está bien.

No sabía muy bien qué papel jugaba Alberto en mi vida, pero, por ahora, me caía muy bien y me sentía a gusto con él. Además de que era guapísimo. Aun así, no pensaba en él de esa forma, para eso estaba Rob primero. Para variar, me vendría bien tener un amigo en la universidad, aunque no fuera a mi clase.

El viernes me encontré con Marina en la zona de bicis, ya había unas veinte bicis aparcadas; como la otra vez, empezaba a haber más marcianos como yo.

–Estoy emocionadísima, tu hermano Marco viene a verme; vamos a salir solos hoy.

–¡Qué bien Marina! Creo que lo vuestro va a ir muy bien.

–Bueno, tan solo estamos empezando, pero me encanta que lo digas. Mañana hay fiesta, ¿vas a ir?

–¿Han quedado todos otra vez?

–Sí, gracias a ti, ahora ya quedan juntos siempre, además a JP parece que le gusta una de mis amigas.

–¡No sabes cuánto me alegro de oír eso! Yo no iré, he quedado con un amigo de la universidad durante el día y por la noche voy a cenar con mis padres.

–¡Cuéntame sobre ese amigo!

–Es solo un amigo; en realidad, me gusta otro.

–Ah, ¡estás a dos bandas Fran! ¡Y eso que pareces una mosquita muerta!

–Gracias por lo de mosquita muerta.

–Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

–Sí, lo sé.

Por lo menos la relación de Marina y Marco transcurría por los cauces normales. No sabía si la mía con Rob iría de la misma forma. Para empezar, Rob no parecía exactamente el mismo de la otra vez, aunque me gustaba igualmente. Quizá yo tampoco era la misma. Era todo tan extraño. No me gustaba esta dualidad: el haber vivido algo y tener que revivirlo de una forma diferente o a lo mejor igual, aunque no lo sabría hasta que pasara. ¿Por qué no podía ser una persona normal y no saber nada del futuro? Sería mucho más fácil de esa manera. Lo único realmente diferente era Alberto. Era la única persona que se me había cruzado en esta vida de forma inesperada.

El sábado me vino a recoger Alberto. Tenía que confesar que, aunque no quisiera ninguna relación sentimental con él, era realmente guapo, era muy alto, su pelo negro era precioso y su mirada era muy profunda y misteriosa. Si no existiera Rob, estaba segura de que podría llegar a gustarme mucho, pero Rob existía y estaba enamorada de él.

—Hola, Fran. ¡Esta zona es preciosa! —me dijo cuándo subí a su coche.

—Sí, me gusta vivir aquí. No podría vivir en la ciudad, como tú.

—Ya estoy acostumbrado, pero podría perfectamente acostumbrarme a vivir aquí. Estás muy guapa —dijo mirándome como me miraba a veces Rob, aunque con sus preciosos ojos oscuros. —Gracias.

—¿Conoces Chinchón?

—Sí, mi madre tiene una amiga que vive allí y hemos ido unas cuantas veces. Pero me apetece mucho volver a ir, hace bastante que no voy.

Sonaba una música muy bonita, que me sonaba familiar, pero no sabía que era.

—¿Qué esta música?

—Es Marisa Tolentino.

¡Eso era lo que estaba escuchando Rob la primera vez que fui en su coche! ¿Se estaban mezclando las historias? No entendía nada.

–¿Te gusta?

–Sí –dije secamente.

Me sentía confusa. ¿Qué significaba eso? Parecía una tontería que por una canción me pusiera así de seria, pero esta canción estaba relacionada con Rob y no con Alberto: algo había cambiado en esta vida.

–¿Qué te pasa, Fran?

–Nada.

–Te has puesto seria.

–Lo siento, Alberto; no es nada, de verdad.

–Está bien –dijo, aunque no muy convencido.

No dije nada, no podía explicarle el motivo de mi cambio de humor. No podía contarle el largo sueño que tuve mientras estaba dormida, pensaría que estaba chiflada. Solo lo sabía mi padre y mi tutor Marcos y no quería que lo supiera nadie más.

Pasamos un día agradable paseando por Chinchón. Era un pueblo precioso con unas normas urbanísticas estrictas, por lo que todo el pueblo era igual, con casas blancas con tejados de teja vieja y portones de madera tostada con remaches de hierro. Alberto me llevó a comer a un sitio no muy típico. No estaba en la plaza como los demás sitios turísticos de allí, sino que era un restaurante familiar donde preparaban comida casera; era como si comieras en casa de alguien conocido.

–Este sitio me gusta –le dije.

–Me alegro; no lo conoce mucha gente.

–¿Por qué conoces esto tanto?

–Mi madre nació aquí.

–Pero ya no vive aquí, ¿no?

–No, aunque ella quiere volver. Pero, como está enferma, si se viene a vivir aquí, no podríamos ocuparnos de ella.

–¿Qué le pasa?

–Tiene una enfermedad degenerativa, no te quiero aburrir con eso. Tiene días mejores y peores. El otro día no pude ir a clase, porque no era un día bueno para ella.

–¿Y tu padre?

–Mi padre se fue de casa cuando ella empezó con la enfermedad. No sé nada de él, ni quiero saberlo.

Me sentí muy mal, él sí que tenía un problema serio. Mi problema parecía ridículo al lado del suyo y, sin embargo, era una persona muy alegre y se le veía con muchas ganas de vivir y disfrutar de la vida. ¡Incluso quería irse a hacer sus prácticas a otro país!

–Lo siento mucho, Alberto. ¿Por eso has estudiado Fisioterapia?

–Bueno, en realidad no, porque mi madre lleva enferma desde hace dos años; pero, gracias a eso, la puedo ayudar mucho y hace que me sienta mejor.

–Eso es fantástico, Alberto, me gusta cómo eres, que te ocupes de tu madre de esa manera; es muy bonito.

–Lo haría cualquiera –dijo modestamente.

–No lo creo.

–Pero me gusta que te guste como soy. A mí me gustas también Fran, desde el

día que te chocaste conmigo.

¿Le gustaba? La verdad es que no me había planteado esto hasta ahora, pero me sentía muy cómoda con él, como si le conociera desde hacía mucho tiempo. Además, no me molestaba que le pudiera gustar, no como cuando JP me quiso dar a entender que le gustaba, en ese caso sí me sentí incómoda. ¿Sería porque a mí también me gustaba un poco? Lo que estaba claro era que Alberto era muy atractivo y me gustaba mucho su forma de ser, pero en realidad esto no debería estar pasando. Me sentía muy confundida con el giro que estaba dando mi segunda vida.

–Te has quedado callada.

–Perdona. No sé qué decir.

–No hace falta que digas nada –dijo un poco serio.

No sabía qué decirle. ¿Qué me gustaba también pero que se suponía que no tenía que gustarme porque hacía poco tiempo había estado enamorada de mi profesor? ¿Que había venido a Madrid para recuperar ese sueño con Rob, pero por alguna razón no estaba saliendo como esperaba? ¿Que solo él conseguía que me olvidara de mi intención de recuperar a Rob? No podía decirle nada, por ahora no.

Pensé que había estropeado nuestro día juntos, pero, después de unos minutos, Alberto volvió a ser el de antes, tan encantador y sonriente como siempre. Al cabo de un rato hasta yo había olvidado mi desafortunado comentario y estaba centrada en escuchar todo lo que Alberto me contaba sobre Chinchón y su infancia. Me enseñó todos los rincones de ese pueblo singular y me contó un montón de anécdotas de cuando era pequeño.

Cuando me despedí de él horas después en la puerta de mi casa, me di cuenta de que me sentía atraída por él, y no solo era algo físico, me gustaba cómo me

sentía cuando estaba con él. ¿Cómo podían gustarme dos personas al mismo tiempo?

–Fran, gracias por haber quedado conmigo.

–Gracias a ti –le dije sonriendo.

–¿Podremos vernos otro día?

–Claro, el lunes en la parada. ¡Oh, no! La semana que viene no te veré, nos vamos a visitar un viñedo.

–Me refería a quedar otro día.

–Sí, me apetece mucho –dije son sinceridad.

–Te llamaré. Adiós –dijo dándome dos besos, a la manera española.

Nos quedamos mirándonos de una forma extraña, como si esos dos besos no fueran suficientes para ninguno de los dos, pero abrí la puerta antes de que pudiera pasar algo más. Todavía me sentía algo confusa.

Esa noche me fui a cenar con mi padre y mi madre; Marco, al final, dijo que tenía planes, con Marina claro. Nos fuimos al mismo restaurante al que había ido con mi madre cuando tenía la pierna escayolada.

–¿Te gusta este sitio, Fran? –me preguntó mi padre.

–Me encanta, es un sitio especial, mágico, rodeados de estas tuyas gigantes.

–Sí, lo es. Ahora que se ha ido tu madre al baño. ¿Has encontrado a ese chico, el que te gustaba?

–Sí, pero todavía no estamos saliendo.

–Me alegro mucho, Fran. Se te ve más feliz que en Frascati y la verdad es que me tenías preocupado.

–Estoy muy bien, papá, sobretodo porque estás aquí. Te he echado tanto de



menos estos años.

Me miró extrañado.

–Ah, lo dices por tu sueño. Yo te echo mucho de menos en el viñedo; no es lo mismo sin ti, Fran. El fin de semana que viene vendrá mamá a verme. Si quieres puedes venirte.

–No sé si podré –dije pensando en la vendimia de Jorge.

–Bueno, ya sabes que puedes coger un avión cuando quieras.

–Lo sé, papá, te quiero tanto.

–Y yo a ti. Soy tan feliz de que estés bien. Además, veo que has recuperado tu peso.

–Con la comida de la abuela es fácil.

–Sí, está deliciosa.

Mi madre acababa de volver y mi padre la miró. Me gustaba mucho comprobar que, después de tantos años juntos, todavía estaban enamorados y lo veía en su forma de mirarse.

–Mamá, papá, olvidé felicitaros por vuestro aniversario.

–¿Qué aniversario? –Preguntó mi madre–. Nuestro aniversario fue en Junio.

–Lo sé, me refiero a vuestro aniversario secreto, el 15 de agosto; fue unos días después de haberme despertado, pero olvidé decíroslo.

Mis padres se miraron extrañados.

–¿Quién te ha hablado de nuestro aniversario secreto? –preguntó mi madre.

–Tú, en mi sueño, después de que papá se muriera.

–¿Qué sueño? ¿De qué estás hablando? –preguntó mi madre.

–El tiempo que estuve inconsciente tuve un sueño muy largo en el que pasaron muchas cosas. En él, papá había muerto en el accidente de esquí, y tú nos contabas a los tres cómo os habíais casado en secreto en New Jersey cuando tenías diecinueve años.

–Es imposible que lo hayas soñado –dijo mi madre–. ¿No lo habrás oído en algún sitio?

–Lo oí de tus labios en mi sueño. ¿No es cierto lo de vuestra boda secreta?

–Sí, pero no lo sabe nadie más que mamá, el tío Marco y Jen, la amiga de mamá –dijo mi padre, igual de sorprendido que mi madre.

–Ya le he dicho a papá que ese sueño fue tan real como la vida misma. Y conocí a personas que nunca había visto y las he vuelto a encontrar en Madrid.

–¿En tu sueño ibas a Madrid a estudiar? –preguntó mi madre.

–Sí, por eso conocía el Talent Search, del sueño. Mamá, no me mires como si estuviera loca.

–¿Te estoy mirando así? No, solo estoy increíblemente sorprendida. Lo de la boda secreta, no me puedo creer que lo sepas. Tus hermanos no saben nada.

–Pues deberías decírselo, ya que yo lo sé. En mi sueño lo sabían también.

–Sí, tendremos que decírselo –dijo mirando a mi padre–. Lo de tu sueño es algo muy extraño, como sobrenatural. Deberíamos comentárselo al médico –añadió.

–Noooo, ni hablar, mamá, creará que estoy loca y, además, no quiero ir al médico.

–Déjalo María, quizá nuestra hija simplemente tiene un don y sabe cosas del futuro y del pasado.

Mi madre se quedó perpleja el resto de la noche y no paró de hacerme

preguntas al respecto. Le hablé sobre otras personas que había conocido y había vuelto a encontrarme en esta segunda vida, aunque omití lo de su accidente y, por supuesto, no dije nada sobre Marcos. Pero, por mucho que les contara, no pudieron llegar a ninguna conclusión. Mi padre tenía la mente más abierta y no le daba tanta importancia como mi madre.

El domingo tenía un mensaje de Rob. Bueno era un mensaje para toda la clase, no solo para mí, como me habría gustado.

<Al final no podremos ir en autobús. ¿Alguno tiene coche? Con 2 es suficiente. Rob>

<Yo tengo. Carlos>

<Yo tb. Rose>

<Perfecto, nos vemos a las 8,30 mañana. Gracias>

Otra situación diferente. No iríamos en autobús. ¡Qué raro! ¿Qué más sería diferente?

Cuando el lunes llegué a la universidad, me pasó como la otra vez: llegué tarde; y eso que había salido antes de tiempo. Rob me hizo una seña desde su coche.

–Hola, Fran –dijo cuándo había abierto la ventanilla–. Están todos los coches llenos, tendrás que venir conmigo.

–Vale –dije triunfal entrando en su coche.

No me lo podía creer, ¡iríamos juntos!

–Lo siento, menudo rollo ir con tu profesor –comentó.

Le miré con cara de “¿pero a qué estás jugando?”.

–No me mires así, Fran.

–Ahora no juegues al profesor colega y gracioso conmigo.

–Sigues enfadada.

–Por supuesto.

–No hace falta que lo jures. Lo he estado notando estos cuatro días de clase. Gracias por ser tan simpática y participar tanto en la clase.

–Me dijiste que lo olvidara todo.

–Sí, ¡pero no que te enfadaras conmigo para toda la vida!

–Lo siento, pero me resulta difícil olvidarlo todo; aunque no haya mucho que olvidar.

¿Cómo voy a olvidar tus caricias, tus besos, cómo me consolabas cuando tenía pesadillas?

–Gracias por pensar así. De verdad, me halagas. Que una chica como tú, tan joven y guapa, no quiera olvidarme.

–Se supone que no deberías hablarme así, eres mi profesor.

–¡Ya lo sé, Fran! ¿Te crees que a mí me gusta esta situación? ¿Qué me guste desesperadamente una de mis alumnas?

–¿Desesperadamente? –dije dejando mi enfado a un lado.

–¿He dicho desesperadamente? Sí, lo he dicho. Olvídalo, Fran, no debería haberte dicho eso.

–Pues no sé si podré olvidarlo. Me ha gustado.

–Así no me ayudas nada.

–¿Te tengo que ayudar?

–Sí, por favor.

No dije nada y seguí mirando el paisaje a medida que avanzábamos hacia el viñedo de Jorge.

–Podemos hacer una cosa –me dijo de repente.

–¿Qué?

¿Me iba a proponer salir a escondidas?

–Olvidarnos el uno del otro hasta que acaben las clases. Ya no seré tu profesor y tú no serás mi alumna.

–Mmmm, podría ser.

–¿Saldrías conmigo entonces?

–Si no estoy saliendo con otra persona para entonces, vale.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Pues que faltan tres meses para eso; podría conocer a alguien interesante mientras tanto.

–Es mucho tiempo para fijar una cena, claro.

–Sí, mucho tiempo.

–Me parece bien que quedemos, siempre y cuando, ninguno de los dos esté con otra persona.

¿Eso era lo que iba a luchar por mí? ¿Le había parecido bien mi propuesta? En realidad no era una propuesta, lo había dicho para provocarle: pero el resultado no era el esperado en absoluto. Pensé que no querría hablar de la posibilidad de que saliera con otro, pero no parecía importarle. Estaba claro que Rob no era el mismo de antes.

–¿Tú saldrías con otra persona a pesar de gustarte yo? –le pregunté.

–¡Ha sido idea tuya, Fran!

–Lo sé, pero en realidad no era una propuesta, solo quería ver lo que dirías.

–¡No hay quien te entienda, Fran! Eres más complicada de lo que pensaba.

–Al Rob de antes le gustaba la Fran rebelde y complicada.

¡Mierda! ¿por qué había dicho eso?

–¿De qué estás hablando? ¿Quién es el Rob de antes?

–Nada, olvídale.

–Eres un poco extraña, ¿lo sabías? Pero a lo mejor tienes razón, me gusta la Fran complicada. Eres como un imán para mí.

¡Un imán! Eso lo había dicho el Rob de antes. Ya me sentía mejor. Me daba miedo que Rob no fuera el mismo con el que había soñado, pero cuando había algo, aunque tan solo fuera una frase, o una situación parecida, me daba esperanzas.

–Gracias. Olvida mi comentario. Quedamos cuando acaben las clases –le dije.

–De acuerdo. ¿Te puedo pedir ayuda para la vendimia?

–¿Qué clase de ayuda?

–Tenía pensado organizar dos grupos, uno para recoger las uvas y otro para seleccionarlas.

–Claro, estaré encantada.

–Estupendo. Te pondré a supervisar al grupo que recoge uvas. Parece fácil, pero, como tú sabes, no lo es tanto.

Eso me dejaba otra vez decepcionada. El Rob que conocía no habría hecho eso. Habría confiado en mí y me habría puesto organizando el grupo más complicado. Este no parecía Rob. Estaba tan confundida. ¿Para qué había tenido ese sueño tan largo sobre él, si no era él? ¿O quizá tendría que esperar

un poco para averiguarlo con seguridad? Me sentía tan perdida que me daban ganas de irme a casa.

## **Octubre**

Septiembre se me había pasado volando. El tiempo seguía siendo bueno, aunque ya no hacía tanto calor y comenzaba a refrescar por las noches y por las mañanas.

Alberto me llamó el jueves. En cuanto oí su voz, se me pasó toda la preocupación que tenía por el último encuentro que había tenido con Rob. Me sentí alegre de nuevo y con ganas de hacer cosas con él. Cada vez tenía más claro que me gustaba más de lo que pensaba.

–Hola, Fran. ¿Qué tal tu semana?

–Muy bien...

Oír su voz hacía que me sintiera sosegada, tranquila, segura de mi misma, aunque no sabía porque.

–...hemos estado yendo a un viñedo y la verdad es que he disfrutado mucho. ¿Y tú qué tal? ¿Qué tal está tu madre?

–Está bien, gracias, Fran, por acordarte. Yo, estudiando bastante. Pero me apetece mucho verte. ¿Te viene bien que quedemos este viernes?

–Sí.

–¿Qué te apetece hacer?

–Cualquier cosa.

Con tal de estar contigo, cualquier cosa.

–Vale, pensaré en algo. Te recojo a las ocho en tu casa.

–No me parece bien que tengas que venir hasta aquí.

–A mí sí, te veo en tu casa. Que duermas bien.

–Tú también.

Mi madre se fue a Frascati sin mí. En un principio, me había quedado por si Rob pedía algún voluntario para ir al viñedo, pero no había dicho nada todavía, y al final había sido una gran idea, así podría ver a Alberto mañana.

El viernes me puse un vestido verde que tenía y que se parecía mucho a aquel vestido que me había puesto la noche que Rob me había besado. No sabía por qué, pero me apetecía ponerme guapa para Alberto. Me pinté un poco los ojos y los labios antes de salir a su encuentro.

–Hola –dije entrando en su coche.

–Hola, Fran. Guau, estás guapísima.

–Gracias, Alberto.

–Había pensado en ir al cine, pero creo que no hay nada que me apetezca más que hablar contigo; me apetece seguir conociéndote.

–Me parece una gran idea. ¿Dónde vamos entonces?

–Había pensado en un sitio muy acogedor que hay aquí cerca, en Las Rozas. Pero estás tan elegante, que no sé si estará a tu altura.

–¡Qué tontería! Me gusta mucho la palabra “acogedor”. Esa palabra me recuerda a mi casa de Frascati.

–¿Por qué lo dices? –preguntó al mismo tiempo que nos poníamos en marcha.

–Mi casa es pequeña y acogedora. Es una antigua casa de labranza que había en la finca. Mi padre y mi madre se quedaron a vivir allí porque no querían estar en la casa grande con el resto de la familia; querían su intimidad. Y luego fuimos llegando nosotros tres, mis dos hermanos y, por último, yo, y parecía que se había quedado pequeña. Pero mis padres no fueron capaces de



cambiarse de casa. Y les entiendo. Allí me siento mejor que en ningún sitio.

–Lo describes de tal manera, que estoy deseando verla.

–Ojalá pudieras verla algún día.

Nos quedamos callados durante el corto trayecto hasta Las Rozas. Sonaba Durban Skies, de Bastille.

Como me había prometido Alberto, el restaurante era muy acogedor. Era una cabaña de madera de forma rectangular con pequeñas mesas alineadas, de no más de cuatro personas cada una. También había una zona de bancos de madera en torno a una chimenea virtual que producía una atmósfera muy agradable, aunque prefería las chimeneas reales, con leña ardiendo.

–Este sitio me gusta. A pesar de vivir en Madrid parece conocer todos los sitios.

–Verás, es que para ganarme la vida doy masajes a domicilio, con lo que vengo mucho por esta zona.

–Ah, no lo sabía. ¿Trabajas al mismo tiempo que estudias?

–Sí, tengo que mantener a mi madre. Mi hermana también trabaja.

–No sabía que tuvieras que mantenerla.

–Mi padre debería pasarle dinero, pero no lo hace. Pero no hablemos de cosas tristes.

–Es que me da mucha pena lo que me has dicho.

–No estés triste, yo no lo estoy.

–Lo sé, y me sorprendes. Yo no sé si podría ser tan alegre como tú si me pasara algo así.

–Hay que disfrutar al máximo de la vida, Fran, y estar con las personas que

más te apetezca estar –me dijo sonriendo.

–Eso significa que te apetece estar conmigo.

–Sobre todo contigo, de entre todas las personas.

Le sonreí. ¡Cómo podía ser tan adorable!

–¿Por qué? Apenas me conoces.

Se quedó pensativo y me miró de una manera que hizo que me recorriera un escalofrío repentino.

–Tienes razón, apenas nos conocemos. Pero desde el día que te chocaste conmigo, no dejo de pensar en ti. Me siento atraído hacia ti y no puedo controlarlo, por mucho que quiera.

–¿Te gustaría no sentirte atraído por mí?

–No es eso, es que nunca me había pasado esto, de esta forma. Es algo difícil de explicar.

–Inténtalo –le dije sonriendo.

–Verás, hacía tiempo que no me interesaba ninguna chica; he estado muy ocupado con otras cosas más importantes, como mi madre, estudiar y trabajar. Pensaba que nadie podría llamar mi atención de nuevo, hasta aquel día en que se te cayó el bolso al suelo y vi que tenías los ojos inundados en lágrimas.

Miré hacia abajo avergonzada. No quería recordar ese momento.

–Me... –empezó pero se calló de repente.

–¿Qué? –dije muy interesada en que continuara.

–Te vas a reír de mí, pero me dieron ganas de abrazarte.

–¡Cómo me voy a reír, Alberto! Es precioso.

–Tú, sin embargo, te fuiste corriendo y pensé que no te volvería a ver; pero

parecía que el destino quería que nos viéramos de nuevo.

–Sí, menos mal. No fui muy agradable contigo la primera vez.

–No fuiste desagradable, simplemente no estabas bien. Hay tantas cosas que desconozco de ti.

–Pues pregúntame lo que quieras saber.

–¿Por qué llorabas aquel día?

¿Por qué tenía que preguntarme justo eso? No podía contestarle.

–Veo que esa pregunta no era la mejor para preguntar.

–No –dije algo seria.

No podía contárselo, todavía no.

–Está bien. Elegiré otra. ¿Has estado alguna vez enamorada?

Otra pregunta difícil.

–No estoy segura.

–¿No estás segura?

–No sé si pasó realmente o fue un sueño. Es difícil de explicar. –Le sonreí–.

¿Y tú? ¿Has estado alguna vez enamorado?

–No. Una pregunta sencilla, tiene una respuesta sencilla.

–A lo mejor eres más seguro de ti mismo que yo.

–Yo te veo una chica muy segura de ti misma.

–A lo mejor doy el pego.

–No lo creo. Creo que te ha pasado algo y me doy cuenta cuando te quedas con la mirada perdida, como si te hubieras transportado a otro mundo.

¿A otro mundo? ¿Cómo podía percibir eso? Era mucho más sensible y

observador de lo que pensaba.

–Me gusta la forma en que me miras a veces, como ahora –le dije.

–¿Cómo te estoy mirando?

–Como si fuera importante para ti.

–Es cierto, por alguna razón, eres importante para mí.

Le sonreí, me gustaba lo que había dicho.

Nos trajeron el vino que había pedido.

–¿Te apetece que te enseñe a catar un vino? –le pregunté.

–Me apetece mucho.

–Primero míralo sobre algo blanco, el mantel valdrá. ¿Qué color tiene?

–Un color un poco granate.

–Muy bien. Ahora pon tu dedo detrás. ¿Lo ves bien o casi no lo ves?

–Casi no lo veo.

–Bien, se dice que la capa es media-alta. Cuanto más joven es el vino, mejor verás tu dedo. Ahora la fase olfativa. ¿A que huele?

–No sé decirte, casi no me huele a nada.

–Ajá, ahora muévelo así y vuelve a olerlo.

–Ah, ahora sí huele; a fruta y madera.

–Fruta más bien madura. Muy bien. Ahora Pruébalo.

–Mmm, delicioso, no sabe igual que huele. Huele mucho a madera, pero luego sabe más a frutos rojos.

–Muy bien, Alberto, lo has hecho estupendo. ¿Y sabrías decirme si es un vino joven o un crianza?

–Con las pistas que me has dado es fácil: un crianza.

–¿Por qué?

–Por el olor a madera y por la capa media-alta

–¡Fantástico! Lo has hecho genial. Es un crianza. Sabes más de vinos de lo que pensaba.

–Me gustaría que me enseñaras todos sobre los vinos.

–No hay nada que me guste más que eso.

–Lo sé, se te iluminan los ojos cada vez que hablas de vino o de tu viñedo. Lo tuyo es pasión por las uvas.

–Sí, creo que sí. Lo llevo en la sangre.

–¿De quién lo has heredado?

–Uf, de muchos sitios. Pero, en primer lugar, de mi padre. Luego, de mi abuelo, a quien no llegué a conocer, y, a su vez, de mis bisabuelos, los padres de mi abuela por parte de padre. Y así sucesivamente hasta el siglo dieciocho. Desde entonces hacen vino los Di Franco.

–Qué historia más bonita.

Seguimos hablando sin parar y nos fuimos cuando ya no quedaba casi nadie en el restaurante; me encontraba tan a gusto con él. Y, además, cada segundo que pasaba me sentía más atraída por él, irremediable y sorprendentemente atraída. ¿Cómo podían haber cambiado tanto las cosas?

–Cada día que pasa me gustas más –me dijo cuando estábamos llegando al coche.

–A mí me pasa lo mismo, Alberto, y me da un poco de miedo –dije apoyándome en el coche.

–¿Miedo?

Sí, miedo. Porque esto no es lo que he vivido en mi sueño, porque tú eres el Rob de antes y el Rob de ahora no es el Rob de antes y tú, no sé de dónde has salido y estoy perdida.

–Miedo a que las cosas no sean igual que antes.

Sabía que lo que decía no tenía ningún sentido para él. Era otro de mis razonamientos extraños.

–Sé a lo que te refieres. Pero yo no tengo miedo a enamorarme de ti.

Se acercó a mí y supe que me iba a besar. Y quería que lo hiciera, lo deseaba tanto. Me cogió suavemente del pelo y me besó de una forma muy dulce. No se parecía a la forma en que me besaba Rob en mi otra vida, pero me gustaba mucho cómo lo hacía. Me cogió por la cintura y coloqué mis brazos alrededor de su cuello. Nuestros cuerpos se quedaron totalmente pegados y me gustaba la sensación de sentirle tan cerca. Era un hombre maravilloso, sensible, tranquilo, paciente... me gustaba mucho, más de lo que hubiera imaginado.

## 11% vol.

–Estaba deseando besarte, Fran, pero no sabía si me corresponderías... hasta hoy, hoy lo he tenido más claro –me dijo mientras me acariciaba la cara.

–Lo siento, a veces creo que estoy un poco anclada en el futuro.

–Querrás decir en el pasado –me dijo.

–No, en el futuro. Es difícil de explicar.

–Parece que en nuestras vidas hay muchas cosas difíciles de explicar –me dijo sonriendo.

–Eso parece.

–No me gusta demasiado pensar en el futuro, prefiero vivir el presente.

–Seguramente sea lo mejor.

–Espero poder seguir besándote mañana –dijo acariciándome la cara.

Me gustaba la sensación de que me acariciara la cara. Sus manos en contacto con mi piel... me producían una sensación indescriptible.

–Eso es hablar del futuro –dije riéndome.

–¡Vaya, me has pillado! Me gusta cuando te ríes.

Le sonreí.

–¿Tienes trabajo mañana?

–Sí, mañana empiezo temprano.

–Pues vámonos –dije separándome del coche.

Ahora que sabía cómo era de importante su trabajo, no le impediría irse.

Aunque no me apetecía nada que se fuera, quería que siguiera besándome toda la noche.

Sus besos me habían transmitido que era una persona muy segura de sí misma, muy paciente, que vivía cada instante sin miedo y con seguridad, que disfrutaba del momento sin preocuparse por lo que pasaría después. En cierta forma me transmitía serenidad, igual que mi padre, aunque no por eso dejaba de ser apasionado. También me transmitía que le gustaba, y mucho. ¿Debería seguir viviendo el presente con Alberto y olvidarme del futuro con Rob? ¡Estaba hecha un auténtico lío! No sabía qué hacer con mi vida. Pero lo que tenía claro era que, a día de hoy, ya no podría vivir sin ver a Alberto.

También me preguntaba por qué no le gustaba pensar en el futuro. ¿Se referiría a nuestra relación o estaba relacionado con su madre? Seguramente era por su madre; si estaba enferma, y cada vez estaba peor, entendía que no le gustara pensar en el futuro.

El sábado Marco y yo estábamos solos en casa; mi madre se había ido a ver a mi padre y mis abuelos se habían ido a Galicia.

–¿Invitamos a estos a casa esta noche? –me preguntó Marco.

–Te refieres a Marina, JP, etcétera. –Asintió–. Sí, buena idea.

–Por cierto, Marina vendrá a dormir a casa.

–Ajá, estáis en esa fase –dije pícaramente.

–Sí.

–Me alegro por ti.

Y por ella. Estará feliz.

–Yo voy a invitar a mi amigo Alberto de la universidad.

–¿Amigo o novio?



–Más bien novio.

–Pero no le invitas a dormir.

–No. No estamos en esa fase.

–Pues invítale, entonces.

–¿Y si estuviéramos en esa fase me dejarías invitarle a dormir?

Me miró con cara de “por supuesto que no”.

–Ah. O sea, que tú puedes y yo no.

–Tú tienes diecisiete años y yo veinte.

–Pero Marina tiene diecisiete como yo.

–Pero no es mi hermana.

–Ya estamos... En fin, déjalo, no pienso discutir esto ahora.

–No te enfades, Fran, es normal que los hermanos mayores seamos así de plastas. Solo me preocupo por ti.

–Está bien. Voy a mandar un mensaje a Alberto.

<Te apetece cenar en mi casa con mi hermano, su novia y unos pocos amigos?  
>

<Cualquier cosa con tal de estar contigo>

<No pareces muy entusiasmado. (Cara con la lengua fuera)>

<Prefiero estar solo contigo para seguir donde nos quedamos ayer. (Cara dando un beso)>

<Podremos escaparnos para eso. (Cara dando un beso más grande)>

<Ya estoy entusiasmado. (Cara supersonriente)>

Me hacía muy feliz. Con tan solo un mensaje suyo, ya me había cambiado la

cara. Era la única persona que lograba que me olvidara de mi sueño, de mi otra vida, y que dejara de dar vueltas a las cosas. Desde que quedaba con él, me encontraba físicamente mejor, ya no me sentía tan cansada ni me daba la impresión de estar distraída o sin reflejos. Alberto me sentaba bien, me hacía estar mejor; incluso ya había vuelto a nadar al mismo ritmo de antes.

Cuando dieron las nueve, recibí un mensaje suyo.

<Fuera, esperando para besarte>

<Voy. (Cara supersonriente)>>

–Hola –dije entrando en su coche.

–Hola, Fran. Estás increíble –dijo mirándome de arriba abajo.

–Gracias, aunque me estoy congelado.

Me había puesto un vestido de tirantes negro entallado y, sin darme cuenta, había salido sin chaqueta ni abrigo. Alberto iba con vaqueros, camisa y jersey azul marino. Estaba tan guapo, con su pelo negro y brillante.

–Subo la calefacción.

–¿Dónde vamos? –pregunté.

–A la siguiente calle, para que no nos vean. Es un momento; necesito besarte. Luego me tendré que comportar en tu casa.

Me reí.

Hizo lo mismo que Rob aquella vez que nos metimos en su coche. Le dio a un botón y los asientos se juntaron y se separaron del salpicadero en cuestión de segundos. Se puso prácticamente encima de mí y comenzó a besarme, aunque esta vez fue menos dulce y más apasionado. Me gustaba el contacto de sus manos en mi nuca, en mi cara, en mi cintura, sus labios en los míos, sus labios en mi cuello. No quería irme a mi casa. Tenía razón, teníamos que haber

quedado solos después de todo.

–Fran, me gustas tanto.

–No pares de besarme, Alberto.

–Pero nos tenemos que ir, ¿no?

–No quiero irme.

–Lo que tú digas.

Siguió besándome y me gustaba mucho cómo lo hacía; me gustaba mucho cómo era, cómo me hacía sentir cuando me tocaba, aunque tan solo fuera la cara o la espalda; me gustaba mucho lo que me transmitía, cómo me veía, como una mujer segura de sí misma y fuerte; me gustaba que quisiera conocerme más cada día, cómo me miraba, cómo me hablaba. Sus manos eran tan diferentes, me sentía tan bien con tan solo rozarme con ellas, me daban un calor y una sensación de bienestar, era como si fueran mágicas.

Al cabo de un rato, para mi decepción, Alberto me propuso volver a casa. No protesté mucho porque mi hermano podía estar preocupado; al fin y al cabo, había desaparecido sin decir nada.

Marco había traído pasta fresca de la que hacía mi tía Simona y la habíamos preparado de una forma muy sencilla, ya que era tan deliciosa que tan solo necesitaba un poco de perejil fresco y aceite de oliva virgen extra. Tan solo éramos seis a cenar, JP y la amiga de Marina con la que estaba saliendo, Marina y Marco y nosotros dos.

–Alberto, prueba este vino y dime qué opinas –dijo Marco poniéndole un malvasía de los que hacíamos en nuestro viñedo.

Alberto cató el vino como un verdadero profesional, como le había ensañado la noche anterior. Me sentí muy orgullosa de él; lo estaba haciendo muy bien,

cogiendo la copa con mucha seguridad y agitándola despacio.

–Está delicioso. ¿Es de vuestro viñedo? –dijo mirando la etiqueta.

–Sí. ¿A qué te dedicas Alberto? –preguntó Marco.

Ya me extrañaba que no le hubiera preguntado antes.

–Estoy terminando la carrera de fisioterapeuta.

–Guau, Fran, bien elegido. Los fisioterapeutas ganan mucho dinero.

–Sabes perfectamente que a mí me da igual el dinero, Marco.

–Ya, lo sé. Pero es un buen fichaje. Ahora prueba este otro vino.

¿Qué pretendía? ¿Quería emborracharle?

–Aunque no tiene nada que ver con el otro, porque este es tinto, me gusta más este vino.

–Has dicho, sin darte cuenta, algo políticamente correcto, porque, querido Alberto, es el vino que hizo mi hermana con tan solo trece años –le dijo tendiéndole la botella.

Alberto la cogió y miró la etiqueta.

–¡Pone Fran! –dijo mirándome sorprendido.

¿A dónde pretendía llegar Marco? ¿Quería enseñarle lo maravillosa que era su hermana para que se asustara? Conociendo a Alberto, aunque no le conociera mucho, no conseguiría asustarle, sino todo lo contrario.

–¿Hiciste este vino con trece años? Ahora entiendo por qué estás en el Talent Search. Aunque no entienda de vinos, este vino es espectacular. ¡Eres una artista Fran!

–Gracias, Alberto, pero cambiemos de tema, ¿de acuerdo? –dije mirando a Marco.

Gracias a Marina conseguí que habláramos de otros temas distintos para no seguir con la rueda en la que se había metido Marco. No sabía muy bien cuáles eran sus intenciones, pero una de ellas estaba clara: quería emborrachar a Alberto, y lo estaba consiguiendo fácilmente.

A pesar de ser tan pocos, la fiesta fue muy divertida, pero hacia la una, Alberto y yo nos escapamos y nos sentamos tranquilamente en el sillón del cuarto de estar. Me apetecía hablar un rato a solas con él.

–¿Por qué no querías hablar de tu vino?

–No me gusta ser el centro de atención y, además, creo que su intención era asustarte.

–¿Asustarme?

–Sí, creo que esa era su intención.

–Pues yo me siento muy orgulloso de estar saliendo con una chica con tanto talento como tú.

–Gracias, Alberto, sabía que no te asustaría el comentario.

–¿Quién se asustaría?

–Otros chicos, te aseguro que los hay que se asustan; mis hermanos son unos expertos en asustarles.

–¿Por qué lo hacen?

–Se supone que porque no quieren verme sufrir. ¿Y tú, cómo eres con tu hermana?

–Bueno, mi hermana es un año mayor que yo, a lo mejor cambia la cosa.

–Supongo que sí.

–Creo que no le gustó mucho a tu hermano

–Bah, no te preocupes, le acabarás gustando. Eres irresistible, sobre todo tus manos, son mágicas –dije cogiéndole las manos.

Seguimos hablando un rato más y, sin darnos siquiera cuenta, nos quedamos dormidos.

–Tortolitos, despertar, Fran, Fran, FRAN –oí una voz en la lejanía.

–¿Qué? –dije asustada mirando a mi alrededor.

–Os habéis quedado dormidos. Dile a Alberto que se vaya a su casa –dijo mi hermano.

–No puede irse así, le has emborrachado.

–No puede quedarse aquí.

–Claro que sí.

–No te preocupes, Fran –dijo Alberto, que se acababa de despertar– puedo dormir en el coche.

–¡Ni hablar! No pienso permitir que duermas en el coche. Dormirá en la cama de invitados.

–No, está al lado de tu habitación.

–¿Y qué?

–No os peleéis por mí por favor. Puedo dormir aquí, en el sofá.

–Vale, que duerma en el sofá –dijo Marco.

–¡Cómo eres Marco! Esta no te la perdono.

–¡Qué durmáis bien! –dijo yéndose con Marina de la mano.

–Voy a por una manta y una almohada.

Cuando volví, Alberto se había tumbado, aunque seguía despierto. Tenía cara

de estar agotado después de haber trabajado casi todo el día.

–Te he traído esto –dije poniéndole la manta por encima y colocándole la almohada–. Siento que no puedas dormir en una cama. Estoy muy enfadada con mi hermano.

–No pasa nada, este sofá es comodísimo. ¿Me merezco un beso de buenas noches?

–¡Todos los que quieras! –dije besándole.

Noté que Alberto estaba muy cansado y bastante borracho, así que dejé de besarle. Necesitaba dormir para recuperarse.

–Creo que tienes que dormir.

–Estoy loco por ti, Fran –dijo, quedándose dormido de golpe.

¿Estaba loco por mí? Y yo empezaba a estarlo.

Me quedé un rato acariciándole. Estaba tan guapo dormido. Tenía unas facciones perfectas y un pelo azabache precioso y brillante. Le di un último beso y me fui a la cama.

Estaba haciendo snow. Bajaba rápida y segura. Hacía un día espléndido. Mi padre iba delante, le quería enseñar un giro nuevo que acababa de aprender con mi hermano Pedro. Mi padre me miraba orgulloso y me estaba haciendo señas para que bajara. Pero entonces vi que alguien se caía y se llevaba a mi padre por delante. Grité con todas mis fuerzas y fui en su busca, pero iba tan despistada, que me tropecé con un esquí que estaba en mi camino. Comencé a rodar sin parar por la pista, hasta que me choqué con algo duro y dejé de sentir dolor.

Estaba con Alberto. Estábamos besándonos en el coche. Estaba muy a gusto, me sentía muy feliz de estar con él, me sentía segura y tranquila entre sus

brazos. Pero, cuando abrí los ojos, ya no era Alberto, sino Rob el que me abrazaba. No entendía nada, me sentía confusa. ¿Con quién estaba? ¿En qué vida estaba? ¿Era mi vida después de abrir los ojos o mi vida antes de despertar? ¿Cuál de las dos era la verdadera?

De repente ya no estaba en el coche sino en un camino de tierra. Veía a lo lejos a Alberto y por más que le llamaba, no parecía oírme. Intentaba ir a su ritmo, pero iba muy rápido y me sentía muy cansada y desorientada. Las piernas me pesaban y le acababa perdiendo entre la niebla ¿Por qué no me oía?

–Fran, despierta. Tranquila, ha sido un sueño –oí una voz a mi lado.

¿Quién era? ¿Rob? ¿Alberto? ¿Dónde estaba? Quien estuviera a mi lado me abrazaba suavemente.

–Fran, estoy contigo, ya ha pasado.

–¿Alberto? –dije un tanto desorientada.

–Sí. ¿Estás bien?

–No lo sé. ¿Qué ha pasado?

–Has tenido una pesadilla. Estabas llamando a tu padre y creo que a mí; y a alguien más, pero no he entendido el nombre. ¿Tiene algún sentido?

Me temo que mucho sentido.

Recordaba perfectamente el sueño pero no podía contárselo. Supuse que el otro nombre sería Rob y me alegré de que no lo hubiera oído bien. Era curioso que en mi otra vida no consiguiera recordar mis sueños y ahora me acordaba de todos los detalles. ¿Por qué sería?

–Creo que sí.

–Estás totalmente empapada en sudor. Deberías cambiarte. ¿Dónde tienes algo de ropa?



Le señalé el armario. Me puse la camiseta que me trajo Alberto y vi que se había dado la vuelta para no verme desnuda.

–¿Estás mejor? –dijo preocupado.

–Sí, gracias a ti. Pero no te vayas, por favor.

–No me voy –dijo sentándose en la cama.

–¿Puedes dormir conmigo?

–No sé si es buena idea, tu hermano...

–No se enterará.

–Está bien ¿Te importa si me quito la camisa y el pantalón? Hace un poco de calor.

Negué con la cabeza.

Me encantaría que te lo quitaras

¡Dios, qué cuerpo más increíble tenía! Lo había intuido, pero era la primera vez que le veía casi desnudo. Estaba musculoso y se le marcaba el hueso de la pelvis. ¡Era simplemente perfecto!

En cuanto se metió en la cama, me rodeó con sus brazos. Me sentía tan bien así.

–¿Te acuerdas de lo que has soñado?

–No –mentí.

–¿Tienes a menudo pesadillas?

–Hubo una época que sí –dije pensando en mi vida antes de despertarme–, pero creo que hacía tiempo que no las tenía.

–Creo que te he oído porque me has llamado, porque estaba profundamente dormido.

–Siento haberte despertado, Alberto.

–Yo no, me encanta que lo hayas hecho. Ahora estoy contigo.

–Pero estabas agotado y necesitabas dormir.

–Dormiré mucho mejor aquí contigo. Me pregunto qué papel tenía en tu pesadilla.

–Seguro que eras el bueno.

–A lo mejor no era yo al que llamabas.

–Eres el único Alberto que conozco.

–Vale, ya me quedo más tranquilo –dijo acariciándose el pelo.

–Quiero decirte una cosa.

–Dime.

–Me siento muy bien contigo, eres el único que consigue que esté tranquila, que deje de pensar, de darle vueltas a las cosas. Me sientas bien.

–Gracias. Ya sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras.

–Lo sé.

–Yo también te quiero decir algo.

–Dime

–Tú me haces sentir más vivo que nunca. Las cosas desagradables que me pasan tienen menos importancia que antes. Tengo ganas de hacer millones de cosas contigo.

–La verdad es que cada día me gustas más –dijo mientras le acariciaba el pelo.

–Y tú a mí –dijo besándose suavemente en los labios.

Me sentía tan bien en sus brazos y sintiendo sus cálidos labios sobre los míos y sobre mi cuello. Acaricié su perfecto torso y su ancha espalda y comenzó a besarme cada vez más fuerte. Me empezó a tocar por encima de la camiseta, y creí que me moría de placer. Esta vez no existía ningún impedimento para acostarme con Alberto, no teníamos absolutamente ningún obstáculo en nuestra relación y era una sensación maravillosa saber que podríamos acostarnos sin ningún problema. ¡Éramos libres para hacer lo que quisiéramos!

Pero entonces Alberto se paró en seco.

–Perdona, Fran, creo que estoy yendo demasiado rápido.

–No, no quiero que pares.

–Te deseo muchísimo, Fran, pero creo que deberíamos conocernos más.

¿Qué? Nooo. ¿Por qué siempre me tocaban chicos tan responsables?

–¿Lo dices en serio?

–Quiero que seas sincera conmigo. ¿Has tenido alguna relación antes? Me refiero a...

¿Se me notaba tanto que era virgen?

–Sé a lo que te refieres ¿Por qué me lo preguntas?

–Una corazonada.

–¡Una corazonada! Pues vaya. No, no me he acostado nunca con nadie; por lo menos, no de una forma real.

Esta vez no iba a cometer el mismo error que cometí con Rob. No le mentaría. Quería ser totalmente sincera con Alberto.

–¿A qué te refieres?

–En sueños sí.

Se rio.

–Esas no cuentan.

–¿Entonces no podemos...?

–Tendremos que ir más despacio, nunca lo he hecho...

–...con una virgen. Yo no necesito ir más despacio, Alberto.

–No es solo por eso, es porque me gustaría sentir más antes de dar un paso así contigo.

–Lo que sientes no es suficiente –dije algo triste.

–No, no quiero decir eso. Me gustas mucho y te deseo mucho, pero si esperamos más, estoy seguro de que nuestros sentimientos serán mucho más fuertes. Por una vez, me gustaría hacer las cosas bien.

–¿Qué quieres decir con por una vez?

–Que alguna vez no lo he hecho bien, y me gustas tanto, que creo que merece la pena.

Aunque me sentía desilusionada porque no quisiera acostarse conmigo ahora y no podía negar que me había sentido mal que quisiera esperar hasta sentir algo más por mí, quizá no fuera mala idea darnos un poco de tiempo. Tenía que aclararme las ideas. Hacía poco que estaba enamorada de Rob, y los sentimientos que tenía hacia él, ahora le pertenecían a Alberto. Cada vez pensaba menos en Rob y más en él. Pero ¿qué hacía? ¿Cerraba el capítulo definitivamente con Rob, a pesar de no haber tenido casi tiempo de estar a solas con él? Tenía que decidirme porque esto se estaba complicando y no podía controlar más mis sentimientos hacia Alberto.

Me quedé pensando en todo esto mientras Alberto seguía acariciándome el pelo con sus grandes y mágicas manos hasta que me quedé plácidamente

dormida en sus brazos.

Cuando me desperté, Alberto no estaba a mi lado. Miré el reloj ¡Eran las once de la mañana! Vaya, se había ido sin despedirse. Miré mi flexitablet y sonreí al ver un mensaje suyo.

Fran, perdona que me vaya así. Me hubiera encantado poder besarte cuando te despertaras, pero no quería que tuvieras problemas con tu hermano. He podido disfrutar un rato observándote mientras dormías, tu pelo largo, negro y ondulado; tus labios rojos y carnosos, tu piel suave, y sin mencionar tu maravilloso cuerpo, aunque prefiero no entrar en detalles, porque si no tendré que volver a tu casa y meterme otra vez en la cama contigo. ¡Y ya me ha costado bastante irme de allí! Te llamaré. A. S.

Si supiera lo mucho que me gustaba él a mí. No podía quitarme de la cabeza la visión de su increíble cuerpo, de sus labios besándome y de sus preciosos ojos negros mirándome intensamente.

El miércoles pude, por fin, coger el coche sin supervisión y fui a ver a Marina a su casa. Me gustaba poder seguir siendo su amiga en esta otra vida. Era agradable poder hablar con una amiga sobre Alberto, aunque no podía contarle los problemas que me rondaban la cabeza con respecto a Rob. No lo habría entendido. Ni siquiera lo acababa de entender yo misma.

Cuando volvía de su casa, me dio la impresión de que había atropellado algún animal o, por lo menos, me había chocado con algo. Salí del coche para ver lo que había pasado. Gracias a los faros del coche pude ver que había alguien en el suelo. ¡Dios mío, había matado a alguien! ¿Pero cómo había podido pasar esto?

Oía de fondo a mi profesor virtual que repetía una y otra vez la misma frase “ha chocado con algo” “ha chocado con algo”.

¡O se calla de una vez o lo voy a romper con mis propias manos!

–¿Estás bien? –pregunté asustada.

–¿Fran?

–¿Rob?

–¿Por qué quieres matarme?

–Dios mío, lo siento Rob, no te he visto. Deja que te ayude –le dije dándole la mano– .Te llevaré al hospital.

–Si crees que me voy a meter en el coche contigo al volante, estás muy equivocada.

–¡Pero te tengo que llevar al hospital!

–¡Me acabas de atropellar! Si conduces tú, no iré a ningún sitio.

–¿Quieres conducir tú?

–Sí.

–Está bien.

Al parecer lo había atropellado mientras corría, porque llevaba ropa de deporte y zapatillas de correr. ¡No me podía creer que hubiera atropellado a Rob! ¿Qué estaba pasando en esta vida? Era todo muy extraño.

–Lo siento mucho, Rob. Me siento fatal. ¿Te he hecho algo? –le pregunté cuando ya estábamos dentro del coche.

–No, estoy bien. He tenido suerte porque ibas muy despacio.

–¡Pero tienes la rodilla sangrando!

–No es nada.

–No vas a ir al hospital, ¿verdad?

–¡Cómo me conoces!

–¿A dónde vamos entonces?

–A mi casa.

–Ah.

–Prefiero curarme las heridas en casa.

–Te podía haber matado –dije muy afectada.

–¡No es para tanto! No te tortures. Quizá esto ha sido porque teníamos que vernos a solas. Últimamente estás muy esquiva.

–Intento hacer lo que me pediste, olvidarme de ti.

–Lo estás haciendo realmente bien. Yo, en cambio, no.

–¿Por qué dices eso?

–Porque no consigo olvidarte.

No dije nada, porque yo sí que le estaba olvidando. Y lo que más me apenaba no era olvidarme del Rob de ahora, sino del Rob de antes. Había estado muy enamorada de él.

–¡Ya hemos llegado!

–¿Esta es tu casa? –pregunté sorprendida.

No era la casa grande de su abuela, sino un adosado moderno no muy lejos de mi casa. ¿No vivía con su abuela?

–Sí.

–¿Vives solo?

–Claro. ¿Con quién iba a vivir?

Pues con tu abuela, a la que me encantaría volver a ver.

Entramos dentro. Era una casa moderna y cómoda, muy típica de un soltero. No tenía nada que ver con la encantadora y bucólica casa de campo de su abuela. ¡Era todo tan distinto!

–Fran, siéntate. Ahora vuelvo.

Al cabo de unos minutos volvió con una copa de vino.

–Mientras me ducho, quiero que pruebes este vino. A ver si consigues decirme cuál es.

–De acuerdo.

Cogí la copa entre mis manos y la observé sobre el fondo blanco de la pared. Rojo granate, un poco atejado. Capa medio-alta. Olía a fruta madura licorosa. En boca era redondo, estable; sabía a tomillo, romero.

–Me lo has puesto difícil –le dije a Rob cuando vi que bajaba de la planta de arriba.

Tenía que reconocer que me seguía atrayendo mucho, no podía olvidarme de todo lo que había vivido con él antes de despertar. Llevaba el pelo mojado e iba muy sexy con vaqueros y descalzo. Cada vez que le miraba a los ojos me daba cuenta de que seguía perdiéndome en ellos y me daba un poco de miedo esta dualidad en la que estaba metida.

–Seguro que lo adivinas, eres mi alumna más aventajada.

–Es español y la uva es garnacha

–Muy bien, Fran, eres muy buena.

–Tengo uno de los mejores profesores. Es un crianza, tendrá unos cinco años, de la cosecha de 2020.

–Perfecto, Fran, sigue.



–Creo que es de la zona de Gredos, sus vinos de garnacha son famosos. Pero no sé decirte la bodega.

–¡Increíble, Fran! En serio. Es un Zerberos. ¡Haríamos una pareja estupenda de catadores!

¿Pareja? No sé qué estaba haciendo aquí.

–Me tengo que ir Rob.

–¿Por qué? Si acabas de llegar. Te invito a cenar, aunque solo te puedo ofrecer quesos variados y uvas.

–No sé, no deberíamos estar juntos.

–Nadie nos va a ver.

Me daba igual que nos viera alguien, no quería traicionar a Alberto. Me gustaba mucho.

–Solo quédate a picar un poco, te lo pido como víctima de tu atropello –dijo con cara de pena.

–Eso es jugar sucio, pero está bien; me has convencido.

–Cuéntame algo sobre tu familia –le dije cuando nos sentamos en el sofá dispuestos a saborear los quesos que había traído.

–¿Sobre mi familia? –me miró extrañado–. En Estados Unidos tengo parte de la familia, mis padres y alguno de mis tíos, que trabajan en el viñedo. Mis padres están divorciados.

–¿Y trabajan juntos?

¡Su madre, entonces, no había muerto!

–Sí, pero se llevan bien. En España está la familia de mi madre: mis tías, primos y mi abuela.

–¿Cómo se llama tu abuela? –Me miró extrañado.

–Carmen. ¿Por qué quieres saberlo?

¿Qué? ¿Su abuela no era Victoria? Si no era ella, ¿quién era la señora con la que había soñado? La que me había dicho que estaba dormida y que tenía que despertar. Ella era la única que sabía lo que me había pasado y necesitaba encontrarla como fuera. Pero, si no era su abuela, ¿cómo podría encontrarla?

–Por nada. Este es tu primer trabajo como profesor, ¿verdad?

–No sabía que había invitado a cenar a una periodista. Pensaba que querías ser enóloga.

Me reí. La verdad es que era muy gracioso.

–Perdona, es verdad, parece que te estoy haciendo una entrevista.

–No pasa nada, sigue, pero luego me toca a mí.

–Está bien.

–Pues sí, es mi primer trabajo como profesor. Y la verdad es que hasta una semana antes de que empezaran las clases, nunca me había planteado la posibilidad de dedicarme a la enseñanza.

–¿Te contrataron una semana antes de que empezaran las clases? –pregunté sorprendida.

–Sí. Me llamaron y me dijeron que el director del Talent Search, había dicho que sería conveniente contratarme para dar estas clases. No sé quién es, pero tengo que averiguarlo para darle las gracias porque estoy realmente encantado con este curso. Ha sido un cambio importante...

Rob siguió hablando pero no le escuchaba. ¡Marcos era el director del Talent Search! ¿Sería posible que yo hubiera influido en él para que hablara con la universidad y contrataran a Rob? Intenté recordar las palabras que le dije el

día de la entrevista: “Espero que contraten pronto a Rob porque, si no, va a ser un desastre de talento” Si estuviera en lo cierto, Rob estaba aquí por mí, porque yo lo había pedido. ¡No me lo podía creer! Había cambiado la vida de Rob y, quién sabe, a lo mejor la de más gente. Que Rob estuviera aquí era mi responsabilidad, yo le había hecho venir hasta aquí y cambiar su vida radicalmente.

Comencé a sentirme mareada.

–Fran, ¿te encuentras bien?

–Me estoy mareando y no puedo respirar.

–Tumbate aquí y ponte de lado.

Le obedecí. No sabía por qué me había mareado. ¿Sería porque me abrumaba lo que acababa de descubrir o eran las secuelas del accidente? Me sentía extraña; no sabía hacia dónde iba esta vida después de haberme despertado. ¿Qué sentido tenía lo que había vivido en mi sueño? ¿Por qué había tenido que cambiar la vida de Rob, cuando a lo mejor estaba enamorada de Alberto? ¿Le habría hecho perder su vida y su tiempo para nada? ¿Estaría destinada a Rob o a Alberto?, ¿o a ninguno de los dos?

–¿Cómo te sientes?

–Rara.

–¿Quieres que te acerque al médico?

–Nooo, yo te he atropellado y no has querido ir; yo tan solo estoy mareada.

–Está bien. Quédate tumbada hasta que se te pase.

Si supieras que por mi culpa estás aquí conmigo. Te he hecho venir desde Estados Unidos egoístamente, aunque no lo sabía, de verdad que no lo sabía.

–¿Por qué me miras así Fran?

–¿Cómo te estoy mirando?

–Con cara de pena.

–Ah. Es que me da pena haberte atropellado –mentí.

–Estoy bien, no te preocupes. Además, me ha gustado verte a solas. En realidad estaba pensando que podíamos seguir viéndonos a escondidas. No nos tiene por qué ver nadie.

–Eso no es muy responsable por tu parte.

–Me da igual, Fran, me gustas y no puedo esperar hasta que acaben las clases.

Se suponía que en mi sueño era yo la que no podía esperar y Rob se comportaba de una forma más responsable. En esta vida el que era demasiado responsable era Alberto. ¡Alberto!

–No sé Rob, creo que es mejor esperar. Quizá encontremos a otra persona por el camino.

–Hay personas por el camino, pero no son tan guapas como tú.

¿Solo le interesaba mi físico?

–Estoy muy confusa Rob, no eres como el Rob de antes.

–¿Qué? ¿Qué es eso del Rob de antes?

–Es complicado. Es como si te hubiera conocido en otra vida, pero eres muy diferente al Rob que conocí.

–Fran, suena muy extraño lo que dices.

–Lo sé. Me gustas, me gustabas, pero ahora estoy muy confundida.

–Creo que no te encuentras muy bien y que estás delirando –dijo tocándome la frente– Tienes fiebre. ¿Quieres que te lleve a casa?

–Sí, por favor.

Me gustaba Rob, era encantador y muy divertido, pero echaba de menos a Alberto y me sentía mal por haber venido a su casa.

Rob me ayudó a levantarme y me llevó a casa.

–Gracias, Rob. Y siento mucho lo del atropello.

–¿Quieres que te acompañe hasta dentro?

–No, porque no sabría cómo presentarte.

–Claro, bien pensado. Mañana deberías quedarte en casa, no te conviene ir a clase.

–Seguro que mañana estoy perfectamente. Adiós y gracias.

Cuando entré en casa mi madre parecía estar esperándome.

¡Mierda, no la había avisado de que no vendría a cenar!

–¡Tienes mala cara! –me dijo al verme.

–Sí, no me encuentro muy bien.

–¿De dónde vienes?

–De casa de Marina.

–He llamado a casa de Marina y te fuiste hace rato de allí.

–¿Me estás vigilando?

–No, pero ha venido a buscarte un chico: Alberto.

¿Alberto había venido a casa? Vaya, había venido a verme y me lo había perdido.

–¿Alberto ha estado aquí?

–Sí, te hemos estado llamando y no contestabas. He llamado a casa de Marina, pero ya habías salido de allí. Él no quería que te buscara, pero me daba pena.

Me ha dicho que mañana se tenía que ir de viaje y parecía que quería verte. Es encantador, Fran. ¿Es tu novio?

Miré mi flexitablet. Tenía millones de llamadas y varios mensajes. ¿Era mi novio? No lo sabía.

–No lo sé todavía. Solo hemos salido unas cuantas veces.

–Pues me gusta. Es encantador y muy educado.

–Sí, lo sé. ¿No te ha dicho dónde se iba de viaje?

–No, pero llámale por favor.

–Sí, ahora le llamo.

No había nada que quisiera más que llamarle. Además, quería hablar con él por vídeo para poder verle.

–¿Dónde estabas, entonces?

–Me he encontrado con alguien de la universidad y hemos ido a tomar algo. Pero me he venido antes a casa porque ya te he dicho que no me encuentro bien.

–Vale, quizá deberíamos ir al médico, por si es por...

–No, solo me ha sentado mal algo. Buenas noches, mamá, me voy a la cama.

–Buenas noches.

Mandé un mensaje rápido a Alberto.

<Perdona, no he oído el teléfono. ¿Puedes vídeo?>

<Si>

¡Qué escueto! ¿Estaría enfadado?

–Hola, Alberto.

–Hola, Fran.

Parecía estar en su habitación, porque veía una cama al fondo. Estaba tan guapo como siempre.

–Perdona por no estar en casa.

–No tienes que pedir perdón; he ido sin avisar, en plan sorpresa. Quería despedirme de ti.

–¿Adónde te vas?

Suspiró.

–Voy a llevar a mi madre a Pamplona. Le tienen que hacer unas pruebas.

–Ah, ¿se encuentra mal?

–Sí, pero nada nuevo.

–¿Cuándo vuelves?

–No lo sé, creo que el sábado o el domingo. Te llamaré. Y espero que esta vez respondas al teléfono –dijo sonriendo.

–Lo siento, no sabes la rabia que me ha dado no estar aquí para verte. Me apetecía tanto...

–Y a mí; me apetecía mucho besarte de nuevo.

Le sonreí. ¡Era tan dulce!

–Me tengo que ir, Fran –me dijo.

–Vale, suerte.

–Te echaré de menos –me dijo.

–Yo también. Adiós

En lo que llevaba de semana no le había podido ver porque seguíamos yendo

al viñedo de Jorge. Y, definitivamente, había sido una estupidez ir a casa de Rob; aunque, no había pasado nada entre nosotros, pero me sentía mal. Alberto era tan bueno que no se merecía que le hicieran algo así. Tenía que hablar con Rob para decirle que no podríamos vernos más. Lo haría en la próxima oportunidad que tuviera. No podía seguir viviendo en esta dualidad. La decisión estaba tomada, prefería seguir saliendo con Alberto y vivir algo nuevo y desconocido para mí, que conocer al nuevo Rob, que no se parecía nada al de mi sueño.

Después de haber decidido eso, me fui a la cama con la conciencia más tranquila.



## 12% vol.

–Me ha llamado Jorge, mi amigo, el del viñedo, y nos invita a todos mañana a la fiesta de la vendimia. Está muy agradecido por vuestra ayuda. Es mejor quedarse a dormir porque está un poco lejos y vamos a beber vino. Jorge tiene habitaciones de sobra. Esta tarde, por favor, confirmadme quién viene. Quedaríamos en la puerta de la universidad a las ocho –dijo Rob al día siguiente.

Esta vez era diferente de la otra vez; no iríamos los dos solos, sino toda la clase. Aunque, no me importaba, ni siquiera me apetecía mucho ir; pero tenía que hacerlo para intentar aclarar las cosas con Rob.

Por la tarde recibí un mensaje de Rob.

<Te recojo a las 7:30 en tu casa mañana. Rob>

<No hace falta>

<Vivimos en el mismo pueblo, no pasa nada, y no te voy a dejar ir en tu coche con tu profesor virtual.>

<Está bien. No pienso discutir con mi profesor>

<Así me gusta>

Al día siguiente salí de casa con mi mochila al hombro. Me preguntaba cuándo sería la vendimia en Frascati; mis hermanos no me habían dicho nada y estábamos ya casi a finales de octubre, este año se había retrasado mucho. La verdad es que estaba muy desconectada de mi rutina; aunque, contando con mi sueño, hacía mucho tiempo que Frascati no formaba parte de mi rutina. Mi madre se había vuelto a ir allí este fin de semana para poder ver a mi padre,

con lo que no tuve que dar demasiadas explicaciones para poder ir a dormir al viñedo. Marco había venido otra vez y se había ido con Marina de viaje. Me alegraba que en esta vida su historia de amor siguiera los cauces normales. A mí no me habría importado que la mía fuera igual que antes, haría que todo fuera más sencillo y no me volviera tan loca, pero, por otro lado, no me arrepentía en absoluto de haber conocido a Alberto y estar saliendo con él.

–Hola, Fran. ¿Estás ya bien del mareo?

–Sí, fue una cosa extraña.

–Me alegro, así podrás disfrutar más de esta noche. Suelen ser divertidas estas fiestas. Estás muy guapa, por cierto.

–Gracias. ¿Es fiesta o cena?

–Fiesta, aunque no son muchas personas. De clase, al final, solo vienen Carlos y Rose y han ido directamente. Por eso me venía mejor recogerte aquí, así no tenemos que dar tantas vueltas.

–Muy bien.

Tenía que decirle que no podíamos vernos más, pero no quería parecer presuntuosa; quizá tuviera que esperar a que hiciera algún comentario sobre nosotros.

–Creo que vas a hacer muy bien el concurso.

–¿Qué concurso?

–Jorge suele celebrar un concurso de catas.

–¡Qué divertido!

–No eres como las demás chicas, Fran. Con lo joven que eres y sabes más de vino que mucha gente mayor que tú y, además, disfrutas mucho con todo lo relacionado con el vino.

–Bueno, lo llevo en la sangre y, además, llevo toda mi vida rodeada de vino.

–Conozco mucha gente que ha estado rodeada de vino y no tiene ni la mitad de entusiasmo que tú.

Pensé en mi hermano Marco y en mi madre, aunque les gustaba el vino, beberlo y disfrutarlo, no les entusiasmaba el trabajo del viñedo.

–Supongo que tienes razón. A mi hermano mediano le pasa eso; y, en cambio, a mi hermano mayor le entusiasma como a mí. Bueno, y al que más, a mi padre.

–¿Y tu madre?

–No, a ella no le gusta tanto, solo beberlo –dije riéndome–. Pero no está involucrada en el día a día del viñedo. Ella tiene una academia de idiomas y música.

–Tus padres siguen juntos.

–Sí, su historia de amor es realmente preciosa.

–¿Dónde se conocieron?

–En Estados Unidos.

Me quedé pensando en su historia de amor. Cuando mi madre te contaba la historia, no podías evitar que se te escapara alguna lágrima. Y todavía ahora se querían muchísimo, aunque alguna vez se enfadaban, como era lógico; sobre todo, cuando no se ponían de acuerdo con alguna cosa relacionada con nosotros. Me encantaría encontrar un amor así, como el suyo, que perdurara en el tiempo. ¿Podría ser mi historia con Alberto así? Era pronto para saberlo.

Cuando llegamos, Jorge nos llevó directamente a la bodega. Como la otra vez, la mesa estaba rodeada de barricas de roble francés. El olor era intenso y lo adoraba, me transportaba a Frascati.

–Bueno, ¿cómo organizamos los equipos de la cata?; creo que con hacer dos

grupos será suficiente, ¿no, Rob? –dijo Jorge después de cenar.

–Sí, creo que sí. ¿Lo hacemos por sorteo?

–Sí, ya lo tengo preparado. Fran, serás la mano inocente. Saca un papel. ¡Fran! Te toca con Rob.

–Bien, tengo una de las mejores –comentó Rob.

Éramos cuatro en cada equipo y teníamos de jueces a dos amigos de Jorge que eran los que habían preparado los vinos que íbamos a catar. Habían puesto música clásica de fondo; estaba segura de que era el Nocturno en si bemol menor de Chopin, mi madre lo tocaba a menudo. Era precioso, aunque un poco triste.

–Para no hacerlo muy complicado, hemos acotado los vinos, son solo de Italia y España. Empezamos por un blanco –dijo uno de los jueces echando el vino en nuestras copas– Primero, tenéis que decir el país de origen. Cuando tengáis la respuesta mandádnosla. Podéis hablar entre vosotros, pero que no os oigan en el equipo contrario.

–¿Qué opinas, Fran? –me preguntó Rob después de haber hecho todas las fases en un minuto.

–Italia.

–¿Lo tienes clarísimo?

–Sí.

–Muy bien, estoy de acuerdo. Rose, Javier, ¿estáis de acuerdo?

–Sí –dijo Javier.

–No tengo práctica en catas, lo que digáis vosotros –dijo Rose.

–Bien, mandamos la respuesta.

Me gustaba mucho ese juego, siempre me habían encantado las catas a ciegas.

–Ya hemos recibido la respuesta de ambos equipos y los dos habéis acertado: Italia. Ahora tenéis que decirnos el tipo de uva.

Rob me miró. Sabía cuál era.

–¿Cómo sabes que lo sé? –le pregunté.

Me miró con cara de “lo sabes de sobra”.

Nuestros compañeros nos miraban sin saber de qué hablábamos. En esos momentos me daba cuenta de que sí teníamos algo especial entre nosotros, aunque solo fuera la pasión por el vino y las uvas.

–Vale, es malvasía. ¿Ellos saben de dónde soy?

–No, no tienen ni idea; ha sido casualidad.

–Hemos recibido la respuesta y ambos equipos han acertado. La respuesta es malvasía. El equipo de Rob ha ido más allá y ha puntualizado que es malvasía del Lacio. Es correcto, aunque no hacía falta tanta precisión Rob.

–Yo no he sido, ha sido Fran; es una experta en malvasía.

–Está bien –dijo riéndose–. Lo siguiente que tenéis que adivinar es el año de la cosecha.

–Es un blanco, con lo que debe ser de 2024 –comentó Javier en susurros.

–Sí, estoy de acuerdo –dijo Rob.

–Ambos equipos han acertado. Cosecha de 2024. Por último tenéis que adivinar la zona concreta de Italia de donde es el vino y si alguien se atreve con la bodega.

Para mí era facilísimo, pero estábamos rodeados de verdaderos expertos, el otro equipo lo podía adivinar igual que nosotros.

–Fran lo sabe desde el principio. No tengas miedo. Manda la respuesta– me dijo Rob sonriéndome.

–Está bien –dije.

–Ya tenemos ganador, uno de los equipos lo ha adivinado. Ha ganado el equipo de Rob. Es correcto, es vino de Frascati y la bodega es “Di Franco”.

–Tengo que decir que para mí ha sido demasiado fácil –dije sin haberlo pensado antes de hablar.

Rob me miró con cara de “no digas nada”, pero yo no me sentía bien si no lo decía.

–Este vino lo hacemos en el viñedo de mi familia.

–¿El viñedo Di Franco es de tu familia? –preguntó sorprendido Jorge.

–Sí, yo soy de allí.

–¡Fantástico vino el de tu viñedo, Fran! Pero no te quites el mérito; ha sido casualidad que hayan elegido este vino y tu equipo ha ganado la primera cata: no te sientas culpable –dijo Jorge–, Además, si no lo hubieras adivinado tú, lo habría hecho Rob.

Eso era cierto. Rob lo supo desde el principio igual que yo.

–Está bien –dije aliviada.

Cuando se fueron Rose y Carlos, estaba bastante alegre después de haber catado tantos vinos. Como me iba a quedar a dormir, había aprovechado para beberlos todos; era más divertido que escupirlos. Rose, sin embargo había escupido todos, imaginaba que conduciría ella.

Al final habíamos quedado empate, entre tanto experto, era complicado competir, pero había disfrutado mucho de la cata a ciegas

–¿Salimos a tomar el aire, Fran? –me preguntó Rob.

–Sí, lo necesito, estoy un poco borracha.

–¡Tampoco hemos bebido tanto!

–¡Lo dirás de broma!

–Claro que lo digo de broma. Eres muy buena catadora. El Friuli-Venezia Giulia no era nada fácil.

–Tú sabías cuáles eran todos. Imagino que todos los años ganarás tú.

–Bueno, no puedo venir todos los años, pero lo intento. Jorge y yo somos amigos desde hace mucho tiempo. Bueno, en realidad era amigo de mi madre.

–¿Sí?

–Sí, iban juntos a la universidad. Fran.

–Dime.

–¡Estás preciosa! Tus ojos están muy brillantes hoy.

–Tengo que hablar contigo, ahora que sacas el tema.

–¿Qué tema?

–El tema personal.

–¿Tema personal? Eso suena demasiado serio para un viernes por la noche. Yo preferiría besarte, si no te importa.

–¡Claro que me importa!

Pero no me dejó terminar. Se acercó a mi más rápido que mis oxidados reflejos y me besó. Me sentía débil, quería pararle y apartarle de mí, pero me gustaba cómo me besaba. Me recordó al Rob de antes, el apasionado y desesperado. Sus manos estaban por todas partes, por mi espalda, mi nuca, mi cintura. ¿Cómo podían estar al mismo tiempo en tantos sitios distintos? Me

apretaba con determinación contra su cuerpo y era tan fuerte que no podía apartarme, o a lo mejor es que no quería. Me sentía atraída hacia él, era tan guapo y tan masculino. Pero no podía hacer esto.

Al cabo de unos minutos recuperé mi compostura, y conseguí separarme de él.

–¡Rob! ¡¿Por qué me has besado?!

–Lo siento, Fran, pero te deseo mucho y ya no podía más. Ven conmigo –dijo cogiéndome con firmeza de la mano y tirando de mí.

–¿A dónde vamos?

–Ahora lo verás.

–¿Me has traído a tu habitación?

–Sí, quiero seguir besándote sin que nos vean los demás.

–Si es solo besarnos...

Seguimos besándonos, pero, al cabo de un rato, Rob comenzó a tocarme de nuevo, y esta vez por sitios donde antes no me había tocado. En un abrir y cerrar de ojos me había quitado el vestido.

–No, Rob, no hagas eso. Estoy muy borracha.

–Por favor, te deseo tanto, Fran. Me gustas tanto. Tienes un cuerpo increíble y eres guapísima.

–No podemos, eres mi profesor y quiero a Alberto...

–Ssss, no digas nada.

Siguió quitándome la ropa y, no sabía por qué, no era capaz de pararle. Me gustaba que me tocara con sus expertas manos y cómo me besaba por todas partes. Pero yo quería a Alberto, no podía hacerle esto... pero estaba tan confusa. ¿En qué parte de mi vida estaba? ¿Me había despertado ya o todavía



no había abierto los ojos? Rob seguía encima de mí besándome y tocándome y me recordó el día que hicimos el amor por primera vez en La Pinilla. A lo mejor había vuelto a mi vida de antes y todo lo anterior había sido un sueño. Me gustaba lo que me estaba haciendo, pero me daba miedo también. ¿Por qué no hacía algo para pararle? ¡¿Por qué habría bebido tanto?! ¡Dios mío!, ¿qué estaba haciendo?

Algo me despertó, aunque no sabía muy bien qué. ¡Dios mío, estaba empapada en sudor! ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Había tenido otra pesadilla? Entraba luz por la ventana. ¿Era ya de día? ¿Estaba Rob conmigo? Miré al otro lado de la cama; no, estaba sola. ¡Y esta no era su habitación, era la mía! ¿Cómo había llegado aquí después de...? ¡Dios, qué había hecho anoche! ¡Me había acostado con Rob y había traicionado a Alberto! Alberto, un chico maravilloso que no se merecía que le hubiera traicionado de esa manera. Apenas acabábamos de empezar a salir y ya lo había estropeado todo. ¡Lo que había hecho era horrible!

Tenía que encontrar a Rob y aclarar esto cuanto antes. ¿Qué hora era? ¡Eran las once ya! Me duché rápidamente y bajé a la cocina. Estaba solamente la mujer de Jorge.

–¡Buenos días, Fran! ¿Has dormido bien?

–Sí, muy bien, gracias –mentí.

–¿Quieres desayunar?

–Sí, me encantaría. ¿Sabes dónde está Rob?

–Se ha marchado con un poco de urgencia, pero no sé muy bien dónde ha ido. Lo que sí nos ha pedido es que te acercáramos a tu casa.

–¡No hace falta!

–Sí, te acercamos. Estamos perdidos en el monte, así que es mejor que te

llevemos. Lo hará mi hijo mayor cuando estés lista

–De acuerdo, muchas gracias.

¡No me podía creer que se hubiera ido tan precipitadamente y sin despedirse de mí después de lo que había pasado anoche! Miré mi flexitablet, no tenía ningún mensaje suyo. Necesitaba hablar con él urgentemente. Si hacía falta, iría a su casa; ahora sabía dónde vivía.

Me sentía totalmente hundida y miserable. ¿Cómo había podido acostarme con él cuando estaba enamorada de Alberto? ¿Qué iba a hacer ahora con Alberto? Tendría que contárselo, pero me daba mucho miedo perderle. Estaba segura de que había caído en los brazos de Rob porque había bebido demasiado y por los recuerdos que tenía de él de mi vida anterior. Pero, por más que me engañara, eso era una excusa como cualquier otra. Además, quién iba a creer una historia así. ¡Parecía una historia fantástica sacada de un cuento!

Cuando llegué a casa, cogí directamente el coche de mi madre y, con mi querido acompañante, el profesor virtual, me dirigí a casa de Rob. Justo cuando acababa de aparcar en la acera de enfrente, vi que alguien estaba llamando a su puerta. Era una mujer rubia y atractiva a simple vista y no lo había visto en toda mi vida. ¿Quién sería?

Me quedé observando, ahora no podía acercarme, tendría que esperar a ver qué pasaba. A lo mejor Rob no estaba en casa. Rob abrió la puerta y ¡¡¡le dio un beso en la boca!!! Y luego la abrazó. ¿Quién era esa mujer y por qué la había besado? ¡¿Cómo podía haberse acostado conmigo cuando estaba con otra mujer?! Bueno, yo también lo había hecho, o sea que no era muy diferente de él; pero, aun así, no podía creerme lo que estaba viendo. Se metieron dentro de su casa y decidí que lo mejor sería irme de allí lo más rápido posible. Le mandaré un mensaje en cuanto llegara a casa.

<Rob, necesito hablar contigo. Es urgente>

No hubo respuesta, ni inmediatamente, ni a lo largo del día, ni al día siguiente>

¡Maldito seas, Rob!

Cuando el domingo me llamó Alberto por teléfono, se me cayó el alma a los pies. Me sentía tan culpable por lo que había hecho, que me dolía hablar con él.

–Hola, Fran, siento no haberte llamado antes.

–No te preocupes, Alberto. ¿Qué tal está tu madre?

No te sientas culpable. Yo sí me siento culpable, porque he hecho algo horrible y tú estás cuidando a tu madre enferma y yo...”.

–Regular, pero ya volvemos hoy a Madrid. ¿Crees que podríamos vernos mañana después de clase? A lo mejor podríamos ir a comer juntos. Me gustaría mucho verte.

–Sí, me encantaría.

Y te tengo que contar algo que no te va a gustar nada.

Aunque antes tendría que hablar con Rob. Si no contestaba a mis mensajes, intentaría hablar con él después de clase, aunque no fuera el sitio más adecuado.

–¿Te pasa algo?

Claro, Alberto era muy sensible a mis emociones. Tendría que intentar parecer normal, aunque me costara enormemente, ya que no me sentía normal, precisamente.

–No, estoy bien, solo un poco cansada. Ayer nos invitaron a la fiesta de la vendimia del viñedo al que hemos estado yendo estos días.

–Ah, qué suerte. ¿Lo pasaste bien?

–Sí. Alberto...

No, sí, no lo sé. Sí me lo pasé bien, pero no mereció la pena.

–Dime.

–Te echo mucho de menos

–Y yo también, Fran. Estoy deseando verte.

–Es maravilloso cómo cuidas a tu madre.

–Gracias. Es lo mínimo que puedo hacer por ella. Te veo mañana, ¿vale? Y ánimate, te noto un poco triste.

–Vale. Hasta mañana.

¡Encima me decía que me animara!, cuando él estaba con su madre en un hospital.

Menos mal que cortamos en ese momento, porque ya no podía más y exploté en un llanto imparable. Hacía tiempo que no lloraba de esa manera. Salió todo mi arrepentimiento y mi rabia por lo que había hecho y por el daño que le iba a hacer a Alberto y a mí misma. ¡No se merecía eso! ¿Cómo podría volver atrás y cambiarlo todo? Si pudiera lo haría. Lo había hecho antes, pero no sabía cómo. Ni siquiera sabía si lo había hecho yo o si alguien me había cambiado el futuro o si me estaba volviendo loca.

Necesitaba encontrar a Victoria, estaba segura de que tenía que estar en algún lado, aunque en esta vida no fuera la abuela de Rob. Pero cada vez se me hacía todo más cuesta arriba y necesitaba ayuda. Y Victoria era la única que podría ayudarme. ¿Cómo podría encontrarla? ¿O tendría que esperar a cruzarme con ella, como estaba pasando con el resto del mundo?

El lunes en clase apenas abrí la boca, no me apetecía participar en nada.

Estábamos dando los diferentes tipos de uvas y Rob hacía preguntas de las que él sabía que yo conocía la respuesta, pero no contestaba y me miraba muy extrañado. Pero hacía muy bien en no preguntarme delante de toda la clase porque no sabía qué tipo de respuesta le daría. Sería capaz de explotar en medio de todos y, por supuesto, ni él ni yo queríamos que esto sucediera. Rob, de alguna forma, conocía a la Fran rebelde; y si no la conocía, estaba a punto de hacerlo.

¿Por qué demonios se extrañaba después de haberme hecho el amor y no haber contestado a ninguno de mis mensajes? ¡Y además se estaba acostando con otra! Ese beso y ese abrazo que había visto en la puerta de su casa, solo habían sido el comienzo y estaba segura de que después de cerrarse esa puerta, Rob había hecho lo mismo que la noche anterior conmigo. Quizá estuviera un poco celosa, pero no por el Rob de ahora, sino por el de antes, el dulce y protector. Por el Rob de ahora solo sentía una decepción muy grande y una rabia que iba in crescendo como en una sinfonía de Beethoven. Aunque, tenía que reconocer que, muy a mi pesar, seguía atrayéndome físicamente; pero suponía que eso era inevitable, ya que era demasiado guapo... y él lo sabía.

Cuando por fin acabó la clase, no hizo falta que fuera a hablar con él, porque se acercó a mi mesa.

—Fran, ¿Qué te pasa?

—¡Que qué me pasa! —dije sorprendida.

—Sí, no entiendo tu comportamiento en clase.

—Te he mandado unos cuantos mensajes este fin de semana y no he obtenido respuesta.

—Ah, lo siento, he estado un poco liado.

¿Un poco liado? Esa respuesta sí que no me la esperaba. Sí, liado,

exactamente; había estado liado con otra mujer.

–¿No me lo puedo creer, Rob! Necesitaba hablar contigo.

–Aquí no podemos hacerlo. Ven esta noche a mi casa

–No pienso ir a tu casa.

–¿No quieres hablar conmigo?

–Sí, pero no quiero ir a tu casa.

–Está bien, pues dime dónde quedamos.

–Vale, luego te mando un mensaje, ahora me tengo que ir.

He quedado con mi novio para romperle el corazón.

–Está bien.

¿Debía decírselo a Alberto ahora o esperar a aclarar las cosas con Rob? Quizá debería esperar; el tema de romperle el corazón a alguien tan maravilloso como Alberto no me atraía nada y si podía retrasarlo un poco, lo haría. Lo que no sabía era si sería capaz de comportarme de una forma normal y que no sospechara nada, con lo observador que era. Pero tenía que intentarlo. ¡En menudo embrollo me había metido yo solita!

Vi a lo lejos a Alberto en la parada del autobús, esperándome.

–Hola, Fran –me dijo con una sonrisa de oreja a oreja y, acto seguido, me dio un beso rápido en la boca, supuse que porque había gente delante.

–Hola, Alberto –dije sonriendo.

Con tal solo verle noté que se me iluminaba la mirada y me sentía mejor, y eso que hoy era complicado hacerme sentir bien. ¡Era tan guapo y tan adorable!

–¿Te apetece un picnic? Hace un día estupendo.

–Sí, pero no tenemos comida.

–Claro que tengo; he pensado en todo. Ven, vamos a mi coche.

–¿Has venido en coche?

–Sí, para llevarte a un sitio especial.

¡Dios mío, no podía ser más encantador! Casi tenía que reprimir las lágrimas y menos mal que llevaba gafas de sol, porque estaba segura de que a estas alturas tenía los ojos llorosos.

–¿Qué tal tu madre?

–Estable, gracias por preguntar.

–Tiene que ser muy duro

–Sí, pero no te preocupes por eso. Ahora solo estamos tú y yo.

Tú, yo y un problemón enorme entre nosotros. Pero lo voy a dejar para otro día, porque soy muy egoísta y quiero disfrutar de ti, quizá por última vez.

–Me gusta cómo suena eso: tú y yo.

Me llevó al parque del Capricho. Era un parque desconocido para mí y me pareció un sitio muy especial, lleno de rincones sorprendentes y muy variopintos. El parque era un festival de colores otoñales: granates, naranjas, marrones, amarillos; y el agua se hacía presente de todas las formas posibles: estanques, fuentes. Cada día me daba más cuenta de lo poco que conocía Madrid; y llevaba viniendo desde que era pequeña.

Alberto me sorprendió cuando desplegó una colcha en la hierba verde del parque. Era un detalle muy americano.

–¿Cuándo has preparado todo esto? –dije al ver un montón de comida desplegada por la colcha, además de unas copas de vino de cristal.

–Hoy no tenía clase y he tenido tiempo.

–¿Lo has hecho tu todo?

–Casi todo. ¿Te gusta el vino que he comprado?

Observé la botella.

–Sí, es bueno y me gusta mucho el Rioja.

–Menos mal, como eres tan entendida en vino, no sabía cuál elegir.

–No soy tan entendida. Está todo riquísimo, cocinas muy bien.

–He tenido que espabilar en los últimos años.

–Por lo menos tienes a tu hermana.

–Sí, menos mal. A mi padre nunca le podré perdonar lo que hizo.

–No me extraña. ¿No habláis con él nunca?

–No, ni siquiera llama para interesarse, ni por mi madre ni por nosotros. Es como si hubiera desaparecido del mapa. Pero lo que ha pasado me ha cambiado bastante.

–¿En qué sentido?

–Hace dos años no era así. Es como si hubiera madurado de golpe.

–¿Cómo eras?

–Era bastante cabrón.

–¿Tu? No me lo puedo creer –dije riéndome.

–Sí, lo era con las chicas; no me paraba a pensar que tenían sentimientos, y salía con una y con otra, y no me importaba si ellas se habían enamorado de mí. Me he portado muy mal. Por eso te dije el otro día, que contigo quiero hacer las cosas bien.

Vaya, pues ahora soy yo la que no lo está haciendo bien.



–... este fin de semana me he dado cuenta de que, aunque llevamos poco tiempo saliendo, estoy enamorado de ti, Fran, y es la primera vez que me pasa –me dijo mirándome a los ojos muy serio.

¡Yo también, pero no te merezco!

–Fran. ¿Por qué estas llorando?

Le hice un gesto, que ahora no podía hablar, y era cierto. Me estaba abrumando todo lo que me estaba diciendo y cada vez me sentía más culpable. ¿Por qué estaba últimamente tan sensible? ¡Parecía mi madre!

–Es que yo también estoy enamorada de ti, pero no sé si te merezco.

–¿Cómo no me vas a merecer?

–No. ¡Eres tan bueno! –dije como pude, ya que no podía parar de llorar.

–Antes no lo era, tú me haces ser bueno.

–No, eres bueno, yo no hago nada. Perdona que llore, es que desde el accidente creo que estoy muy sensible.

–¿Qué accidente?

Me quedé callada. ¿Había dicho “desde el accidente”? ¿En qué estaría pensando? No quería hablar de eso, pero ahora no tendría más remedio que contárselo.

–Este verano tuve un accidente esquiando en los Alpes italianos y estuve dos meses inconsciente.

–¿Qué? –me dijo asustado.

–Me desperté muy confusa; creía haber estado viviendo otra vida distinta durante mucho tiempo, incluso pensaba que mi padre había muerto.

–¿Habías soñado que vivías otra vida?

–Sí, algo así; pero había sido muy real, demasiado real.

–¡Qué extraño! ¿Tienes alguna secuela?

–A veces me siento cansada y estoy más sensible, pero nada más.

Aparte de que tengo la cabeza fatal y ya no sé a quién voy besando por ahí, o con quien me voy acostando, porque confundo esta vida con la otra, y no sé qué camino seguir, y lo he estropeado todo.

–Ven aquí, Fran –dijo señalándome para que me acercara–. Túmbate.

Le obedecí. ¿Qué pretendía?

Me besó y me olvidé de todo, de mi traición y de mi accidente y de lo que nos rodeaba. En ese momento noté la diferencia: en esta vida estaba irremediabilmente enamorada de Alberto y los besos del otro día con Rob, no habían significado nada para mí. Lo que sentía por Alberto en esta vida era lo que había sentido por Rob en la otra. Me sentía tan llena, tan completa estando junto a él. El que iba a romperme el corazón era él a mí, cuando me dejara.

No podía creerme que Alberto se hubiera portado mal con otras chicas, aunque quizá había sido cosa de la edad y de la inmadurez. ¡Qué suerte tenía de haberle conocido cuando era una persona responsable y madura! Aunque ahora quizá la que no era así, era yo. Era inmadura y muy irresponsable. Pero ahora solo quería disfrutar de sus labios en mi boca y de sus grandes manos en mi espalda, en mi cintura, en mi pierna. Me sentía totalmente hechizada con su forma de tocarme, se notaba que tenía magia en las manos. Como siguiera así, nos tendríamos que ir a su coche, porque íbamos a montar un espectáculo en medio del parque.

–Fran, me gustas tanto.

–¿Ya sientes más por mí y podemos avanzar?

Se rio tanto que no podía parar.

–¡Me encantas! Necesitaba reírme, Fran; gracias.

–En realidad, no lo decía para que te rieras pero si te ha sentado bien, me alegro de que lo hayas hecho.

–Sé que lo preguntabas en serio, pero me ha hecho mucha gracia tu impaciencia casi infantil. No quiero ir con prisas contigo, Fran, es importante para mí; pero no vamos a poner una fecha, ¿vale? Cuando surja, surgirá.

–Gracias –dije dándole un beso inesperado–, gracias por no ponerme una fecha. No sabes lo que significa eso para mí.

Era la primera vez que no tenía una fecha, ni diecinueve de diciembre ni uno de enero, solo había que esperar a que surgiera.

Me sentía tan a gusto y en paz con Alberto, que me había olvidado por completo de lo que había pasado el fin de semana. Por unas horas, me había olvidado de Rob, del error que había cometido y del resto del mundo. Pero ahora que comenzaba el ocaso del sol y empezaba a refrescar, volvían a mi cabeza, de golpe, todos mis sentimientos de culpabilidad.

–¿Estás bien? –me preguntó.

–No sé, me da pena que se acaba este día.

–A mí también, hemos estado tan a gusto. Pero no te preocupes, habrá muchos días como este e incluso mejores.

No lo sé Alberto, no lo tengo tan claro.

–Te llevo a tu casa.

–No hace falta, puedo coger el autobús.

–Te llevo a tu casa porque quiero llevarte –dijo firmemente.

–Está bien. Me gusta que lo hagas, en realidad; así puedo estar contigo un poco más.

Me sonrió, mostrando su blanca y perfecta dentadura. Era tan guapo y tan bueno. Y su forma de mirarme como si fuera lo mejor que le había pasado, me fascinaba.

De camino a casa saqué mi flexitablet del bolsillo por primera vez en todo el día. Tenía unos cuantos mensajes de Rob. ¡Ni me había acordado de que íbamos a quedar para hablar! Pero no lo haría hoy, no quería estropear el día tan maravilloso que había tenido con Alberto quedando con él. Ya lo haría mañana. Tenía también un mensaje de mi hermano: la vendimia empezaba mañana. Me preguntaba si iría este fin de semana a echarles una mano. ¡Tenía que ir! Pero no quería separarme de Alberto.

–Vaya –dije.

–¿Qué? –me preguntó.

–Mi hermano, que dice que mañana empieza la vendimia y que si voy este fin de semana.

–Estupendo, ¿no? No te lo perderías por nada.

–Sí, me lo perdería por estar contigo.

–No, tienes que ir.

–Solo si vienes conmigo.

–¿Lo dices en serio?

–Totalmente en serio, si no, no iré.

–Hablaré con mi hermana para ver si ella se puede quedar con mi madre.

–Vale. ¿Cómo quieres que te presente a mi familia?

–Me gustaría que fueras mi novia. ¿Tú qué opinas?

–Opino que me encantaría serlo –le dije sonriendo.

Mi novio por unos días, hasta que te cuente el error que he cometido.

A pesar de lo mal que me sentía por lo que había pasado con Rob, entré en casa completamente feliz después de haber pasado el día con Alberto. Me gustaba tanto estar con él, me hacía sentir tan querida y tan protegida. Además sus besos y, sobretodo, su forma de tocarme, me volvían totalmente loca. Todavía podía sentir sus besos incandescentes sobre mis labios y mis mejillas cuando entré en casa. Esperaba que mi madre no notara mi agitación.

–Mamá –la llamé al entrar en casa.

–Estoy en mi habitación, Fran.

La encontré, como siempre, escribiendo en su ordenador.

–¿Qué escribes?

–Cosas.

–¿Algún día me dirás lo que estás escribiendo?

–Sí, te lo diré dentro de poco. Es una sorpresa.

–Mamá, me ha dicho Pedro que mañana empieza la vendimia.

–Irás, ¿no?

–Sí, ¿tú no?

–No, tu padre tendrá mucho trabajo y no quiero ser un estorbo. Me quedaré aquí escribiendo.

–Me gustaría invitar a Alberto.

–¡Claro! ¿Ya estáis saliendo? –me dijo sonriendo.

–Sí.

–Estupendo, llévale.

–Marco ya le conoce. Pero ¿tú crees que Pedro estará de acuerdo?

–Seguro que sí.

–¿Estás segura?

–No, pero llámales; papá también debería saberlo.

–¿Crees que papá me va a poner algún problema?

–No, seguro que no; eres la niña de sus ojos.

–No, te equivocas, tú eres la niña de sus ojos

Mi madre sonrió.

–Voy a ver si puedo hablar con ellos ahora por vídeo –propuse.

–Muy bien.

Respiré hondo antes de llamar.

–Papá, soy yo.

–Hola, Fran, me alegro de verte. ¿Qué tal estás?

Vi que mi padre estaba sentado en el sillón del salón; y yo estaría allí el fin de semana. ¡Estaba deseando volver!

–Muy bien. Voy a ir a la vendimia.

–¡Qué bien! Me apetece mucho verte

–Quería preguntarte si puedo llevar a alguien.

–¿A ese chico del sueño?

–No, en realidad no. No está siendo como en el sueño. Es otro chico que he

conocido en la universidad. Estamos saliendo desde hace un mes. ¿Puede venir?

–Claro, Fran. Puede dormir en la casa grande.

–Vale.

–Creo que también viene Marina, la novia de tu hermano.

–Ah, no lo sabía. ¿Está Pedro por ahí?

–Sí, te paso con él.

Oí de fondo a mi padre llamando a Pedro.

–¿Qué pasa, Fran? –dijo mirándome de arriba abajo–. ¡Te veo mucho mejor que la última vez que te vi!

Claro, no le veía desde que había venido a la feria de vino y hacía ya más de un mes de eso. Estaba moreno y muy atractivo, como siempre.

–Gracias. Quería comentarte que voy a la vendimia, pero no iré sola.

–Ya; viene Marina contigo.

–No, además de Marina, viene otra persona.

–¿Quién es?

–Es mi novio.

–¿Qué novio?

–Alberto. Llevamos un mes saliendo.

No por mucho tiempo, pero por ahora sí.

–¡Un mes! ¿Por qué no me habías dicho nada?

–No he tenido oportunidad. Me apetece que venga, el fin de semana pasado no pude verle y no quiero estar otro fin de semana sin verle.

–Eres muy joven para tener novio.

–Pues lo siento, pero es demasiado tarde; estoy enamorada de él.

–¿Qué?

–Lo que has oído.

–¡No me lo puedo creer! Si acabas de conocerle. ¿Cómo puedes estar enamorada de él?

–Pues lo estoy. ¿No te alegras por mí?

–No lo sé, me parece muy joven para estar con esas historias. Además, no quiero que te hagan daño.

–¿Por qué crees que me van a hacer daño?

Y te equivocas, soy yo la que le voy a hacer daño.

–Porque soy un hombre y sé cómo somos.

–Porque tu hayas hecho daño a algunas o muchas chicas, no quiere decir que Alberto sea como tú.

–Bueno, como imagino que ya tienes permiso de papá y mamá, tráelo; no necesitas mi permiso.

–Pero sí tu aprobación.

–Pues, lo siento, Fran, pero no la tienes. Creo que eres muy joven para tener novio y más para traerlo a nuestra casa.

–Marco va a llevar a su novia a casa.

–Es distinto, es mayor que tú.

–Pero ella tiene mi edad.

–Pero ella no es mi hermana.



–¡Qué suerte tiene!

–No te enfades conmigo, Fran, solo me preocupo por ti.

–Ya, claro. Adiós, Pedro.

–Te veo el viernes.

Pedro no iba a cambiar ni en esta vida ni en la otra. Pero yo iba a disfrutar de Alberto el tiempo que me quedaba y Pedro no iba a impedírmelo; y no le iba a permitir que fuera desagradable con él.

Esa misma noche recibí un mensaje de Alberto.

<¡¡¡Puedo ir a Frascati contigo!!!!>

<(Cara supersonriente). No sabes que feliz me haces>

<Tú me haces más feliz>

<Mañana saco los billetes>

<No, los saco yo>

<Por favor déjame invitarte, tengo dinero de mi vino y nunca he sabido en que gastarlo>

<Dónalo>

<Buena idea, pero primero quiero invitarte. (Cara implorando)>

<Ni hablar Fran. Por cierto, te veo directamente el viernes, trabajo todas las tardes>

<Jo. (Cara triste)>

<Los masajes del fin de semana que los he movido para poder irme contigo>

<Vale, entonces no me quejo>

<Que tengas dulces sueños>

Cuando, al día siguiente, apareció la sustituta de Rob, me di cuenta de que lo mismo no iba a conseguir hablar con él hoy tampoco.

–¿Sabe cuándo volverá nuestro profesor?

–Creo que el lunes.

¡El lunes! Dios, no podía esperar tanto para hablar con él ¿Dónde demonios se había metido?

Le mandé unos cuantos mensajes, pero no obtuve respuesta y, sin darme apenas cuenta, ya era viernes por la mañana y estaba esperando a que apareciera Alberto a recogernos, a mí y a Marina, que se venía con nosotros.

Estaba tan feliz de poder ir con él a Frascati y que conociera el viñedo y a toda mi familia. Bueno el tema de mi hermano Pedro me preocupaba un poco, aunque era el más pequeño de mis problemas. Además, este fin de semana no pensaba dedicar ni un solo segundo a pensar en lo que tanto me preocupaba. Sabía que no estaba siendo responsable y, definitivamente, estaba siendo muy egoísta, pero me sentía tan bien a su lado, que no quería que lo nuestro se acabara tan pronto. Si podía seguir retrasándolo, aunque fuera un poco más, lo haría.

Durante el vuelo no me separé del hombro de Alberto, me gustaba tanto estar tan cerca de él, me sentía tan segura. Podría irme con él a cualquier sitio y no echaría de menos a nadie. Me hacía sentir como en casa, como si no necesitara a nadie más, como si con él pudiera ser feliz el resto de mi vida. ¿Cómo podía sentir algo así cuando apenas llevábamos poco más de un mes saliendo? Sería cosa de magia.

## 11% vol.

–Marina, encantado de volver a verte. Alberto, encantado de conocerte –dijo mi padre en inglés.

–¡Papá, les estás hablando en inglés! –dije riéndome.

–Uy, lo siento; es que con Fran siempre hablo así –se excusó igualmente en inglés.

–No pasa nada. Encantado de conocerte Julian; Fran me ha hablado mucho de ti –dijo Alberto en un inglés casi perfecto.

–¿Dónde has aprendido a hablar inglés tan bien? –pregunté sorprendida cuando estábamos yendo hacia el coche.

–En Estados Unidos. Fui a estudiar un año allí.

–¡No me habías dicho nada!

Puso cara de “pues es verdad, no habrá surgido”.

Mi padre les fue explicando por el camino hacia el viñedo la topología del terreno y cómo sus características especiales hacían que fuera una zona ideal para cultivar vides. Seguía hablando en inglés y los dos le prestaban mucha atención, aunque no sabía hasta qué punto Marina se estaba enterando de algo de lo que decía: que yo supiera, no sabía mucho inglés. Observé a Alberto sentado junto a mi padre; era una imagen chocante para mí después de todas las versiones de mi vida que había vivido estos meses, sobre todo el hecho de que mi padre estuviera vivo y ahora estuviera hablando con mi novio de esta vida.

Me encantó volver a nuestro viñedo; no me había dado cuenta de cuanto lo

había echado de menos, hasta ahora. Cada vez tenía más claro que mi padre me había transmitido su amor por esa tierra medio volcánica. Adoraba el olor a uvas maduras que impregnaba el ambiente. Y, lo mejor de todo, fue volver a ver a Simona, a mi primo Paolo y a Pedro. Estaba radiante de felicidad y todo se debía a Alberto. Me sentía tan bien porque hubiera podido acompañarme; me sentía orgullosa de él y quería que todos le conocieran.

Antes de irme a Madrid a estudiar, estaba tan triste porque Rob no estuviera a mi lado, que no había podido disfrutar del todo de mi familia, sobre todo de mi padre. Este fin de semana podría disfrutar de ellos, aunque mi madre no estaba aquí para que pudiera ser perfecto.

Cuando salimos al jardín, vi que todos estaban enfrascados en sus tareas propias de la vendimia. Fui directamente con Alberto de la mano a presentarle a mi hermano.

–Pedro, este es Alberto.

–Encantado, Pedro –dijo Alberto sonriendo y muy educadamente.

–Hola –dijo secamente Pedro. Y volvió a su tarea ignorándonos casi por completo.

¡Con que esas teníamos! Esto iba a ser más complicado de lo que había pensado.

–Fran –dijo mi padre–, ¿cómo quieres organizarlo? ¿Quieres que Alberto esté contigo en la zona de selección de uva?

Con Pedro mejor que no, cuanto más lejos estuviéramos de él, sería mejor.

–No, creo que voy con él a recoger uvas.

–¿Seguro? –preguntó mi padre extrañado.

Sabía que lo que más me gustaba era seleccionar uvas.

–Sí, seguro.

Pedro ni nos dirigió la mirada en toda la mañana, pero ¿por qué demonios se comportaba así? ¿No podía entender que era feliz con Alberto? ¿Por qué era tan desconfiado? Quizá tenía que esperar a que se acostumbrara a la idea de verme con él. A Marco también le había costado un poco al principio.

Enseñé a Alberto a coger los racimos y gracias a su entusiasmo y su preciosa sonrisa, conseguí olvidarme de Pedro el resto de la mañana. No podía creerme que estuviera aquí conmigo compartiendo una de mis mayores pasiones. Además, le veía disfrutando de todo. Supuse que sería la novedad, no a todos les enganchaba esto. Mi madre, por ejemplo, no solía participar activamente de la vendimia. Ayudaba como podía y solía ocuparse de hacernos comida a los demás, pero lo de recoger racimos no le hacía ninguna ilusión e incluso no entendía por qué disfrutábamos tanto.

A la hora de comer me di cuenta de que Pedro nos intentaba evitar, fue más tarde para no coincidir con nosotros. En cierta forma me dolía que intentara evitarme y que no le interesara conocer a Alberto. Aunque era cierto que no estaba acostumbrado, era la primera vez que traía un chico a casa y, además, era la primera vez que me veía enamorada de alguien. Estaba segura de que se me notaba; no era buena escondiendo mis sentimientos y, aunque lo intentara, mis ojos me delataban siempre.

Al final del día, cuando ya estábamos prácticamente acabando la jornada de trabajo, oí a Pedro gritando. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué gritaba así? Fui corriendo hacia él, al igual que mi padre, y vi que Alberto también se había acercado.

–¡Mi hombro! –gritaba como un loco—. Creo que se me ha salido al coger esta maldita caja tan pesada.

–Tenemos que llevarte al hospital inmediatamente –dijo mi padre.

–Creo que yo le puedo ayudar –dijo Alberto acercándose a Pedro.

–¡Ni se te ocurra tocarme! –le gritó Pedro.

–Sé lo que hago; soy fisioterapeuta, Pedro.

–Me da igual, me duele mucho y no quiero que me toquen.

–Es cuestión de segundos. Déjame que te ayude –le dijo Alberto muy calmado.

–Pedro, deja que te ayude –le imploré–. Sabe lo que hace, te lo prometo.

–¡Ni hablar!

Alberto aprovechó que Pedro estaba distraído hablando conmigo y le cogió el hombro y en cuestión de segundos mi hermano pegó un grito seco y se volvió a callar al darse cuenta de que el dolor había pasado. Fue algo rápido, mecánico, limpio y sin ningún esfuerzo por su parte. Nos quedamos todos en silencio mirando a Pedro ya que no sabíamos cómo reaccionaría, aunque, en mi caso, no podía apartar la mirada de Alberto.

–Ya no me duele –dijo sorprendido–. ¿Qué me has hecho? –le preguntó a Alberto.

–Colocarte el hombro; lo mejor es hacerlo enseguida, en caliente.

–Pero ¿tienes experiencia en esto?

–Es algo muy normal que nos enseñan a hacer y lo he hecho unas cuantas veces.

–Gracias –consiguió musitar.

–De nada.

Me sentía tan orgullosa de Alberto que tenía ganas de abrazarle y besarle allí mismo, pero tuve que contenerme, lo haría esta noche.

–Fran, al final Alberto se queda a dormir en la casita, Marco le cede su

habitación. Él prefiere irse a la casa grande y dormir con Marina –me comentó mi padre más tarde.

Me daban ganas de preguntar si yo también podía irme a la casa grande a dormir con Alberto, pero no me atrevía a preguntarle eso a mi padre. Después de todo, no podía quejarme; por lo menos Alberto estaría mucho más cerca de mí que antes.

–¿Te apetece que vayamos a Roma a cenar? –le pregunté a Alberto.

–Sí, me encantaría. ¿Vamos solos?

–Yo creo que sí. Mañana ya saldremos con los demás, pero hoy me gustaría disfrutar de ti.

–Mmm, eso suena muy tentador.

–Pues vamos a cambiarnos y nos vamos.

Mientras se duchaba Alberto, aproveché para ir a la bodega. Sabía que Pedro estaría allí revisando los depósitos de fermentación.

–¿Qué tal tu hombro?

–Muy bien. No me puedo creer lo que ha hecho Alberto.

–Es muy bueno en su trabajo.

–¿Pero no estaba estudiando?

–Sí, pero también trabaja para mantener a su madre.

–¿En serio? –preguntó sorprendido.

–Sí, su madre está enferma y su padre les abandonó en cuanto empezó su enfermedad. Él y su hermana la cuidan y la mantienen.

Se quedó pensativo. Sabía que eso había cambiado su opinión de Alberto. A mí me conmovía mucho el tema de su madre y cómo trabajaban para cuidarla.

–Creo que me he comportado como un estúpido con Alberto.

–Creo que sí.

–Es que me da miedo que se aprovechen de ti, eres tan joven.

–Te aseguro que Alberto no se va a aprovechar de mí.

¡Si tú supieras cómo es Alberto!

–Bueno, por lo menos es español.

–¿Y qué tiene que ver eso? –pregunté un tanto confundida.

–Porque si tienes que tener novio, que prefiero que no, mejor que sea español.

–¿Qué tienes en contra de los italianos?

–Son muy ligones.

–Tú eres mitad italiano, mitad español, y eres un ligón.

–Por eso, sé cómo son, pero hay una diferencia entre ellos y yo.

–¿Qué es...?

–Que nunca engaño a las mujeres, nunca les prometo nada que no les vaya a dar.

Puse cara de “claro, claro, eres un auténtico caballero”.

–Alberto es muy bueno, no me lo merezco.

–Claro que lo mereces. Eres una chica con mucho talento, increíblemente guapa. Eres casi perfecta. Excepto cuando te sale el mal genio –dijo riéndose.

–¿Mal genio? ¡Mira quién habla!

–Será de familia.

–Voy a ver si Alberto ha terminado, le voy a llevar a cenar a Roma.



–Muy bien, mañana salimos todos juntos, ¿vale?

–Solo si me prometes que te portarás bien con él.

–Sí, te lo prometo.

–Gracias.

Cogimos el coche de mi padre y Alberto condujo hasta Roma. Fuimos a cenar a un restaurante donde hacían la mejor pizza al horno de leña de toda la ciudad y después hicimos lo que más me gustaba del mundo, aparte de hacer vino: pasear por Roma. Era una ciudad preciosa para perderse entre sus estrechas calles, siempre acababan desembocando en una iglesia barroca, romana o renacentista. Mi madre nos había llevado millones de veces a verlas, pero no era capaz de recordar los nombres de todas ellas. ¡Había demasiadas! Ella sí se sabía los nombres, además de quién y cuándo las había construido.

–Esta fuente es mi preferida –dije sentándome en la fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini.

–Es preciosa, igual que tú.

Le sonreí.

–Me he sentido muy orgullosa de ti cuando has ayudado a mi hermano.

–No ha sido nada –dijo modestamente.

–A mí me ha impresionado.

–Gracias –dijo humildemente–. Me está gustando mucho haber venido y verte rodeada de tu familia. Creo que aquí eres más feliz. No es que en Madrid no lo seas, pero aquí estás en tu ambiente. Tus preciosos ojos verdes se iluminan más todavía cuando estás en contacto con las uvas. Además, tu familia te adora. Es fascinante cómo te protegen tus hermanos, sobre todo de mí –dijo riéndose.

–¡Muy gracioso! A mí esa protección ya no me parece tan fascinante, estoy un poco harta.

–Yo les entiendo.

–¿En serio? Pensaba que eras diferente.

–No, en eso no, porque yo también siento la necesidad de protegerte.

–¿De quién?

–De cualquiera que quisiera hacerte daño.

¿Incluso de mí misma? Porque el único peligro que hay soy yo misma, lo que he hecho, el dolor que voy a ocasionarte a ti y a mí.

Le miré a los ojos, esos ojos negros preciosos y brillantes, esa forma de mirarme y esos labios perfectos. Pero no me dejó contemplarle más, porque me besó y volví a olvidarme de todo lo que nos rodeaba. Solo oía el sonido del agua que caía en la fuente. No quería que ese fin de semana se acabara nunca.

Estaba en una habitación esperando a alguien aunque no sabía muy bien a quién. Alguien iba a entrar por la puerta que había al fondo, alguien a quien quería. Oí un ruido y la puerta se abrió lentamente, era Alberto. Me tiré en sus brazos y me sentí bien, muy bien. Pero de repente estaba sola, Alberto había desaparecido como por arte de magia y la puerta volvía a abrirse. Era Rob. Me miraba como me solía mirar el Rob de antes; era él, no había ninguna duda, no era el Rob de ahora. Se acercaba a mí y me besaba. Me sentía bien con él, pero entonces me miraba y no era él, sino el Rob de ahora, lo sabía con tan solo mirar a sus ojos. Eran del mismo color, pero la expresión no era la misma. Le empujaba lejos de mí, pero no podía apartarle, era demasiado fuerte. Cuando volví a mirarle ya no era él, sino el señor del aparcamiento que había intentado abusar de mí. Sentía un miedo tremendo, me temblaba todo el

cuerpo y comencé a gritar llamando a mi padre, a Alberto, a Rob, pero nadie parecía oírme. Se reía y podía ver sus dientes sucios y amarillentos.

–Fran, Fran, no pasa nada, estoy contigo, es solo otra pesadilla –dijo alguien a mi lado.

Abrí los ojos. Me sentía muy desorientada. Esta no era mi habitación de Madrid. ¿Dónde estaba?

–Fran, mírame.

Le miré.

–Alberto –dije aliviada.

–Has vuelto a tener una pesadilla. Tienes que quitarte el camisón, estás empapada. Toma, ponte esto –dijo dándome una camiseta.

Levanté los brazos para que me lo quitara él y después de hacerlo se quedó parado mirándome.

–Tengo frío.

–Perdona –dijo poniéndome la camiseta y abrazándome hasta que conseguí entrar en calor–. ¿Estás mejor?

–Sí, gracias.

–Has vuelto a gritar y llamabas a tu padre, a mí y a un tal Rob.

¡Mierda! No me podía creer que hubiera dicho su nombre otra vez.

–¿Quién es Rob? ¿Tu profesor?

–No lo sé –mentí.

–Ah claro, que no te acuerdas de lo que has soñado. Tengo curiosidad por saberlo, porque no sé qué papel tengo en tu pesadilla.

El de un novio maravilloso al que adoro pero voy a hacerle mucho daño.

–Me he cruzado con tu hermano al venir a tu habitación. Creo que venía a consolarte, igual que yo.

–¿Y qué ha pasado?

–Me ha sorprendido dejándome pasar y se ha ido.

–¿En serio? No me lo puedo creer –dije sorprendida.

–Sí, no hemos cruzado ni una sola palabra.

–Desde el accidente tengo pesadillas; a veces viene mi padre y a veces Pedro.

–Pero si es desde el accidente, ¿por qué salgo yo en ellas?

–A lo mejor eres una nueva incorporación a mis pesadillas –dije bromeando.

–Muy bonito.

–¿Puedes quedarte conmigo?

–No, no debo, Fran.

–Por favor.

–No, estamos en tu casa y están tu padre y tu hermano mayor.

–No se van a enterar.

–¡No me hagas ser irresponsable, Fran! ¡No quiero ser como mi padre! –dijo levantándose repentinamente de la cama.

Me quedé helada, nunca jamás había visto a Alberto comportarse así y levantar el tono de voz. Me había afectado que me hablara así, pero quizá tenía que intentar entenderle, lo de su padre le había hecho mucho daño.

–Lo siento, Fran –dijo acercándose a mí con cara de arrepentimiento.

Se sentó en la cama y me acarició la cara.

–No quería gritarte así. ¿Me perdonas?

–Claro –dije sonriéndole–. Perdona por insistirte. Tienes razón, no quiero que seas irresponsable. Es muy importante para ti.

–Perdóname a mí por favor, no tenía por qué hablarte así. Es que...

Y se quedó callado. Podía notar que no había superado lo de su padre, le había hecho mucho daño y supuse que había sido una decepción muy grande para él.

–Intento ser responsable, pero hay veces que no quiero serlo, y hoy es un día de esos. Cuando te he quitado el camión, no he podido evitar mirarte y he estado a punto de dejar de ser responsable.

Le sonreí. Me gustaba lo que acababa de decir.

–Te deseo tanto, pero hoy no es el día. No aquí con tu padre y tú hermano bajo el mismo techo.

–Tienes razón, es que yo también te deseo mucho.

–Lo sé. Lo haremos la próxima vez que surja y no estemos rodeados de tu familia. Hasta mañana, Fran –me dijo besándome suavemente–. Si tienes alguna pesadilla más, volveré.

–Entonces estaré toda la noche teniendo pesadillas –dije pícaramente.

–Y yo estaré toda la noche viniendo a verte. Dulces sueños –dijo cerrando la puerta de mi habitación.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me sentía llena de energía. Alberto estaba aquí y todavía me quedaban dos días para disfrutar de él. Me habría gustado dormir con él, pero sabía que tenía razón, que no podríamos hacer nada con mi familia en la misma casa. En realidad yo no habría sido capaz de hacerlo.

–Buenos días, papá –dije al entrar en la cocina.

Adoraba el olor a café recién hecho y a bizcocho de mi padre.

–¿Has hecho bizcocho!, me encanta.

–Fran –me dijo un poco serio.

–¿Qué pasa? –pregunté preocupada.

–Alberto se ha tenido que marchar, me pidió que te lo dijera.

–¿Qué?

–Su madre está peor y le he llevado temprano al aeropuerto.

–¿Por qué no me ha avisado? Me habría ido con él.

–Yo me he enterado porque me he despertado temprano. No me quería dejar que le llevara, pero, al final, he sido más tozudo que él.

–Gracias por llevarle. Pero me habría gustado ir con él.

–Lo sé, no quiso avisarte por eso. Sabía que te irías con él y me ha dicho que quería que disfrutaras del fin de semana con tu familia. Este chico me gusta, Fran. Me da la impresión de que te quiere de verdad.

–Y yo a él, papá, pero me da tanta pena que se haya tenido que ir –dije notando que las lágrimas asomaban a mis ojos.

–¿Por qué lloras, Fran?

–Porque me conmueve cómo cuida a su madre, y me da pena que lo esté pasando mal y no haber podido acompañarle.

Y porque creo que le estoy empezando a querer, y no quiero perderle.

Me daba tanta pena que Alberto se perdiera parte de su vida, días de su vida, momentos de su vida. Para un fin de semana libre que tenía, y no había podido disfrutarlo entero. Y lo mejor de todo era que no se enfadaba y aceptaba las cosas como venían. Jamás le había oído quejarse de nada. Tenía clarísimo que

yo no lo habría llevado tan bien, no podría ser tan generosa y sacrificada como él. Cada día le apreciaba más y cada vez me daba más cuenta de que no podría vivir sin él.

¿Qué iba a hacer cuando tuviera que decirle la verdad? ¿Cómo iba a ser capaz de hacerlo? ¿Y qué pasaba si no se lo decía? ¿Se podría enterar de alguna forma? Notaba que mi egoísmo estaba ganando la batalla a la sinceridad, pero no quería perderle y sabía que lo haría si se lo contaba. No era el típico chico que pudiera perdonar algo así. Eso lo tenía claro. Tenía que decidirme entre seguir viviendo engañándole, pero junto a él, o decirle la verdad y perderle para siempre.

Cuando, horas después, miré por primera vez en el día mi flexitablet, tenía un mensaje suyo.

“Hola Fran. Me ha dado mucha pena irme de tu lado. Estaba siendo un fin de semana fantástico, pero por lo menos he podido estar contigo un día y una noche. Cada día que pasa, necesito estar más contigo. No sé si tu sentirás lo mismo. Yo estoy muy sorprendido, esto es nuevo para mí, muy nuevo. Muchas gracias por haberme invitado a tu viñedo. Me ha parecido una experiencia increíble. Te veo a la vuelta o esta noche en una de tus pesadillas (espero ser el bueno de la película). Siento no poder estar allí para consolarte, pero por lo menos sé que estará tu hermano. Estás en buenas manos. Ya te echo de menos.”

¡Y yo; le echaba tanto de menos que me dolía! Su mensaje me había ayudado a decidirme sobre lo que debía hacer.

El resto del fin de semana pasó demasiado lento. Cuando quieres que el tiempo pase rápido porque estás deseando ver a alguien que no está contigo, irónicamente, pasa a cámara lenta y cuando estás feliz y disfrutando de alguien, pasa a toda velocidad. Como el día de ayer, o como el día que pasé con Alberto en el parque, o la noche que durmió en mi casa, o la noche que

nos fuimos a cenar y me besó por primera vez, o el día que pasé en Chinchón, cuando no era consciente de que me fuera a gustar tanto.

## **Noviembre**

El lunes no fui capaz de levantarme de la cama. Me sentía extraña y mareada y me imaginaba cuál era la razón para encontrarme tan mal: no quería enfrentarme a la realidad. Cuando vino mi madre para ver por qué no había ido a la universidad, le dije que me encontraba mal, y no lo dudó al verme tan pálida. En realidad era cierto, no me encontraba bien y ni siquiera pude nadar, y eso era algo muy extraño.

Por la tarde decidí salir a dar una vuelta y, cuando vi el coche de Rob entrando por mi calle, comencé a encontrarme todavía peor.

–Hola, Fran. Creo que querías hablar conmigo. Lo siento, no he podido hasta ahora. Me tuve que ir de viaje.

–Ah.

–¿De qué querías hablar conmigo? ¿Es por lo de la otra noche? –preguntó acercándose a mí.

La otra noche, sí, eso era de lo que quería hablar, pero, en realidad, no quería hablar, quería olvidar lo que había pasado. ¿Por qué se estaba acercando tanto a mí? Sin darme apenas tiempo a reaccionar, me besó en los labios, pero me aparté lo más rápido que pude de él, aunque no fue tan rápido como me habría gustado, pero hoy estaba extraña y volvía a tener falta de reflejos.

–¿Qué haces molestando a mi novia?

¿Alberto? ¿De dónde había salido? Era él, se acercaba a Rob muy enfadado. Jamás le había visto así.

–¿Tu novia? –preguntó sorprendido Rob.



Esto no podía estar ocurriendo de verdad.

–¿Rob? –preguntó confundido Alberto cuando llegó lo suficientemente cerca como para reconocerle.

–¿Alberto?

–¿Qué hacías intentando besar a Fran? ¡Es tu alumna!

–Lo sé, no debería hacerlo, pero no es la primera vez que lo hago y, si no llegas a venir, lo habría hecho otra vez.

¿Qué estaba diciendo? ¿Se había vuelto loco?

–Pues creo que ella no quería que la besaras.

–Claro que quiere.

Alberto le clavó la mirada y me vinieron a la cabeza sus palabras del otro día: “te quiero proteger de cualquiera que quiera hacerte daño”.

Entonces pasó algo para lo que no estaba preparada. Alberto le pegó un puñetazo en la cara a Rob y Rob se lo devolvió y comenzaron a pelearse.

–¡Nooo! –grité, pero no parecían oírme.

Dios mío, si no intervenía Rob mataría a Alberto, le había visto una vez casi matar a un hombre. No quería que le pegara, a él no, aunque Alberto parecía igual de fuerte que él.

Tenía que pararles, esto era una locura. Me acerqué a ellos. Sabía que Rob reaccionaría si me ponía en medio, lo había hecho una vez, no hacía mucho tiempo, y había funcionado. Sin embargo, esta vez Rob no me vio a tiempo y el puñetazo que iba dirigido a Alberto me dio de lleno en la cara y me caí hacia atrás. Noté cómo unos brazos fuertes me cogían. Me dolía la cara y el ojo, pero, poco a poco, fui dejando de sentir dolor.

—¡Dios, qué he hecho! —dijo Rob.

Las voces iban alejándose como en muchas de mis pesadillas, hasta que ya no podía oír nada más que mi respiración.

—Fran. ¿Me oyes? —era la voz de mi madre—. Despierta, por favor. Llevas inconsciente más de veinticuatro horas, necesito que te despiertes. No puedo pasar otra vez por esto, por favor. No me hagas esto, Fran. Por cierto tienes a dos chicos fuera esperándote, les hemos tenido que separar en salas de espera distintas porque no se pueden ni ver. ¿Qué ha pasado? ¿Quién es Rob? Alberto está destrozado.

Mi madre siguió hablando pero su voz se hacía cada vez más lejana. Quería abrir los ojos pero mis párpados eran tan pesados que no podía con ellos. Volví a perderme en la niebla.

—Francesca, te has vuelto a dormir y tienes que abrir los ojos. Puedes decidir en qué vida quieres despertarte. Puedes despertarte con Rob, en la estación de esquí o en el hospital donde estás ahora. Tú decides si quieres esa vida con el Rob de antes pero sin tu padre, o con tu padre y, seguramente, sola, porque Alberto no te va a perdonar.

¿Quién estaba hablando? Parecía la voz en off de Victoria, pero no podía estar aquí. ¿Serían imaginaciones mías? Seguramente, puesto que estaba dormida. Era todo un sueño producto de mi subconsciente. ¿Pero y si no me despertaba hasta que me decidiera por una de las dos vidas? Si tuviera que decidirme, ¿cuál escogería? No era una decisión difícil. Elegía a mi padre, no podía vivir sin él, lo había hecho durante unos meses y había sido demasiado difícil para poder volver a intentarlo. Papá, elijo a papá, a Alberto, papá, Alberto.

—Fran, ya estoy aquí —era la voz de mi padre—. Ya puedes despertarte, estoy a tu lado. Sé que estás ahí y me estas escuchando. Haz un esfuerzo por nosotros, por tu familia. Tus hermanos están deseando venir, pero por ahora les he dicho

que no hace falta que vengan, que te vas a despertar conmigo, como la última vez.

Volví a perder el hilo de su voz. No sabía por qué, pero no conseguía mantener la atención durante más de unos minutos, en seguida dejaba de escucharles y me envolvía de nuevo al silencio, la tranquilidad, la paz. Volvía a un lugar donde no tenía que pensar ni tomar ninguna decisión dolorosa.

Elijo a mi padre, a Alberto, a mi padre. Pero nadie parecía oírme. Ya me había decidido. ¿Por qué no me despertaba ya? ¿Dónde estaban mi padre y mi madre? ¿No se suponía que estaban aquí conmigo?

Abrí los ojos, aunque solo conseguí abrir uno de ellos, el otro no podía abrirlo y me dolía. Entraba mucha luz y no podía ver bien.

–¿Fran? –Oí a mi padre–. Gracias a Dios que te has despertado.

–Hola.

–Menos mal que te has despertado, estábamos tan preocupados. ¿Cómo te encuentras?

–Me duele el ojo izquierdo y no puedo abrirlo.

–¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

–Creo que sí. Rob me dio un puñetazo sin querer.

–Sí.

–¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Dos días

–¿Dos días? –pregunté asombrada–. Pero ¿por qué perdí el conocimiento?

–Del golpe, pero no te diste en la cabeza porque Alberto te cogió a tiempo.

–¿Está Alberto aquí?

–Sí, no se han movido de aquí.

–¿Han?

–Sí, Rob también está. Mamá viene enseguida. ¿Quieres que pase alguno de ellos?

–Sí. Alberto, por favor.

–Voy a buscarlo; pero prométeme que no te volverás a dormir.

–Te lo prometo –le dije sonriendo.

Salió de la habitación y comencé a ponerme nerviosa. Tenía que contárselo ahora a Alberto, si es que no lo sabía a estas alturas. No podía dilatarlo más aunque me diera miedo enfrentarme a su reacción.

–Hola, Fran.

–Hola, Alberto.

Tenía mala cara. ¿No había ido a su casa para nada en dos días, con su madre enferma?

–Me alegro de que estés bien ya.

Estaba serio, estaba segura de que ya lo sabía.

–Quiero preguntarte algo, Fran; ¿te has liado con él mientras salías conmigo?

Bajé la mirada y asentí con la cabeza.

Miró hacia el suelo y suspiró.

–Alberto, tengo que explicarte.

–No tienes que explicarme nada, Fran. No quiero volver a verte –dijo levantándose y yendo hacia la puerta.

Me dio un vuelco el corazón.

–¡Espera, Alberto! Necesito hablar contigo.

Pero Alberto ya se había ido. Tenía que hablar con él, no me había dejado explicarle nada. No podía irse así, de esa manera. Le había roto el corazón, lo había visto en su mirada, y con esas palabras me había destrozado el mío. Sus palabras resonaban en mi cabeza una y otra vez: no quiero volver a verte, no quiero volver a verte. Y lo peor de todo era que lo cumpliría. No parecía el tipo de chico que perdonaba algo así. Además, él sabía que yo no me había acostado con nadie, y había decidido hacerlo con Rob, en vez de con él. Eso era algo imperdonable, jamás conseguiría que me perdonara.

Arranqué los cables que tenía en el brazo e intenté bajar de la cama. Pero cuando posé los pies sobre el suelo, me caí sin remedio al suelo haciendo un ruido tremendo y no pude evitar ponerme a llorar como una tonta. Así me encontró mi padre cuando entró en la habitación unos segundos después.

–¡Fran! ¡¿Qué haces?!

Pero no podía ni hablar, las lágrimas inundaban mis ojos y apenas veía por el ojo bueno.

–Alberto. Papá, busca a Alberto –dije entre sollozos.

–Ya debe estar muy lejos, Fran, ha salido disparado. No te preocupes, seguro que puedes hablar con él cuando salgas de aquí.

Negué con la cabeza. No iba a querer hablar conmigo. Lo sabía. No quería volver a verme.

–Rob quiere hablar contigo.

–No, no quiero hablar con él. No quiero verle nunca más.

–Se siente muy mal por haberte pegado. No sé en qué lio te has metido, Fran, pero es mejor que lo soluciones ya; no lo dejes para otro día.

–Está bien, papá, dile que pase.

–Primero será mejor que te suba a la cama otra vez.

Me recogió del suelo como si apenas pesara unos kilos y me colocó sobre la cama.

–Papá.

–Dime.

–No me arrepiento de haber elegido esta vida, en la que estás vivo, aunque tenga que sufrir por perder a Alberto.

–No entiendo nada de lo que dices, Fran.

–Lo sé, solo quiero que sepas que lo más importante es que estás vivo.

–Para mí lo más importante es que te has despertado de nuevo. Espero que no vuelvas a hacernos esto.

–Lo intentaré.

–Voy a por Rob.

Que viniera, me daba igual todo, ya no me importaba nada en absoluto. Había perdido a Alberto y Rob no significaba nada para mí.

–Hola, Fran.

–Hola –dije secamente.

–Siento mucho lo del puñetazo. Me siento fatal.

–No pasa nada. ¿Qué quieres?

–Solo quería disculparme. Espero que te vaya bien con Alberto.

–Alberto me ha dejado.

–¿Por qué?

–Por haberme liado contigo.

–¿Conmigo? ¿Te refieres a los besos que nos dimos en el viñedo?

–¿Besos? ¿No nos acostamos?

–Esa era mi intención, pero no. Después de besarnos, tú dijiste que no podías seguir, que estabas enamorada de otro, y te fuiste.

¿Cómo? ¿No me había acostado con él? ¿Entonces, fue todo un sueño? Claro, por eso me había despertado empapada en sudor, sola en mi habitación. ¡Había sido solo una pesadilla! Una de tantas.

–¿Lo dices de verdad? –pregunté confusa.

–Sí. Si me hubiera acostado contigo no te habría ignorado de esa manera. No soy tan malo, Fran.

–Es cierto, no eres tan malo.

–Te dejo para que descanses. De nuevo, lo siento por lo que ha pasado.

–No te preocupes, fue mi culpa por meterme por el medio. Además prefiero que me dieras a mí y no a Alberto. Tienes mucha fuerza.

–Eso sí que es amor, pero Alberto tampoco se queda corto.

Le agradecí a mi padre que hubiera insistido en que viera a Rob, ahora me sentía más serena. El sentimiento de culpabilidad que llevaba acompañándome algunas semanas, me había abandonado y, poco a poco, iba recuperando la confianza en que Alberto pudiera perdonarme. Ya no lo veía tan imposible como hacía unos minutos. ¡No me había acostado con Rob! Alberto podría seguir siendo el primero porque todavía no me había acostado con nadie. No había traicionado a Alberto, tan solo habían sido unos besos. Solo tendría que encontrar a Alberto y explicárselo todo desde el principio. No podía estar más feliz.

–Por cierto, Rob –le dije justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta– ¿Te importa si cancelamos nuestra cita?

–No, no me importa. Creo que no puedo competir con lo que sientes por Alberto. Que te vaya bien, Fran.

–A ti también, Rob.

Me dieron de alta al día siguiente. En realidad estaba perfectamente, tan solo quedaba mi ojo hinchado y morado como prueba de lo que había pasado y esta vez no tenía a Victoria para darme ese potingue mágico que me habría quitado la marca rápidamente.

Me sentía muy triste cada vez que pensaba en Alberto y en las palabras que me había dicho; me habían dolido mucho. Cada vez que las recordaba sentía un pinchazo en el pecho, aunque le entendía perfectamente. Si hubiera sido al revés, le habría dicho palabras más fuertes que las que me había dicho él. Tan solo había pronunciado unas simples pero contundentes palabras: que no quería volver a verme.

En cuanto llegué a casa aparté esas palabras de mi mente y comencé mi principal misión: recuperar a Alberto. Le llamé, le mandé un montón de mensajes, intenté conectar por vídeo; pero fue misión imposible. Sin embargo, no me sentí desalentada, en el fondo sabía que no me iba a contestar: yo tampoco lo habría hecho, le había destrozado el corazón. Me podía imaginar los pensamientos de Alberto sobre mí después de lo que había pasado. Yo había sido la única chica con la que se había comportado adecuadamente y de una forma responsable. ¿Y de qué le había servido?

–Mamá, cuando estaba en el hospital, ¿entró alguna señora en mi habitación? Sesenta y pico años, delgada, alta, con el pelo teñido de color castaño.

–No mientras yo estuve contigo ¿Por qué?



–No, por nada.

Seguía dándole vueltas al hecho de haber escuchado la voz de Victoria mientras dormía. Pensé que a lo mejor en esta vida era enfermera y por eso había entrado en mi habitación, pero lo más probable es que hubiera sido un sueño, como últimamente lo era todo.

Me alegraba de haber acabado bien con Rob; después de todo, había significado mucho para mí en mi otra vida y, para colmo, sería mi profesor durante los meses que faltaban hasta que acabara mi primer talento. Sin contar con que estaba en España por mí culpa, aunque él no lo supiera.

El lunes salí corriendo de clase para poder estar en la parada antes que Alberto. Me había puesto gafas de sol para que la gente no se quedara involuntariamente mirando mi ojo morado; la verdad era que cada día estaba más feo que el anterior. Estuve esperando durante media hora, pero Alberto no apareció. Me sentí mucho más triste y menos optimista que otros días. ¡Le echaba tanto de menos! Pero tenía que ser positiva, era el primer día que había intentado coincidir con él a la salida de la universidad, no podía desanimarme tan pronto. No sabía cuándo podría hablar con él, pero no pararía hasta conseguirlo. No podía perder a Alberto, no podía; no había pasado todos esos sueños y pesadillas durante meses para ahora perder a la persona que más me había importado desde el Rob de mis sueños.

Pero ni el martes, ni el miércoles y ni siquiera el jueves apareció. ¿Estaría su madre peor y por eso no había venido a clase? ¿O quizá me estaba evitando y salía antes de clase? Tenía que pensar en alguna estrategia para que la semana siguiente pudiera encontrarle. El problema era que no sabía dónde vivía; nunca había estado en su casa, si no, habría ido a buscarle.

Lo único bueno del viernes era que Marco venía a pasar el fin de semana a casa, si no, me habría metido en la cama hasta el domingo y no habría

necesitado hablar con nadie.

–Fran, me alegro de que ya estés bien –me dijo Marco cuando entró en casa–. Aunque estás horrible con ese ojo morado.

–Gracias, hermano, eso es lo que necesito para animarme.

–¡Era broma, Fran!

–Lo sé, Marco; pero no me siento muy animada.

–¿Me puedes explicar lo que ha pasado exactamente? Todavía no entiendo por qué te ha dejado Alberto –preguntó sorprendido.

–Porque besé a otro chico mientras salía con él.

–¿Solo por un beso?

–Creo que piensa que ha sido algo más que besos.

–¿Y es eso cierto?

–No.

–¿Pero has intentado hablar con él?

–¡Pues claro! ¿Qué crees que llevo haciendo desde que salí del hospital? Pero no me coge el teléfono, ni contesta mis mensajes, ni ha ido por la universidad y lo peor de todo es que no sé dónde vive.

–Tiene que haber alguna forma de localizarle –dijo pensativo–. ¿No me dijiste que daba masajes a domicilio?

–Sí.

–¿Y si alguien pide hora para un masaje a domicilio?

–¿Te refieres a alguien que no conozca Alberto?

Claro, no lo había pensado. Si alguien pedía hora y dábamos una dirección

distinta de mi casa...

–¡Es una gran idea, Marco! ¿Pero quién?

–¿Marina?

–Puede reconocer su voz.

–Ya, a lo mejor la novia de JP.

–Sí, puede ser. ¿Pero a qué dirección iría? Aquí no puede ser.

–Marina puede prestarte su casa. Lo hablamos esta noche con estos. ¿Te vienes a casa de Marina?

–Pensaba quedarme en casa lamentándome, pero, gracias a ti, me apetece ir. Necesito hablar con Alberto cuanto antes. Quizá podamos llamar esta misma noche para pedir hora. ¡Gracias, Marco! Nunca pensé que me ayudarías a recuperar a mi novio.

–¡Para que veas qué hermano más bueno tienes! Lo hago porque no me gusta verte tan triste.

La posibilidad de poder idear un plan para hablar con Alberto me animó a salir, pero cuando vi que éramos el mismo grupo que la última vez que cenamos en mi casa y que hoy no estaba Alberto, no pude evitar ponerme triste. Entendía que Alberto no quisiera volver a verme, pero ¿por qué no me daba una oportunidad para explicarle lo que había pasado? No sabía exactamente qué significaba para él liarse con alguien. ¿Pensaría que nos habíamos acostado? ¿Me podría perdonar si supiera que solo nos habíamos besado o para él sería el mismo tipo de traición?

–Creo que tengo que llamarle yo, es posible que mi voz no la tenga localizada  
–dijo la novia de JP mientras discutíamos cómo organizar el plan del masaje a domicilio.

–Sí, creo que sí; aunque ha oído tu voz, por teléfono suenas diferente –comentó JP.

–¿Qué te parece, Fran? –preguntó mi hermano.

Me sorprendía tanto que Marco estuviera ayudándome para recuperar a Alberto. Me parecía todo tan surrealista.

–Bien, me parece todo bien. Toma, este es su teléfono, pero llama desde el tuyo.

–Claro.

Comenzó a marcar y no pude evitar ponerme nerviosa. No quería que nos descubriera.

–Hola. Quería pedir un masaje a domicilio –hizo una pausa–. Me lo ha recomendado una amiga de mi madre –dijo Sara poniendo cara de duda–. En Torrelodones. Sí, en Torrelodones –hizo otra pausa–. Lo antes que puedas. Ah, dime la dirección de la página. Ajá. Vale, entonces solicito la cita a través de la página. De acuerdo. Gracias. Adiós.

–Ya está. Hay que solicitarlo a través de su página web.

–Toma –le dije dándole mi flexitablet.

–Mejor usemos otra por si acaso. Sacaré la mía. ¿El lunes está bien, Fran? Es lo más pronto que tiene disponible –dijo Sara.

–Sí, lo antes posible. Pero ¿qué dirección ponemos?

–La mía –dijo Marina–. El lunes por la tarde no están mis padres. Solo estaremos mi hermano y yo. Hablaré con él para que abra la puerta. He pensado, Fran, que tú tienes que estar en la camilla preparada.

–¿En qué camilla?

–Tenemos una en casa. De esa manera no te verá y podrás hablar con él.

–No sé, puede ser. De cualquier forma, se puede ir igualmente en cuanto se dé cuenta de que soy yo.

–Bueno, pero si te ve abrir la puerta, se irá más rápido.

La verdad es que se estaban portando todos muy bien. Me sentía muy agradecida por todas las ideas que habían tenido. Creía que podía ser un buen plan o quizá, simplemente, era el único plan que tenía para poder ver a Alberto, mi única oportunidad de volver a hablar con él, ya que no aparecía por la universidad. Me estaba dando cuenta de que no sabía casi nada de su vida, no sabía dónde vivía, ni por donde salía y tampoco conocía a sus amigos. Pero sí sabía que era un chico generoso, bueno, cariñoso, atento, protector, positivo, alegre, que adoraba a su madre y que trabajaba muy duro para poder vivir.

## 14% vol.

Estaba muy nerviosa por volver a ver a Alberto. Me había quitado casi toda la ropa y me había tumbado en la camilla tapada con una toalla blanca, siguiendo las instrucciones de Marina. Alberto no podría verme porque tendría la cara metida en el agujero que tenía la camilla para poder respirar. Por mi cuerpo estaba claro que no me iba a reconocer, puesto que no me había visto nunca con la espalda desnuda y me había recogido el pelo en un moño para evitar que lo reconociera; aunque sería prácticamente imposible que supiera que era mi pelo, no tenía nada especial, habría millones de chicas con el pelo como el mío.

Le dejaría que me diera masaje por lo menos durante un rato, quería que se relajara y se metiera en su papel antes de comenzar a hablarle. Era mi última oportunidad y no quería que escapara de mí como la última vez. Marina había puesto música relajante porque había dicho que así estaríamos más cómodos. Yo ni estaba cómoda ni me sentía relajada, pero le agradecía mucho todo lo que había hecho por mí; incluso habíamos implicado a su hermano mayor, quien se encargaría de abrirle la puerta y traerle hasta la habitación. Pero ¿por qué tardaba tanto? Debería haber venido ya.

Entonces oí ruidos provenientes de la planta baja. Noté cómo mi corazón se disparaba y comenzaba a secarse mi boca. No sabía si sería capaz de hablarle después de todas las veces que había repasado mentalmente la conversación, o más bien monólogo, que tenía preparado. Solo pedía que me escuchara, tenía muchas cosas que decirle, y no iba a ser corto precisamente.

Oí pasos acercándose a la habitación. ¡Dios mío, debía ser él!

–Buenas tardes.

Era él, era su preciosa y masculina voz.

–Veo que ya estás preparadísima.

–Ajá –murmuré.

Le oí dejar sus cosas y abrir algún bote. A los pocos segundos estaba dándome masaje por la espalda.

En cuanto posó sus manos en mi espalda, me olvidé por completo de cuál era mi cometido. Aunque no fuera de la manera que me habría gustado, la sensación de sentir sus manos recorriendo mi cuerpo era indescriptible. Era la primera vez que sentía sus manos directamente sobre mi piel; la única vez que me había tocado había sido por encima de la ropa. Tenía unas manos grandes y fuertes, y me gustaba sentir las por mi espalda, mis hombros, mis brazos. No sabía muy bien qué tipo de masaje había reservado Sara.

–En la página habías puesto que tenías contracturas.

¿Qué demonios había escrito Sara?

– ...pero creo que te equivocas, no tienes ninguna. Tienes la espalda perfectamente.

–Mmmmmm –conseguí hacer un ruido parecido a una afirmación.

–Además se nota que haces deporte de forma habitual.

¿En qué lo notaba?

Oh, Dios, ahora me está tocando las piernas.

Esto era demasiado para mí. Me iba a morir si seguía tocándome las piernas. No sabía que iba a disfrutar o sufrir tanto con el masaje. Sufría porque no podía darme la vuelta y besarle y que me siguiera tocando aunque de otra

manera menos profesional. En algún momento tenía que comenzar a hablarle, pero me costaba acordarme de por dónde tenía que empezar. Esperaba que no notara lo mucho que me estaba gustando su masaje.

Tenía que empezar ya a hablarle o, si no, se acabaría el tiempo del masaje.

–Alberto.

–¿Fran? –dijo dejando automáticamente de darme el masaje.

–Lo siento por haberte hecho esta encerrona, pero era la única forma de poder hablar contigo –dije sin moverme.

Me sorprendió cuando volvió a colocar sus manos en mis piernas y continuó haciéndome el masaje.

–No sé qué pretendes, pero te voy a dar el masaje que has pagado; y, en cuanto acabe, me voy.

–Solo quiero hablar contigo.

–No voy a escucharte.

–Está bien, no escuches, pero te lo voy a contar igualmente.

No me respondió, con lo que supe que me iba a escuchar; además, no tendría más remedio que hacerlo.

–Creo que ya te dije que este verano estuve dos meses inconsciente. Durante ese tiempo tuve un sueño que para mí fue totalmente real. En él mi padre había muerto y mi madre y yo nos veníamos a vivir a Madrid. Mi madre me había apuntado al Talent Search y conocía a Rob Rogers, aunque le conocía en una feria de vino, no en clase; aunque luego, lógicamente, se complicó cuando nos dimos cuenta de que era mi profesor. Este sueño duró mucho tiempo y, en ese tiempo, Rob y yo nos enamoramos.

Sentí cómo Alberto paraba otra vez de darme masaje aunque inmediatamente



volvía a reanudarlo. Imaginé que no le había hecho mucha gracia mi último comentario, pero era importante que le contara toda la historia.

–Ese Rob de mi supuesto sueño no era como el Rob que tú conoces, era más bien alguien parecido a ti. Pasaron los meses y una mañana cuando me desperté no estaba en esa vida. Estaba en el hospital, mi padre estaba vivo y había retrocedido en el tiempo, exactamente cuatro meses antes. Al principio pensaba que era un sueño y que volvería a despertarme en mi otra vida, pero fueron pasando los días y eso nunca pasó. En cuanto estuve algo recuperada físicamente convencí a mi familia para volver a estudiar a Madrid, quería recuperar mi anterior vida como fuera.

Sabía que Alberto me escuchaba atentamente aunque no quisiera reconocerlo.

–Date la vuelta por favor.

–¿Qué? ¿La vuelta?

–Has pedido un masaje de cuerpo entero. ¿No sabes ni lo que has pedido?

No hacía falta ser tan desagradable. ¡Iba a matar a Sara! ¡Un masaje de cuerpo entero! ¿En qué estaría pensando?

–Eso parece –dije dándome la vuelta con mucho cuidado para que no se me cayera la toalla.

Ahora estaba mirándole de frente y eso me ponía todavía más nerviosa. El estar oculta bajo el agujero de la camilla me había facilitado contarle todo mucho mejor; ahora tendría que enfrentarme a su mirada, aunque no parecía muy interesado en prestarme ninguna atención. Parecía demasiado concentrado en mis piernas. Tenía que seguir con mi historia, pero su precioso rostro, sus anchos hombros y sus fuertes brazos me distraían. No conseguía recordar por dónde me había quedado.

Me aclaré la garganta.

–Me apunté otra vez en el Talent Search y empezó de nuevo mi vida, pero de otra manera. Volví a encontrarme con Rob, esto fue antes de conocerte, aunque en seguida me di cuenta de que no era exactamente el mismo. Pero me engañé a mí misma, pensaba que en algún momento volvería a ser como el de antes. Entonces pasó algo para lo que no estaba preparada: te conocí a ti. Cada día que te iba conociendo me iba enamorando más de ti y casi al mismo tiempo me iba desenamorando de Rob. Prácticamente, las veces que le he visto desde que estoy quedando contigo ha sido por casualidad o por temas de la universidad, pero sí que habíamos concertado una cita para cuando acabaran las clases y ya no fuera mi profesor. La noche de la fiesta de la vendimia pensaba decirle a Rob que no podía verle más y que cancelaba la cita, pero bebí mucho vino en el concurso de catas y cuando me besó creo que me dejé llevar por mis recuerdos del otro Rob.

Respiré hondo.

–Solo nos besamos, Alberto. Pensaba que había pasado algo más entre nosotros, pero solo había sido un sueño, una pesadilla. Rob me confirmó en el hospital que solo nos habíamos besado. Estos meses he estado muy confusa, con tantas pesadillas y sueños extraños, y ya no sabía distinguir la realidad de los sueños. Alberto, ¿no me he acostado con él!

Dejé de hablar y le observé para ver cómo reaccionaba, pero no parecía demostrar nada en absoluto, aunque, como no me miraba, era difícil saberlo. ¿Por qué no me decía nada? ¿No había oído que no me había acostado con él?

–Estarás pensando que estoy chiflada y no te culpo. Pero lo que te he contado es la verdad, mi verdad. Si tan solo pudiera encontrar a Victoria; ella es la única que sabe lo que me ha pasado. En mi sueño era la abuela de Rob, pero en esta vida no es su abuela, y es la única persona que no he encontrado todavía. Pero sé que está en algún lado. Si pudiera encontrarla y pudieras

hablar con ella, quizá me creerías. Ella me avisó que estaba dormida y tenía que despertarme.

Me miró por primera vez a los ojos, aunque no supe interpretar su mirada. Parecía confuso. Se colocó detrás de mí y siguió haciéndome masaje por los hombros. Estaba demasiado cerca de mi pecho y había dejado de hablar porque sentir sus manos por esa zona me estaban afectando mucho. Cerré los ojos y por un momento me abandoné y disfruté de la sensación de tener sus manos sobre mi piel. Definitivamente, Alberto tenía algún tipo de magia en sus manos.

Entonces dejó de hacerme masaje y volví a reaccionar, como si hubieran apretado mi botón de encendido.

–Solo quiero decirte que, entre tanto sueño, lo más real que me ha pasado últimamente es lo que siento por ti. No puedo vivir sin ti y no quiero perderte. Siento mucho haber besado a Rob.

De repente un frío helador me recorrió el cuerpo. No era una buena señal. Algo no iba bien.

–Ya he terminado el masaje. Adiós, Fran –dijo cogiendo sus cosas rápidamente

¿Qué? ¿Eso era todo lo que tenía que decirme?

–¡No te vayas, por favor, Alberto!

Pero, igual que en el hospital, salió por la puerta ignorando mi súplica. No tardé mucho en reaccionar, me enrollé la toalla y salí de la habitación detrás de él. Pero Alberto era muy rápido y cuando llegué a la puerta de la calle, ya estaba abriendo la puerta de su coche. Me miró y noté tristeza y decepción en su mirada. ¡Que no me mirara así! No podía soportar esa mirada. No quería que se sintiera decepcionado, solo me había equivocado, una estúpida

equivocación, pero le quería a él.

Me senté derrotada en las frías escaleras de ladrillo cuando me di cuenta que no me iba a perdonar. Que estúpida había sido al pensar que si le contaba la historia entera, podría entenderme mejor. Había perdido mi única oportunidad, no había servido de nada, y ya no sabía qué más podría hacer para que me perdonara.

Minutos después salió Marina a buscarme. Se debió imaginar cómo había acabado la historia, al verme allí sentada en la escalera con tan solo una toalla en el frío de noviembre. Me ayudó a entrar y a vestirme como si fuera una niña pequeña. No sentía nada, no podía ni hablar y lo más extraño de todo, ni tan siquiera podía llorar.

Y así seguí el resto de la semana, como una autómatas. No hablaba con nadie, ni siquiera con mi madre ni mis abuelos. No sabía ni para qué iba a clase, porque no participaba en nada ni contestaba a Rob cuando me hacía alguna pregunta directa. No podía hablar, no me salían las palabras, como cuando mi madre había estado en el hospital ingresada, antes de abrir los ojos. No disfrutaba ni siquiera de nadar, lo seguía haciendo como parte de mi rutina, pero no me hacía sentir mejor. Me movía por impulsos y apenas comía. Mi madre me hablaba a todas horas, pero era como si no salieran palabras de su boca. Solo veía su boca moverse, pero no podía descifrar lo que decía. Sabía que estaba preocupada, pero no podía hacer nada por ayudarla. Solo había una cosa que conseguiría curarme y era que Alberto me perdonara.

El viernes, cuando estaba terminando de hacer mis largos en la piscina noté, una presencia, igual que aquella vez cuando encontré a Rob en el jardín observando cómo nadaba. Me quité las gafas empañadas y me quedé paralizada cuando vi que el que estaba sentado en el banco de hierro de mis abuelos era Alberto. Se quedó mirándome con esa mirada indescifrable que

tenía a veces y sin decir nada se acercó a mí.

A pesar del frío que hacía sentí un súbito calor en mis mejillas. ¿Cómo podía ponerme tan nerviosa a esas alturas? ¿O era sencillamente miedo porque no sabía a qué había venido? Estaba tan guapo con su cazadora azul marino y sus vaqueros desgastados. ¿Me miraba con deseo o era lo que yo quería ver? Seguramente eran imaginaciones mías.

–Fran, toma, te vas a helar –dijo poniéndome el albornoz

Sentí un escalofrío en cuanto se acercó a mí.

–Me ha dicho tu abuela que llevas sin hablar desde el lunes, que si conseguía sacarte alguna palabra sería un milagro. ¿Es por mi culpa?

Asentí. No podía contestarle, todavía no me salían las palabras.

–¿Te cambias y nos vamos? Me gustaría hablar contigo en otro sitio.

Asentí de nuevo. Le hice un gesto de que iba a casa.

–Te espero fuera.

Me habría gustado poder decirle que entrara en casa, pero no podía, las palabras todavía no parecían querer salir de mi boca. Me duché y me vestí despacio. No tenía prisa para oír algo malo y, de cualquier forma, estaba lenta de reflejos otra vez, quizá era porque estos días me habían abandonado mi alegría y mi energía vital habitual. No sabía cuáles eran sus intenciones, pero, si no me habían salido las palabras, no sería nada bueno.

Cuando salí a la calle, vi que Alberto estaba dentro del coche esperándome. Abrí la puerta y entré en el asiento del copiloto.

–¡Tienes el pelo empapado, Fran! –dijo tocándomelo.

Me quedé momentáneamente paralizada, me volvía loca sentir sus manos en mi pelo, o en cualquier parte de mi cuerpo.

Le puse cara de “no pasa nada”.

Me habría gustado saber dónde íbamos, pero las palabras seguían sin querer salir.

–Vamos a El Escorial –me dijo como si me hubiera leído el pensamiento–. Me gustaría dar un paseo contigo. ¿Te pasa a menudo lo de perder el habla? –me preguntó curioso.

Levanté los hombros como diciendo que no lo sabía. No volvió a decir nada en todo el camino, supuse que prefería no hablar si no iba a obtener ninguna respuesta por mi parte, pero no podía evitarlo.

Sonaba *Just the way you are*, de Bruno Mars.

El paisaje todavía era otoñal, aunque ya había más hojas en el suelo que en las copas de los árboles. Parecía un auténtico festival de colores granates y amarillos. Vi a lo lejos el Monasterio de El Escorial, o Hogwarts, como lo llamaba mi madre. Decía que se parecía al colegio Hogwarts de Harry Potter y era cierto, sobre todo ahora, en invierno, y con un poco de niebla en el ambiente. Pero Alberto no se paró allí; siguió por un camino ascendente lejos de la civilización. Cada vez había menos casas y más campo. Entonces paró el coche.

–¿Bajamos?

Me sentí muy bien cuando me cogió la mano al salir del coche y no me la volvió a soltar. ¿Esto significaba que no eran malas noticias? ¿Estaba dispuesto a perdonarme?

Le sonreí.

–¡He conseguido una sonrisa tuya! Creo que estás helada, Fran. ¿Estás segura de que quieres pasear?

Asentí.

–Pues, entonces, ponte mi cazadora.

Puse cara de “¡estás loco! ¡¿Cómo vas a ir sin cazadora con el frío que hace?!”

–No tengo frío y quiero que te la pongas, por favor.

Me di por vencida y dejé que me la pusiera. En realidad el miedo que me invadía ante esta situación de incógnita, me estaba dejando sin temperatura corporal o quizá tan solo fuera la niebla fría y húmeda que nos rodeaba.

–Quiero pedirte perdón por haberme ido así el otro día de casa de tu amigo.

¿Amigo? Ah, claro, él solo vio a Rodrigo, el hermano de Marina. Debía pensar que era amigo mío, cuando aquel día fue la primera vez que le había visto en mi vida.

–Verás, estaba muy confuso después de todo lo que me contaste. Todavía no lo entiendo muy bien.

Normal. ¡Quién demonios lo va a entender!

–Pero, aunque nada tenga sentido, si es cierto lo que me dijiste, puedo entender que besaras a Rob.

¿En serio?

–A mí me pasa lo mismo que a ti. Eres lo más real que me ha pasado nunca y no quiero perderte por unos estúpidos besos.

Me paré y le sonreí.

–No puedo vivir sin ti, Fran –dijo cogiéndome de la nuca y atrayéndome hacia él.

Ya no sentía ningún frío. En cuanto posó sus carnosos labios sobre los míos, sentí que recuperaba mi temperatura corporal. Podía sentir que las palabras se

apelotonaban en mi boca deseando salir; y mis lágrimas, que llevaban escondidas todos estos días en los que no había sentido nada, se amontonaban en mis ojos cerrados.

Con su beso sentí el amor que decía sentir por mí. Sentí que lo había pasado incluso peor que yo, que le había roto el corazón, que se había sentido muy dolido después de confiar en mí más que en nadie nunca jamás. Sentí que le había costado perdonarme porque le dolía pensar en Rob besándome o, peor, tocándome. Sentí que ahora sabía el daño que había hecho a otras chicas cuando era menos responsable. Sentí que era la primera vez que se enamoraba de alguien de esa manera y que, a veces, se había sentido estúpido por ello. Sentí lo que había sufrido cuando su padre les abandonó y sentí el dolor que le producía ver a su madre sufriendo cada día. Sentí que me deseaba más a que a nadie y que no podría ser responsable por mucho más tiempo.

Mientras me seguía besando, más apasionado que nunca, sus manos me recorrían la espalda por debajo del abrigo y recordé cómo me había tocado el otro día con esas manos mágicas que tenía, mi espalda desnuda, mis piernas, mis hombros, cerca del pecho. ¡Le deseaba tanto!

–No llores por favor–me dijo intentando secarme las lágrimas.

–Es inútil, llevan muchos días esperando salir. No he podido llorar hasta ahora.

–¡Has hablado!

–Sí, creo que con tus besos me has curado del todo.

–Te he echado tanto de menos –dijo acariciándome la cara.

–No creo que más que yo.

–Vámonos de aquí. No quiero que te enfríes.



–Ya no tengo frío. Tengo un calor horrible –dije riéndome

Se rio. ¡Por fin volvía a reírse! Las últimas veces que le había visto había estado tan serio. Tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás.

–Ven, hay un sitio aquí mismo que te va a encantar.

–¿Aquí, en medio del campo?

–Sí. Es muy acogedor, como te gusta a ti.

Esperaba que ese día no acabara nunca. Me daba miedo perderle ahora que le había recuperado, pero seguía sin saber por dónde iba a discurrir esta vida o mis sueños y, esta vez, no quería despertarme en otra vida o en la anterior. Quería seguir viviendo esta vida con Alberto, con mi padre; no quería perder lo que tenía de ninguna manera.

–¿Te gusta? –me preguntó Alberto cuando entramos en el restaurante.

Las paredes eran de madera oscura y en el centro había una chimenea de leña de verdad que le daba un aire muy cálido y acogedor. Definitivamente, Alberto sabía llevarme a sitios agradables en los que me sentía bien. Escogió la mesa que estaba más cerca del calor de la chimenea.

–Me encanta este sitio, es definitivamente acogedor.

–¡Alberto, qué sorpresa! –dijo un chico acercándose a nuestra mesa.

–¡Hola, Juanma! –dijo Alberto levantándose para saludarle–. Te presento a mi novia, Fran.

–Fran, encantado –dijo dándome dos besos.

–Juanma es amigo mío del colegio –me explicó.

–¿Qué haces por aquí? –le preguntó Juanma.

–Hemos venido a dar una vuelta. Fran vive por aquí cerca.

–Me alegro de verte –le dijo a Alberto–. ¿Qué os traigo de beber?

–Pues déjanos la carta de vinos, porque Fran es una experta en vinos y no se conforma con cualquiera.

Le miré con cara de “¡pero qué dices!”

–¿En serio? Muy bien. Ahora os la traigo.

–No le hagas caso, no soy una experta; solo me gusta el vino.

–Bueno, espero que mis vinos no te defrauden –dijo marchándose.

–Es el primer amigo tuyo que conozco. La semana pasada estuve intentado localizarte, pero fue imposible. Y me di cuenta de que no podía ir a buscarte a tu casa porque no sabía dónde vivías, y también me di cuenta de que no conocía a ningún amigo tuyo.

–No hemos tenido tiempo, la verdad; pero eso habrá que remediarlo. Ya conoces a un amigo mío.

–Sí, ya me siento mejor.

Su amigo Juanma nos trajo la carta y pedí un vino de Valencia que me gustaba mucho, La Malquerida, quería que Alberto probara vinos diferentes. Pedimos algo de picar y seguimos hablando.

–¿Te gusta este vino? –le pregunté.

–Mmmm, está delicioso.

–Dime a qué te sabe.

–Fruta madura, a moras.

–Ajá, muy bien. ¿Es joven o crianza?

–No sabría decirte, Fran.

–Mira el color. ¿Es más bien morado o tiene tonos teja?

–Más bien morado.

–Entonces es un vino joven.

–Ajá, gracias, profesora –dijo sonriendo, aunque enseguida le cambió la cara. Quizá se había dado cuenta de que Rob era mi profesor y ese recuerdo no le hacía mucha gracia.

–Fran, estas semanas, tengo que confesar que te he estado evitando.

–¿Sí? No me digas –dije sarcástica.

–Lo siento, no podía verte; creía que os habíais acostado juntos y esa imagen me dolía mucho. Además, pensaba que lo harías conmigo por primera vez y que le hubieras elegido a él para eso, solo podía significar que no estabas enamorada de mí.

–Siento tanto haberte hecho sufrir así –dije muy apenada.

–No hablemos más de eso, ¿vale? Ya sé que no te has acostado con él y no sabes cuánto me alegro. Me hace mucha ilusión ser el primero –me dijo sonriendo.

–Y a mí que lo seas. Y estoy muy enamorada de ti.

Me sonrió y me acarició la cara. Era tan guapo y dulce, tenía tanta suerte de estar saliendo con alguien como él.

–Una pregunta: el otro día dijiste que habías vivido en Estados Unidos.

–Sí.

–Cuéntame, no sabía nada.

–Fui a estudiar, cuando tenía tu edad más o menos, a casa de mis primos.

–¿Tienes familia allí?

–Sí, una de mis tías se casó con un americano. Es que mi madre vivió allí

mucho tiempo; mi abuelo era diplomático y le destinaron allí.

¿Su abuelo era diplomático? ¿Cómo el abuelo del Rob de mi sueño?

–¿Adónde? –seguí preguntando con inmensa curiosidad.

–A California.

¡No podía ser!

–Por casualidad, tu abuela no se llamará Victoria

–Sí, ¿Cómo lo sabes?

¡Dios mío! ¡La había encontrado! ¡Después de todo era la abuela de Alberto!  
No podía creérmelo.

–Es alta, delgada, unos sesenta y pico años, pelo teñido castaño...

–Sí –me miraba confundido–. No entiendo nada. ¿La conoces?

–Sí. Y una última pregunta: ¿tu abuela tiene poderes? ¿Sabe cosas del futuro?

Alberto se había quedado paralizado mirándome como si estuviera un poco loca. Quizá no era la misma Victoria que la de mi sueño. Algunas personas no eran exactamente como las había soñado.

–Fran, me estás asustando.

–Perdona, supongo que no es la Victoria que creía.

–Sí, tiene un don; sabe cosas del futuro. Pero ¿cómo lo puedes saber tú? No lo sabe casi nadie.

Suspiré.

–La conocí en mi sueño. Es una mujer increíble, y muy especial. Era la abuela del Rob de mi sueño. Ella me dijo que estaba dormida y tenía que despertarme.

–¿Seguro que era mi abuela?

Puse cara de “¿y, si no, quién va a ser?”.

–El otro día te dije que tenía que encontrar a Victoria. Ella sabe lo que me ha pasado, es la única que me puede ayudar... y es tu abuela –le dije sonriendo de felicidad.

–Esto es muy extraño.

–Lo sé. Quizá si hablamos con ella, puedas entenderme un poco mejor y no mirarme como si hubiera perdido el juicio.

–No te estoy mirando así, Fran, solo estoy confundido. Lo de tu sueño no lo había acabado de entender, pero ahora me describes a mi abuela como si la conocieras de toda la vida. Y tienes que reconocer que asusta un poco.

–Sí, yo soy la primera que estoy asustada con esto.

–Está bien; hablaremos con mi abuela el fin de semana que viene, este no está en Madrid.

–Muchas gracias, Alberto; es muy importante para mí.

–Creo que ahora es importante para los dos.

–Ella era la única persona que no había encontrado en esta vida y no me puedo creer que sea tu abuela. Tenía que habérmelo imaginado.

–¿Nos vamos, Fran? Estoy deseando seguir besándote y centrarme en algo real, me gustan las cosas reales como tú.

Fuimos a un sitio precioso desde donde podíamos contemplar el Monasterio del Escorial iluminado a lo lejos, aunque no creía que su objetivo fuera quedarnos observándolo. Puso la calefacción a tope y nos tumbamos.

–Este pueblo me encanta, es mágico. Y ahora más que antes.

–¿Lo dices por mí? –preguntó pícaramente.

–¡Por supuesto!

–Fran, me gustas tanto; nunca jamás me había gustado alguien como tú –me dijo mientras me acariciaba el pelo.

–Gracias.

–El otro día lo pasé fatal dándote el masaje. En cuanto supe que eras tú, comencé a ver tu cuerpo, no como algo que había que arreglar o curar, sino como algo personal. Tu piel, tan suave, tu espalda perfecta, tus piernas fuertes y torneadas, tus hombros... No sé qué tipo de masaje te di porque no podía concentrarme. Tienes un cuerpo precioso –dijo quitándose el jersey.

Comenzó a desabotonarme la camisa. Cada vez que me desabrochaba un botón, dejaba de respirar, me sentía embrujada por el contacto de sus manos en mi piel. Alberto no dejaba de mirarme a los ojos con sus increíbles y profundos ojos negros. Me volvía loca como me tocaba con esas manos fuertes y mágicas que tenía. Comenzó a besarme mucho más fuerte que nunca. Podía sentir el deseo que llevaba tiempo guardado y escondido, oculto debido a su fuerte sentido de la responsabilidad. Parecía que la había dejado de lado durante un rato y me alegraba de ello. Tenía unas manos suaves para ser de un hombre, pero cálidas y fuertes. Sus labios recorrieron mi cuello, mi escote y siguieron bajando. Esto era un sueño hecho realidad. ¡Le deseaba tanto! Le quité también la camisa. Tenía un torso tan maravilloso, masculino, fuerte y musculoso. Y le besé por todas partes. No podía parar de besarle.

Entonces empezaron a asaltarme las dudas. ¿Y si hacía el amor con él aquí y me despertaba en la otra vida o incluso en otra distinta? Al Rob de mis sueños le había perdido después de acostarme con él. Si lo hacía ahora con Alberto, ¿cambiaría de vida? ¿Hacer el amor sería el causante del cambio radical de vida que había tenido?

–Alberto.

–Dime.

–Tenemos que dejarlo.

–De acuerdo, es que te deseo tanto.

–Y yo a ti. No lo quiero dejar por esa razón, estoy deseando hacer el amor contigo.

–¿Y entonces?

–Me da miedo perderte.

–¿Qué?

–Ya te he perdido dos veces.

–¿Dos veces? –me preguntó confuso.

–Estoy segura de que eras el Rob de antes, el de mi sueño; eres igual que él. Y te perdí el día que hice el amor contigo, en mi sueño.

–¿Te acostaste con Rob?

–En mi sueño sí, con el otro Rob, y después me desperté en esta vida. No quiero que me pase contigo. ¡No quiero perderte!

–Tranquila, Fran, no me vas a perder, no pienso perderte de vista nunca más.

–Pero no es algo que puedas controlar, no depende de ti; es algo que pasó y no pude volver atrás.

–Creo que, definitivamente, tenemos que hablar con mi abuela –dijo algo preocupado.

–Sí, eso es cierto. No podemos hacerlo todavía, aunque lo estoy desando, pero me da mucho miedo.

–Está bien, no te preocupes, no lo haremos hasta que hablemos con ella, ¿vale? No quiero que te preocupes por nada, Fran. El sexo puede esperar.

–Gracias, Alberto. Lo peor de todo es que en realidad estoy deseando hacerlo contigo.

–Lo sé. Pero pasará tarde o temprano. Te llevo a casa, ¿de acuerdo?

–Sí.

No podía creerme que hubiera parado yo. Pero no lo había visto tan claro jamás. Si hacíamos el amor corría el riesgo de perderle, y no pensaba perderle ahora que acababa de recuperarle, por mucho que me apeteciera hacer el amor con él.

Saqué mi flexitabiet por primera vez del bolsillo.

–JP quiere que vaya a una exposición suya de fotografía. ¿Me acompañas?

–Claro. ¿Cuándo es?

–Mañana por la tarde, en Madrid. Es una feria de fotografía.

–Vale, ¿te quieres quedar a dormir en mi casa? Así ya sabes dónde vivo.

–Claro, me encantaría. Pero solo dormir.

No me podía creer que YO estuviera diciendo eso.

–Vale, lo intentaré, pero me va a resultar difícil después de haber visto tu precioso cuerpo.

Me reí.

–Por lo menos hasta que hablemos con Victoria –le prometí.

–Muy bien. Tú mandas. A partir de ahora, será cuando tú digas.

Había sido un día tan extraño, habían pasado tantas cosas en una misma tarde. Por un lado estaba muy feliz de haber encontrado por fin a Victoria, ya tenía la



pieza que faltaba del rompecabezas. Aunque, lo más importante era que Alberto me había perdonado y había recuperado mi felicidad. Pero ahora tenía miedo de ella, porque era tan maravilloso poder estar con él otra vez, que me daba miedo que fuera todo un sueño.

Al día siguiente mi madre no daba crédito a que hubiera recuperado el habla.

–¿Qué ha pasado, Fran?

–Alberto me ha perdonado y he vuelto con él.

–Ajá, ahora entiendo que vuelvas a hablar. Cuídale, es un buen chico.

–Lo sé.

–Me gusta mucho más que el otro, cómo se llama, Rob. Es muy atractivo, pero es demasiado mayor para ti.

¡Si tú supieras que es mi profesor!

Conseguí convencer a Alberto para que no viniera a recogerme. Iría con JP, Sara y Marina en coche. Marco no había podido venir este fin de semana y Marina estaba un poco triste sin él. No sabía cuánto la entendía.

–Fran, cuéntanos, parece que has vuelto con Alberto, después de todo –dijo Marina cuando entré en el coche.

–Sí, ayer me vino a buscar y me perdonó –dije sonriendo–. Aunque gracias a Sara lo pasé en un poco mal con el masaje.

–¿Por qué? –preguntó confusa Sara.

–¡Porque encargaste un masaje de cuerpo entero!

–Hombre, ya que iba a darte un masaje, mejor que fuera por todo el cuerpo –dijo riéndose.

–¡Muy graciosa!

–Me alegro de que salgáis otra vez –dijo JP–; no se te veía muy feliz sin él.

–No.

Cuando llegamos, Alberto no había llegado todavía, con lo que entramos en la exposición sin él. Le mandé un mensaje avisándole que estaríamos dentro.

–¿De qué va esta exposición, JP? ¿Cuántas fotos tienes expuestas?

Se quedaron los tres mirándome como si hubiera dicho una estupidez.

–¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

–Fran, te lo expliqué el otro día cuando fuimos a hacernos las fotos.

–¿Qué fotos?

–Me estas empezando a preocupar –dijo JP asustado.

–Y tú estás empezando a asustarme.

–Ven, te voy a enseñar la única foto mía que hay expuesta; quizá así recuperes la memoria.

No entendía nada de lo que estaban hablando. Me sentía como si me estuvieran tomando el pelo. ¿Me había perdido algo? ¿Estaba perdiendo la memoria?

Me llevó, como si de una emergencia se tratara, por los pasillos de la exposición, con Marina y Sara intentando seguir nuestros pasos, hasta que llegamos frente a una foto gigante en blanco y negro. No me podía creer lo que estaba viendo. Era totalmente imposible. No solo estaba la foto original en medio de la sala, sino que ahora me daba cuenta que había millones de pantallas, colgadas por todas partes, donde salía también esa foto.

Sentí que el color de la cara me abandonaba, así como la fuerza de las piernas. Me entraron escalofríos por todo el cuerpo y lo único que me vino a la mente era Alberto. ¿Dónde estaba? Tenía que encontrarle como fuera.

Salí corriendo de allí y comencé a dar vueltas por el edificio intentando encontrar la salida, pero el local era muy grande y me daba la impresión de que estaba corriendo en círculos, ya que llegaba todo el tiempo a la misma sala donde estaba esa foto tan grande donde salía yo con Marina en el castillo de Manzanares el Real. Esa foto que había hecho en mi otra vida y no en esta, esa foto que había hecho cuando salía con el Rob de antes y no con Alberto. ¿Le había perdido? ¿Qué estaba pasando? ¿En qué vida estaba ahora? ¿Dónde estaba Alberto? No podía ser, esto tenía que ser una pesadilla, no podía ser real. No podía haber perdido a Alberto tan pronto, cuando acababa de recuperarle. ¡Ni siquiera habíamos hecho el amor!

Veía que las imágenes y las personas que estaban a mi alrededor se hacían borrosas y las voces cada vez más lejanas.

–Fran, Fran, despierta. Estoy contigo.

¿Era la voz de Alberto o estaba soñando?

–Abre los ojos, Fran.

Le obedecí y vi que no era un sueño. Era él. Sus preciosos ojos negros me miraban con preocupación.

–¡Alberto! –dije abrazándole todo lo fuerte que podía.

Miré a mí alrededor, estábamos en la exposición de JP; aunque, estaba en los brazos de Alberto, sentados en un banco. No sabía cómo había llegado allí, pero en los brazos de Alberto estaría bien. Ya había pasado, no había cambiado de vida; por lo menos, todavía no. Él seguía en mi vida.

–¡Qué susto me has pegado, Fran! ¿Cómo estás?

–Ahora que estás tú, estoy muy bien. ¿Me he desmayado?

–Sí, he llegado justo a tiempo para cogerte. Te he visto de lejos mirando a tu

alrededor, estabas muy asustada y parecías buscar a alguien. Cuando he llegado a tu lado, justo te has desmayado.

–Te buscaba a ti.

–¿Por qué estabas tan asustada?

Antes de que pudiera contestar, aparecieron JP, Marina y Sara.

–¿Qué te ha pasado, Fran? –preguntó JP.

–Me he sentido mal y me he desmayado, pero ya estoy perfectamente.

–Nos has asustado y no te encontrábamos por ningún lado –dijo Marina–. ¿Por qué te ha afectado tanto la foto?

–Me quiero ir de aquí –dije mirando a Alberto.

–Claro, te llevo a casa. JP, siento que nos perdamos tu exposición.

–Bueno, solo hay una foto mía y es esa –dijo señalando uno de los múltiples monitores que había por todas partes.

–¡Es una foto preciosa, JP! ¡Fran, sales increíble! Y tú también, Marina.

–Vámonos, Alberto –dije.

Quería irme de allí, no quería seguir mirando esa foto. Me asustaba tanto.

–Sí. Enhorabuena por tu estupenda foto, JP –dijo Alberto.

–Gracias. Hasta otra.

–Adiós chicos, lo siento por irnos así –dije poniéndome en pie con dificultad.

–No te preocupes, Fran –dijo JP–. Que te recuperes.

Alberto me cogió por los hombros y nos fuimos hacia su coche.

–¿Estás mejor? –me preguntó cuándo nos íbamos hacia su casa.

–Sí.

No sabía si decirle la verdad a Alberto, no quería asustarle más con mis historias paranoicas sobre mi otra vida. Aunque tuviera una abuela con poderes, no parecía gustarle mucho esos temas tan misteriosos y creía que ayer había tenido suficiente. Así que decidí no contarle nada. Pero estaba realmente asustada porque no entendía qué hacía esa foto allí, cuando esa foto la habíamos hecho en mi otra vida. Por mucho que me quisieran convencer de que la habíamos hecho hacía unas semanas, eso no había pasado. ¿O quizá me estaba volviendo loca?

–¿Por qué te has desmayado, Fran? –me preguntó preocupado.

–No lo sé; puede ser que sean secuelas del accidente.

–Entonces tienes que ir al médico.

–Vale, pero hoy no. Hoy solo necesito estar contigo.

–Está bien. Mi madre está en casa; no te importa, ¿verdad?

–Claro que no, ¿cómo me va a importar? Así la conozco, si está bien, claro.

–Sí, hoy está bien. Me gustaría que la conocieras.

–Será un placer.

Aparcamos en una zona desconocida para mí. Aunque estaba anocheciendo pude ver que era una especie de urbanización con chalets rodeados de jardín.

–¿Vives aquí?

–Sí.

–Esta zona tiene muy buena pinta.

–Sí, mi padre tiene, o tenía, mucho dinero. Esta es la casa donde vivíamos y no se ha podido quedar con ella como le habría gustado.

–No entiendo cómo un padre puede llegar a ser así. Lo siento, no tenía que

haber dicho eso –dije rápidamente, dándome cuenta, aunque tarde, de que no tenía que haber hecho ese comentario.

–No te preocupes, tienes toda la razón. Pero te aseguro que yo nunca seré así –dijo mirando hacia delante.

–Lo sé. Tú no eres así.

–Aunque a veces me da miedo poder parecerme a él.

–Eso no pasará nunca. Eres tan bueno y generoso –le dije acariciándole la cara.

Me sonrió.

–Vamos, te enseñaré mi casa.

Entramos cogidos de la mano. Me había olvidado por completo del tema de la foto y parecía que Alberto también lo había olvidado. Me hacía mucha ilusión poder ver, por fin, dónde vivía y, sobretodo, conocer a su madre.

–¡Mamá! –llamó Alberto en cuanto entró por la puerta.

–En la cocina.

–Hoy se debe encontrar muy bien para estar cocinando –me dijo en susurros.

Le sonreí. Me gustaba tanto verle contento porque su madre estuviera bien. La casa era preciosa, no demasiado moderna por fuera, pero por dentro era muy moderna y estaba decorada con un gusto exquisito.

–Mamá, esta es Fran –dijo al entrar por fin en la cocina.

Nada más verla, por si todavía me quedaba alguna duda, pude confirmar que era hija de Victoria; se parecía mucho a ella. Era una auténtica belleza, pero se la veía extremadamente delgada y muy pálida. Me dio un poco de miedo darle dos besos, parecía tan delicada como una muñeca de porcelana. Alberto tenía

los ojos de su madre, pero no le encontraba ningún parecido más a ella. Supuse que se parecería físicamente a su padre.

–No sabes las ganas que tenía de conocerte, Fran. Alberto está tan cambiado desde que sale contigo.

No entendía por qué estaba deseando conocerme, sabiendo lo mal que lo había pasado Alberto estos últimos diez días. No sabía hasta qué punto Alberto le hablaba de su vida personal, pero, no sé cómo, supe que no, que Alberto no le contaba casi nada de su vida privada. Pero ella lo sabía. ¡Ella también tenía poderes!

Con tan solo mirarla, supe que ella sabía por lo que había pasado y por eso no me culpaba por lo de Rob. Ella me entendía porque sabía que yo había pasado por esas dos vidas, lo sabía. Lo que no entendía era por qué lo sabía yo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo podía saber todas esas cosas con tan solo mirarla a los ojos? ¿Cómo me podía estar pasando toda esa información con una simple mirada?

También estaba segura de que Alberto no se estaba enterando de nuestro intercambio silencioso de información. En realidad, yo apenas entendía lo que estaba sucediendo, jamás me había pasado algo así. Alberto no entendía esa parte de su madre y de su abuela, y nunca había querido entenderla. Por eso no quería hablar de esos temas, prefería la realidad y las cosas tangibles. Le daba miedo cuando le hablaba de mi sueño; aunque me creía, no lo entendía. Me creía porque llevaba mucho tiempo en esta familia, y ya no se sorprendía de esas cosas. Pero no quería profundizar, nunca había querido. Por eso no hablaba con nadie de los poderes de su madre y de su abuela, prefería rodearse de cosas reales que pudiera tocar con las manos. A lo mejor por eso había elegido la carrera de fisioterapeuta, porque su trabajo residía en algo físico y real. Pero él tenía un don también, y lo tenía en sus maravillosas y

mágicas manos; aunque no sabía si él era consciente de ello, pero su madre lo sabía y ahora lo sabía yo.

¿Pero por qué me estaba llegando esa información? ¿Por qué a mí? ¿Cómo? Yo nunca había tenido poderes. Pero su madre me había tranquilizado; no sabía por qué, pero ya no me sentía preocupada por la foto ni por la posibilidad de perder a Alberto. Todo iba a ir bien.



## 15% vol.

–Os habéis quedado muy calladas –comentó Alberto.

–A veces no hace falta hablar en voz alta. Con tan solo mirarse es suficiente para saber que nos gustamos –dijo su madre.

–Sí, es cierto –dije, embrujada por el momento que acababa de vivir–. Encantada de conocerte también...

Alberto nos miraba confundido, ya que no sabía de qué demonios estábamos hablando.

–Os he preparado la cena-dijo mirándonos sonriendo.

–¿Sabías que veníamos? –preguntó Alberto.

–Sí, claro. Hoy me encuentro muy bien y quería prepararos la cena. Yo ya me marchó a mi habitación. Espero que disfrutéis de la cena.

–¿No te quedas, mamá? Puedes cenar con nosotros.

–No, prefiero descansar un poco. Cenad vosotros. Será como si estuvierais solos –dijo sonriendo–. Ha sido un placer, Fran.

–Igualmente, Patricia.

–Bueno, pues cenaremos solos –dijo cuando ya se había marchado su madre–. ¡Vaya, no tengo vino!

–Yo sí. He traído una botella muy especial.

–¿Una botella de Fran?

–Sí.

–¡Qué gran idea! Me encanta tu vino. Es de los mejores que he probado. Y no lo digo porque lo hayas hecho tú.

–Está bien, te creeré –dijo sacando la botella que llevaba en mi mochila.

–La caja es muy bonita –dijo admirando mi diseño.

–¿En serio te gusta?

–Sí. ¿También lo diseñaste tú?

–Sí.

–Guau, es un diseño muy chulo. Brindemos, por una novia como la mía, con mucho talento.

–Por un novio como el mío, que tiene un gran corazón.

–¿Por qué dices eso?

–Porque es cierto. Tengo tanta suerte de que estés enamorado de mí.

–El que tiene suerte soy yo –dijo cogiéndome por la cintura y besándome fuertemente en los labios.

¡Cómo le quería! Le quería por lo que me hacía sentir y por estar siempre allí para cogerme antes de que me cayera, evitando que me hiciera daño. Ya lo había hecho en dos ocasiones. Quizá no tuviera poderes pero para mí sí los tenía. Deslizó sus manos por mi espalda y fue descendiendo hasta los bolsillos de mis vaqueros. ¡Dios, cómo me gustaba que me tocara! No sabía cómo iba a poder resistirme a sus caricias.

–¿Cenamos? –me preguntó de repente.

–Sí, aunque no sé si tengo hambre. En realidad, solo tengo hambre de ti –dije.

Se rio.

–¿Ya no tienes miedo de perderme si nos acostamos?

–Creo que ya no, tu madre me ha transmitido mucha tranquilidad.

–¿Mi madre?

–Sí, con su mirada. Ha sido muy extraño.

–Prefiero no saberlo –dijo separándose de mí–. A veces pienso que eres de esta familia. Hablas como ellas dos.

–¿Cómo quiénes?

–Mi madre y mi abuela.

–¿Pero no te gusta que ya no tenga miedo de perderte?

–Claro que me gusta, pero lo dices de una forma demasiado misteriosa para mí. Verás, te hablaré claro, ya que, no sé muy bien por qué, pero ya sabes cómo es mi abuela; y mi madre no es muy diferente. Nunca me han gustado estas cosas; aunque me han demostrado que saben lo que dicen, y que siempre se suele cumplir, prefiero no saberlo, no quiero saber lo que me va a pasar. Quiero vivir las cosas sin saberlas previamente. Me dan miedo los sueños, sobre todo los sueños que tienen ellas. Y tú, debes tener algo parecido, porque hablas de tus sueños casi igual que ellas. A veces me das miedo.

–Lo siento, Alberto, no quiero darte miedo. Yo no tengo ningún poder, te lo aseguro, jamás lo he tenido. Pero algo extraño me ha pasado y no sé explicarlo. Quizá esté relacionado contigo. No lo sé. Pero ya he entendido que estas cosas no te gustan e intentaré no decírtelas.

–No quiero que dejes de hablarme, Fran, ni de decirme las cosas.

–Está bien, intentaré decírtelas de otra manera, menos misteriosa –le dije sacándole la lengua.

–¡Muy graciosa! –me dijo dándome un azote en el culo.

–¡Me has dado un azote!

–Sí, te has puesto muy traviesa. Y ahora, a cenar –dijo señalándome la silla.

–Madre mía, sí que eres mandón; no conocía esta faceta tuya.

–Estoy preocupado por ti, porque he notado que has adelgazado.

–Está bien, como. Esto que ha hecho tu madre está delicioso –dije saboreando un plato de pollo y arroz muy especiado y sabroso.

–Sí, está muy rico; pero tú lo estás más –dijo saboreando mi vino y mirándome con deseo.

–¿Te refieres al vino o a mí? –dije provocativa.

–A las dos cosas, pero sobre todo a la última.

–Me estás poniendo nerviosa.

–Eso intento.

Le sonreí.

–Pues lo estás consiguiendo. Ya no puedo comer más.

–¿Qué? Si no has comido casi.

–Es que, si me miras así, se me quita el hambre –le dije.

–¿Cómo te estoy mirando? –dijo pícaramente.

–No te hagas el tonto, lo sabes perfectamente; como si fuera el vino que tienes entre tus manos y ahora en tus labios.

–Y lo eres, Fran y Fran –dijo mirándome primero a mí y luego la copa de vino– Está bien, yo tampoco tengo hambre. Coge tu copa –añadió levantándose.

–Vale.

Me dio la mano y le seguí. Aunque no me había dicho dónde nos dirigíamos,

creí saberlo. Estaba tan nerviosa que me flaqueaban las piernas y sentía un cosquilleo por todo el cuerpo que me llegaba hasta la punta de los dedos de las manos e, incluso, de los pies.

Le seguí por el pasillo y bajamos a la planta de abajo.

–Esta es mi habitación.

Era una habitación enorme; la casita de Frascati apenas tendría unos metros más. Tenía varios ambientes; en uno de los lados había una cama enorme, luego había otra zona de despacho y, por último, una zona con sillones. Había muchas fotos por las paredes, la mayoría de su madre cuando era joven y de él y de una chica que se parecía mucho a su madre, que supuse sería su hermana.

–¡Qué habitación más grande! Aunque es poco acogedora.

–No te preocupes, no voy a dejar que te sientas sola en toda la noche –dijo acercándose a mí con mirada de deseo.

En cuanto me agarró por la cintura, creí que me iba a desvanecer. No pude evitar mirar alrededor para buscar cualquier excusa con el fin de alargar la conversación.

–Esas fotos son...

Pero no me dejó continuar hablando, me besó y comenzó a quitarme la ropa, aunque no tan despacio como la última vez.

Lo que me estaba haciendo sentir Alberto era imposible de describir con palabras. Le deseaba tanto, le quería tanto, le había echado tanto de menos, había tenido tanto miedo de perderle, y tenía todavía tanto miedo, que mis sentimientos hacia él eran muy potentes. Pude sentir que los suyos lo eran también, era la primera vez que sentía algo tan fuerte por alguien; y lo notaba en su forma de mirarme mientras me desnudaba, mientras me besaba, mientras me acariciaba.

Por alguna extraña razón, había olvidado por completo lo que había pasado en mi sueño con Rob. No recordaba nada en absoluto, me había quedado en blanco, como si esa noche no hubiera tenido lugar y, en realidad, no hubiera sucedido. No me había dado cuenta hasta ese momento, hasta que Alberto había comenzado a hacerme el amor por primera vez. Era mi primera vez y lo sabía porque nunca había vivido esto; si hubiera sido así, lo recordaría. No se podía olvidar algo así.

A pesar de ser algo nuevo para mí, me sentía segura, él me hacía sentirme así. Jamás me pasaría nada malo si estaba con él. Ni siquiera despertarme y estar en otra vida. Eso no iba a pasarme nunca más. Lo sabía ahora y me lo había dicho su madre con la mirada.

De repente recordé aquella vez, hacía un año. Cuando mi madre me contó lo maravillosa que fue su primera vez con papá y me pidió, aunque solo me lo dijo una vez y nunca más volvimos a hablar del tema, que la primera vez que lo hiciera, lo hiciera por amor. No me había acordado de aquello hasta ahora. Y sin darme cuenta la estaba haciendo caso, quizá por primera vez en mi vida; lo estaba haciendo por amor, con alguien a quien adoraba. Alberto todavía no me había dicho que me quisiera, pero no hacía falta que lo hiciera, yo lo sabía, me lo decía constantemente con su mirada.

Ahora me daba cuenta que tenía mucha suerte de haber encontrado a Alberto y de que sintiera algo tan fuerte por mí. No creía que enamorarse fuera fácil. En realidad, era una privilegiada. Nunca jamás me arrepentiría de esta primera vez porque lo estaba haciendo por amor y era algo muy especial.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —preguntó Alberto preocupado.

—No, me ha encantado, Alberto. Ha sido muy especial para mí.

—Para mí ha sido único —me dijo acariciándome la cara—. No te puedo explicar lo que siento.

–No te preocupes, lo veo en tus ojos –le dije besándole sus preciosos labios.

Oía una voz en mi cabeza, pero no la reconocía. Me estaba diciendo algo que parecía importante, pero la oía muy lejana ¿Quién me estaba llamando? ¿Estaba dormida y alguien me estaba llamando o era un sueño? No entendía nada de lo que me decía la voz. Estaba muy cansada o no quería moverme. Estaba junto a Alberto, dormida en su hombro y no quería que nadie me molestara. ¿Qué era esa voz que me hablaba en el oído? ¿Por qué no me dejaba? ¿Que avise a Alberto? ¿De qué le tenía que avisar?

Abrí los ojos. Alberto estaba a mi lado y tenía su brazo alrededor de mi cintura. Dormía plácidamente y estaba tan guapo que me dieron ganas de volver a apoyarme en su hombro y volver a dormirme junto a él. Pero algo me había despertado y parecía importante. Una voz, de mujer, me decía que despertara a Alberto. ¡Dios mío! ¡Era la voz de su madre! Ahora lo recordaba. Era ella quien me estaba hablando, aunque no entendía cómo lo había hecho ni cómo la había oído. Pero algo no iba bien y necesitaba ayuda.

–Alberto, despierta, Alberto, es tu madre –le dije mientras le acariciaba la cara.

–¿Qué? –preguntó confundido.

–Tu madre, algo no va bien, vete a verla.

–¿Mi madre? –preguntó aún con los ojos cerrados.

–Sí, me he despertado de repente y creo que algo no va bien.

No quería decirle lo de la voz porque ni yo misma lo entendía. Ahora recordaba que me había dicho algo más, algo sobre su hija, que llamara a su hija. Sí, eso era.

–Llama a tu hermana, ¿vale?

–¿Por qué la tengo que llamar? –me preguntó extrañado.

–No lo sé, pero creo que deberías hacerlo. Ya te lo he dicho, algo va mal.

–Está bien –dijo, besándome antes de levantarse.

Se puso unos pantalones y salió de la habitación.

Estaba tan guapo desnudo que me arrepentí de haberle echado de la cama, pero no podía correr el riesgo de no hacer caso a algo tan importante; sobre todo, tratándose de su madre. Esto parecía algo sobrenatural. Después de todo, quizá Alberto tenía razón y me empezaba a parecer a su madre y a su abuela. ¿Pero cómo era eso posible? ¡No tenía nada que ver con su familia!

Me vestí lo más rápido que pude y subí a la planta de arriba. Esperé en silencio intentado descifrar si oía algo, pero había un silencio sepulcral. Supuse que la habitación de su madre estaría en la planta de arriba, pero no sabía si subir o no. Al fin y al cabo, era como una intrusa en esa casa.

Entonces oí cómo la puerta de la entrada se abría. Entró una chica que se parecía mucho a la madre de Alberto; supuse que era su hermana. Pero ¿cómo había llegado tan rápido?

–¿Quién eres tú? –preguntó bruscamente.

–Soy Fran. Tú debes ser la hermana de Alberto.

–Ah, tú eres esa chica –dijo en un tono bastante despectivo.

No supe qué contestar, pero justo apareció Alberto en lo alto de la escalera.

–Vicky, sube.

–Voy –dijo pasando delante de mí sin siquiera mirarme.

¿Pero qué le he habido hecho yo a su hermana?

–Fran, tenías razón, mi madre no está bien. Ven –dijo haciéndome una seña



para que subiera la escalera.

–¿Yo? –pregunté sorprendida.

–Sí, mi madre también quiere verte.

¿A mí?

Entré en la habitación cogida de la mano de Alberto. Me gustaba que me la hubiera dado. Me sentía muy extraña en esa situación y el contacto de su mano me dio fuerzas para entrar.

La habitación de su madre era preciosa y estaba llena de fotos, igual que la de Alberto. Observé a su madre; estaba mucho peor que ayer por la noche, cuando la vi por primera vez. ¿Cómo podía haber empeorado en cuestión de unas horas? Y pensar que Alberto y yo habíamos estado haciendo el amor casi toda la noche mientras su madre se encontraba mal. Me sentía fatal por eso y supuse que Alberto se sentiría peor que yo. Por lo menos la había oído, aunque no acababa de entender cómo.

–Chicos, creo que ha llegado el momento.

–No digas eso, mamá, te voy a llevar al hospital

–No quiero ir al hospital, Alberto, quiero estar en mi casa. No quiero morir en una fría habitación de un hospital.

–No te vas a morir –dijo Alberto muy serio.

–Sí, creo que sí. Por eso os he llamado. Gracias, Fran, por haberme oído.

¿Entonces había sucedido de verdad, no lo había soñado? ¿Me había llamado a propósito?

–No funcionaba el sistema de emergencia e intenté llamaros con el pensamiento –dijo mirándonos a Alberto y a mí–. Y menos mal que Fran me ha oído.

–¿Fran? ¿Cómo te iba a oír ella? –dijo Vicky confundida.

–Pues me ha oído. Ella despertó a Alberto –dijo sonriéndome–. Vicky, Fran es como de la familia.

–¿Qué dices? Si solo lleva saliendo dos meses con Alberto y, además, hace poco se pelearon.

O sea que ella sabía que a Alberto le había pasado algo, pero no sabía el qué. No le contaba sus problemas tampoco a su hermana.

–¿Queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? –protestó Alberto.

–Fran es de la familia, Vicky. Sé lo que digo. De cualquier manera, quiero hablaros a solas. Vicky, por favor quédate. Y luego entra tú, Alberto.

Alberto y yo salimos fuera de la habitación y nos sentamos en la escalera. Desde allí podíamos oír cómo hablaban y me pareció que hablaban de mí. Estaba claro que su hermana no estaba muy contenta conmigo. Podía entender que no le hiciera mucha gracia mi presencia aquí, sobre todo en un día como este, pero no entendía por qué estaba tan enfadada conmigo si ni siquiera me conocía. Aunque a Alberto le había pasado lo mismo con mi hermano Pedro.

Observé a Alberto; estaba muy afectado, miraba hacia el suelo. Le acaricié el liso y negro pelo.

–¿Estás bien?

–No –dijo secamente.

Menuda pregunta más estúpida le había hecho.

Nunca sabía qué decir en esas situaciones, y menos a él, al chico que más había querido jamás. Nunca pensé que a Alberto le pudiera costar desahogarse y expresar sus sentimientos. Pero, lógicamente, esta no era una situación cualquiera y además yo no era un ejemplo de expresión, cuando era capaz de

no hablar a nadie durante una semana. Poder consolarle iba a ser más complicado de lo que pensaba. Quizá no tenía que usar las palabras, sino darle simplemente cariño. Continué acariciándole el pelo y apoyé mi cabeza en su hombro. Me cogió la mano. Iba por buen camino. Eso era lo que necesitaba, mi cercanía, mi apoyo, mi cariño, pero no necesitaba palabras. Además, ¿qué palabras podían ayudar a alguien en esa situación? No las había, no hacían falta, de hecho eran hasta molestas.

Al cabo de un buen rato salió su hermana y entró Alberto. Su hermana se marchó llorando a su habitación.

Bueno, por lo menos ella sí sabía desahogarse.

Podía oír mi nombre otra vez, aunque no oía con claridad lo que hablaban. A Alberto apenas le oía, y si no le oía era porque no estaba hablando casi, porque tenía una voz fuerte y masculina y no pasaría desapercibida a través de la puerta. Era su madre la que le hablaba, con una voz dulce y calmada. Me dio la impresión que había hablado menos con Alberto que con su hermana; al poco rato se abrió la puerta y Alberto me miró muy triste, pero no tenía ni una sola lágrima en los ojos.

–Pasa, Fran, mi madre quiere hablar contigo también.

Entré y me senté en el borde de la cama. La miré a los ojos.

”Fran, habrás notado que a Alberto le cuesta expresar sus sentimientos, aunque contigo se ha soltado más que con nadie jamás. Ni siquiera conmigo lo ha hecho nunca como lo ha hecho contigo. Te quiere. Sé que no te lo ha dicho, pero te quiere. Sé que sabes que te quiere, pero yo sé que tú quieres escucharlo de sus labios. Algún día te lo dirá, solo tienes que darle tiempo. Creo que Alberto está muy afectado por lo de su padre, por eso le cuesta expresarse; lo de su padre le hizo tanto daño, que creía que había perdido su capacidad de sentir, hasta que llegaste tú. No sabes cuánto te agradezco que

hayas aparecido en su vida, le has cambiado. Le has devuelto su alegría, la de antes. No solo quería hablar contigo para darte las gracias, también quería pedirte un favor. Alberto siente mucho rencor por su padre, y no es bueno. No quiero que siga sintiéndolo, le hace daño. Quiero que le ayudes a dejar de sentirlo. Quizá sea demasiado pedirle que le perdone, pero por lo menos que se olvide de él, que no le haga daño ese sentimiento”

”Pero ¿cómo voy a hacer eso?”

“No te preocupes, sé que lo harás muy bien; cuando llegue el momento, sabrás qué decirle. No te va a costar nada, y a ti te hará caso”>

“Está bien. Lo haré”

“Gracias, Fran. Sabía que podría contar contigo. Y en cuanto a mi hija, acabará aceptándote. Solo tiene celos”

“¿Celos?”

“Sí, de que ahora seas lo más importante para Alberto.”

“Él es muy importante para mí”

“Lo sé, has tenido que vivir muchas cosas antes hasta llegar a él. Todo ocurre por algo, Fran, y lo que has soñado, ha sido por algo. Te he dejado una carta sobre la mesa, también hay una para Alberto y para Vicky. Pero tienes que prometerme que no la leerás hasta que cumplas veintiún años”

“¿Dentro de tres años?”

”Sí, es importante. ¿Me lo prometes?”

“Sí, claro”

“Gracias Fran, ya puedes llamar a Alberto y Vicky”

”Adiós, Patricia, muchas gracias por todo. Ha sido un placer conocerte, de

verdad”

”Para mí también, Fran. Cuida de Alberto, te necesita mucho”

”Lo haré”

–¿Ya has hablado con mi madre? –preguntó Alberto en cuanto salí.

–Sí.

–Pero no se oía nada, ni siquiera un murmullo.

–Pues hemos hablado muchísimo.

Pero, ahora que lo pensaba mejor, no habíamos hablado en realidad, yo no había abierto la boca. Habíamos hablado en silencio, como ayer por la noche. No me lo podía creer, ¡habíamos hablado con el pensamiento! Esto era demasiado para mí ¿Cómo podía hacer algo así de repente? ¿Por qué tenía ese poder ahora? ¿O era un poder de su madre, que me hacía oírla y hablarle? No había sido consciente hasta que me lo había dicho Alberto. Ahora no sabía qué contestarle, no quería volver a asustarle, y menos hoy.

–Ah, supongo que habéis hablado en susurros para que no os oyera.

–Sí, exacto –mentí–. Dice tu madre que entréis. Yo os espero abajo.

Me bajé a la planta de abajo y, de tanto esperar, acabé durmiéndome en el sillón.

–Fran, Fran.

Abrí los ojos. Alberto estaba a mi lado intentando despertarme.

–Perdona, Alberto, me he dormido.

–Ya ha pasado –me dijo muy serio.

¿Su madre había muerto?

–Lo siento mucho –dije abrazándole.

Le notaba tan distante, tan frío, tan lejano. No parecía él. Parecía estar a miles de kilómetros de mí. Nunca me habría imaginado que Alberto se comportaría así cuando estuviera dolido, que se guardaría todo para él y no lo compartiría conmigo, ni con nadie. Esa faceta suya no la conocía, pero me lo había dicho su madre, y ahora veía que tenía razón. Aunque, por otro lado, podía entenderle; yo no era muy diferente a él, aunque en mi caso siempre acababa desmoronándome al final.

–Te voy a llevar a tu casa, ¿vale?

–No, no te preocupes por mí, puedo ir a casa sola.

–No, te llevo.

–No, Alberto, si no quieres que esté aquí contigo lo entiendo, pero no quiero que me lleves; tienes que estar aquí con tu hermana. Tendréis que hablar y decidir cosas.

–Está bien –dijo dándose por vencido.

Me fui de allí con una sensación de vacío horrible. Por un lado entendía que quisiera estar solo, pero por otro me rompía el corazón pensar que no quisiera que estuviera con él; en realidad, solo quería consolarle. Recordé cuando en mi sueño mi madre tuvo el accidente; aunque no podía hablar ni demostrar ninguna emoción, no podía separarme de mis hermanos, necesitaba su contacto, con eso me valía. Pero estaba claro que no todos éramos iguales, y Alberto no me necesitaba. Aunque era todo muy comprensible, me sentía como si no fuera importante para él. Para qué me iba a engañar, en realidad me sentía destrozada; sobre todo, después de la noche tan maravillosa que habíamos pasado juntos.

Al día siguiente intenté contactar con él, pero fue todo en vano. Por la tarde le pedí el coche a mi madre y, aunque me perdí mil veces intentando llegar a su

casa, acabé llegando. Pero allí no había nadie. ¿Dónde estarían? Si habían organizado algo en el tanatorio, o donde fuera, no me podía creer que no me hubiera avisado. Sabía que estaba siendo muy egoísta por pensar solo en mí, pero no tenía ninguna forma de contactar con él, no me cogía el teléfono ni estaba en su casa.

Por fin al día siguiente recibí un mensaje suyo informando de una misa que iban a dar el jueves por la tarde. No parecía un mensaje exclusivo para mí, sino más bien uno genérico que reenviaba a todo el mundo. Por lo menos me había avisado, no me podía quejar después de todo. Pero no podía evitar sentirme decepcionada y triste, me parecía todo tan frío e irreal. No parecía que fuera su novia, sino más bien una amiga lejana de la familia.

Le agradecí a mi madre que me acompañara a la misa, ya que no me sentía con fuerzas para ir sola. JP, Sara y Marina irían también, aunque habíamos quedado directamente en la iglesia. Tampoco sabía muy bien si a Alberto le parecería bien que vinieran, pero ellos querían ir y yo necesitaba apoyo moral. Marco me dijo que le habría gustado ir, pero llegaba el viernes y no le daba tiempo.

Cuando llegamos mi madre y yo, vi que no había demasiada gente. Localicé a Alberto en la primera fila junto a su hermana y una señora mayor, que supuse que era su abuela. Estaba tan guapo en traje, nunca le había visto tan elegante. Su hermana lloraba de vez en cuando y Alberto le rodeaba con su brazo, como había hecho conmigo muchas veces. Quizá estuviera tan frío porque no quería desmoronarse, tenía que hacer el papel del fuerte de la familia, el único hombre que había en la familia. Pero en algún momento tendría que desahogarse.

Cuando por fin acabó la misa y salimos todos fuera, vi salir a Alberto. Por fin me dedicaba una mirada, aunque no era la mirada que esperaba, era seria y

fría como el hielo. ¿Por qué me miraba así? Me acerqué a saludar a su hermana y a conocer por fin a su abuela. En realidad ya la conocía, era exactamente igual a la abuela de Rob de mi sueño.

–Francesca, por fin nos volvemos a ver.

“¿Volvemos?”

“Sí, ya sabes que he soñado contigo, y tú conmigo. Estamos conectadas por el pensamiento, por eso puedes oírme. Te quiero decir que, por favor, perdones a Alberto por lo que va a hacer”

“¿Qué va a hacer?”

Pero ya no podía oír sus pensamientos.

–Fran, ¿podemos dar un paseo? Me gustaría hablar contigo.

–Claro –dije más asustada que otra cosa–. Adiós, mamá, gracias por haberme acompañado.

–Muchas gracias –dijo Alberto dirigiéndose a mi madre.

–Adiós, Alberto, Fran –dijo mi madre alejándose.

Mi madre me miró de una forma extraña. ¿Por qué me miraba de esa manera? Lo más probable es que fuera por la cara que debía tener en ese momento, estaba muerta de miedo. ¿Qué es lo que me iba a decir? ¿Por qué estaba tan serio conmigo?

Nos alejamos y cuando me di cuenta de que no me había cogido de la mano, supe que algo no iba bien. Alberto no parecía él, parecía otra persona. Su rostro era la inexpresividad misma, sus ojos no eran cálidos como solían serlo, eran fríos como el hielo.

–Verás, he estado pensando estos días, y ahora mismo no puedo seguir contigo.



Era eso, lo quería dejar. ¿Ya me había conseguido y no le interesaba más? ¿O era la tristeza por la muerte de su madre?

–Alberto, quizá ahora no sea el mejor momento para decidir nada. Estás triste por lo de tu madre.

–No, lo que quiero decirte es que no puedo quererte como te mereces.

–Estoy segura de que podrás hacerlo, quizá ahora no, porque no estás bien. Si quieres, nos dejamos de ver un tiempo, hasta que estés mejor.

–No, Fran, no siento nada.

–¿No sientes nada por mí? –pregunté asustada.

–No.

Sentí como si me dieran un puñetazo en el pecho y la sangre no circulara por mi cuerpo. Que no sintiera nada por mí no tenía nada que ver con la muerte de su madre, pero ¿por qué había dejado que llegáramos tan lejos si no sentía nada? ¿Por qué se había acostado conmigo? ¿Por eso no pudo decirme cómo se sentía después de hacerme el amor? ¿Porque, en realidad, no sentía nada? Había interpretado mal su forma de mirarme; había creído que me miraba con amor, pero no había sido eso. ¡Cómo me había engañado a mí misma! Tenía tantas ganas de que me quisiera que me lo había imaginado. Su madre estaba muy equivocada, no me quería y no me lo iba a decir nunca, porque no sentía nada por mí.

–Lo siento, Fran. Te llevo a tu casa.

–No, gracias –dije girándome para irme.

–Sí, déjame que te lleve; tu madre ya se ha ido.

–No sientes nada por mí, o sea que no te preocupes por mí –dije alejándome de él.

Quería irme muy rápido, lo más rápidamente posible, pero estaba lenta de reflejos y las piernas no querían obedecerme. Sentí cómo el frío de la noche me envolvía y seguí andando muy despacio hacia ningún sitio en particular. Todavía no había asomado ninguna lágrima a mis ojos. Quizá nos parecíamos demasiado después de todo, nos costaba asimilar nuestros sentimientos.

Nunca supe muy bien qué hice esa noche, dónde fui, por dónde anduve, ni cómo ni cuándo volví a casa; ni si fui en autobús, en tren, o me llevó alguien; ni siquiera recuerdo haberme quitado la ropa y haberme metido en la cama, pero al día siguiente me desperté allí con los ojos rojos e hinchados. Ni siquiera recordaba haber llorado.

## Diciembre

Mi vida transcurría en una sucesión de días monótonos e iguales. Me dedicaba a escribir mi memoria, nadaba, iba a clase y el fin de semana me iba a Frascati. Volvía a Madrid, seguía escribiendo mi memoria, nadaba, iba a clase y volvía a irme a Frascati. Vivía sin casi hablar, sin disfrutar de las cosas y sin sentir. No era capaz de quedarme en Madrid los fines de semana, necesitaba estar cerca de mis hermanos y del viñedo. Mi madre iba y venía conmigo todos los fines de semana, no me dejaba sola nunca, estaba realmente preocupada por mí.

Aunque esta vez no había dejado de hablar, apenas hablaba, comía poco y nadaba muchísimo. Nadar era lo único que conseguía relajarme y hacerme olvidar por unas horas a Alberto y su mirada fría cuando me decía que no sentía nada por mí. Ni siquiera me sentí feliz cuando, el último día de clase, Rob me dijo que había ganado una beca para estudiar Enología en la universidad por haber sido la mejor alumna de la clase. Nada me hacía feliz, excepto volver a nuestro viñedo.

El diecinueve de diciembre, nos despedimos de mis tíos, primos y abuelos de Madrid, para pasar las Navidades en Italia. En la boda de mi primo estuve presente, aunque solo en cuerpo, no en alma; estaba feliz por ellos pero no lograba demostrarlo. Estaba segura que me arrepentiría más adelante de no haber podido disfrutar de ese momento, pero era superior a mis fuerzas.

Los días pasaron. Estar rodeada de mis hermanos, mis padres, mi tía Simona, mis primos, aunque no hablara con ellos y no participara en ninguna conversación, simplemente el tenerlos cerca y oírles hablar, me reconfortaba. Me reconfortaba el olor de la bodega y estar en nuestra casita del viñedo. También me reconfortaba cocinar con mi padre y preparar comida para toda la

familia junto con mi madre y mi tía Simona cuando había alguna reunión familiar, es decir, casi todos los días.

Pero por las noches el dolor era insoportable. No había noche que no me despertara llamando a Alberto y empapada en sudor frío. Era extraño porque ya no recordaba lo que soñaba, aunque era obvio que soñaba con Alberto. Aunque no se quejaban nunca, cada noche despertaba a alguien de mi familia, sobre todo a mi padre y mi hermano Pedro, que tenían un sueño más ligero. Intentaban consolarme como podían, pero no conseguían quitarme la pena que sentía. Solo necesitaba a Alberto, pero no podía ser.

El día antes de Nochebuena, estaba sentada en el sofá de nuestro pequeño salón de la casita, chateando con Marina, cuando mi madre se acercó sonriendo hacia mí. ¿Por qué estaba tan contenta?

–Fran, tengo algo para ti.

–¿Qué es? –dije mirando un sobre que llevaba en la mano.

–Ábrelo.

Era el manuscrito de un libro.

“El Mejor año de mi vida y algunos más”

M.N. Mera

–¿Has escrito un libro? –pregunté asombrada.

–Sí. Y me gustaría mucho que lo leyeras.

–¿Esto es lo que llevas meses escribiendo?

Asintió.

–Sé que no necesitabas que lo imprimiera para leerlo, pero prefería que lo leyeras a la antigua usanza, la historia es un poco antigua también. Es sobre tu

padre y yo.

–¿Es vuestra historia de amor?

–Sí, desde el día que me marché a estudiar COU a Estados Unidos.

–¡Enhorabuena, mamá! –dije abrazándola–. Estoy deseando leerla.

–Todavía no lo ha leído nadie, ni siquiera tu padre. Quería que lo leyeras tú primero.

–Gracias, mamá. Voy a empezar ahora mismo.

Sin saberlo, mi madre me hizo un gran favor. A partir de ese momento me trasladé a otro mundo, a un mundo distinto y mucho más antiguo, en el que no había flexitablets, ni profesores virtuales en el coche, ni Talent Searches. A medida que iba pasando las páginas me iba olvidando de mí misma y de mi dolor e incluso de Alberto. Iba viviendo cada día que pasaba mi madre en el colegio de Estados Unidos como si me estuviera pasando a mí, me reía con sus meteduras de pata con el idioma y con su pésimo sentido de la orientación.

Cada página que pasaba, me gustaba más que la anterior, pero cuando comencé el capítulo en el que conocía a Julian, mi padre, ya no pude parar de leer. Se me pasó el día volando y, si no hubiera sido por mi hermano Pedro, que me trajo unos sándwiches, ni siquiera habría comido. Me iba enamorando de él y de ella. Conocía a su amigo Pedro, a su pandilla, a su familia americana, a sus compañeros del colegio... Aunque ya había conocido a Jen en una ocasión, me encantó vivir su historia de amistad, era realmente bonita y divertida. Lo que más me sorprendió fue la historia con Nicola. Sabía que años después había salido con él, pero no sabía que todo había empezado cuando estuvo en Estados Unidos. Todo lo que contaba mi madre era muy íntimo y me sorprendió que quisiera que leyera los detalles de cómo se acostaba con mi padre por primera vez.

No podía parar de leer. Hoja tras hoja, me sorprendía de todas las cosas que le habían pasado a mi madre durante el tiempo que estuvo allí viviendo. Nos había contado muchas veces su historia de amor, pero nunca pensé que hubieran sucedido tantas cosas en ese año que estuvo allí. Era ya medianoche cuando terminé la primera parte del libro. Me había encantado, pero tendría que dormir un poco si no quería estar destrozada en Nochebuena. Me fui a la cama feliz de no haber pensado apenas en Alberto en todo el día y esa noche, para mi sorpresa y la de todos, no tuve ninguna pesadilla.

Al día siguiente, en cuanto abrí los ojos me fui a desayunar; quería seguir leyendo y no quería perder ni un minuto. Mi padre estaba en la cocina preparando el desayuno. Como todos los días, desde que había llegado, había preparado algo casero: hoy tocaban magdalenas. Cómo le adoraba por intentar que comiera más. Sabía que lo hacía por mí, para mí, porque estaba preocupado por lo poco que comía. Cuando se dio cuenta de que me había comido la bandeja entera de magdalenas, se quedó boquiabierto. Supuse que era el primer día que tenía apetito desde que me había dejado Alberto. El libro de mi madre debía de ser terapéutico.

–Fran, me alegro de ver que has recuperado el apetito. Estaba preocupado por ti, pero veo que ya estás un poco mejor.

–Sí, hoy tengo mucha hambre.

–No sabes lo feliz que me haces.

–Gracias, papá, te quiero –le dije dándole un beso en la mejilla.

Volví a la lectura. Me transporté a un mundo lleno de paisajes verde y azul, el de las montañas que parecían de cartón; estuve buceando y nadando por las cálidas aguas del Pacífico; para acabar, por fin, en este mismo viñedo, donde terminaba la historia de amor.

Cuando entró mi madre, después de volver de correr, y me vio llorando, se acercó preocupada.

–¿Qué te pasa, Fran?

–He terminado tu libro y es precioso. He llorado muchísimo mientras lo leía.

–Eso es porque yo lloré muchísimo mientras lo escribía.

–¿De verdad?

–Por supuesto. Es como si hubiera vuelto a vivir cada momento de nuevo y en las escenas más tristes y más bonitas, no he podido evitar llorar.

–Me siento mucho mejor después de haberlo leído, ya no estoy tan triste.

–Gracias. Me hace mucha ilusión que te haya gustado y que te sientas mejor.

–Pero quiero seguir leyendo. ¿No has escrito más?

Se rio.

–El resto ya lo conoces. Es tu historia y la de tus hermanos.

–Es que seguiría leyendo.

–Gracias. Por cierto, tus hermanos me han pedido que te convenza para que vayas con ellos a esquiar.

–¿Cuándo era?

–Salís mañana, después de la comida de Navidad.

–¿Vendrá papá?

–Creo que no. Dice que quiere quedarse a leer mi libro. Deberías ir.

–Me lo dijeron esta mañana, pero les dije que no. Pero creo que he cambiado de idea: voy a ir, ahora me siento mucho mejor.

–Me alegro mucho; díselo, les hará mucha ilusión que vayas con ellos.

Iría. El libro de mi madre me había animado mucho más de lo que me habría podido imaginar. Ya no me sentía tan abatida como antes, aunque eso no quería decir que me hubiera olvidado de Alberto. No podía olvidarme de él, eso no lo podría hacer nunca.



## 16 % vol.

Hacía unos años mis padres se habían comprado una casita en una estación de esquí de los Alpes italianos. Fue allí donde tuve el accidente y, desde entonces, no había vuelto a ir. No tenía miedo; sabía que no me volvería a pasar algo así, las probabilidades de que me ocurriera algo parecido eran escasas. Sin embargo esa no era la razón por la que no había querido ir en un principio con mis hermanos, sino porque no me sentía con fuerzas y seguía muy triste por lo de Alberto. Pero, realmente, después de haber leído el libro de mi madre, me sentía renovada, no sabía muy bien por qué. Sabía que Alberto no volvería conmigo, y que ese amor, mi primer amor de verdad y mi primera experiencia sexual, la más corta de la historia, lo había perdido y no lo volvería a recuperar. Ya había pasado un mes de eso y Alberto no había intentado contactar conmigo ni una sola vez.

Después de una comida de Navidad muy familiar, pero, al mismo tiempo, muy divertida (mi tía Simona se pasó toda la comida recordando viejos tiempos y travesuras que habíamos hecho en el viñedo cuando éramos pequeños), Marco, Pedro y yo nos marchamos rumbo al Paso dello Stelvio. Me daba pena que esta vez mi padre no viniera con nosotros, pero dijo que quería quedarse con mamá y leer su libro. Me pareció extraño que no quisiera venir, siempre se había apuntado con nosotros. ¿Tendría miedo de revivir lo que me pasó la última vez?

–Bueno, Fran, ¿lista para una aventura con tus hermanos? –dijo Marco cuando ya llevábamos un rato en el coche.

–Sí, estoy lista para lo que sea.

–No tienes miedo, ¿verdad? –me preguntó Pedro.

–¿Lo dices por el accidente? No, no tengo miedo. Creo que necesito hacerlo. Ha sido una gran idea que le dijerais a mamá que me convenciera.

Vi que se miraban entre ellos

–¿Lo sabías?

–Sí, me dijo mamá que le habíais pedido que me convenciera.

–Vaya, mamá, definitivamente, no sabe mentir.

–No pasa nada; me convenció solo con decirme eso. Pero, ¿no iba a venir Marina?

–No, al final no viene –dijo Marco.

–Ah, qué pena.

Se tardaba una hora en ir hasta la estación de esquí, estaba bastante lejos de casa.

–Fran –me dijo Pedro al cabo de unas horas.

–Dime.

–Ahora que está dormido Marco, te quería comentar una cosa. Estoy saliendo con una chica.

¿Sería Celia?

–¿En serio?

–Sí, llevo más de un mes quedando con ella.

–Guau, eso sí que es una novedad. Nunca habías quedado con la misma chica más de dos veces.

–Lo sé, pero esta chica es diferente.

–¿Cómo se llama?

–Celia.

¡Era ella! A pesar de que las cosas no habían sido iguales que en mi sueño, él había conocido a Celia. Esto sí que no me lo esperaba, era increíble.

–¿Y cómo la conociste?

–Veras, no te lo vas a creer, pero es prima de tu profesor.

–¿De Rob? –dije haciéndome la tonta.

–Sí. Ella trabaja en Roma, bueno, viene una semana sí una no, y Rob le dijo que viniera a visitar el viñedo. En realidad, la he conocido gracias a ti. Rob sabe lo de nuestro viñedo por ti. Así que un día apreció por allí y solo estaba yo para hacerle la visita. Me gustó mucho y le pregunté si la podía invitar a un café. En fin, el café llevó a dar un paseo por Frascati y luego a cenar, y desde entonces estamos viéndonos.

–¿Estás enamorado?

–Pues no me lo había planteado hasta ahora que me lo preguntas. Pero creo que sí.

–Te voy a decir algo que me dijo mi hermano no hace mucho. Si acabas de conocerla, ¿cómo puedes estar enamorado de ella? –le dije sacándole la lengua.

–Muy graciosa, Fran. Tenías razón, no es cuestión de tiempo sino de dar con la persona adecuada.

Entonces me puse triste. Qué irónica era la vida; ahora que mi hermano Pedro estaba enamorado por primera vez en su vida, yo me había quedado sin novio.

–¿Qué te pasa, Fran?

–Nada, solo he pensado en...

–Alberto.

–Sí, pero olvídale; no quiero pensar en él estos días. Voy a intentar disfrutar por primera vez desde hace un mes.

–Creo que va a ser difícil que le olvides.

–Lo sé, pero tengo que intentarlo. ¿Puedo conducir un rato?

–Ni hablar.

–¡Pero si ya puedo conducir!

–No, aquí no hay profesor virtual.

–Pero pensaba que no serías tan estricto.

–Soy tu hermano mayor, no lo olvides.

–Argg.

Cuando llegamos era ya muy tarde, así que nos fuimos rápidamente a dormir. Esa noche tampoco tuve ninguna pesadilla, parecía que el libro de mi madre me había ayudado a dejar de tenerlas.

Al día siguiente lo pasamos en grande. No paramos de hacer snow los tres juntos, no nos separamos en ningún momento. Me sentía tan feliz de estar al aire libre, sintiendo los rayos de sol y el frío viento en mi cara. Era una sensación maravillosa que había olvidado por completo. Esto sí estaba siendo una sesión de vitaminas y de energía en vena, y realmente la necesitaba. Además, estar con mis hermanos me sentaba bien. Y, aunque en teoría hacía solo seis meses que había tenido el accidente, me daba la sensación de que hacía años que no hacía snow, seguramente porque mi sueño había sido muy real y en él no lo hacía desde hacía años.

–Voy a por la comida, ahora vuelvo –dijo Pedro alejándose de la mesa.

Estábamos en un restaurante que había en las pistas y tan solo íbamos a tomar un bocadillo rápido para poder seguir haciendo snow.

–Ahora que no está Pedro...

¿Qué demonios les pasaba a los dos? ¿Es que no querían hablar entre ellos? Vi de lejos que Pedro estaba hablando por la tablet. ¿Estaría hablando con Celia?

–...he decidido que voy a dejar el viñedo.

–¿En serio? –pregunté sorprendida.

–Sí, me voy a ir a Madrid.

–Es por Marina.

–Sí; y también porque quiero seguir estudiando allí.

–¿Seguir estudiando?

–Verás, llevo un año estudiando Ingeniería de Edificación.

–¿Qué? No sabía nada.

–Bueno lo estaba haciendo a distancia, no lo sabía nadie; pero me gustaría estudiarla en condiciones. Además, he encontrado un trabajo que puedo compatibilizar con los estudios.

–¿De qué?

–De profesor de dibujo en un colegio.

–Guau, eres una caja de sorpresas, Marco. ¿Se lo has dicho a papá y a mamá?

–Sí, y están contentos por mí.

–¿Y Pedro?

–No, todavía no; se lo voy a decir estos días que estamos aquí, en cuanto encuentre el momento.

–¿Y dónde vas a vivir? ¿Te vas a quedar conmigo en casa de los abuelos? – pregunté esperanzada.

–No, bueno, a lo mejor hasta que encuentre algún sitio. Me gustaría vivir solo y que a lo mejor Marina acabe yéndose a vivir conmigo, cuando la dejen sus padres.

–¡Eso es fantástico, Marco!

–Gracias, estoy muy contento. Ya viene Pedro. No digas nada.

–Ni en sueños, eso es cosa tuya.

Seguimos haciendo snow hasta que cerraron la estación. Nuestra casa estaba a pie de pistas, con lo que prácticamente podíamos ir haciendo snow hasta la puerta.

–¿Qué os parece si esta noche hacemos una caminata nocturna? –propuso Pedro.

–¡¿Qué?! Uf, no sé si podré; estaré agotada.

–Venga, Fran, hoy hay luna llena. Es una noche única para eso y no hace casi frío –dijo Pedro.

–Vamos, Fran, es un día especial; ya descansarás mañana –dijo Marco.

–Mira, he pensado que puedes descansar ahora. Toma, tengo un descuento para el spa del hotel. Vete allí y te haces unos largos en la piscina; y luego te relajas en el jacuzzi.

–Estáis muy raros los dos.

–¿No te apetece nadar y luego relajarte? Si no, lo hago yo y tú te vas a comprar comida para esta noche.

–No, mejor me relajo. Id vosotros a comprar.

–Muy bien, pues nos vemos en la pista a las ocho.

–Pero, ¿no salimos juntos?

–No, nosotros iremos directamente.

–Está bien. Nos vemos allí.

Eso sí que era raro, ¿Por qué no podíamos ir juntos desde casa? No entendía nada, estaban muy extraños los dos. Pero la idea de nadar un rato no podía ser más tentadora. Ya pensaría si iba o no, al final, a lo de la caminata. Si estaba muy cansada, me metería en la cama y que la hicieran ellos sin mí. A mi padre le gustaba mucho llevarnos de caminata nocturna por la nieve y lo hacíamos desde que éramos pequeños. Siempre elegía noches como la de hoy, con luna llena y que no hiciera mucho frío. Decía que era importante tener la luz de la luna, aparte de llevar nuestras luces frontales. Me habría gustado que hubiera venido con nosotros, pero también me daba pena dejar sola a mi madre.

Me sentó tan bien poder nadar y después relajarme en el jacuzzi del hotel, que salí totalmente renovada de allí, así que al final decidí que iría con ellos. Tenía que disfrutar de esos días en su compañía, no sabía cuándo volveríamos a estar los tres juntos de nuevo; y más ahora que Marco se venía a Madrid.

Fui hasta nuestra casita de madera y me preparé para la siguiente actividad deportiva. Tenía una nota de Pedro.

“¡No te olvides la linterna frontal! Nos vemos a las 8 ya sabes dónde. Pedro y Marco”

Realmente hacía una noche fantástica para andar por la nieve en la oscuridad. La luna totalmente llena y de un blanco inmaculado, iluminaba perfectamente el camino. Por ahora no hacía falta ni que encendiera el frontal. Cuando llegué al principio del camino, no había nadie.

¡Vaya, qué impuntuales! Para eso eran muy italianos. No tendría más remedio

que esperarles.

Pero a los pocos minutos vi que se acercaba alguien, aunque solo venía una persona. ¡Qué extraño!

–Sei tu Pedro? –pero no contestó– Marco? –tampoco me contestó.

–Mi stai spaventando.

–Me encanta cuando hablas italiano.

¿Me estaba volviendo loca? Era la voz de Alberto, o eso me parecía. Además esos andares me recordaban a él.

–¿Alberto?

–Sí, no te asustes, soy yo –dijo acercándose más a mí.

En cuanto se acercó un poco más, comprobé que efectivamente era él. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo y comenzaron a temblarme las piernas. ¡No me podía creer que estuviera aquí! ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Mis hermanos me habían engañado, habían organizado todo esto para que viera a Alberto, por eso habían estado tan extraños.

–¿Qué haces aquí? –dije enfadada.

No podía evitar sentirme enfadada. Toda la tristeza que me había producido perderle, se convertía de repente en rabia al tenerle delante de mí. Estaba tan enfadada con él por todo lo que me había hecho sufrir. ¿Qué quería hora de mí?

–He venido a hablar contigo, Fran.

–Pues yo no quiero hablar contigo, Alberto. Déjame en paz –dije alejándome a toda prisa de él.

Comencé a andar por el camino que tenía delante; no sabía muy bien lo que



hacía, pero necesitaba alejarme de él. No podía mirarle a su preciosa cara porque me dolía tenerle delante y no poder besarle. Sentía punzadas de dolor en el pecho y no quería ponerme a llorar como una tonta. Noté que la nieve no estaba demasiado bien y resbalaba bastante.

–Por favor, Fran, he venido hasta aquí para hablar contigo.

–Pues ya puedes irte, te podías haber ahorrado el viaje.

–Me he dado cuenta que he sido un estúpido.

–Claro que lo has sido; pero no entiendo por qué has venido ahora, justo cuando empezaba a recuperarme. ¿Qué has hecho durante este último mes?

Seguía andando por el camino y Alberto me seguía, pero era más rápido y mucho más alto que yo y me estaba alcanzando.

–De eso te quiero hablar; pero no así. Párate, por favor –dijo cogiéndome de la mano.

Intenté soltarme y lo hice tan bruscamente, que me resbalé y perdí el equilibrio. Sin poder evitarlo caí por la pendiente que había en el lado derecho del camino. Grité porque sentí miedo, esa pendiente era muy inclinada y no parecía haber nada que pudiera pararme, y cada vez cogía más velocidad. En apenas unos segundos pensé que ya no volvería a ver a Alberto, porque nada podría salvarme de esta caída. Sentí mucha pena por perderle para siempre.

Pero me equivoqué. A los pocos metros choqué contra un abeto que estaba en el camino, aunque, al caer todo mi cuerpo sobre mi pie derecho, supe que me lo había roto. Volví a gritar, aunque esta vez de dolor. Oía a Alberto que me llamaba. Parecía realmente preocupado.

–¡Fran! ¡Fran! ¿Dónde estás? Contéstame, por favor.

–Estoy más abajo, me he chocado con un árbol y creo que me he roto el pie.

En realidad el árbol me había salvado la vida, si no me hubiera chocado con él, habría seguido cogiendo cada vez más velocidad y nada hubiera podido pararme.

–Voy a por ti, no te preocupes, enseguida estoy allí.

¿Que no me preocupara? ¿Ahora se preocupaba por mí? ¿De repente sentía algo por mí? No entendía qué demonios le había hecho cambiar de opinión. La última vez que le vi, fue tan frío como el hielo y me destrozó el corazón. Al verme segura, apoyada en el árbol, noté que la rabia de antes volvía a salir a la superficie ¡No tenía derecho a jugar con mis sentimientos! No podía estar pendiente de si un día me quería y al siguiente no. Necesitaba a alguien seguro de sus sentimientos hacia mí, alguien que me quisiera, seguro y no emocionalmente inestable. Aunque, en realidad, él había sido siempre así, hasta que murió su madre.

–Gracias a Dios que estás bien, qué susto me has pegado. Déjame ver tu pie.

–No. ¡Déjame en paz!

–Fran, ahora no estás en posición de ponerte cabezota, te has salvado de milagro.

¡No me digas!

–No te molestes por mí. Llamaré a mis hermanos –dije buscando la flexitabiet en el bolsillo.

¡Mierda, me la había dejado en casa!

–Ellos saben que estás conmigo. No hace falta que les molestes. Te llevaré hasta tu casa.

–No puedo andar, Alberto, ¿Cómo vas a llevarme tú solo?

–¿Crees que no puedo contigo?

–Claro que no puedes. Necesitas ayuda. Pero me he dejado mi flexitab. ¿Puedes llamarles tú?

–No voy a llamarles. Puedo llevarte yo solo.

–¡Oh, qué cabezón eres! ¡No quiero que me lleves tú!

No quiero que me toques, ¿no lo entiendes? Si me tocas, me olvidaré de todo el daño que me has hecho, y ahora necesito recordarlo. Necesito estar enfadada contigo, no te puedo perdonar tan fácilmente.

–¡Pues no tienes otra opción! O te cojo yo o te quedas aquí en la nieve.

–Me quedo aquí en la nieve.

–¡Y tú dices que yo soy cabezón! Lo siento, pero no te pienso dejar aquí en la nieve –dijo intentando levantarme.

–¡Déjame! No quiero que me toques, Alberto.

–Sabes que te voy a sacar de aquí, si no, nos vamos a morir los dos de frío. Yo no me muevo de aquí sin ti.

Aunque me costara reconocerlo, tenía razón. A pesar de que hacía buena temperatura para la altitud a la que nos encontrábamos, no podíamos permanecer mucho rato tirados en el frío suelo.

–Está bien, cógeme entonces.

Aunque con bastante dificultad, Alberto me subió a su espalda. No sabía cómo iba a poder subir aquella empinada cuesta conmigo detrás, pero sabía que podría hacerlo; estaba muy fuerte. No hablamos durante el ascenso, Alberto ya tenía suficiente con mi peso, como para poder hablar al mismo tiempo. Cuando por fin llegamos de nuevo al camino, me sentó sobre una piedra para poder recuperarse.

–¿Estás bien? –pregunté.

Después del esfuerzo que había hecho para salvarme, me ablandé un poco. La verdad es que había sido muy patosa, ni que fuera mi madre. ¿Cómo podía haberme caído de esa manera tan tonta? Nunca me había pasado algo así. Bueno, en el accidente de la nieve, pero eso no había sido culpa mía, me había tropezado en el camino.

–Sí –dijo sonriendo–, estoy muy bien, porque tú estás bien –añadió jadeando.

–¿Desde cuándo te importo? Pensaba que no sentías nada por mí.

Me miró apenado, como si le hubieran molestado mis palabras, pero ¿qué quería que le dijera? Estaba muy confusa. No había hablado conmigo en un mes y de repente parecía ser su mayor preocupación.

–Ahora hablamos tranquilamente. Tenemos que irnos de aquí, tengo que mirarte el pie antes de que sea demasiado tarde –dijo volviendo a cogerme.

–Es posible que pueda ir andando a la pata coja.

–No, sube a mi espalda; ya no queda nada, creo. ¿Dónde está tu casa?

–Solo hay que bajar esta cuesta; esta allí mismo –dije señalando un grupo de casas de madera que había justo debajo de la pista.

Entramos en casa, aunque no sabía si estarían mis hermanos. En realidad, desconocía qué habían tramado exactamente entre los tres. Alberto me colocó sobre el sofá del salón y me quitó muy despacio la bota y el calcetín del pie que me había lesionado.

–¿Te duele?

–Sí.

–¿Me lo he roto?

–No, solo te lo has dislocado.

Sentí un dolor tremendo y grité cuando Alberto, igual que había hecho con mi hermano Pedro en el viñedo, me colocó el pie en su sitio.

–Ya está, solucionado.

–No me puede creer que me hayas hecho eso sin avisarme. ¡Me has hecho mucho daño!

–Es mejor no avisar, así estás más relajada y te lo puedo hacer bien. Si te pones tensa, es más complicado. ¿A que ya no te duele?

–No. Gracias –dije sonriendo tímidamente.

–Por fin veo una sonrisa en tu rostro.

Volví a ponerme seria. Aunque me hubiera salvado y curado, no se merecía una sonrisa.

–Fran, siento mucho lo que te he hecho.

–Vale, está bien, te perdono, pero vete de aquí.

–No lo entiendes; no he venido solo aquí para que me perdones, estoy enamorado de ti, y quiero que vuelvas a salir conmigo.

–¿Ahora sí sientes algo por mí?

–Fran, siento mucho más que algo por ti. Ya te lo he dicho, estoy enamorado de ti.

–¿Pero, entonces, por qué me dijiste esas palabras horribles?

–Estaba muy confuso y tenía miedo.

–¿Miedo de qué?

–De sentir lo que sentía por ti. Cuando murió mi madre, sentí un vacío tremendo. Y dejé de sentir en general. No era capaz de sentir nada. Pero

estaba equivocado, no era que no sintiera, sino que no quería sentir. Simplemente no quería sufrir más. Perder a mi madre ha sido lo peor que me ha pasado, y no quería volver a querer a nadie como a ella.

Me quedé en silencio. ¡Me había dejado porque tenía miedo!

—¿Y qué te ha hecho cambiar de repente?

—El libro de tu madre.

—¿Qué? —le pregunté muy confusa.

—Tu madre me mandó su libro. La verdad es que no sabía por qué me lo mandaba, pero lo leí. No pude parar de leerlo hasta el final y, cuando terminé, me di cuenta de que lo que sentía por ti era lo mismo que lo sentía tu padre por tu madre.

—¿Mi madre te ha mandado el libro? No entiendo nada

—Sí, me lo mandó por mail, Y se lo agradezco muchísimo, porque me ha abierto los ojos.

Me miraba con una cara mezcla de deseo y amor que estaba consiguiendo ablandarme otra vez.

—Por favor, Fran, perdóname.

—No puedo Alberto, me has hecho tanto daño...

—Lo sé, y lo siento tanto. A veces me cuesta expresar mis sentimientos, pero te prometo que voy a intentar comunicarme mejor.

—¿Y si dentro de una semana me vuelves a dejar? No puedo pasar por esto otra vez, justo ahora que empezaba a sentirme mejor. Después de terminar el libro ya no me sentía tan hundida.

—Fran, por favor, no quiero perder el tiempo más de lo que lo he perdido ya.

Dame otra oportunidad –dijo acariciándome la cara.

Eso sí que no podría soportarlo. Si me tocaba así, me iba a derrumbar por completo. Recordé las palabras o, mejor dicho, pensamientos de su abuela “te quiero pedir que perdones a Alberto por lo que va a hacer”. ¡Ella sabía que iba a pasar esto!

–¿Todavía sientes algo por mí? –me preguntó.

–¡Tú qué crees! Siento algo más que algo por ti–dije medio enfadada conmigo misma porque estaba a punto de ceder.

Me sonrió como solo él sabía hacer y me di cuenta de que había perdido la estúpida batalla que estaba librando conmigo misma. No podía dejar de vivir esto con Alberto, aunque el miedo a sufrir de nuevo estuviera llamando a mi puerta. Seguramente valdría la pena volver a vivir lo que Alberto me hacía sentir; que el miedo se buscara otro sitio donde entrar, aquí no tenía sitio, ni conmigo ni, por lo visto, con Alberto. Sus preciosos y brillantes ojos negros me miraban de una forma indescriptible y no pude evitar dejar que me besara.

Cuando comenzó a quitarme la ropa, dejé de besarle.

–¡Mis hermanos pueden entrar en cualquier momento! –dije preocupada.

Se rio como si hubiera dicho algo muy gracioso.

–No van a venir en toda la noche. No te preocupes.

–¿Qué demonios habéis tramado? No puedo creerme que mis hermanos dejen que estés aquí toda la noche haciéndome el amor.

–Pues sí, me han dejado. Bueno, lo de hacer el amor toda la noche, no se lo he comentado; pero estoy seguro de que se pueden hacer una idea de lo que quería hacer contigo si me perdonabas.

–Por si acaso, vamos a mi habitación.

–Vale, pero no te muevas. No deberías apoyar el pie todavía –dijo cogiéndome en sus fuertes brazos–. ¿Dónde está tu habitación?

Señalé con el dedo uno de las cuatro puertas que había y aproveché para besarle. No me cansaría jamás de besar sus preciosos y perfectos labios.

Aunque no era la primera vez que hacíamos el amor, mi sensación fue como si lo fuera. Cada caricia suya, cada beso, cada mirada, eran nuevos para mí. Alberto había vuelto a cambiar; se parecía mucho al de antes, pero ahora era más maduro, más seguro de sus sentimientos. Volví a sentir cómo me quería y supe que la última vez no me había equivocado al interpretar sus sentimientos. Me quería, pero el miedo había podido con él. Ahora lo entendía.

Me di cuenta de que no lo había pasado muy bien este último mes. Aunque no sabía de dónde procedían, me vinieron imágenes de él en la oscuridad de su habitación sin dejar de pensar, sin dejar de dar vueltas al sentido de la vida y del amor; le vi muerto de miedo, perdido, solo, aislado, sin entender por qué su madre, su guía en la vida, se había tenido que ir. Ella le había enseñado lo que significaba realmente el amor y la generosidad, ella le había intentado hacer ver que su padre tan solo se había ido porque tenía miedo y no porque no les quisiera. Ella le había salvado todo este tiempo.

Vi cómo su hermana y su abuela habían intentado ayudarle, habían intentado acercarse a él, pero no las había dejado. Había estado todo este tiempo solo, sin querer sentir nada, y mi madre había conseguido sacarle de su aislamiento de una forma muy sencilla. No me podía creer que mi madre hubiera hecho eso y que gracias a ella Alberto hubiera vuelto a mí. No podía evitar preguntarme qué habría pasado si no se lo hubiera enviado. ¿Nunca habría vuelto conmigo? ¿Se habría hundido en la miseria? ¿O, en algún momento, su abuela habría conseguido que reaccionara? Quizá era una fase que necesitaba vivir para darse cuenta de sus sentimientos. Quizá habría vuelto a buscarme con el



tiempo. Pero quizá habría sido demasiado tarde. ¿Pero para qué dar vuelta a las cosas? Había vuelto, y eso era lo importante. No tenía ningún sentido que me preguntara que habría pasado si.

Ahora le tenía entre mis brazos y le quería más que nunca. Había estado a punto de perderlo todo al caerme de esa estúpida manera. Podía haberme muerto y no haber vuelto a sentir lo que estaba sintiendo ahora. Tenía que vivir el presente, como decía mi madre en su libro y como Alberto me había dicho también la primera noche que nos besamos.

Cuando abrí los ojos por la mañana, después de haber dormido apenas unas horas, vi que Alberto estaba a mi lado mirándome y sonriéndome.

–Buenos días, Fran, o Francesca, como te llama mi abuela. Estás preciosa.

–¿Llevas mucho rato despierto?

–Sí, porque todavía no he dormido, me he quedado mirándote todo el tiempo. Pareces un ángel dormida.

–¿No has dormido nada?

–No, no quiero perder el tiempo durmiendo. Te he echado tanto de menos y estoy tan feliz de estar contigo. Además, ayer, cuando te caíste, pensé que te había perdido para siempre y estoy disfrutando de ver que estás aquí conmigo.

Le sonreí.

–Gracias por haberme perdonado, no sé qué habría hecho si no lo hubieras hecho –me dijo.

–Sabías que te iba a perdonar.

–Vale, es cierto; pero me lo decían tus ojos, no tus palabras.

–Siempre hay que fijarse en los ojos, son los únicos que dicen la verdad.

–¿Y qué dicen los míos ahora? –me preguntó.

–¿Quieres que te lo diga de verdad?

–Sí.

–Que me quieres.

–Tienes razón, los ojos siempre dicen la verdad. Te quiero, Fran –dijo besándome.

Su madre tenía razón, me lo diría algún día, cuando estuviera preparado. Y lo estaba, ya lo estaba. Había tenido que pasar un mes horrible para poder escuchar esas palabras. Pero era cierto que sus ojos me lo habían dicho mucho antes.

Nos quedamos casi todo el día en la cama, no podíamos dejar de querernos. Como decía Alberto, no quería perder el tiempo, y no lo hicimos.

–¿Dónde están mis hermanos? –pregunté cuando ya se hizo de noche.

–Ah, es una sorpresa. Nos vamos a tener que levantar ya –dijo mirando su flexitablet.

–Nooo, ¿Por qué?

–Te lo he dicho, es una sorpresa. Venga, vamos a ducharnos.

Alberto me pidió que me pusiera guapa. Aunque pensaba que no había traído ningún vestido bonito, cuando miré en mi maleta encontré el vestido verde que tanto le gustaba a Alberto. ¿Quién lo habría puesto allí? Yo seguro que no. ¿Habría sido mi madre? No me extrañaría. Fuimos de la mano hasta un restaurante que conocía perfectamente, al que íbamos siempre con mi padre. Me encantaba ese sitio, era muy acogedor y solo tenían comida suiza: fondues y raclettes.

Cuando entramos y vi quién estaba esperándonos, me paré en seco y, de

repente, fui consciente de todo lo que había pasado desde la noche anterior: Alberto había venido a buscarme hasta el fin del mundo, me había pedido perdón, casi me mato en la nieve por segunda vez en poco tiempo, me había rescatado de la caída, habíamos estado casi veinticuatro horas haciendo el amor y, lo más importante, me había dicho por fin que me quería. Y ahora tenía delante a mis hermanos y sus novias, Marina y Celia, sonriéndonos, porque ellos habían sido cómplices de todo esto. Y no pude evitar ponerme a llorar.

–¿Qué te pasa, Fran? –me dijo Alberto sorprendido.

Pero no podía contestarle. Pedro y Marco se acercaron a abrazarme.

–Fran, empiezas a parecerte a mamá –dijo Marco riéndose.

–Lo sé; y no me hace ninguna gracia –dije sin parar de llorar.

–Vamos, Fran, creo que necesitas un vino –dijo Pedro dándome una copa de vino tinto.

Asentí, lo necesitaba y mucho.

Cuando se me pasó un poco la emoción, pude por fin saludar a Celia, por primera vez para ella, por segunda vez para mí, y a Marina.

–Lo siento por haberme puesto a llorar, pero han sido muchas emociones juntas estas últimas horas –dije mirándolas a las dos.

–No te preocupes, Fran –me dijo Celia–. Pedro me lo ha explicado; bueno, y Alberto por el camino.

–¿Habéis venido juntos?

–Sí –contestó Marina–. Estaba todo organizado, Fran. Alberto habló con tu madre después de leerse su libro y ella organizó todo con tus hermanos. Como yo iba a venir a esquiar, pues me vine con Alberto desde Madrid y Celia ya estaba en Roma. En fin, que nos hemos venido juntos hasta aquí como buenos

cuñados –dijo riéndose.

–No me lo puedo creer –dije feliz.

–Ah, por cierto, Alberto –dijo Pedro cogiéndole por el hombro–, si vuelves a dejar a mi hermana, te las tendrás que ver conmigo –dijo, creo que bromeando.

–No te preocupes, eso no pasará nunca –dijo sonriéndome.

Estaba como en una nube, no me podía creer todo lo que había pasado, y, aunque estaba muy feliz aquí y no quería irme, tenía ganas de hablar con mi madre de todo esto.

Después de disfrutar de una mañana de domingo haciendo snow junto a Alberto, por la tarde nos marchamos rumbo a Frascati. Alberto y yo íbamos en su coche alquilado y los demás iban en el coche de Pedro. Sonaba Gravity, de Cold Play.

–¿Qué tal estas? –me preguntó Alberto cuando llevábamos un rato en el coche.

–Muy bien, ha sido un fin de semana muy intenso.

No me puedo creer que estemos juntos otra vez.

–¿Cuándo vuelves a Madrid?

–No tengo ningún plan, Fran, vuelvo cuando vuelvas tú. No me pienso separar de ti.

Le sonreí.

–¿Te quedas en Frascati, entonces, hasta el día treinta, que volvemos a Madrid?

–Suena fantástico, si a tus padres no les importa.

–Claro que no les importará.

Después de todo, mi madre había organizado todo esto.

–Por cierto, ¿qué quieres por tu cumpleaños? –me preguntó.

¿Se acordaba de mi cumpleaños? ¿Sería este el momento que tenía que aprovechar para pedirle lo que me dijo su madre?

–Quiero pedirte algo, pero no es material.

–Tus deseos son órdenes.

–No sé si estarás de acuerdo cuando oigas lo que tengo que pedirte.

Me miró extrañado.

–Verás, quiero pedirte que... que –no sabía cómo decírselo–... intentes perdonar a tu padre.

–¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Fran? –me preguntó algo contrariado.

–O, por lo menos, que no sientas ira hacia él.

–¿Por qué te va a importar a ti lo que sienta por mi padre? –preguntó bastante enfadado.

No sabía por qué, pero me esperaba ese tipo de contestación. Al fin y al cabo me estaba metiendo en un terreno desconocido muy personal, demasiado personal. ¡Su madre me había pedido algo imposible!

–Lo siento, Fran, no te quería hablar así. Pero es que no entiendo por qué me estás pidiendo esto.

–Yo tampoco, pero me lo pidió tu madre, si no, no lo haría; es demasiado delicado para que me meta por el medio, pero no podía negárselo.

–¿Mi madre? ¿Te pidió mi madre que perdonara a mi padre? –dijo mirando hacia la carretera fijamente.

–Sí, me dijo que no era bueno que sintieras tanta ira hacia él, que sabía que sería imposible pedirte que le perdonaras, pero que, por lo menos, te

olvidaras de él.

–Tiene gracia lo que me estás diciendo.

–¿Por qué? –ahora era yo la sorprendida.

–Porque el otro día mi padre intentó ponerse en contacto conmigo.

–¿En serio?

Eso sí que no me lo esperaba.

–¿Y qué le has dicho?

–Todavía nada, no podía contestarle. Además, en ese momento, tú ocupabas todos mis pensamientos.

Qué bonito sonaba eso.

–Quizá deberías escucharle.

–No sé, Fran, es que, para mí, es algo superior a mis fuerzas. No sé si puedo hacerlo.

–Bueno, por lo menos prométeme que lo pensarás. No sé por qué tu madre confiaba en mí.

–Yo sí lo sé: mi madre sabía que eras muy importante para mí, y no se equivocaba.

–¿Lo harás?

–Lo pensaré, Fran, por ahora no me pidas más.

–Está bien. Me conformo con eso.

Pensaba que se iba a enfadar mucho más conmigo, pero, finalmente, no había sido tan complicado como había pensado. Aunque, en realidad, objetivamente, no había conseguido ningún resultado. Pero no creía que con ese tema se pudiera ser impaciente. Habría que hacerlo poco a poco. Que lo pensara era

más de lo que podía haber pedido en un principio.

Aunque cuando llegamos al viñedo, Alberto y yo, era muy tarde, mis padres estaban esperándonos despiertos.

–Hola, mamá, papá.

–Hola, Julian, María, encantado de volver a veros –dijo Alberto.

–Hola, chicos –dijo mi madre muy sonriente.

–Alberto, bienvenido de nuevo a la familia –dijo mi padre.

–Gracias –dijo algo avergonzado.

–¿Y los demás? –pregunté.

–Llegaron hace un rato y están ya durmiendo, o haciendo lo que sea –dijo mi madre.

–Mamá, ¿puede dormir Alberto conmigo?

Alberto me miró sorprendido por lo que acababa de decir, pero no quería separarme de él ni una noche más. Mi madre miró a mi padre algo confusa y supe que eso era buena señal.

–Está bien, Fran, haced lo que queráis –dijo dándose por vencida–. Si tus hermanos están con sus novias, supongo que tú también puedes.

–Voy yendo a la habitación. Buenas noches –dijo Alberto alejándose.

Alberto sabía que quería hablar con mi madre a solas y, además, supuse que esta situación le estaba dando algo de vergüenza.

–Fran, me alegro de verte feliz de nuevo. Buenas noches –dijo mi padre dándome un beso en la mejilla.

–Gracias, papá. Buenas noches.

Mi madre y yo nos sentamos en el sofá del salón.

–Mamá, quería hablar contigo.

–Lo sé.

–Gracias por ayudarme a recuperar a Alberto.

–Bueno, no ha sido idea mía; bueno, sí ha sido idea mía, pero solo en parte.

–¿Qué? No te entiendo.

–Vas a pensar que estoy chiflada, pero el día del funeral de su madre, su abuela me dijo... bueno, en realidad no me lo dijo, sino que oí sus pensamientos. Me explicó lo que iba a pasar entre vosotros. Me dijo que se me ocurriría algo para intentar juntaros de nuevo, y que no lo desechara, que, aunque en un principio me pareciera una tontería, que no dejara de hacerlo. Y cuando terminé el libro, se me ocurrió mandárselo, y, por supuesto, lo primero que pensé fue que era una estupidez. Pero entonces recordé las palabras o, mejor dicho, los pensamientos de su abuela. Busqué el correo de Alberto en tu flexitablet y se lo mandé. Le dije que cuando lo terminara me llamara y así hizo. Todo lo demás salió prácticamente solo. Alberto me preguntó si podía venir aquí y le dije que sí, pero que mejor teníais que reencontraros en otro sitio, lejos del viñedo. Hablé con tus hermanos y organizamos todo esto.

–Creo que sería mejor que Alberto no supiera lo de su abuela, no le gustan esas cosas.

–No le he dicho nada. Él cree que ha sido idea mía.

–Mejor así. Gracias, mamá, por todo, estoy tan feliz.

–Lo sé, y no sabes cuánto me alegro. Su abuela me dijo que estabais hechos el uno para el otro y creo que es verdad. Igual que papá y yo.

Le sonreí. Ojalá tuviera razón.

Cuando fui a la habitación, pensé que Alberto se había dormido, porque



estaba metido en la cama y no me dijo nada. Me puse el camisón y me metí junto a él.

–¿Para qué te has puesto ropa si te la voy a quitar ahora mismo? –me dijo travieso.

Me reí.

–Pero tenemos que ser silenciosos, esta casa es muy pequeña –dije en susurros.

–Seré como una tumba.

–Te quiero–le dije al oído.

–Te quiero.

Le acaricié y besé sus fuertes y anchos hombros, su torso masculino y seguí hacia abajo. Alberto me besó en los labios con un ardiente deseo y bajó por el cuello, el pecho y siguió bajando. Me volvía totalmente loca sentir sus fuertes y mágicas manos por cada poro de mi piel. Le adoraba; no sabía que se podía llegar a sentir lo que sentía por él. Era algo único y, por qué no, mágico.

Tendría que agradecerle a su abuela todo lo que había hecho por nosotros. A su abuela, que me había acompañado en mis dos vidas, que era la única que sabía lo que había vivido, la única que sabía que no estaba loca, aparte de su madre. Aunque todavía no entendiera muchas cosas, me daba igual; el destino final de todo lo que había vivido era este: estar con Alberto. Y no podía haber un destino mejor.

## 17% vol.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, me quedé observando detenidamente la estampa que tenía delante de mí: Pedro y Celia, Marco y Marina, mis padres y Alberto y yo. Nuestra pequeña familia, sin contar a nuestra multitudinaria familia de primos y tíos, había crecido en poco tiempo. Nuestra pequeña casita del viñedo se estaba quedando, definitivamente, pequeña para todos nosotros.

–¿Qué vais a hacer hoy? –preguntó mi padre mirándonos a todos.

–Yo voy a ir con Celia a la bodega, me va a ayudar.

–Yo voy a llevar a Marina a ver Frascati –dijo Marco.

–Estupendo, ¿y vosotros? –dijo mirándonos a nosotros dos.

Miré a Alberto, la verdad es que no había pensado en nada.

–Quiero llevar a Fran a un sitio.

–¿Qué? Se supone que yo soy de aquí y te debería llevar yo.

Me puso cara de “ah, conmigo las cosas no son como deberían ser”.

–¿Dónde vamos? –le pregunté cuando nos metimos en su coche alquilado.

–Es una sorpresa.

–Me encantan las sorpresas.

Ví que nos encaminábamos hacia Roma. Me sentía tan feliz de estar junto a Alberto que me daba igual dónde fuéramos con tal de estar con él. Aparcamos enfrente de un edificio de oficinas y, cuando apagó el coche, Alberto me acarició la cara.

–Fran, me vas a tener que esperar aquí un rato; espero que no sea mucho.

–¿Qué? ¿Pero a dónde vas?

–Luego te lo explico. Confía en mí.

–Está bien, esperaré.

Al cabo de media hora Alberto salió del edificio. ¿Qué estaría tramando?

–Ya está Fran, ha salido bien.

–¿El qué? ¿Me lo vas a explicar?

–¡Qué impaciente eres! –dijo riéndose–. Claro que te lo voy a explicar. He pensado que cuando acabes el instituto querrás volver a Italia con tu familia. No creo que puedas vivir muy lejos del viñedo. He visto cómo te sientes cerca de él y cerca de tu familia. Por eso he conseguido hacer mis prácticas aquí, así podremos estar juntos. Empiezo en junio.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, te seguiré allí donde vayas.

¿Qué? Eso era lo más bonito que había oído jamás.

–Pero, me han dado una beca en Madrid para estudiar Enología.

–¿Sí? No lo sabía; enhorabuena, Fran. Como ya te he dicho, iré donde tú vayas.

–Pero tú querías hacer tus prácticas en otro país.

–Me da igual, estar contigo es lo que me hace realmente feliz, me da igual estar en Madrid o en Italia, o en cualquier otro sitio.

Le sonreí, ¿se podía ser más encantador y generoso?

–Creo que tienes razón; prefiero estar aquí, cerca del viñedo, y así tú podrás vivir tu experiencia de estar en otro país.

–Estupendo. Pero quiero que vivamos juntos.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, no quiero venir aquí para estar separados. ¿Crees que tus padres te dejarán?

–Sí, yo creo que sí. Pero tendré que estar cerca del viñedo.

–Estaremos donde tú quieras. ¿Me enseñarás italiano?

–Voy a hacer algo mejor, te apuntaré en la escuela de idiomas de mi madre.

No podía creerme que en apenas unos días hubiera organizado todo esto, ir a verme a los Alpes y, además, una entrevista de trabajo. Le abracé. ¿Se podía tener un novio más maravilloso que este?

## **Año Nuevo. Tres años después.**

Estaba dando vueltas por nuestro apartamento de Frascati, pero no sabía qué estaba buscando. Había algo que había olvidado y tenía que recordarlo. Era algo que estaba aquí, en nuestra casa. “Tienes que leer la carta” –me decía una voz. ¿Qué carta? ¿Y dónde estaba? Buscaba por todas las cajas que tenía guardadas, pero no encontraba nada. Abrí el armario de la ropa, pero allí no había ninguna carta. “Despiértate, Francesca, y coge la carta”. Era la voz de la abuela de Alberto.

Abrí los ojos. Era un sueño, tan solo había sido un sueño. Pero, su abuela tenía razón, ¡la carta! Claro, la carta que me había escrito su madre. Ya podía leerla, habían pasado tres años, hoy era mi cumpleaños y cumplía veintiún años. ¿Cómo podía ser que lo hubiera olvidado por completo? Durante estos años no lo había pensado jamás, como si no existiera esa carta, como si nunca hubiera sucedido.

Miré a Alberto, completamente dormido junto a mí. Parecía un ángel. Estaba tan guapo que me daban ganas de dejar la carta para otro momento y acurrucarme junto a él. Pero decidí que lo haría después, luego me acurrucaría junto a él, no había nada que me gustara más que eso. Pero ahora quería leerla, quería saber lo que me había escrito su madre.

Salí de la cama y, aunque no sabía dónde estaba la carta, mis pasos me llevaron al mueble de nuestro pequeño salón. Allí encontré una caja de madera y la abrí: allí estaba la carta. No sabía ni que estuviera allí, pero, ahora que la había cogido, lo recordé claramente, como si la hubiera guardado ayer mismo, cuando hacía dos años y medio que lo había hecho; el verano que Alberto y yo

nos vinimos a vivir a Frascati.

A mis padres les dio mucha pena que me fuera de la casita; de repente, nos habíamos ido todos. Marco fue el primero en irse a Madrid, en enero estaba allí estudiando y trabajando al mismo tiempo. Se mudó con Marina, aunque un año después Marina le dejó por un compañero de su universidad. Me dio mucha pena perder una amiga, pero no podía seguir siendo mi amiga después de haberle roto el corazón a mi hermano. Hacía menos de un año que había conocido a otra chica que trabajaba con él y estaba otra vez enamorado. Eso sí, no había vuelto a Italia. Se había quedado definitivamente en Madrid y no creía que fuera a volver.

A los pocos meses de irse Marco a Madrid, Pedro se mudó con Celia al apartamento que tenía ella en Roma, aunque iba y venía todos los días al viñedo. Pedro era como yo, o yo como él, nunca podríamos separarnos del viñedo, era parte de nosotros y Celia lo tenía clarísimo. Solo podrían vivir juntos en Italia. Ella seguía viajando mucho a Madrid, pero cada vez tenía que ir menos. Y este verano se casaban. Sería la primera boda en nuestra pequeña familia y por supuesto lo celebraríamos en el viñedo.

Mi madre seguía trabajando en la academia con Nicola, pero seguía escribiendo libros. Decía que ya no podía parar de escribir, que lo necesitaba y que era lo que más feliz le hacía. Mi padre seguía trabajando en el viñedo, porque era su pasión, y, de vez en cuando, viajaba a Estados Unidos para ir a visitar, junto con sus hermanos, Marco y Fran, a clientes muy importantes que tenían desde hacía años.

¡No me podía creer que hubiera pasado tanto tiempo!

Yo seguía estudiando Enología en Roma y trabajando en el viñedo. El año anterior había hecho otro vino de autor que había tenido mucho éxito, aunque esta vez el nombre del vino era mi otro nombre, el más largo: Francesca.

Después de mi segunda creación, pude convencer a Alberto para que usara el dinero de mis vinos para abrir un centro de fisioterapia. Era tan bueno con sus manos que enseguida corrió la voz y tenía más trabajo del que podía atender. Los clientes le pedían que abriera los fines de semana, pero, eso lo tenía muy claro, el fin de semana era para nosotros.

Pedro y Alberto, por ironías de la vida, se habían hecho grandes amigos. Y me alegraba mucho porque así Alberto no se sentía solo tan lejos de España. Quizá Pedro echaba de menos a Marco y había encontrado en Alberto una especie de hermano de repuesto. Algunas veces salían los dos con mis primos a tomar algo y yo aprovechaba para ir a mi casa del viñedo y cocinar con mi padre. No había que perder las buenas costumbres y tenía que reconocer que el haber perdido a mi padre una vez, aunque fuera en sueño, me había afectado mucho.

Saqué la carta del sobre, y desplegué las miles de hojas que tenía dentro. La caligrafía de su madre era preciosa, de esas perfectas que todo el mundo quiere tener pero casi nadie lo consigue.

Querida Fran o Francesca,

Sé que te has olvidado de la existencia de esta carta hasta hoy, el día de tu veintiún cumpleaños. Sé que esta mañana te has despertado con una voz en tu cabeza recordándotelo. En fin, como te dije todo tiene una razón en esta vida, y te voy a explicar la razón de todas las cosas extrañas que te pasaron antes de abrir los ojos.

Muchas de las cosas que te voy a contar las sé por Victoria, la abuela de Alberto, que en paz descansa. Sabía que en esta fecha no estaría ni yo ni ella para contártelas, y por eso te he querido dejar esta carta.

Como ya sabes tenemos un extraño poder y sabemos algunas cosas que van a pasar, aunque no todas, pero sobre todo, lo que les va a pasar a las personas

que más queremos, y por encima de todo, lo que les va a pasar a nuestros hijos. Ya sabes que a Alberto nunca le han gustado estos asuntos del futuro y siempre, desde que era pequeño, ha huido de ello. Curiosamente ninguno de mis hijos tiene nuestro don y tampoco ninguna de mis hermanas y sobrinos. Tienen otros dones, y el de Alberto sé que lo conoces perfectamente, está en sus mágicas manos. Supongo que tiene un poder físico porque siempre ha querido huir de lo sobrenatural, pero sin darse cuenta tiene un don sobrenatural, porque lo que hace Alberto con sus manos, y no es porque sea su madre, no es normal tampoco. Pero eso ya lo sabes perfectamente.

Te habrás preguntado mil veces porque viviste esa otra vida, antes de despertarte en el hospital con tu padre vivo a tu lado. Yo no te puedo contestar a todas tus preguntas, pero sí a algunas. Victoria me contó que estuvo soñando contigo mucho tiempo, antes de que aparecieras en nuestra vida. Ella se metió en tu sueño para guiarte, por eso en él parecía la abuela de Rob. Verás, el Rob de tus sueños no era en realidad el Rob real, pero de eso ya te habrás dado cuenta tu sola. Pero tenías que soñar con él, tenías que enamorarte de él, tenías que soñar con el talent search y sobre todo con venir a Madrid a estudiar. Tenías que vivir lo que era perder a un padre, y tenías que vivir el calor y amor que te dieron tus hermanos y tu madre durante ese tiempo.

¿Por qué? Porque cuando te despertaras en la realidad, después de dos meses de haber tenido ese accidente en la nieve, querrías ir a buscar lo que habías perdido, sobre todo a Rob, pero también a tus amigos y todas las experiencias que habías tenido. Tenías que intentar apuntarte en el talent search y eso era lo más importante de todo. Te costó hacerlo, pero lo conseguiste. Tenías que hacer todo eso por algo, y ese algo, era encontrarte con Alberto por casualidad, como hicisteis la segunda semana de clase. El problema fue que tu sueño había sido tan real, que querías seguir intentando recuperar al Rob de tu sueño. Aunque ibas viendo que no era la misma persona, no te diste cuenta de



verdad, hasta que empezaste a conocer a Alberto, quien si se parecía al Rob de tus sueños, mucho más que tu profesor.

Alberto empezó a cambiar desde el día que te vio. Como sabes llevaba dos años sin querer sentir, salía con chicas, pero no le interesaba ninguna, las dejaba enseguida, no le llenaban nada, tan solo le interesaba trabajar con sus manos. Dejó de quedar con sus amigos, porque el poco tiempo que tenía lo dedicaba a cuidar de mí, y a trabajar para poder mantenernos. A su hermana le pasó casi lo mismo, con la diferencia de que ella si sentía, y eso era bueno.

Alberto me tenía muy preocupada, pero en cuanto te conoció, comenzó a ser el de antes. Volvió a sonreír y a sentir. Me di cuenta el día que se enteró de que te habías “liado” con Rob, él no me lo contó, nunca me contaba sus problemas personales, todo esto lo se gracias a mi poder. Cuando le vi tan decaído supe que realmente habías conseguido curarle, que volviera a sentir como el resto del mundo. Él no estaba acostumbrado y le costó mucho perdonarte. Desgraciadamente la reconciliación duró poco porque me tuve que morir. Me hubiera gustado esperar un poco más, pero llegó así de repente. No lo supe hasta esa misma noche cuando me puse a escribir esta carta y las de mis hijos.

Le pedí a mi madre que os ayudara, sabía que Alberto iba a volver a caer en el error de no querer sentir cuando me hubiera ido, lo sabía, porque tenía miedo de sufrir otra vez y sobre todo de parecerse a su padre. Sabía que se iba a hundir y que no iba a querer enfrentarse al amor que sentía por ti. Tenía miedo de no poder quererte como te merecías, prefería dejarte que hacerte daño como su padre me hizo a mi cuando nos dejó. Su padre era un hombre maravilloso, como Alberto, bueno Alberto creo que es mejor todavía. Pero cuando me puse enferma se murió de miedo y se marchó, no quiso saber nada de nosotros. Pero sé que lo ha pasado mal y no se ha ido con ninguna otra mujer y sé que quiere mucho a sus hijos. Pero el miedo pudo con él.

Gracias Fran por curar a Alberto de la rabia que sentía hacia su padre, sé que lo has conseguido. Sé que Alberto le ha dado una especie de oportunidad a su padre, y por lo menos se ven dos veces al año. Eso es mucho más de lo que hubiera esperado.

También te habrás preguntado muchas veces porque estabas conectada conmigo y con Victoria a través de nuestro pensamiento. Tú no tienes poderes, y lo sabes, pero tu hija sí. Si, tu hija, la que estas esperando ahora mismo.

Dejé de leer.

¿Qué?. ¿Estoy embarazada?

Era imposible, siempre habíamos usado protección. Estaba tomando la píldora, ¿o no? ¿Me había olvidado de tomarla últimamente? No era capaz de recordarlo. ¿Cómo no podía recordarlo? Era algo muy sencillo: o me la estaba tomando o no. Corrí al baño a buscar la caja, pero no la encontré por ningún sitio. Revolví todos los cajones, pero no encontré nada. ¿Qué me estaba pasando? Tenía que seguir leyendo, quizá su madre lo sabía.

Fran, tranquila, todo va a ir bien. Si, estás embarazada, créeme. Se lo que digo. Por eso te ha pasado todo esto, sino no te hubiera sucedido. Todas las cosas extrañas que te han pasado, y te pasarán a partir de ahora, están relacionadas con vuestra hija. Te has olvidado de tomar las píldoras desde hace dos meses. Sé que no lo recuerdas, y no intentes buscar una explicación de por qué se te ha olvidado. Creo que es algo más fuerte que tú y no puedes controlarlo. Pero es así. Estás embarazada de dos meses.

¿Cuánto hacía que no tenía la regla? Dios mío, qué me estaba pasando; no recordaba nada en absoluto. ¿Hacía dos meses que no tenía la regla y no me había dado cuenta? ¿Me estaba volviendo loca? Pero, sí era cierto que últimamente tenía mucha hambre, más que nunca, y por las noches no conseguía mantenerme despierta mucho tiempo, caía en la cama rendida. Pero

pensé que era sencillamente cansancio del trabajo y de las clases. ¡Dios mío, era cierto, estaba embarazada! ¿Qué pensaría Alberto? ¿Estaría él preparado para esto? Porque yo no. Definitivamente, no estaba preparada.

No te preocupes por Alberto, le va a encantar. Siempre le han gustado mucho los niños. Sé que eres muy joven para tener un hijo, pero lo harás estupendamente. Lo único que debes saber es que Patricia es una niña distinta. Tendrás que ayudarla y apoyarla. Durante el embarazo serás capaz de saber muchas cosas del futuro y sobre todo de las personas que quieres. Te vendrán imágenes, como te han venido muchas veces sobre Alberto. A veces sabías cosas que no hubieras sabido de otra manera. A partir de ahora, te pasará más, no tengas miedo. Solo será durante el tiempo que Patricia esté dentro de ti. Luego pasará, solo tendrás esa conexión con ella. Eso no te lo podrá quitar nadie. La conexión del pensamiento la tendrás siempre con ella. Ninguno de vuestros otros hijos tendrá este poder. Solo ella. Es la única que podrá transmitirlo a otras generaciones

¿Otros hijos? ¿Es que iba a tener más? Dios mío, esto era demasiado para mí. ¿Otras generaciones? Pero ¡de qué me estaba hablando!

Ya no tengo nada más que decirte, excepto que sigas cuidado tan bien de Alberto. Él te va a querer siempre. Aunque a veces no te entienda cuando te pasen cosas extrañas, y ahora te van a pasar más a menudo. Háblale de Patricia y vete contándole poco a poco sobre sus poderes. No lo hagas de golpe, que estas cosas le cuestan mucho y no le va a gustar nada que sea su propia hija la que tenga este poder. El, que nunca ha querido saber nada de esto, lo va a tener más cerca que nunca. La vida es una pura ironía.

Suerte Fran o Francesca. Sé que todo va a ir muy bien. Lo único que, el tener una hija como Patricia, os va a tener muy entretenidos.

Ah, y aunque creo que ya te has dado cuenta de ello, te he avisado antes de

tiempo por una razón muy importante, ¡Nada de bucear!

Que seáis muy felices.

Patricia.

¿Cómo sabía que nos íbamos a bucear? Bueno, de qué me extrañaba si ella sabía que estaba embarazada y yo ni siquiera lo había ni sospechado. Mañana mismo cogíamos toda la familia: mis padres, Pedro y Celia, Marco y su nueva novia y Alberto y yo, un avión rumbo a Hawái. Era un viaje que mis padres siempre habían querido hacer y nunca habían podido. Y este año había sido nuestro regalo de reyes para todos y, por supuesto, había sido idea de mi padre. Una vez había preparado este viaje para él y mi madre, pero llegué yo y lo estropeé todo.

¿Y esto era todo lo que me iba a contar su madre? ¿No había un manual para padres con hijas con poderes? ¿A quién iba a acudir si tenía alguna duda, alguna pregunta? Esto solo acababa de empezar y ya me sentía perdida, abrumada.

Me senté en la cama y no pude evitar ponerme a llorar. Lloré porque no tenía ni a Patricia ni a Victoria para ayudarme con esto. Y las necesitaba. ¿Cómo iba a ayudar a mi hija con poderes cuando yo no sabía nada de eso y su padre no iba a querer ni oír hablar del tema? No estaba preparada para esto, ni siquiera estaba preparada para tener una hija normal. ¡Acababa de cumplir veintiún años, por Dios!

—¿Fran? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? —me preguntó Alberto preocupado.

No entendía cómo no se había despertado antes; había hecho mucho ruido en el baño intentando buscar mis cajas inexistentes de píldoras. Y, sin embargo, con mi llanto casi silencioso se había despertado.

—Acabo de leer la carta de tu madre —dije sin poder parar de llorar.

–¿Y qué dice? ¿Son malas noticias?

–No, es algo maravilloso; se supone.

–¿Y por qué lloras?

–Porque estoy embarazada.

–¿Qué? ¿Lo dices en serio? ¡Pero eso es estupendo, Fran! –dijo abrazándome.

–¿Lo dices de verdad? ¿Estás contento? –pregunté un tanto insegura.

–Claro, estoy feliz. No hay nada que me apetezca más que tener un hijo contigo

–dijo levantándose la camiseta y besándome en la tripa.

–Hija.

–¿Va a ser niña?

–Sí. Patricia.

–¿La vamos a llamar como mi madre? Gracias, Fran; es un detalle por tu parte.

–Sí, bueno, el nombre se lo ha puesto tu madre –dije señalando la carta.

–Claro –dijo riéndose–, lo ha dejado todo preparado. ¿Y que más te cuenta en la carta?

Que tu hija es como tu madre y tu abuela y tiene poderes. Y se supone que yo, que no tengo ni idea de estas cosas, la tengo que guiar, ayudar y, además, tengo que tener cuidado contigo porque no te gustan estas cosas sobre el futuro, con lo que no te puedo contar nada todavía y no poder contártelo va a ser lo más complicado de todo.

–Que no puedo bucear.

–Dios mío, claro, tú no podrás bucear. Cuánto lo siento; sabía que te apetecía mucho. Pero ¿estás segura de que estás embarazada?

–¿Dudas de tu madre?

–No, claro que no. Y menos si lo ha dejado por escrito con tres años de antelación.

–Además, sé que lo estoy; tengo mucha hambre, mucho sueño y lloro mucho – dije señalando mis lágrimas.

–Te quiero. No te puedes imaginar la ilusión que me hace tener una hija contigo.

Le sonreí.

–Y Tendremos más.

–¿Sí? Estupendo. Por lo menos tres.

–Sí, por lo que ha dicho tu madre, son por lo menos tres. Pero no sé si estoy preparada para esto Alberto.

–Estoy seguro de que serás una madre fantástica. Además yo estaré siempre contigo, Fran, siempre –dijo besándome.

Lo sabía, siempre estaría junto a mí. Lo sabía, lo había dicho su madre y ella siempre acertaba.

Lo sabía, lo veía en su mirada... y los ojos siempre dicen la verdad.

# AGRADECIMIENTOS

Portada realizada por Begoña N. Mera (Gracias Hermana)

Algunos pensarán que cuando uno acaba de escribir un libro, te sientes feliz por haberlo terminado, en mi caso me siento muy triste por tener que despedirme de Fran, Pedro, Marco, Alberto, Julian y María, porque les echaré mucho de menos.

Quiero agradecer en primer lugar a mi marido por su amor, atención y preocupación constante por mí.

En segundo lugar a mis tres hijos por estar a mí alrededor gritando, jugando y preguntándome cosas cada dos por tres, mientras estoy escribiendo. Gracias a ellos puedo escribir en cualquier sitio y de cualquier manera, rodeada de ruido casi siempre, y casi nunca de silencio.

En tercer lugar, pero no por ello menos importante, a mí hermana Natalia, mi amiga Mónica y mi amiga Marta por haberse leído este libro por entregas. Me ha encantado recibir mensajes como estos:

*Mery, ya lo he leído. Muy bueno, me ha gustado. Me tienes nerviosa con el libro. Quiero leer más y que no acabe nunca. ¡Qué fuerte! No podía imaginar que ibas a salir por ahí. Acabo de leerlo. ¡Qué bueno! Acabo de terminarlo .Más!!!! Ay qué emoción!. Ya me he leído el último. Está muy muy bien ¡Que ganas de leer el capítulo de la abuela!*

Gracias también a mi amigo Sergio R. por haber puesto la banda sonora del libro, que, en este caso, ha sido Bastille; aunque también ha sido The

Best of Cold Play en la segunda parte del libro.

Quiero mencionar a mi amiga Ana I. Villegas que ha tenido la paciencia de corregirme el libro entero, y digo paciencia, porque cometo muchos errores y a mi amigo Pedro y mi hermana Begoña porque sin ellos no hubiera podido sacar este libro en papel.

Y, como siempre, gracias a mis amigos Yolanda (Adabhui) y César por haberme dado el ingrediente imprescindible para escribir o hacer cualquier otra cosa: *No tener miedo*.